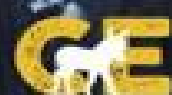


Una nueva novela de

CHRIS ENDSJØ

«Una historia que te sobrecogerá minuto a minuto»

EL REFUGIO DE ARTHUR FLYNN



EL
REFUGIO
DE
ARTHUR
FLYNN

CHRIS ENDSJØ

© del autor: Christopher Endsjø
Diseño: Estelle Talavera
Cubierta: diseñada manipulando imágenes de Freepik.com

ISBN: 9798341240643
© Todos los derechos reservados 1ª Edición: Madrid 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

EL
REFUGIO
DE
ARTHUR
FLYNN

Sandra

Pues este es el límite, y ya no puedo más.

Ahora solo tengo que dar un paso y todo se habrá acabado.

Sin soltar aún la barandilla a mi espalda, me inclino un poco hacia adelante para poder ver la caída muy, *muy* abajo.

«No hay que mirar nunca abajo», me dijo mi padre cuando de pequeña me quedé paralizada en medio de un camino bordeando un precipicio de la Ruta del Cares, «si sientes vértigo, no mires nunca abajo».

No puedo. Doy un paso atrás, me agarro fuertemente a la barandilla con los dos brazos y empiezo a hiperventilar.

La altura y el viento acrecientan la sensación de pánico y mi corazón golpea en mi pecho con fuertes y rápidos martillazos tratando de escapar de lo inevitable.

He oído que a todos los suicidas, sin excepción, en el momento de cometer el insensato acto de acabar con su vida, les entra un momento de lucidez —tal vez el instinto de supervivencia— que les hace arrepentirse al instante de lo que acaban de hacer y quieren dar marcha atrás. Normalmente, por desgracia, esto ocurre cuando ya es demasiado tarde.

Esos pensamientos discurren por mi mente cuando doy el paso al frente y me dejo caer al vacío.

Cuando el paracaídas se despliega, un segundo y medio más tarde, siento el tirón del arnés en los hombros, y el corazón, en lugar de relajarse, parece que se acelera aún más.

Agarro instintivamente las bandas del paracaídas, como vi hacer en el corto vídeo de instrucción que nos enseñaron ayer por la noche después de la cena.

La breve clase teórica de ayer nos pareció a todos algo excitante, y hasta divertido. El hacer un salto en paracaídas sonó tan rocambolesco y lejano, que no le dimos importancia, «típico Arthur Flynn», pensamos. Ahora, habría deseado haber bebido menos champán durante la cena y haber prestado más atención a toda la información que impartieron en el escueto cursillo.

La garganta me arde seca y amarga por la congoja.

El estómago se resiente de la altura, del miedo, de los excesos de la noche anterior, y por haber rechazado el desayuno que me ofrecieron a las cuatro y media de la mañana.

En el horizonte, entre las cumbres nevadas del Pirineo Catalán, se empiezan a ver los primeros atisbos de la luz del nuevo día. La estampa actúa como un bálsamo sobre mis nervios. Noto cómo mis hombros y mis brazos se relajan, y miro embobada la belleza, el silencio y la libertad de volar como un pájaro, olvidándome por un momento de mis miedos y de todas mis preocupaciones. Es una inyección de adrenalina... pero relajante.

¡Esto es precioso!

Me alegro de haber saltado.

Me alegro de haber venido.

No he visto ni sentido nada así en mi vida.

—¡Maldito seas, Arthur Flynn! —le grito con todas mis fuerzas a las montañas en un arrebatado de euforia.

Una repentina ráfaga de viento hace girar el paracaídas en un rápido bucle que me voltea tres veces, y vuelvo a temer por mi vida.

La tormenta no debía llegar hasta el mediodía, pero cuando salgo del torbellino, el paisaje pasa del relajante amanecer del Pirineo Catalán que ha quedado a mi espalda, a una aterradora imagen del muro que forman las montañas del Pirineo Aragonés frente a mí, por las que trepan rápidas y amenazadoras unas nubes negras que parecen tener vida propia.

Pero lo que realmente me hiela la sangre, no es el presagio de la tormenta que se acerca, sino el ver el salto del último pasajero del helicóptero: se lanza del helicóptero como hemos hecho todos antes, pero su paracaídas no se abre. Empieza a caer a una velocidad vertiginosa, unos 300 metros en menos de seis segundos, hasta desplomarse al otro lado de la ladera.

Tal es la fuerza de la caída que, aunque no podré oírla por la distancia, entrecierro los ojos antes de que haga contacto con el suelo, como el que espera una bofetada a mano abierta.

Inspectora Itziar Orbaizeta

Sábado

Estas son nuestras primeras vacaciones desde que nos casamos. Siento presión y cargo de conciencia ya que es irrefutable que ha sido por mi culpa que no lo hayamos hecho antes. En mi defensa diré que en estos dos últimos años hemos tenido dos hijas (las gemelas), y que hasta que fue publicado el primer libro de Fernando, la economía familiar dependía íntegramente de mi sueldo como inspectora de la Policía Nacional.

Fernando lleva toda la vida tratando de convencerme de que deje la policía, especialmente desde que nacieron las niñas. Como si fuera tan sencillo.

Sus padres, igual que él: la madre dice que debería ser profesora o quedarme en casa con las niñas. El padre, mucho más ofensivo, se ríe desde el día en que me vio de uniforme, diciendo que parezco una chiquilla disfrazada con la pistola en el cinto. Esta es una de las muchas razones por las que siempre que nos invitan a comer a su casa de la sierra, me sale algún lío de última hora en el trabajo y tiene que acabar yendo Fernando solo con las niñas. Yo no tengo ni tiempo ni estómago para reírle las gracias a su padre.

Hay dos razones principales que me impiden dejar la policía. La primera es que me encanta. Disfruto mucho con el trabajo y eso es algo que no muchas profesoras ni amas de casa pueden decir, incluyendo a mi suegra. La otra razón es que, modestia aparte, soy realmente buena en lo que hago.

Hay una tercera razón que me cuesta mucho más reconocer porque admito que es por puro orgullo. Soy policía porque quiero demostrar a mi padre que puedo. Desde que le dije que quería entrar en la policía como mi tío, me advirtió que eso no era un trabajo para mujeres; dijo que jamás conseguiría llegar a ninguna parte en la policía por mis propios méritos y que no esperase que él me ayudase con sus contactos para conseguir algún ascenso.

Pues ahora tengo la posibilidad de ascender a inspectora jefa, más lejos de lo que mi tío jamás consiguió llegar en toda su carrera. Y ni mi padre ni nadie podrá decir jamás que no lo he conseguido por mis propios méritos, con mi trabajo y mi talento.

Salimos esta mañana temprano, en cuanto las niñas se despertaron. Ayer trabajé hasta tarde y luego preparé las maletas y todas las cosas para el viaje mientras Fernando y las niñas se despedían de los abuelos.

Llevábamos dos horas y media de carretera y las niñas estaban atrás entretenidas con los auriculares puestos viendo dibujos en la tableta. Con el tráfico de salida y con todas las cosas de trabajo en la cabeza, no me había dado cuenta de que Fernando y yo no habíamos cruzado aún ni una palabra en todo el viaje.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

Él no se inmutó por un momento; seguía mirando el paisaje por la ventana de su lado.

—¿Por qué no dejas la policía? —dijo al cabo de un rato largo.

Lo dijo como si fuera una cosa que se le hubiera ocurrido en ese momento, y no como algo que ya me había preguntado quince veces desde que nos casamos.

—Con la experiencia que tienes en todos los procesos policiales te podrías dedicar a escribir libros —eso tampoco era nuevo. Desde la época de la universidad trataba de convencerme de que escribiera novelas de misterio.

Conocí a Fernando en la facultad, en la clase de criminología. Yo quería ser poli y Fernando escritor de novela policíaca. Dos ambiciones muy diferentes, aunque no opuestas. Pronto nos dimos cuenta de que teníamos mucho más en común de lo que a primera vista habíamos podido pensar, en especial la misma pasión por los libros de Agatha Christie.

La segunda semana de clase, Fernando me invitó a hacer una lectura conjunta de *El asesinato de Roger Ackroyd*. Tal vez no fuera la primera cita más romántica de la historia, pero funcionó, ya que desde ese momento no nos volvimos a separar.

—Podríamos incluso escribir juntos —añadió Fernando sin darse por vencido. «¡Escribir juntos!» Eso sí que lo oía por primera vez.

—¿Escribir juntos? —pregunté, pero más por saber a qué se refería, no porque pudiera tener el más mínimo interés en dejar la policía por la máquina de escribir.

—Sí, como Lars Kepler...

—¿Cómo quién dices? —pregunté apartando un momento los ojos de la carretera para mirarle.

—Lars Kepler, ¿no te acuerdas? Leímos su primer libro juntos, *El hipnotista*. Es ese matrimonio sueco que escribe conjuntamente bajo el seudónimo Lars Kepler. Podíamos hacer algo así. De esa manera, seguirías dedicada a la investigación criminal, pero fuera del peligro que eso acarrea, y, además, ¡podríamos estar en casa siempre juntos!

Me da un poco de pena y mucho cargo de conciencia escucharle decir eso. ¿Cómo le puedes decir a tu marido, sin herir sus sentimientos, que realmente lo último que querrías hacer en tu vida es pasarte el día entero en casa? No es por nada. No es por él. Pero por eso me hice poli. Necesito estar fuera, moverme, entrar en contacto con la gente en la calle, donde está la acción. Quiero a mi marido y a mis hijas con locura, pero eso no significa que quiera pasarme el día cambiando pañales y preparando sopitas. Creo que puedo servir más a mi familia y a la sociedad —por cursi que suene— haciendo lo que mejor sé hacer, que es ser poli, con lo que además disfruto.

Me da sobre todo pena que ahora me diga que quiere que escribamos juntos, porque sé en la situación en la que se encuentra y conozco demasiado bien su avanzado estado de desesperación.

Después del éxito inicial de su primera novela, Fernando tiene mucha más presión por escribir un segundo libro de la que tenía cuando era un escritor desconocido. El editor le pagó un adelanto por la continuación de la primera novela. Los medios de comunicación promocionaron a bombo y platillo su primera entrega durante meses —viajes, giras, entrevistas en la radio y en la televisión...—, y luego llegó el momento de sentarse y ponerse manos a la obra. Pero no le venía la inspiración...

Cuanto más tiempo transcurría pensando en la nueva historia, más pánico le entraba y menos ideas surgían. Pasaba día tras día trabajando en casa en su novela. Y cada noche, cuando yo volvía a casa del trabajo y de recoger a las niñas de la guardería, Fernando seguía sentado en el mismo sitio frente al ordenador donde le había dejado esa mañana.

«¿Cómo va el libro?», le preguntaba cada noche.

«Bien. Despacio, pero con buena letra», me contestaba imperturbable.

Pasamos meses así. Le veía cada vez más abstraído y preocupado. Pronto empezó a pasar

días enteros sin ducharse ni afeitarse y cada vez bebía más. Un día, al llegar del trabajo, me acerqué a su mesa para darle un beso y viendo que estaba con el word abierto le pregunté qué estaba haciendo.

—¿Qué voy a estar haciendo? —me ladró con la misma efusividad con la que un fox terrier recibe al cartero—. ¡Pues escribir mi maldita novela!

Cerró el ordenador con un fuerte golpe y se fue a la cocina a abrir otra botella de vino.

Me quedé completamente desconcertada con su salida. Pero no era su enfado lo que me sorprendió, que no era propio de él, sino lo que vi en la pantalla de su ordenador antes de que la cerrara de un manotazo.

Después de convivir con un escritor durante tanto tiempo, cuando veo su ordenador abierto, tengo la costumbre, automáticamente, de fijarme en la esquina inferior izquierda para ver el número de palabras y de páginas para saber el progreso que está haciendo. Es una manera de saber cómo va avanzando en su obra sin necesidad de preguntarle e incrementar el nivel de estrés que le ocasionan los días que no han sido muy productivos.

El archivo que tenía mi marido abierto ese día, su nuevo libro, solo tenía dos páginas ¡y menos de 300 palabras!

Abrí la boca para expresarle mi preocupación, pero pensé que no era el momento por lo que la volví a cerrar. Le di un beso en la mejilla y le dije que había traído cena del chino de la esquina.

—¿Qué tal tu día? —preguntó mecánicamente, con la boca llena, una vez nos hubimos sentado a la mesa—. ¿Has detenido a algún caco?

Ignoré el sarcasmo hiriente, aunque he de decir que empezaba a hacerme mella esa clase de comentarios.

Sonreí.

—No, cariño. Ninguno. Sigo trabajando en el caso de los abusos, pero ya casi hemos terminado —lancé una mirada a las pequeñas gemelas que, aunque todavía no hablaban más que dos o tres palabras, me miraban como si estuviesen siguiendo la conversación con atención. No me gustaba hablar del trabajo en casa, y menos aún con las niñas delante.

Fernando se levantó con la boca todavía llena para coger el mando de la televisión y encender el fútbol.

—¿Sabes...? —dije con mucho tiento cuando se volvió a sentar y se sirvió otra copa de vino —, podríamos aprovechar que termino este caso y cogernos unos días de vacaciones...

Fernando paró un momento de masticar y levantó la vista como para asegurarse de que no estaba bromeando.

—¿Lo dices en serio? —preguntó apagando la televisión.

—Sí, claro. Siempre me dices que tenemos que tomarnos unos días y por culpa de mis últimos dos casos no hemos podido siquiera cogernos un puente. Creo que me vendría muy bien... y a ti también. Olvidarte unos días de tu libro te hará volver lleno de nuevas ideas y con el entusiasmo renovado.

—No sé... estoy un poco atrasado y sabes que tengo que enviar el primer borrador antes de fin de año...

La imagen de la pantalla de su ordenador con el nuevo libro por la segunda página me asaltó de nuevo nublándome la vista.

—Podemos irnos este fin de semana. Nos marchamos el viernes cuando termine o salimos tranquilamente el sábado por la mañana y así no estás tantos días fuera. Podíamos irnos a Baqueira, como hicimos antes de la boda.

—¿Con las niñas?

—Sí, ¿por qué no? Podemos utilizar los trineos y pasar el fin de semana los cuatro juntos. Creo que ellas también se merecen unas vacaciones.

—¿Y tú seguro que vas a poder estar con nosotros? Ya te acuerdas la última vez que fuimos a Segovia; no nos habíamos ni sentado a la mesa en casa de Francisco y Lucía cuando te llamó tu jefe y te tuviste que marchar. Si vas a hacer eso otra vez, francamente, mejor me quedo aquí.

—No, te lo prometo. Le diré a mi jefe que estaré completamente fuera de circulación.

No lo iba a reconocer por razones obvias, pero la verdad es que era mi jefe el que llevaba semanas diciéndome que me tenía que coger unos días y olvidarme del trabajo.

—Apagaré el móvil, si quieres, y nos vamos —Fernando asentía entusiasmado—. Pero con una condición —dije levantando un dedo de la mano con la que agarraba el rollito de primavera.

—¿Qué condición? —preguntó arqueando una ceja desconfiadamente.

—Que te dejes el ordenador aquí y tú también te olvides del libro y de tus historias por un fin de semana.

Fernando dio un pensativo sorbo a su copa de vino guardando un silencio que se me hizo eterno. Al cabo de un momento sonrió. Era la primera vez que le había visto sonreír en no sé cuántas semanas.

—Trato hecho.

Ahora, camino de Baqueira, mi marido me estaba preguntando que por qué no escribíamos el libro juntos, y yo sabía que la razón de la pregunta no era ya tanto que quisiera que yo deje la policía, sino porque realmente estaba desesperado, carente de ideas y necesitado de toda la ayuda posible para poder escribir otra vez.

El teléfono sonó evitándome tener que darle una respuesta en ese preciso momento.

Era el móvil del jefe. Lo decía la pantalla del coche y no había forma de esconderlo de Fernando.

—Es tu jefe. ¿No vas a cogerlo? —me dijo visiblemente molesto.

—No, seguro que es para desearnos un buen fin de semana. Ya dejaré un mensaje.

El teléfono paró y se hizo una vez más el silencio en el coche.

—¿Seguro que le has dicho que estaríamos de vacaciones y que dejarías el móvil apagado?

—Sí —contesté en un tono de voz demasiado agudo como para sonar natural—, claro. Ya sabe que hasta el miércoles estoy completamente fuera de circulación. En cuanto lleguemos a Baqueira, y no necesite ya el navegador del móvil, apago el teléfono y lo dejo en la guantera hasta que volvamos.

Nos quedamos otro rato guardando un incomodísimo silencio hasta que de nuevo mi móvil volvió a sonar sobresaltándome con su sonido.

—Es otra vez tu jefe. Creo que deberías cogerlo, si no, va a seguir dando la lata hasta que le contestes.

—¿Seguro? ¿No te importa...? —pregunté solícita—. Miro a ver qué quiere y luego le digo que no vuelva a llamar hasta la semana que viene, ¿vale?

Fernando no contestó nada. En su lugar, golpeó con el dedo índice el círculo verde de la pantalla del coche para contestar la llamada como si fuera un mosquito al que tratase de aplastar. Luego se volvió a recostar en su asiento con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Hola, jefe —contesté nerviosa por la sensación de que Fernando pensaba que le había mentado cuando le dije que había hablado con mi jefe sobre las vacaciones.

—Itziar, ¿cómo estás? Siento molestarte, ¿has salido ya de vacaciones? —Miré de reojo a Fernando algo más tranquila; ya tenía la prueba de que no le había mentado.

—Sí, todo bien. Estoy en el coche, camino de los Pirineos con Fernando y las niñas.

—Ya... bueno...

—¿Qué pasa? —pregunté; por su voz notaba que pasaba algo.

—Ha habido un accidente de helicóptero. Odio pedirte ayuda. Ya sé que son tus primeras vacaciones en dos años, pero justo ha sido en los Pirineos, a menos de media hora de Baqueira, y no tengo a ningún efectivo ni más cerca ni mejor preparado que tú.

Miré confusa a Fernando levantando una mano al cielo como preguntándole si entendía algo. Él se hundió aún más en su asiento y miró hacia el otro lado, malhumorado.

—¿Por qué me necesitas? Habrá equipos de salvamento de alta montaña o de bomberos que puedan hacer mucho más. ¿Qué quieres que haga yo?

—No lo entiendes, Itziar. Un pasajero ha caído del helicóptero, los servicios de rescate han llegado ya al lugar del accidente, pero dicen que hay indicios que apuntan a que tal vez no haya sido un accidente...

El jefe se calló un momento como para darme tiempo a digerir sus palabras.

No pude evitar tamborilear mis dedos sobre el volante, como hago involuntariamente cada vez que algo despierta mi curiosidad. Fernando, que conoce bien ese tic, lanzó una mirada funesta a mis manos y, cerrando los ojos, negó lentamente con la cabeza.

—Hay algo más... —continuó al teléfono.

—Por supuesto... —murmuró Fernando.

—Arthur Flynn parece que estaba en el helicóptero y puede que esté involucrado.

—¿Arthur Flynn? ¿El empresario? ¿Cómo que involucrado?

—No lo sabemos todavía. La conexión con el equipo de salvamento es muy mala por culpa de la tormenta, no sabemos si es él el que se ha caído, o el causante de la caída. Necesito enviar a un investigador ya. Si tú no puedes, no te preocupes, puedo enviar al inspector Luis Faraco, pero pensé que debía darte a ti primero la oportunidad, ya que el otro día me echabas en cara que nunca te asigno casos mediáticos que te puedan ayudar a conseguir el ascenso...

¡Luis Faraco! Eso sí que era un golpe bajo. El jefe sabía qué teclas tocar para que no me negara. Faraco llevaba años tratando de ascender a base de ponerme la zancadilla en todos los casos en los que trabajamos juntos. El primer día que nos encomendaron un caso a los dos, me preguntó que por qué no me quedaba en la oficina ordenando los archivos y les dejaba a ellos, a *los hombres*, hacer el trabajo sucio.

El jefe me conocía demasiado bien y sabía cómo convencerme para dejarlo todo y correr a su socorro como un perro faldero. Maldije entre dientes.

—Mándame las coordenadas. Estaré ahí lo antes posible.

Valentín y Sonia

Dirección general

Viernes

Es una carretera pequeña de montaña. Valentín Sicilia y su esposa Sonia Larrinaga no se han cruzado con ningún coche en la última media hora de viaje. Conducen despacio; ya ha caído la noche y temen que pueda haber capas de hielo que se hayan formado por la nieve derretida durante las horas de sol.

Al girar una curva ven que hay un coche al borde de la carretera.

—Valentín, hay un coche parado en la cuneta; parece tener el motor encendido.

—Ya lo veo —dijo Valentín ignorando a su esposa y sin hacer amago de reducir la velocidad.

—¿Deberíamos parar para ayudarles?

—¿Para qué vamos a parar? Si necesitasen ayuda habrían salido del coche.

—¿Con el frío que hace?

—Vamos, mujer. Si tienen problemas, para eso existen los móviles. Que llamen al servicio de carreteras, o a la Guardia Civil; nosotros llegamos tarde y no vamos a parar por tonterías.

—Valentín, parece que hay alguien dentro del coche —dijo Sonia girándose en su asiento cuando adelantaban al coche parado—. ¡Creo que está muerto!

Valentín dio un frenazo que hizo que el coche derrapase un poco con los restos de nieve del borde de la carretera. Dio el frenazo molesto, no porque estuviera preocupado por el conductor del coche parado, sino porque estaba seguro de que esta era otra de las tonterías de Sonia y su desbocada imaginación. Siempre tenía que exagerar todo hasta el infinito: Si había un coche parado al lado de la carretera, tenía que haber un hombre muerto dentro. Si había una luz en el cielo, no podía ser un avión, tenía que ser un ovni lleno de extraterrestres. Si le pillaba en la terraza hablando con la vecina del tercero, como en la cena del jueves, es que le estaba tirando los tratos...

—¡Cómo va a estar muerto, Sonia, por Dios! Estará dormido, o mirando el móvil.

—Tenemos que ayudarle. Si se queda ahí toda la noche, morirá congelado.

—El coche está encendido y tendrá calefacción; si se queda dormido, pasará la noche más a gusto que en brazos.

—¿Y si se queda sin gasolina...? Además, viene una tormenta de nieve, ¿recuerdas? Sal fuera a echar un ojo. Será solo un segundo.

Valentín sale del coche de mala gana dando un portazo. Solo quiere llegar de una vez al puñetero refugio de Arthur Flynn. Está cansado de una larga semana de trabajo. Está cansado de un viaje de seis horas de carretera escuchando a su esposa quejarse de todos los pequeños dramas de todas y cada una de sus amigas del tenis. Está cansado de su esposa, harto de su trabajo y molesto con su vida en general. El tener que venir el fin de semana a la casa de Arthur no le ha

puesto de mejor humor, lo único que disfruta últimamente en su vida es el partido de golf del fin de semana con sus amigos. Es uno de los pocos momentos a la semana que puede pasar lejos de su mujer, y esta semana en concreto lo necesitaba más que nunca; pero no, Arthur Flynn ha decidido llamarle porque dice que ha tenido una nueva «gran idea».

La temperatura ha bajado desde la puesta del sol, el termómetro de su coche marca -6°C y la nieve del arcén cruje dura bajo sus zapatos de ante cuando se acerca al coche parado.

La puerta del copiloto de su coche se abre a su espalda, lo que significa que Sonia también ha salido del coche. Valentín cierra los ojos y lanza una maldición entre dientes.

—¿Está muerto? —pregunta su esposa cruzando los brazos y encogiendo los hombros bajo su abrigo.

—Parece que está dormido —contesta Valentín no muy convencido.

Se acercan despacio.

Paula

Ventas

Viernes

—Odio mentir a José Miguel.

—¿Por qué, hija? ¿Qué le has dicho?

Paula, haciendo chirriar una vez más las ruedas de su coche al tomar la curva demasiado cerrada, contestó a su amiga Teresa como siempre, como si no la hubiera escuchado y estuviese hablando sola.

—Aunque realmente no le he mentido, solo le he dicho la verdad a medias... ¿verdad?

—Anda, boba. Si lo dices por el viaje de este fin de semana, eso no es mentir. Mira que eres melodramática. ¡Ni que se la estuvieras pegando con otro! —contestó Teresa al otro lado del teléfono.

—Ya, pero no puedo dejar de sentirme como si le estuviera engañando. Pero si le hubiera dicho *toda* la verdad, en lugar de decirle que tenía un viaje de fin de semana de *Team Building* con los equipos de ventas de Madrid y Barcelona, me habría matado.

—¿Y no es eso lo que vas a hacer? —preguntó Teresa intrigada. Porque eso era exactamente lo que le dijo Paula que iba a hacer. No era ni la primera, ni la segunda, ni la tercera vez que le contaba una mentira y dos minutos más tarde la pillaba porque se había olvidado de lo que le había dicho. Así era Paula.

—Bueno, en parte sí —dijo soltando el volante un momento para encenderse un cigarrillo y volviéndolo a agarrar con las dos manos para dar un volantazo y evitar salirse de la carretera en la siguiente curva—. Podría haber sido sincera y haberle dicho que mi jefe, el mismo Arthur Flynn, me ha pedido personalmente que vaya a la cena de Navidad...

—¿Personalmente? Ostras, tía.

—Bueno, no personalmente; como sabes, el señor Flynn lleva sin dar señales de vida ni aparecer en ningún medio de comunicación desde hace dos años. Pero me dijeron que fue él personalmente quien había pedido que yo acudiera a la fiesta de Navidad que había preparado en su refugio de montaña. Es una fiesta para sus «más allegados colaboradores». En caso de haberle dicho eso a José Miguel, o no me habría dejado ir, o habría venido conmigo y matado a Arthur Flynn con sus propias manos.

—¿Sigue enfadado por lo que pasó? Pues hija, después de lo que habéis sacado por ello, ya se le podría haber pasado. Ojo, no estoy diciendo que no te merecieras eso y más, pero probablemente cualquier otro jefe habría pasado de ti y encima te habría echado de la empresa.

—¡Exacto! Eso es lo que me pasa. Debería de habérselo dicho todo así a José Miguel, pero si ahora se entera de adónde he ido, después de la mentirijilla, me deja o me parte la cara, o tal vez me parte la cara y luego me deja.

—Pues llámale y díselo. Tampoco es para tanto.

—No, no puedo. Esas cosas no se explican por teléfono, además, me prohibieron terminantemente hablar con cualquier persona de este viaje, cosa que lo hace incluso más interesante todavía.... ¡Cómo iba yo a perderme una oportunidad así! —Paula se quedó en silencio un momento mirando a la carretera con los ojos encendidos de excitación.

—¡Vaya! Igual, después de todo, sí que estoy engañando a José Miguel, pero es que la invitación, el lugar y la lista de invitados me tienen súper intrigada. En otras circunstancias no habría venido, pero ya no es solo la curiosidad... ya sabes que él y yo no estamos económicamente como para decir que no a nada y, quién sabe, a lo mejor Arthur me ha invitado para ofrecerme un nuevo puesto en la empresa.

—O no. Ya sabes cómo son de retorcidos estos ricos y famosos. A mí me preocuparía.

—¿Qué te preocuparía?

—Pues qué va a ser, no seas tan inocente. Te pide que vayas a su refugio. Tú sola. Y te prohíbe que digas a nadie dónde vas ni con quién te vas a ver... A mí me suena como que te ha hecho una encerrona para liarse contigo, o peor.

Paula pensó un momento en ello y no pudo contener la sonrisa pícaro que se le dibujó en la cara. La borró enseguida y trató de adoptar un semblante profesional.

—José Miguel sigue todavía sin trabajo y mi nómina es la única fuente de ingresos de nuestra familia. No puedo decir que no a una invitación de Arthur Flynn. Me siento mal por no decirle toda la verdad de este viaje, pero realmente tengo que ir, y él, sin saber todos los detalles, estará mucho mejor.

Teresa dio por concluida la discusión.

Paula estaba camino del refugio del señor Flynn y obviamente era fútil cualquier intento de convencerla de dar media vuelta y olvidarse del plan.

Se quedaron un momento en silencio.

Paula continuó subiendo la carretera de montaña siguiendo las indicaciones que le habían dado.

—Dime al menos a dónde vas —dijo Teresa rompiendo el silencio—, por si te surge algún problema, para que pueda por lo menos dar tus coordenadas a la policía...

—¡Anda, Tere! ¡Mira que eres exagerada! No va a haber ningún problema. Ya te he dicho que no sé exactamente a dónde voy. ¡Es todo muy misterioso! —añadió con excitación en la voz—. En lugar de darme una dirección que pudiera poner en el GPS, me llamó Mario Cadensa y me dio las indicaciones de palabra.

—Ese era el amigo de tu jefe, ¿no?

—Sí. Es el secretario del consejo... o un puesto así, que no sé muy bien lo que quiere decir y menos aún lo que hace... Si me preguntas te diré que no hace nada, pero bueno, supongo que esas son las ventajas que tiene ser el mejor amigo de Arthur Flynn.

—¿Y qué indicaciones te dio? Te tendrá que haber dado una dirección, o al menos el nombre de un pueblo a donde dirigirte.

—No, nada de eso. Me dijo que tenía que seguir por la carretera de Madrid en dirección a Baqueira-Beret, y que una vez pasado el embalse de Baserca, a pocos kilómetros del túnel de Viella, tenía que tomar el siguiente desvío a mano derecha y esperar ahí más indicaciones. No muy claro. No muy específico. Pero, como con todo, ¡muy misterioso y excitante!

Cruzó el embalse de Baserca.

—Creo que debe de ser aquí —le dijo a Teresa sintiendo cómo se le aceleraba el pulso mientras ponía el intermitente para salir a la derecha—. El desvío se ensancha en un claro que parece un aparcamiento de grava.

—¿Hay otros coches aparcados?

—No, no hay coches, pero al final del aparcamiento parece que hay una pequeña cabaña de madera, o más bien una garita para un guarda. Voy a acercarme.

—¡No salgas del coche, Paula!

—No, claro que no. ¿Te crees que estoy loca? Además, ya es casi de noche. No me bajo aquí yo sola ni de broma; antes doy media vuelta al coche y me vuelvo a casa.

Empezó a caer un agua-nieve y puso en marcha el limpiaparabrisas.

Pareció que algo se movía a un lado de la garita, pero estaba demasiado oscuro como para poder ver bien. Seguro que era un efecto óptico. Llevaba demasiadas horas en la carretera, y la nieve que estaba empezando a empañar el cristal no ayudaba.

—Creo que he visto algo moverse junto a la caseta —dijo más para sí que para Teresa, pero ella lo escuchó perfectamente.

—Por favor, ten cuidado... me está dando mala espina.

—Supongo que me lo he imaginado. Voy a acercar un poco el coche.

—Paula, me estás acojonando un poco. Da media vuelta al coche y márchate de ahí.

—No seas tonta. No ha sido nada. Además, ya sabes que no puedo volver. Ya te he contado la situación.

Estaba ahora frente a la caseta y las luces de su coche iluminaban la endeble estructura. Agachó un poco la cabeza agarrándose al volante para poder ver mejor a través del semicírculo que formaba el limpiaparabrisas en la luna delantera, cuando el sonido de unos nudillos llamando a la ventanilla la sobresaltaron haciéndola dar un respingo y soltar un grito.

—¡Qué pasa! Paula, dímelo. ¿Estás bien? Voy a llamar a la policía —sonó la voz de Teresa acelerada en los altavoces del coche.

—No, Teresa, no llames a nadie. Ha sido solo un susto. Es un guarda que se ha acercado a mi ventanilla. Espérate, voy a ver qué quiere.

—No, Paula. No lo hagas... —empezó a decir Teresa, pero Paula colgó la llamada impidiéndola seguir antes de bajar la ventanilla.

—¿La señorita Paula Ortiz? —preguntó el guarda con educación, pero con un aspecto inquietante con su abrigo largo y el gorro ceñido hasta las cejas.

—¿Cómo sabe quién soy?

—Por el vehículo —dijo señalando el coche con el mentón—. La están esperando, señorita.

«Ah, claro. Le habrán dado un listado con los invitados», pensó.

Miró detrás del guarda tratando de discernir dónde debía dejar el coche y dónde habría una entrada al famoso refugio de Arthur Flynn, pero no se veía absolutamente nada.

Junto a la caseta había una discreta barrera que parecía la entrada a un camino forestal como las del Seprona. La carreterita tras la barrera no era más que una senda de cabras, no podía ser esa la entrada al refugio.

—Hágame el favor de dejarme su teléfono móvil —dijo el guarda tendiéndole la mano—. El señor Flynn quiere que tengan un fin de semana de total desconexión sin distracciones ni interrupciones.

Paula titubeó un momento.

El guarda, viendo que dudaba, insistió:

—No hay teléfono en la casa, y nadie, ni siquiera el señor Flynn, tiene móvil o internet en el refugio. Guardaré aquí conmigo, en la caseta, todos los teléfonos y luego los devolveré cuando se marchen.

Paula miró un momento más la mano enguantada que le tendía el guarda, pero viendo que no

había opción asintió:

—Sí, un segundo. Déjeme que lo apague primero —contestó mientras enviaba rápidamente un texto a Teresa diciéndole que no llamase a la policía a no ser que no la hubiera llamado ella antes del domingo a las cinco de la tarde.

El guarda metió el móvil dentro de una bolsa de tela que llevaba colgada del hombro y levantó la barrera haciendo ademán con la mano de seguir.

—Continúe por este camino y en cinco kilómetros llegará al refugio del señor Arthur Flynn. No tiene pérdida.

Fermín

Producción

Viernes

Valentín y Sonia miraron el interior del coche. Dentro había un hombre desplomado sobre el volante. No podían verle la cara, ya que su cabeza estaba girada hacia el asiento del copiloto. Tenían un mal presentimiento.

Valentín tragó saliva con dificultad y miró a su esposa como preguntando si debían hacer algo más o si ya podían marcharse de ahí corriendo.

Sonia le animó con un gesto de la cabeza.

Armándose de valor, tocó en la ventanilla con los nudillos, pero el hombre del interior no se movió.

Se dio la vuelta para marcharse. Tenía miedo. Pero no podía dejar ahí a esa persona. Hacía frío y empezaba a nevar... podría morir congelado (en caso de estar vivo aún).

Sacó su teléfono y marcó el 091, pero no obtuvo señal.

—No hay cobertura —informó a su esposa, que le mira aterrada.

Volvió a maldecir entre dientes mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo del pantalón. Miró otra vez por la ventanilla a ver si el conductor se había movido. Nada.

Finalmente se decidió, respiró hondo y abrió la puerta.

De pronto el conductor se incorporó dando un brinco, gritando histérico con los ojos muy abiertos.

Sonia, a su vez, también empezó a gritar y a dar saltitos sobre el sitio como una trastornada.

Valentín también chilló del susto, pero de pronto paró en seco.

—¿Fermín? ¿Qué coño haces aquí? ¡Qué susto me has dado, pensábamos que estabas muerto!

El conductor dejó de gritar, aunque siguió mirando aturdido moviendo la boca como un pez tratando de respirar fuera del agua.

—¿Va... Valentín?

—¿Qué haces aquí, Fermín? —preguntó Sonia con una mano sobre el pecho—. Pensábamos que te había dado un ataque al corazón o algo. ¡Qué susto, Dios mío!

Fermín salió del coche, aún alterado. Era curioso ver a un hombretón del tamaño de Fermín tan impresionado por un susto tan trivial.

Fermín era el director de operaciones y jefe de la planta de manufactura que tenían en Coslada; había sido campeón de España de lanzamiento de peso y de disco a comienzos de los noventa, y aunque ahora, años más tarde, no estaba en la forma física de antaño, seguía siendo un hombre enorme con pinta de no asustarse por nada.

—Venía cansado del viaje y en la curva anterior casi me salgo de la carretera. Decidí parar y cerrar unos minutos los ojos para descansar —explicó Fermín—. Pero lo último que me esperaba

era recibir una emboscada de alta montaña estando dentro de mi coche. ¡Y de vosotros dos! ¿Es a esto a lo que os dedicáis los fines de semana cuando no estáis en la oficina dando por saco?

Sonia y Valentín se relajaron con el comentario y rieron, aunque sin mucha gana.

Valentín le dio un par de palmadas a Fermín en la espalda.

—Bueno, espero que te hayamos ayudado a despejarte del todo. ¿Estás listo para seguir el camino? Supongo que también vas camino del refugio de Arthur Flynn a pasar este «secretísimo» —dijo haciendo unas exageradas comillas con las manos en el aire— fin de semana del que nadie sabe nada.

Fermín se quedó callado mirándolos, desconcertado.

—¿Qué refugio?

Ahora eran Valentín y Sonia los desconcertados. ¿Habían metido la pata y Fermín no sabía nada? ¿Podía darse la casualidad de que Fermín estuviese por esa misma carretera por simple azar? No sabían qué decirle ahora.

Fermín estalló en una carcajada escandalosa.

—¡Es una broma! —exclamó dando una palmada a Valentín con la que casi le disloca el omóplato—. ¡Claro que voy al refugio de Arthur, si no, ¿qué iba a hacer aquí un paleta numantino como yo en estas montañas heladas y sin mi Mariela?

Chus

Informático

Viernes

—Pues no entiendo por qué estás tan rayado. Cualquiera pagaría pasta gansa por ir al refugio de Flynn. Nadie ha estado ahí y nadie sabe dónde está. Pero he visto las fotos que publicaron en la revista esa de casas y jardines de famosos, y flipé. A ver, Chus, vas a pasar un finde en una casa alucinante, seguro que vas a comer como un rey y tienes barra libre el día entero. ¿Qué más quieres?

Chus hizo un gesto de asco al volante, aunque su amigo Copano no podía verle la cara al otro lado del teléfono.

—Tronco, tienes un trabajo que ya nos gustaría a muchos, ganando más que todos nosotros juntos, y encima te invita el señor Flynn a su casa después de haber desaparecido durante dos años. Obviamente algo te quiere ofrecer. No sé por qué te lo tomas tan mal; no seas tan negativo. Sonríe un poco, disfruta la vida. No seas tan envidioso.

Eso último tocó la fibra de Chus.

—No soy envidioso. De hecho, estoy muy agradecido por lo que tengo y por lo que soy. Especialmente por ver a mi invención, mi idea, mi criatura, convertida en menos de cinco años en una empresa con una valoración superior a los 1.000 millones de euros, listada en Forbes como una de las cinco mejores empresas españolas para las que trabajar, y en la que, a día de hoy, tenemos más de 2.500 empleados y camino de doblar ese número en los próximos dos años —contestó Chus sin apenas parar a respirar una sola vez.

—No, si ya... —dijo Copano.

Chus podía oír cómo su amigo se liaba un cigarrillo; sonaba como si estuviera aplastando una hoja seca con el puño.

—Soy consciente de que no habría conseguido nada de esto sin la ayuda de Arthur Flynn. Pero esa fue la razón por la que le escogí a él, no él a mí, y le presenté mi idea. Arthur tenía los recursos económicos, el conocimiento de cómo financiar y lanzar una nueva empresa, y, sobre todo, el carisma para que la empresa tuviera el éxito necesario. Si hubiera tratado de sacar adelante la empresa sin Arthur, sería como filmar *Misión Imposible* con quinientos euros de financiación y con Santiago Segura como actor principal en lugar de Tom Cruise. Misma película, pero el resultado no sería exactamente igual...

Copano soltó una risa contenida que sonó como el desagüe de la bañera.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Por qué estás tan resentido?

—Arthur Flynn ya era rico antes de haberle presentado mi proyecto, pero gracias a mí ha quintuplicado su patrimonio y ha pasado, de ser un tipo con pasta, a codearse y tutear a las mayores fortunas del mundo. Me alegro por él.

—No me cabe duda de eso...

—Lo que realmente me fastidia —continuó Chus, ignorando el sarcasmo de su amigo— es que ahora me ningunee y me mande una invitación a través de su perrito faldero, Mario Cadensa,

quien no tuvo ni la decencia de darme la dirección de su casa. Me indicó por teléfono cómo llegar, y luego me dijo que cuando me acercase, alguien me explicaría cómo llegar hasta el refugio.

—¿Entonces, estás enfadado con el Cadensa ese, no con Arthur Flynn?

—Me cabrea que no me haya llamado él directamente, sí. Imagínate que te invito a una fiesta a mi casa, pero ni te llamo ni te doy mi dirección, pero mando a otro amigo, mejor amigo que tú, para que te invite y te haga llegar a mi casa por mí. ¿No te sentirías insultado?

—No lo sé, ¿habría barra libre o me tendría que traer la cerveza de casa?

—Muy cachondo.

—Hago lo que puedo.

—Pues eso, estoy cabreado, sí. Son las formas. Creo que me debe algo más de respeto, ¿no? Y me ha fastidiado especialmente que sea Mario Cadensa el que me llamara para invitarme. Lo de Mario es diferente; a él sí que no le puedo ver ni en pintura.

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho? ¿No es Mario Cadensa el abueleto del que me hablaste alguna vez? ¿No era amigo de tus padres?

—Para empezar, Mario es un pijo redomado. No hace nada. Y después de Arthur, es el que más manda allí. No olvides que la empresa es mi idea. Sí, para qué engañarnos, sin Arthur, seguiría siendo eso: solo una idea, por eso no le envidio y le estoy agradecido, pero..., ¿por qué Mario tiene un 20% de la empresa que he ideado yo? Él ni siquiera trabaja allí. Es miembro del consejo y punto. Vale, puso algo de pasta al comienzo, pero solo porque se lo recomendó Arthur como una inversión segura. Y todo por ser su amigo de universidad. Es como si Arthur Flynn le debiera algo a Mario, y, por mucho que haga por él, nunca parece terminar de pagar la deuda que le debe.

—¿Por qué crees que es? ¿Estuvieron juntos en la guerra y le salvó la vida? ¡Tal vez son amantes secretos! ¿Te imaginas?

—Me encantaría saber qué oscuro secreto ata a esos dos pibes. Seguro que de conocerlo se podría escribir un libro que alcanzaría el número uno de ventas del *New York Times*.

Copano soltó una risita al mismo tiempo que expulsaba el humo del cigarrillo y eso le produjo un ataque de tos. Chus llegó al desvío que le había indicado Mario y paró frente a la barrera.

—Creo que he llegado. —De la caseta salió el guarda y se acercó a su coche—. Chapo, tío, nos hablamos el domingo.

El caminito de tierra al que le dio acceso el guarda de la barrera pronto se transformó en una carretera perfectamente asfaltada que escalaba durante varios kilómetros la montaña serpenteando entre riscos y arbustos, bajo un bosque de coníferas.

La carretera tocó a su fin en una pequeña meseta disimulada entre el contorno de la montaña. A primera vista no se veía ninguna cabaña, casa o edificio de ninguna clase, solo una entrada a una gruta iluminada que resultó ser un garaje con espacio para una treintena de coches.

—La Bat-Cueva —se dijo con una risita mientras entraba en el garaje con su coche y aparcando en el primer espacio libre.

Allí reconoció cuatro coches de otros directivos de la empresa. Estaba claro que no era el único invitado.

Fuera del garaje hacía frío. El aire de la montaña entraba limpio y puro en sus pulmones mezclado con ese relajante aroma a chimenea encendida. Un caminito de piedra, limpio de nieve e iluminado con modernos farolillos, le condujo circunvalando el disimulado garaje hasta el borde de un gran precipicio donde se erigía una imponente casa de cristal y hormigón, como si

fuera el centinela del valle que se extendía bajo sus pies.

Se abrió la puerta de la casa despertando a Chus de su hechizo, y una silueta le invitó a entrar.

—Señor Jesús Jimeno, bienvenido al refugio. Por favor, déjeme que le ayude con su equipaje.

La sombra se le acercó y un hombre de unos sesenta años, porte digno y una altura de cerca de dos metros, cogió su maleta antes de que pudiera reaccionar o decir palabra alguna.

Al cruzar el umbral, unas escaleras que bajaban se abrían en una gran sala diáfana de altos techos, con paredes de hormigón y suelo de madera de abeto blanco. En el centro de la sala, una chimenea circular ofrecía calor y una agradable sensación de recogimiento. La pared del final era un gran ventanal de una pieza que, en cuanto saliera el sol, seguro que ofrecería unas vistas de las que quitan el hipo.

—¿Dónde está Arthur? —preguntó.

—El señor Flynn ha tenido que salir un momento. Les recibirá dentro de una hora para ofrecerles el cóctel de bienvenida. Ya han llegado casi todos los invitados y están en sus habitaciones, poniéndose cómodos y arreglándose para la cena. ¿Me permite que le muestre su habitación, señor Jimeno?

Chus asintió torpemente mientras se maldecía a sí mismo pensando que en la pequeña maleta que había traído no había metido nada que pudiera estar a la altura de una cena formal. Conociendo a Arthur, seguro que cada noche la cena sería un derroche de clase y de glamur, donde la vestimenta sería, cuando menos, de esmoquin para arriba. Se había traído tres pares de vaqueros diferentes, uno de ellos negro, que quedaba, para su gusto, bastante chulo con la americana de tela que utilizaba para las partidas internacionales de póker *online* con Copano y los otros frikis del grupo. Siempre había sentido cierto orgullo de rebelarse contra el pijerío general de la empresa, especialmente el de Arthur Flynn y Valentín, el director general, pero empezaba a temer haberse pasado un poco de rebelde esta vez e iba a desentonar demasiado. Debería de haberse traído el traje azul que llevó a la boda de su hermano, ese que dice su madre que le queda tan bien. Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse.

Alberto

Financiero

Viernes

Al llegar al refugio de Arthur Flynn, le abrió la puerta un mayordomo con la amabilidad y el semblante de un sepulturero con piedras en el riñón.

—Ignacio, para servirle —contestó con una pequeña reverencia que le dolió hasta a él cuando le preguntó por su nombre.

No es que tuviera especial interés en socializar con el ceñudo amo de llaves, pero desde siempre tenía la costumbre de hacer migas con el servicio habiendo comprobado infinidad de veces que resulta productivo ganarse la confianza de la tropa.

Ignacio le acompañó hasta su habitación, que era como una enorme caja de zapatos, con una ventana que ocupaba la pared del fondo en su totalidad.

—Espero que la vecina de enfrente no sea muy curiosa, tengo la sana costumbre de dormir en mi traje de nacimiento.

—¿Señor?

—En peloticas, vamos. Creo que con este ventanal le voy a dar el espectáculo a todo el vecindario.

Ignacio se irguió un poco más, para sorpresa de Alberto.

—No tiene que preocuparse, señor Castañeda, el vecino más cercano vive a treinta kilómetros de distancia y su casa está en la ladera opuesta de la montaña.

Estaba claro que Ignacio carecía por completo de sentido del humor.

—Dime, Ignacio, ¿han llegado todos los invitados? ¿A dónde tengo que ir para saludar a nuestro anfitrión?

—Sí, ya han llegado todos los invitados—contestó con otra quejumbrosa inclinación de torso—. El señor Flynn los recibirá en la sala de la chimenea para darles el cóctel de bienvenida en media hora. Mientras, puede refrescarse y ponerse cómodo. Sobre la mesa le hemos dejado una botella de champán y el programa del fin de semana.

Miró a su espalda y, efectivamente, sobre la mesita del café había una cubitera de plata en la que se sumergía una insinuante botella de champán en un baño de hielos. Junto a la cubitera descansaba un cuaderno de gruesas pastas de cuero marrón, como la del menú de un buen restaurante; supuso que se trataba del programa del que hablaba Ignacio.

El mayordomo se despidió, y en cuanto hubo cerrado la puerta, Alberto se lanzó a por la botella de champán, la descorchó, y se sirvió una copa en el vaso de flauta. Después se dejó caer en el sillón, y quitándose los zapatos, se aflojó su corbata. Entonces sonrió complacido.

Mario Cadensa le había contactado hacía unos días para decirle que Arthur Flynn quería invitarle a pasar el fin de semana en su refugio de los Pirineos. «Arthur está *muy* interesado en que vengas, tiene un nuevo proyecto entre manos y quisiera oír tu opinión», le dijo Cadensa.

«Por favor, ven. Te garantizo que, si el proyecto no te interesa, al menos tendrás un fin de semana inolvidable».

Alberto aún no estaba muy seguro de para qué le había invitado Arthur. Había trabajado en la empresa cuando la fundaron, pero al poco tiempo se marchó alegando «razones personales». Desde entonces, la empresa había crecido como la espuma y, de haberse quedado, ahora mismo estaría cobrando infinitamente más de lo que cobraba antes de marcharse. Quién sabe, tal vez Arthur Flynn quería ofrecerle algo interesante. Le sorprendería si así fuera, pensaba que todavía le guardaría rencor por haber abandonado la empresa, pero nunca se sabe, Arthur era un hombre pragmático y sabía cómo dejar los sentimientos a un lado en beneficio de su negocio. Era innegable que todo lo que tocaba ese hombre se convertía al instante en oro, y la idea de volver a trabajar para él no le era del todo desestimable. De momento no había empezado mal el fin de semana: había conocido el famoso escondite de Arthur Flynn, estaba totalmente desconectado, sin móvil ni *email*, y se estaba soplando una botella de champán de más de ciento cincuenta euros. Peores planes podía haber para un fin de semana.

Dio un largo sorbo al champán y abrió distraídamente el cuaderno de pastas de cuero con el programa para ver qué les tenía preparado Arthur Flynn.

«Cóctel de recepción, cena, copas... ¡Instrucción rápida del uso de un paracaídas!»

Pensó que había leído mal. Tenía que estar cansado o estaban tratando de añadir un poco de humor al programa para hacerlo más ameno.

Pasó de página para leer el programa del día siguiente.

«Desayuno a las 4:30 de la mañana. Salida del refugio en helicóptero. Salto con paracaídas a las 5:45...»

—¡Salto con paracaídas! —exclamó en voz alta mientras se inclinaba sobre la mesita baja para servirse otro vaso—. ¡Este Arthur ha perdido la cabeza del todo! —añadió riéndose y apurando el vaso de un trago.

El champán y la lectura del disparatado plan del fin de semana obraron como un bálsamo, enseguida consiguió relajar los hombros y olvidar todos los problemas que había dejado atrás, a más de trescientos kilómetros de distancia.

Lorena

Abogada

Viernes

Lorena miró asombrada, casi asqueada, la opulencia del refugio. No era por envidia, sencillamente le parecía carente de gusto; especialmente sabiendo que el lugar pertenecía a uno de los hombres más ricos del mundo.

Al oír que era un refugio, se había esperado una cabaña de montaña, grande, acogedora y con gusto, pero una cabaña, a fin de cuentas. El búnker de alta montaña en el que acababa de entrar le parecía en cambio una ordinariez, una expresión de poder y de riqueza de alguien que quiere mostrar que tiene (y puede) más que el resto.

El refugio no era bonito en el sentido propio de la palabra, desde luego a Lorena no se lo parecía. En su opinión era como una colección de gigantescas cajas de hormigón y cristal apiladas desordenadamente unas encima de las otras en la ladera de la montaña. No entendía todo el bombo y platillo que le habían dado a esta casa en el *House and Garden* de hace tres años.

Arthur ha sido —y es— el mejor cliente del bufete de Lorena. Cuando su padre se retiró, un montón de clientes dejaron el despacho y se fueron con otros abogados (es lo que tiene ser mujer y joven en este arcaico mundo machista). Estuvo a punto de verse obligada a cerrar el bufete, pero gracias a Flynn, que le dio, dos años atrás, la oportunidad de su vida contratándola para llevar su caso, pudo mantenerse a flote subsistiendo con Arthur como único cliente durante más de un año. El caso del señor Flynn resultó ser uno de los más sonados en la historia penal española. Lorena no tenía ninguna experiencia en derecho penal —ni ella ni nadie en el bufete de su padre—, pero después de la desbandada de clientes y abogados que sufrió en cuanto su padre se jubiló, no estaba como para decirle a Arthur que no podía, o que no sabía cómo llevar su caso.

No era un caso que le fuera a dar muy buen nombre. De hecho, sabía a ciencia cierta que Arthur había contactado con por lo menos otros diez bufetes, pero ninguno quería llevar el caso por miedo a perder prestigio por la mala publicidad que pudiera darles. Sobre todo cuando, a todas luces, el señor Flynn parecía ser el culpable del asesinato de su esposa y su hija.

En contra de todo pronóstico, Lorena ganó el caso y Arthur fue exonerado de toda culpa. Gracias a ese éxito, empezaron a llover a raudales nuevos clientes, y Lorena no solo consiguió mantener el despacho a flote, sino que además en los últimos dos años el despacho había facturado más de lo que su padre jamás hubiera soñado cuando estaba aún al timón.

Ahora estaba a punto de volver a ser el foco de todos los medios de comunicación del país y esta vez sería mucho más sonado que el caso de Arthur de hace dos años, pero tendría que mantener la calma y la boca cerrada hasta después de Navidad, cuando el nuevo caso saliera a la luz. Hasta entonces, tenía que seguir trabajando en la más estricta rutina.

Dentro de sus labores rutinarias estaba la redacción de la nueva versión del testamento de

Arthur Flynn, sobre la que llevaba trabajando varias semanas. Después de la muerte de su esposa y de su hija, no tenía un claro heredero, y no se sabía qué haría con su cuantiosa fortuna. Era un tema del que se hablaba constantemente en los corrillos de allegados del prócer desde la tragedia.

El borrador del testamento estaba ya finalizado y listo para firmar, pero había un documento del que estaban pendientes y que podía cambiar por completo dicho testamento. Era una única comprobación de última hora, pero Lorena, perfeccionista como era, le había pedido a Arthur que tuviera paciencia y no firmase hasta recibirlo.

El documento había llegado al despacho de Lorena antes de la hora de la comida, y cuando se lo dijo a Arthur, este le pidió que se lo trajera personalmente al refugio esa misma tarde. «Arthur siempre con sus secretos, con sus miedos y sus paranoias de que sus teléfonos pudiesen estar pinchados, que su *email* no era seguro y que había siempre alguien siguiéndole y espiándole a cada momento», pensó Lorena. El único lugar donde se sentía seguro era en el refugio, pero llevaba dos años sin pisarlo, desde que ocurrió el siniestro accidente que se llevó la vida de su familia dos años atrás.

—He invitado a unos amigos a pasar el fin de semana en el refugio—le explicó Arthur—. ¿Por qué no pasas por tu casa, metes un par de mudas en una maleta y te quedas luego a pasar aquí el fin de semana con nosotros?

Lorena ya tenía planes para ese fin de semana, pensaba pasárselo entero encerrada en su despacho trabajando en el nuevo caso, la navidad estaba a la vuelta de la esquina y tenía muchas cosas que preparar, pero claro, no le podía explicar eso a Arthur. El señor Flynn —quien tras el éxito en el juicio, contrató a Lorena para que llevase no solo todos sus asuntos personales, sino, además, todos los temas legales de sus distintas empresas—, le estaba pidiendo que viniera a su casa de montaña y no se podía negar.

La verdad sea dicha, algo de curiosidad sí que tenía Lorena por conocer a sus invitados y ver qué clase de fin de semana tenía preparado; Arthur era conocido por su extravagante gusto y por las estrambóticas fiestas que solía dar antes del accidente de su familia en ese mismo refugio, y, por mucho que lo quisiera negar, Lorena se moría de ganas de formar parte del selecto grupo de amigos de Arthur Flynn.

Lorena llegó al refugio a media tarde. Se pasó el viaje entero desde Madrid con el documento que llevaban semanas esperando sobre el asiento del copiloto quemándola por dentro de curiosidad. Si hubiese sabido cómo abrir el sobre sin que se viera que lo había abierto, se habría parado en la primera gasolinera a la salida de Madrid y lo habría leído. Pero muy a su pesar, y en contra de su obsesiva tendencia al chismorreó, llegó a la puerta del refugio con el documento sellado y sin leer en una mano y su maletita de viaje en la otra.

Ignacio, el mayordomo, abrió la puerta y la condujo al interior donde la hizo esperar hasta que Arthur vino a recibirla.

—¿Has traído el documento? —Fue su fría y escueta bienvenida. Arthur era el culmen de la educación y las buenas maneras, pero la desesperada ansia de conocer el contenido del documento que traía Lorena parece que le hizo olvidarse de sus modales por un momento.

Lorena extendió el brazo enseñando el sobre que portaba y Arthur se lo arrancó de la mano sin siquiera mirarle a los ojos, y se marchó por donde había venido.

—Espera aquí un momento, Lorena. Déjame que lo revise con Mario y ahora mismo vuelvo —masculló mientras desaparecía por el pasillo.

Mario Cadensa era el consejero y mejor amigo de Arthur. No le sorprendió mucho a Lorena que él ya estuviera en el refugio y al tanto del documento que habían pedido para completar o formalizar el testamento. Lo que sí que le llamó la atención es que Arthur la dejara en la entrada

de la casa como si fuese el mensajero al que ha pedido que espere para buscar algo que darle de propina.

«¡Soy abogada, por amor de Dios!, no tu criada!», se dijo a sí misma, sonrojándose de ira y de vergüenza. Pero no era la primera vez que pasaba por esa infamia, y también sabía que no sería la última.

Se sentó en uno de los sillones a mirar la excéntrica y minimalista decoración del refugio hasta que oyó la voz de Arthur discutiendo con alguien al otro lado del pasillo. Se levantó y aguzó el oído para ver qué podía haber causado tanto desconcierto en Arthur.

—Es un 25%, Arthur —escuchó la voz de Mario Cadensa—. No está mal. Es lo que estabas buscando.

—No, quiero el 50%. Es lo que necesito —contestó categórico.

—Pedimos unas nuevas pruebas. No llevará mucho tiempo; ¿cuál es la prisa, Arthur? Déjalo unos días y lo miramos después de Navidad.

Lorena se acercó un poco a la entrada del pasillo de donde venían las voces y vio al mayordomo escuchando junto a la puerta. Se miraron un momento el mayordomo y ella, y en un tácito acuerdo, se ignoraron para que los dos pudieran escuchar la conversación que estaba discurriendo al otro lado de la puerta; conversación que parecía tener mucha enjundia.

—No, lo necesito ya. Y seguro que este informe tiene toda la información que necesito, solo que no sabemos cómo interpretarlo aún.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Mario.

—No, pero ahora mismo lo voy a solucionar; tengo una reunión en Baqueira con alguien que me podrá despejar las dudas —dijo Arthur, y de pronto se abrió la puerta de la habitación donde estaban reunidos y a la que Lorena y el mayordomo estaban inclinando la oreja.

Ignacio, el mayordomo, se dio media vuelta, como si únicamente estuviese pasando por allí, sin despertar mucha sospecha, pero Lorena se quedó congelada sin saber dónde esconderse o cómo disimular. Arthur la miró un momento de arriba abajo, como si fuera a decirle algo por estar ahí escuchando, pero decidió ignorar la situación y siguió hacia la puerta de entrada de la casa, donde Ignacio le ayudó a ponerse el abrigo.

Arthur, pareciendo haber olvidado que la había encontrado espiando tras la puerta, se disculpó de Lorena diciendo que tenía que bajar a Baqueira a reunirse con alguien, pero que no tardaría en volver. Sus invitados no tardarían en llegar así que le pidió que se sintiera como en su casa.

—Ignacio ya se ha encargado de coger tu equipaje y te enseñará tu habitación —concluyó, y salió de la casa.

Lorena estaba avergonzada por haber sido pillada espiando tras la puerta y furiosa por haber sido descartada otra vez, como a una criada. No había sido ninguneada de esa manera en la vida. En ese momento era sin duda la abogada más conocida de toda España y Arthur la estaba tratando como a un lacayo. Estuvo tentada de marcharse en ese mismo momento de vuelta a Madrid, pero pensando en que ya estaba oscureciendo y las carreteras estarían plagadas de capas de hielo desistió de esa idea y siguió sumisa al mayordomo hasta su habitación.

Cuando caminaban pasillo abajo sonó la puerta de entrada e Ignacio, disculpándose, dejó la maleta de Lorena en el suelo y fue a abrir la puerta, pensando que sería Arthur que se había dejado algo.

Lorena le siguió hasta el vestíbulo.

Cuando Ignacio abrió la puerta, encontró una hermosa joven con unos pantalones vaqueros tan apretados que habrían requerido varios botes de vaselina para ser enfundados. La chica entró

sin esperar a ser invitada.

Esta se movía dando vueltas sobre sí misma, contemplando el interior de la casa, haciendo que sus tacones de aguja sonasen sobre el suelo de madera como la máquina de escribir que utilizaba cuando entró a trabajar para Arthur Flynn como mecanógrafa.

—¡Es impresionante! —exclamó la joven al jactarse de la presencia de Lorena en el vestíbulo—. ¿No te parece? Perdona, tendría que haberme presentado primero. Soy Paula; trabajo para Arthur.

Lorena asintió cogiendo la mano que Paula le tendía y mirándola de arriba abajo se preguntó qué tipo de trabajos haría para el magnate.

—No es mi estilo —contestó Lorena echando una mirada furtiva a su alrededor.

—¡Estarás de broma! ¡Pero mira este sitio!

—No voy a hablar mal del gusto de Arthur Flynn, supongo que a mucha gente le va este estilo tan ultra modernista. Solo estoy diciendo que su gusto y el mío difieren mucho en lo que a diseño y arquitectura se refieren.

Paula la miró un momento de lado como tratando de decidir si la señora que tenía delante estaba de broma o hablaba en serio.

En ese momento otra pareja llegó en un enorme Mercedes que dejaron aparcado a la entrada y le dieron las llaves a Ignacio para que lo aparcase y recogiera su equipaje. Ignacio volvió a dejar la maleta de Lorena en el suelo y fue obediente a seguir las instrucciones de los recién llegados sin dilación.

Saltaba a la vista que la pareja de recién llegados tenía casi tanto dinero como trataba de aparentar. La mujer se quitó las gafas de sol que le cubrían media cara en cuanto vio a Lorena y la miró descaradamente con desagrado de pies a cabeza, como si fuera una culebra que se había colado reptando por la puerta abierta. El marido, en cambio, se acercó con una estudiada sonrisa y los brazos en alto para saludarla.

—Lorena Arguello, eres la abogada de Arthur, ¿no es así? Nos conocimos en la última reunión del consejo hace tres meses. Viniste con Mario Cadensa para representar el voto de Arthur. Soy Valentín Sicilia y esta es mi esposa Sonia —dijo estrechándole efusivamente la mano.

«Claro», se dijo Lorena, «es el director general de la nueva empresa, y la bruja que está con él debía de ser Sonia, la sobrina de Arthur Flynn».

Paula, con sus tacones de aguja, se acercó dando unos patosos saltitos para saludar muy efusiva a la pareja. Valentín le dio un abrazo y dos besos, los cuales su esposa Sonia escrutó con atención. Luego, cuando llegó su turno, ella le lanzó dos sonoros besos en las mejillas sin que llegase a haber el más mínimo contacto físico entre las dos.

La puerta del refugio volvió a abrirse, esta vez de par en par, y entró un hombre corpulento con una maleta de fin de semana en la mano.

—¡Fermín! ¡Ya iba siendo hora! Empezaba a pensar que te habías vuelto a quedar dormido en la carretera —dijo Valentín—. Lorena, este es Fermín Carriedo, el director de producción de nuestra planta en Coslada. Fermín, esta es Lorena Arguello, la abogada de Arthur.

—¡La abogada! —exclamó Fermín dejando caer sus maletas al suelo—. Sabía que la razón por la que nos había llamado Arthur este fin de semana debía de ser seria, si no, no necesitaría que su abogada estuviera presente.

Valentín y Lorena se quedaron un momento callados asimilando el punto que acaba de plantear Fermín. El tosco director de producción a veces tenía unos admirables momentos de sencilla lucidez. Lorena quiso contradecir al bruto que tenía delante, pero su comentario tenía

toda la lógica del mundo y era en el fondo irrefutable.

La verdad era que Lorena se había pensado que Arthur la había invitado solo a pasar un fin de semana para festejar la Navidad con sus amigos millonarios y otras celebridades, como si ella fuera una más de su círculo cercano, pero obviamente Arthur tenía un plan estratégico y la había traído aquí solo porque le iba a ser de utilidad.

«¡Qué tonta he sido!», se dijo. «A estas alturas ya debería de conocer a Arthur. Si lo hubiera sabido, no habría venido».

—Permítanme que les enseñe sus habitaciones —dijo el mayordomo interrumpiendo el incómodo silencio.

Sandra

Viernes

El mayordomo había cerrado la puerta tras de sí al salir después de mostrar la habitación a Sandra y dejar su equipaje. Una vez sola, Sandra se quedó un momento de pie junto a la puerta de la habitación contemplándolo todo sin terminar de decidirse a entrar.

La pared del fondo era entera de cristal; un enorme ventanal que en ese momento, con la noche fuera, solo reflejaba su figura y el interior de la habitación, como si fuera un espejo. Se podía imaginar que la vista tenía que ser un espectáculo al despuntar el día, pero ahora solo le hacía sentirse inquieta. Vigilada.

Buscó algún botón, pulsador o palanca que accionara una cortina o persiana para darle un poco más de privacidad, pero no encontró nada para cubrir esa gran ventana que convertía su habitación en una sobredimensionada pecera, y a ella en un diminuto pez a la vista de cualquier curioso.

Quería darse una ducha, pero tampoco había tabique o biombo que cubriera el baño. La habitación era una sala diáfana y moderna que no escondía nada. No se había sentido en la vida tan expuesta, tan vulnerable.

Sabía que era una tontería; por la mañana, cuando saliera el sol, seguro que vería que frente al ventanal no había nada más que montañas y el valle a lo lejos, sin posibilidad de que nadie pudiera haberla visto cambiándose la noche anterior. Ya había comprobado cuando subió hasta el refugio, que la carretera bordeaba la ladera, y a ese lado de la montaña no había nada más que un precipicio.

Sin embargo, no podía evitar la sensación de ser observaba.

Se pegó al cristal e hizo sombra con la palma de las manos para cubrir la luz de la habitación y tratar de ver el exterior. Nada. Negrura, como era de esperar.

Justo debajo de la ventana podía ver una pequeña repisa natural de roca y algunos arbustos cubiertos de nieve, pero pasado ese pequeño espacio no había nada, solo el despeñadero.

Ligeramente más convencida, aunque no del todo, se desnudó y se metió en la ducha.

Pronto el vaho empañó los cristales del ventanal y todos sus miedos y preocupaciones de ser espiada se desvanecieron. Dejó el agua caliente correr por su espalda hasta que su piel se tornó rosa y arrugada.

La ducha la tranquilizó. Pensó en el fin de semana que tenía por delante. Algo le decía que ese fin de semana iba a cambiar su vida.

Se había traído en la maleta un vestido negro, elegante y glamuroso, fácil de llevar y poco pretencioso. Era un vestido corto, no demasiado formal, pero que le hacía sentirse guapa y segura de sí misma. Se pintó los labios, miró una vez más su reflejo en el espejo, y después de respirar hondo y alisarse el vestido con la palma de las manos, bajó al cóctel de bienvenida a encontrarse de nuevo con Arthur Flynn por primera vez tras más de dos años.

Cóctel de bienvenida

Viernes

En la gran sala de la entrada, alrededor de la chimenea circular, se habían congregado varios de los invitados. Sandra entró y titubeó un momento antes de decidir hacia dónde dirigirse. Chus, el director de tecnología, estaba incómodamente sentado en un sillón con una cerveza en la mano. Vestía sus mejores galas para la ocasión, unos pantalones vaqueros negros, zapatillas converse y una camiseta limpia (aunque no planchada) de Vans. Chus era la espina dorsal de la empresa, era realmente un genio, y, como tal, era un tipo excéntrico y muy peculiar.

Las miradas de Sandra y de Chus se cruzaron un segundo, pero él enseguida la apartó disimulando que no la había visto o reconocido.

Valentín estaba en una esquina manteniendo una airada conversación con su esposa. En circunstancias normales le habría dado mucha pereza a Sandra socializar con la irritante pareja de moda, pero si encima estaban de discusión conyugal, no se acercaría a ellos ni con la ayuda de una silla y un látigo, como hacían antes en los circos para encerrar a los leones.

Alberto Castañeda estaba conversando con Paula junto al mayordomo, que en ese momento se estaba haciendo cargo de la barra. Alberto había sido el director financiero de la empresa, pero solo durante un año y medio hasta que se marchó después de discutir con Mario Cadensa. Era un hombre alegre y extrovertido y enseguida, al ver a Sandra, se acercó a ella para saludarla.

—Celebro ver una cara conocida —dijo Alberto dando dos besos a Sandra.

—¿Una cara conocida...? ¿Ya no te acuerdas de Valentín y Sonia? —señaló con la cabeza a la pareja que seguía discutiendo.

—¿He dicho cara conocida? Quería haber dicho una «agradable» cara conocida —puntualizó expandiendo su sonrisa aún más y agarrándola, del codo, la empujó suavemente hacia la barra, donde aguardaba Paula.

Sandra se rio del comentario. Era bien conocida la mutua antipatía entre Valentín y Alberto. Cuando Alberto todavía trabajaba en la empresa, las peleas en las reuniones del consejo eran encarnizadas. No podían ponerse de acuerdo. Alberto pensaba que Valentín era un incompetente que había adquirido el cargo de director general por el único gran logro de haberse casado con Sonia, la sobrina de Arthur; Valentín, a su vez, se sentía amenazado por la mejor preparación de Alberto y no aguantaba su tono prepotente y sabelotodo.

Valentín, con sus modales, podría lograr esconder un poco su desafección, pero la sinceridad de Alberto le hacía ser incapaz de esconder su rechazo.

Paula se levantó al ver a Sandra acercarse y le dio dos besos.

—¿Qué es eso que bebes? —preguntó Sandra señalando su copa.

—Es un *gimlet* —contestó levantando un vaso de Martini con lo que parecía un granizado de limón—, me lo ha recomendado Alberto y está riquísimo.

—Tómate uno —la animó Alberto—, está buenísimo e Ignacio lo borda —añadió apuntando

con la cabeza al mayordomo.

—¿Qué es exactamente?

—Básicamente es ginebra y zumo de lima, con mucho hielo. Leí la receta por primera vez en una novela de Raymond Chandler hace muchos años. Una noche, en un viaje de trabajo, lo pedí en el bar del hotel y me llevé una grata sorpresa. Pruébalo. Verás lo refrescante que es.

—No, gracias —contestó, aunque la verdad es que tenía una pinta mucho más apetecible que el champán que le ofrecía el mayordomo.

Alberto ignoró su negativa y, guiñando un ojo al mayordomo, le hizo un gesto para que procediera con la mezcla.

—Ignacio, por favor, prepara otro de estos deliciosos brebajes para la señorita. Y, ya que estás, otra ronda para Paula y para mí.

El mayordomo trabajó la pócima con la eficiencia del que no ha hecho otra cosa en su vida, y al momento posó otras tres copas heladas de Martini sobre la barra.

—¿Sabemos cuándo se unirá a la fiesta el señor Flynn?

—Bajará en cualquier momento. Su coche llegó hace cinco minutos y ha ido a su habitación a refrescarse y vestirse para la cena —contestó el mayordomo. Y haciendo una breve inclinación de cabeza, se fue a servir a Valentín, que trataba de llamar su atención haciendo un gesto con los dedos, como si estuviese intentando chasquearlos.

—Cómo le gusta a Arthur hacerse el interesante —dijo Alberto en cuanto el mayordomo se alejó lo justo como para no poder oír lo que decían—. ¿Vosotras sabéis de qué va todo esto?

—La verdad es que no —contestó Sandra encogiéndose de hombros—. Solo me contaron que Arthur quería reorganizar la empresa, pero no me dieron detalles. Eso sí, me hicieron firmar un contrato para que no dijera nada de a dónde iba a ir este fin de semana, ni a quiénes me encontraría. Eso es todo lo que sé. Todo muy misterioso.

Levantó la copa y dio otro sorbo al cóctel. Enseguida, como si hubiera bostezado o se hubiera rascado, consiguió que sus dos compañeros hicieran exactamente lo mismo con sus copas.

—¿Tú qué has oído? —preguntó Sandra de vuelta a Alberto—. ¿Sabes algo más?

—Algo parecido. Pero no entiendo muy bien lo que hago yo aquí, la verdad. Ya no soy parte de la empresa, y desde que me marché no he vuelto a hablar con Mario, y mucho menos con Arthur, claro.

—¿Y por qué has venido...? —preguntó Paula, arrepintiéndose en el acto—. Perdona... me refiero..., ya que acabaste mal con Mario y te marchaste tú de la empresa, imagino que lo último que quieres hacer es pasar un fin de semana en compañía de Mario y de tus antiguos compañeros.

Alberto apuró su copa de un trago, como si necesitara el coraje del licor en su cuerpo para contestar a esa pregunta.

—A decir verdad, no estoy muy contento con mi trabajo en Barcelona. ¡Qué diablos!, ni con mi trabajo, ni con Barcelona..., ¡ni con mi vida en general! —de pronto Alberto parecía cansado—. Cualquier otra oportunidad que se me brinde, no puede ser peor que lo que tengo ahora. Incluso si eso significase tener que humillarme y hacer las paces con Mario.

—¿Y con Valentín...?

Alberto encogió el gesto, como si le hubieran exprimido un limón en la boca por sorpresa. Pero no tuvo que contestar, pues Chus se acercó al grupo, pareciendo haber encontrado el coraje suficiente como para socializar un poco. Probablemente los había oído hablar de Arthur y la curiosidad pudo más que su timidez.

—Hola, Chus —dijo Alberto dándole un apretón de manos cambiando su semblante y

mostrándose otra vez alegre y optimista.

—Alberto, ¿cómo estás? ¿Sigues en Barcelona?

—Sí, ahí sigo. Estábamos hablando de lo enigmático que le gusta ser a Arthur. ¿Te ha contado a ti algo de por qué nos ha invitado a todos?

—No, no sé mucho. Arthur no me ha dicho nada. —Chus bajó la vista como para comprobar que sus Converse no estaban desatadas antes de continuar—. De hecho, llevo sin verle o hablar con él más de dos años. Fue Mario Cadensa el que me invitó a venir, pero no me ha dicho nada. Bueno, casi nada... Tan solo Arthur quería invitarme a pasar un fin de semana de esquí, y de paso hablar de un nuevo plan que tiene para la empresa, pero no sé nada más que eso.

Lorena, la abogada de Arthur, y Fermín, el director de producción, entraron juntos (o por lo menos al mismo tiempo) a la sala de la recepción.

Lorena se fue directa a la barra sin mirar a nadie, y mucho menos saludar. Fermín, más educado, y mucho más simpático, se unió al pequeño grupo.

—¿Habéis visto el programa que nos tiene preparado? —preguntó directamente, como si estuviera volviendo del baño y hubiera estado con ellos hacía cinco minutos—. ¡Salto con paracaídas! Es una broma, ¿no? —añadió con una risa nerviosa—. Pensé que nos habían invitado a esquiar y eso ya me parecía demasiado aventurero para mi gusto.

Alberto se rio con él.

—Fermín, ¡cuánto tiempo! Yo también lo he leído. Pensé que sería una broma, pero he preguntado a Ignacio —dijo señalando al mayordomo— y me ha dicho que Arthur había organizado llevarnos en helicóptero a esquiar fuera de pista, pero por falta de nieve no vamos a poder esquiar, y para no desaprovechar el helicóptero contratado, ha decidido que hagamos un salto en paracaídas. ¿Qué os parece?

—¿Creéis que es verdad? Supongo que será una broma, ¿no? —preguntó Chus mirando a todos, a un lado y a otro casi suplicante—. ¿Se puede saltar en paracaídas desde un helicóptero?

Ninguno contestó a su pregunta. Alberto encogió un poco los hombros como diciendo que no veía por qué no iba a ser posible. El gesto no logró tranquilizar en absoluto a Chus, tal vez todo lo contrario.

—¿Os tiraríais del helicóptero? Imagino que no será obligatorio... —añadió.

Alberto había recuperado su buen humor y estaba algo achispado. Soltó una sonora carcajada y dijo que si Arthur saltaba él iría detrás. No iba a dejar que el excéntrico multimillonario le pusiera en evidencia.

—¿Qué más sabes de lo que nos tiene preparado Arthur para este fin de semana, Fermín? Tú siempre estás enterado de todo.

—Pues mira, venía de mi habitación y me he cruzado con una persona por el pasillo que tiene información privilegiada y de primera mano sobre el asunto —dijo bajando la voz y mirando fijamente a Lorena—. Parece ser que Arthur nos tiene preparadas muchas sorpresas...

Sandra, Chus y Alberto se arrimaron más a Fermín, que ahora hablaba en poco más que un susurro.

—¿Qué tipo de sorpresas?

Lorena miró de soslayo al grupo y negó levemente con la cabeza arrepintiéndose de haber dicho nada a Fermín. Ese fue siempre su punto flaco: hablar demasiado. Nunca supo guardar un secreto. Su otro punto débil eran los hombres grandes y poco refinados como Fermín; la combinación de Fermín, la media botella de champán que se había bebido sola en la habitación y su falta de control para guardar un secreto, la habían hecho irse de la lengua una vez más.

—Me ha dicho «mi confidente» que Arthur no solo quiere hacer una reestructuración en la

empresa, sino que, además... —Fermín paró un segundo para mirar teatralmente a su alrededor, como para asegurarse de que nadie más los estaba escuchando—ha redactado un nuevo testamento y quiere que todos los beneficiarios estén presentes para explicar las razones de su cambio en la repartición de su herencia.

Los cuatro miraron embobados a Fermín.

—¿Estás diciendo que Arthur nos ha puesto a todos los presentes en su testamento? —preguntó Chus.

Fermín, con las cejas muy levantadas y una sonrisa en la cara, asintió categóricamente.

Chus apuró de un trago lo que le quedaba de cerveza y se acercó a la barra en busca de algo más fuerte. Las noticias que acababa de escuchar le habían descolocado y necesitaba relajar sus nervios. No sabía qué esperar de todo esto. No sabía qué esperar del fin de semana antes de recibir noticias, no tenía muchas esperanzas de que fuera algo bueno, pero de pronto todo parecía cambiar de cariz.

—¿Estás seguro, Fermín? ¿Ha firmado ya ese nuevo testamento?

—Ya está firmado, ¿por qué crees que está aquí su abogada? El testamento está firmado, aunque parece que falta una... comprobación.

—¿Una comprobación? —preguntó Sandra congelando cóctel a mitad de camino hacia su boca.

—Sí, algo de papeleo que no estaba muy claro y que la abogada ha pedido comprobar antes de presentar el testamento ante notario.

Chus se cruzó en su camino hacia la barra con Lorena. Tan ensimismado estaba pensando en que tal vez por fin Arthur había decidido dejarle la empresa —o al menos buena pasta— en su testamento, que a punto estuvo de tropezar con ella. De pronto ambos se detuvieron y se quedaron mirando hacia la entrada de la sala como si hubieran visto un fantasma aparecer por la puerta.

No era para menos, ya que Arthur Flynn acababa de hacer acto de presencia.

Arthur entró en la sala en compañía de Mario Cadensa. No había cambiado nada; tenía el pelo más blanco y tal vez había perdido algo de peso, pero se le veía lleno de vitalidad y en plena forma, como siempre. Su carisma y su persona absorbieron instantáneamente la atención y la energía del lugar. Siempre había sido así con Arthur. Era como un potentísimo imán que atraía a todos hacia sí, incluso sin necesidad de decir palabra. Había algo en él, en su estilo, en su porte, en su forma de andar y de vestir que, hasta Chus, que se vanagloriaba de estar por encima de cosas tan banales como la moda y el estilo, no podía dejar de sentirse atraído por el aura de Arthur.

Los invitados se le acercaron formando un semicírculo, guardando un respetuoso silencio, a la espera de que fuera él quien tomara la palabra.

—¡Muchas gracias a todos por haber venido, queridos! —empezó diciendo con esa voz potente, clara y profunda que no se había dejado oír en los últimos dos años—. Habéis hecho un largo viaje para llegar hasta aquí, lejos de vuestras casas y de vuestras familias. También os agradezco el que hayáis tenido la delicadeza de haber mantenido el motivo de vuestro viaje y el destino de vuestro fin de semana en la más entera confidencialidad. Podéis creerme cuando os digo que vuestra confianza será recompensada. Celebro que el nuevo proyecto que queremos poner en marcha os haya interesado...

—¿Qué nuevo proyecto, Arthur? —preguntó Alberto quien, o tenía más confianza con Arthur que los demás o menos que perder, ya que era el único de los presentes que no era empleado suyo en ese momento—. Yo no sé los demás, pero a mí nadie me ha dicho nada sobre

un nuevo proyecto —añadió, mirando a todos los invitados, quienes asentían pidiendo también tímidamente una explicación.

Arthur Flynn sonrió y pidió calma levantando las manos.

—No te preocupes, Alberto, para eso estáis aquí este fin de semana, para aprender todo lo relativo al proyecto. Quiero hacer una reestructuración de la empresa, y los detalles de eso y mucho más os los daré a lo largo del fin de semana. Ahora mismo no necesitas saber nada más.

Arthur cogió dos copas de champán que le acercó Ignacio en una bandeja, dio una a Mario Cadensa y levantando la suya a la altura de la cabeza, invitó con el gesto a los presentes a hacer un brindis.

—Hablaemos de este proyecto y de los planes de futuro durante la cena, pero ahora brindemos. Gracias por haber venido, os aseguro que este va a ser un fin de semana que difícilmente olvidareis mientras viváis. ¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad! —respondieron todos a coro; un coro cohibido pero ansioso por las noticias que les aguardaban. Un coro de voces ambiciosas ante las posibilidades que Arthur Flynn les podía presentar.

La cena

Viernes

Sirvieron la cena en el comedor, que estaba junto a la gran sala diáfana de la chimenea. No había tabiques, muros ni puertas que separaran las estancias entre sí. La sala se abría al descomunal ventanal por el que ahora no se podía ver más que el reflejo de la fiesta que estaba teniendo lugar en el interior del refugio. La chimenea reinaba en el centro como en un foso cuadrado circunvalado por unos bancos tapizados con mullidos cojines de cuero blanco. La mesa de comedor estaba a un lado de la pared, entre el ventanal y la puerta de la cocina.

Se sentaron alrededor de la enorme mesa formada por una losa de madera de una pieza.

—Es una gran tabla de nogal de borde vivo con incrustaciones de cristal verde esmeralda para cubrir los defectos de la madera —explicó Arthur a Paula cuando se sentaron y esta le preguntó admirando la mesa.

Era tremendamente arriesgado poner una mesa tan rústica en un edificio tan contemporáneo, pero el efecto era impresionante, añadía calor y un toque campestre a una sala de colores pálidos y estériles. Arthur —o su equipo de arquitectos y diseñadores— había conseguido dar a su refugio la claridad y limpieza de la sala de operaciones de un hospital, pero con las cualidades acogedoras de una casa de campo inglesa.

Cuatro camareros servían la mesa bajo la estricta supervisión de Ignacio. Los cuatro eran jóvenes, no sobrepasaban los 25 años, y eran muy apuestos. De hecho eran exageradamente guapos; más que camareros parecían modelos o estríper que en cualquier momento fueran a quitarse la ropa y comenzar su baile para salpimentar la velada. Los jóvenes servían la mesa con una eficiencia y rapidez perfectamente coreografiada, siguiendo las discretas instrucciones de Ignacio, que oficiaba como director de orquesta.

—No he podido evitar observar —empezó a decir Lorena, dirigiéndose a Arthur en cuanto el servicio hubo desaparecido por la puerta de la cocina después de haber servido la crema de bogavante— que todo el servicio que tienes contratado son hombres. ¿El cocinero también es un hombre?

El sonido de las cucharas cesó al instante y se hizo un incomodísimo silencio.

Lo que probablemente era un lamentable intento de hacerse la graciosa y abrir una línea de conversación, pareció ser un insulto de mal gusto al anfitrión que había quedado suspendido en el ambiente como una densa niebla.

Lorena sonreía, aunque la sonrisa resultaba, a cada interminable segundo que tardaba Arthur en contestar, más forzada y dolorosa.

Arthur se limpió la boca con la servilleta antes de contestar.

—Querida Lorena... el cocinero también es un varón. ¿Quieres que te acompañe a la cocina para que puedas devorarlo con la mirada, como has hecho con los jóvenes camareros?

Ahora era el turno de Lorena de limpiarse la boca con la servilleta, aunque todavía no había probado la cena; posiblemente lo hizo para borrar su sonrisa forzada, que en ese momento estaba de más.

—No, claro que no, Arthur. Gracias. Pero como abogada tuya, tengo que asesorarte para evitarte problemas por no seguir las leyes de igualdad en el ámbito laboral —dijo levantando una ceja y mirando a Arthur con una sonrisa retadora, dando a entender que estaba de broma, o al menos medio de broma.

Arthur no le vio la gracia. Se la quedó mirando con una cara de desprecio y repugnancia que sorprendió a los presentes.

Arthur Flynn era conocido por su educación y su simpatía. Era el pináculo de la buena presencia y los buenos modales, y verle aquí, en su propia casa y con tantos invitados a la mesa, castigando a uno de sus comensales con una mirada fulminadora, hacían difícil creer que se tratara de la misma persona que todos conocían de dos años atrás.

Miró a Lorena con tal desprecio que le cortó la sonrisa de golpe. Esta se irguió en su silla y buscó una vez más refugio en su servilleta.

—Te recuerdo que estás en mi casa, como invitada. Esto no es una reunión de empresa y lo que hago en mi casa y a la gente que busco para que me hagan la velada más placentera con mis amigos es asunto mío. Si te disgusta que no haya ninguna camarera ni cocinera en la empresa de catering que he contratado para entretenerte este fin de semana...

Lorena, con la cara encendida y colorada por la reprimenda, levantó las manos en señal de tregua.

—Arthur, solo era una broma. No te lo tomes así, trataba de romper el hielo con un comentario gracioso.

—¿Sabes qué es lo que sí resultaría muy gracioso? —Arthur dibujó una sonrisa cruel en su cara y, apoyándose sobre la mesa para acercarse a Lorena, añadió—: que te fueras de mi casa ahora mismo, cogieras tus cosas, te metieras en tu coche, y tú y tu falta de sentido del humor, nos dejarais en paz este fin de semana.

Se podía oír hasta el crepitar de la chimenea, que estaba a diez metros de distancia de la mesa.

Nadie en la mesa se atrevía ni siquiera a respirar.

Sandra se pasó la mano por el vientre, como hacen las mujeres embarazadas cuando sienten a su bebé moverse, pero en su caso lo que se movían eran sus tripas por lo violento de la situación.

—¿Sabes qué? —contestó Lorena, cavando aún más profunda su propia tumba—, si me despidas por esta estúpida razón, te buscarás serios problemas.

—No te estoy despidiendo. Espero que el lunes te presentes en la oficina a las 8:30, ni un minuto más tarde. Solo te estoy diciendo que esta es mi casa, estamos de celebración y no me gusta que mis invitados me insulten.

Lorena miraba a Arthur sin dar crédito a sus oídos. Sus ojos se movían con rapidez como tratando de descifrar un código escondido en las facciones de Arthur, pero sin encontrar respuesta.

—Arthur, ya ha empezado a helar y la carretera, a estas horas, debe de ser una pista de patinaje. No creo que sea prudente... —dijo Mario Cadensa, tratando de hacerle entrar en razón.

Arthur pareció despertar de un trance y, con una sonrisa amable, contestó:

—Por supuesto, querido. ¿Cómo iba a dejar que Lorena se fuera y nos privase de su presencia? Era una broma. ¡Vamos uno-uno, Lorena! —añadió, soltando una risa forzada que obligó a los demás a reír con él. La risa sirvió para aliviar la tremenda tensión creada en la sala. Lorena también rio, o al menos lo intentó; luego cogió su copa de vino con manos temblorosas y se la terminó de un desesperado trago.

Los Postres

Viernes

La cena transcurrió con relativa normalidad. Arthur lideró la velada sacando temas de conversación en los que los comensales se sentían cómodos participando. Todos menos Lorena, que continuó sentada asintiendo y sonriendo agriamente, sin apenas soltar un momento su copa de vino.

La cuadrilla de camareros sirvió el postre y el café antes de desaparecer por la puerta de la cocina, momento en el que Arthur se puso de pie y esperó en silencio pacientemente a que Ignacio terminase de servir el porto y el coñac y saliera de la sala.

Los presentes enmudecieron y miraron a Arthur expectantes.

No era necesario que hiciera tintinear la copa con una cucharilla como hacen en las bodas de pueblo para pedir silencio. Era el momento que todos llevaban esperando desde que recibieron la invitación a venir. Las conversaciones que habían tenido durante la cena, las risas y las historias, habían sido superfluas; lo que todos tenían en mente en todo momento, y lo único que les importaba, era saber para qué les había convocado Arthur.

Había llegado el momento de satisfacer tanta curiosidad.

—Gracias, queridos, por haber venido aquí a pasar conmigo este fin de semana. Sé que tenéis una idea preconcebida de la razón por la que os quería tener aquí juntos. Obviamente no era solo porque necesitase la compañía de nueve personas para esquiar el fin de semana —dijo con una sonrisa que produjo alguna risa nerviosa—. Lorena ya os ha anticipado a alguno, con su habitual discreción, que he revisado mi testamento... —dijo dirigiendo una sonrisa a la abogada.

Lorena trató de desmentir diciendo que ella jamás había dicho nada, pero Arthur levantó una mano perentoria haciendo callar a la abogada al momento.

—Aunque todavía me siento con fuerza y vitalidad como para vivir muchos años más —continuó hablando—, en previsión de cualquier eventualidad, quiero dejar todos mis asuntos y cuentas en orden antes de dejar este mundo.

Los invitados se miraron entre sí. Estaban nerviosos y se movían excitados en sus asientos. Cada uno de ellos se preguntaba qué es lo que Arthur les habría reservado, y miraban a los demás midiendo el nivel de cercanía que tendrían con Arthur, y qué lugar ocuparían a la hora de repartir el botín que era su fortuna.

Sonia era la que parecía más impaciente pero menos entusiasmada con la previsión de repartir dicha fortuna. Sonia, al ser la hija de la difunta hermana de Arthur, era el único familiar vivo conocido que tenía el señor Flynn, y, por tanto, habría esperado ser la única heredera del magnate. Arthur había colocado, dos años atrás, a su marido Valentín al timón de su empresa, y ambos habían pensado que era un gesto claro de que pensaba dejar su empresa y todos sus activos a Sonia y a Valentín. Pero ahora parecía que todas estas aves de rapiña estaban ahí para tratar de arañar lo que pudieran de lo que debía ser suyo por derecho de sangre.

—No penséis que lo que pretendo es leeros mi testamento para que podáis empezar a dividiros todo. No, siento desilusionaros. Para eso, me temo que tendréis que esperar hasta que me muera —dijo Arthur interpretando correctamente la excitación general—. El contenido de mi testamento solo lo conoce Lorena, que es quien me ha ayudado a redactarlo, y está pendiente de un pequeño fleco que ella me ha hecho notar y que subsanaremos el lunes —dijo señalando con la mano abierta a la abogada, que se pavoneó sobre su asiento como el alumno al que el profesor acaba de señalar delante de toda la clase por haber sacado la mejor nota.

—No tratéis de sonsacarme información sobre el testamento, puedo aseguraros que me llevaré el secreto a la tumba —dijo Lorena a Paula y a Fermín, sentados a su lado, lo suficientemente alto como para que todos los demás la pudieran oír en un nuevo intento de hacerse la graciosa.

—Eso os lo puedo garantizar yo... —añadió Arthur, funesto.

Un escalofrío recorrió la espalda de Lorena. Le dio la extraña sensación de que acababa de oír a un juez dictaminando su sentencia de muerte.

Arthur pareció regocijarse con el cambio de actitud de Lorena y del resto de los comensales. Sonrió para sus adentros y comenzó a andar lentamente rodeando la mesa mientras continuaba con su discurso.

Arthur era una persona acostumbrada a hablar en público. Era muy bueno. «Sabía» que era muy bueno. Transmitía cercanía con su voz profunda y aterciopelada. Jugaba con la entonación, la velocidad de las palabras, las cuales a veces ralentizaba a su gusto para dar mayor efecto, y que acompañaba con los movimientos perfectamente medidos de sus manos, que también parecían tener vida propia.

Estas se posaron sobre el respaldo de Lorena con suavidad, casi con cariño, y continuó:

—Quién heredará qué, lo veréis en su momento, creo que eso es realmente lo de menos. A mí, es lo que menos me preocupa. Pero el futuro de la empresa es algo distinto. Eso no puedo dejarlo en las manos equivocadas y no darle la continuidad que necesita. De nada habrían servido los sacrificios y las conquistas de Julio César si a su muerte sus herederos se repartieran Roma y sus tesoros pero no dieran continuidad al trabajo de una vida entera consagrada a su causa. El esplendor de Roma no había más hecho más que empezar. Julio, aunque sin haber sido emperador, había abierto de par en par las puertas a un imperio como jamás se había conocido antes. Pero estaba en las manos de los que dejaba atrás concluir el trabajo de una vida de lucha; lucha en las guerras en el extranjero y luchas internas en el senado.

Arthur guardó un prolongado silencio mirando ensimismado el sobredimensionado cuadro con su retrato que presidía la sala. Aprovechó el estudiado silencio para desplazarse silenciosamente hasta su silla, a la cabeza de la mesa, dejando que sus palabras calasen y fuesen digeridas antes de proseguir con su discurso.

—Os he hecho llamar a todos vosotros, mis más allegados amigos, para preparar mi bajada del estrado y para que vosotros seáis los actores que vayan a llevar a cabo la continuación de la obra. El martes que viene hará exactamente cinco años desde que constituimos Urban Co. y todos vosotros habéis formado parte de esta empresa desde el principio...

Valentín lanzó una mirada a Alberto y abrió la boca para recordar que él había empezado con todos, pero que luego había abandonado el barco cuando vino la primera dificultad. Sin embargo cerró la boca decidiendo sabiamente que era mejor no contradecir al jefe.

—Yo, por motivos personales —continuó el señor Flynn—, me he visto obligado a ausentarme del día a día los últimos dos años, y he comprobado que durante mi ausencia del negocio, la empresa no solo no había disminuido su volumen de ventas y rendimiento, sino que

lo había quintuplicado...

El grupo, entusiasmado con el reconocimiento, rompió en un caluroso aplauso que Arthur rápidamente apaciguó levantando las manos pidiendo silencio.

—Yo soy un hombre soberbio, no hay ningún secreto en ello...

—¡No, Arthur! Tú no... —interrumpió Valentín.

Arthur sonrió su gracia con una cansada sonrisa y continuó:

—Soy un hombre soberbio, es cierto. Pero lo que no me considero es un hombre tonto. He seguido de cerca la evolución de la empresa y las decisiones que cada uno de vosotros habéis tomado. También las decisiones que habéis tomado trabajado en equipo para hacer que nuestro barco flotara impasible sobre las olas a través de tormentas y mareas. Me gusta lo que habéis hecho y creo que podéis hacer llegar a la empresa al siguiente nivel sin mi ayuda.

Arthur volvió a hacer uno de sus dramáticos silencios donde la emoción podía palparse en el ambiente.

—He hablado con algunos inversores internacionales y vamos a recibir una inyección de capital de varios miles de millones de euros para convertir Urban Co. en la primera empresa mundial en dirigir íntegramente el tráfico y las comunicaciones de una ciudad.

Un pequeño murmullo y algún sonido de exclamación discurrió excitado entre los comensales de un lado al otro de la mesa.

Arthur miró satisfecho la reacción de los oyentes.

—Eso... eso ¿significa lo que yo creo? —preguntó Chus.

—Exacto. Después de muchas negociaciones con el Gobierno Central y con el Ayuntamiento de Madrid, nos han adjudicado el proyecto más ambicioso de la era moderna. A partir de enero de 2030 no se permitirá el tráfico de vehículos de conducción manual en la capital. Todos los vehículos serán eléctricos y controlados por el servidor central de Urban Co. Se acabaron los semáforos, los atascos, las multas por velocidad, los accidentes de tráfico. A partir del 1 de enero de 2030 los volantes habrán pasado a la historia, y seremos nosotros los que controlemos el tráfico de la ciudad... o debería decir *vosotros* seréis los encargados del tráfico de la ciudad. Dado el éxito que habéis tenido en la dirección de la empresa en estos dos últimos años sin mí, he decidido quedarme en un segundo plano y dejaros hacer. A partir de hoy ya no ocuparé ningún puesto en la empresa. Seré únicamente el principal accionista y, por supuesto, estaré a vuestra disposición si necesitáis mi ayuda en cualquier momento.

La noticia obró entre los presentes como una carga de profundidad. Se revolviéron nerviosos y se miraron unos a otros, pero nadie se atrevió a decir nada. Se hacían cargo perfectamente de la transcendencia de la noticia que acababan de recibir: la empresa iba a pasar a la historia como la principal empresa tecnológica, dejando pronto a empresas como Oracle, Apple y SAP en un segundo plano, y ellos iban a ser los socios fundadores de lo que sería sin duda el mayor boom bursátil de la historia.

Valentín y Sonia, aunque decepcionados por haber oído que tendrían que compartir su herencia con los parias que tenían a su alrededor, entendían que la empresa, de la que Valentín era director general, pasaría a ser, de la noche a la mañana, casi veinte veces mayor. Valentín miró de reojo a Sonia y apretó su mano para mostrar discretamente su excitación sin que nadie más pudiera notarlo. Llevaba esperando este momento mucho tiempo. Había estado trabajando todo este tiempo como director general de Urban Co., pero pensaba que había demostrado con creces, en estos dos últimos años en los que Arthur había desaparecido, que él debía de ser el presidente de la empresa. En cuanto la noticia de la adjudicación del tráfico de Madrid llegara a los periódicos, Urban Co. se convertiría en el foco de atención empresarial a nivel mundial, y

Valentín vería su foto en todos los periódicos del mundo.

Chus pensó que por fin vería recompensada su idea; a fin de cuentas, la idea de Urban Co. fue suya; también fue él mismo quien diseñó el programa. La empresa era realmente él, ¿debería ser suya! Se había sentido engañado, casi robado, todos estos años viendo a Arthur enriquecerse, y al relamido fanfarrón de Valentín endiosado por el único logro en su carrera: haberse casado con la sobrina de Arthur. Los demás, quien más y quien menos, habían recibido una participación de la empresa que realmente le pertenecía a él. Pero ahora sería diferente... Él había ideado el proyecto de «La ciudad inteligente», se lo presentó inicialmente a Mario Cadensa, pero este le había ninguneado, llamándole despectivamente soñador y tarado, y que lo que debía hacer era centrarse en su trabajo. Pero un día, Chus se armó de valor y le envió a Arthur un *email* con su idea para transformar una ciudad moderna en una ciudad libre de emisiones, de atascos y de accidentes.

Chus pensaba que se habría olvidado del proyecto, o que ni lo había leído. Se lo envió en noviembre de hace dos años, y cuando Arthur desapareció en enero Chus dio su proyecto por olvidado y asumió que jamás vería la luz del día.

Ahora volvía Arthur y también su proyecto. ¡Todo! La planta de producción de vehículos eléctricos en Valladolid de la que Arthur era accionista, la reestructuración y adecuación de la planta de Coslada para producir las unidades centrales. ¡No podía creérselo! Y encima Arthur se bajaba del estrado. ¿Qué es lo que tenía pensado para él? Algo muy grande, sin duda.

Arthur volvió a hablar despertando a todos los presentes de sus sueños de grandeza.

—He decidido que Mario Cadensa ocupe mi puesto como director general y Alberto Castañeda pase a ser el presidente de Urban Co., siempre y cuando acepten el nombramiento, claro está. Lorena ha traído los contratos y los podéis estudiar tranquilamente este fin de semana.

La noticia cayó sobre la mesa como la detonación de un cartucho de dinamita.

Parecía como si los comensales se hubieran quedado congelados. Nadie se movió, nadie dijo nada.

Fue Paula la primera que se movió, pero solo para cerrar rápidamente la boca que había dejado por un momento vulgarmente abierta. Nadie se había esperado esa noticia, ni siquiera Alberto, que era muy posiblemente el más sorprendido de todos.

—Arthur... es una broma, ¿verdad? ¿Por qué...? —prorrumpió Valentín.

—Tranquilo, Valentín —le interrumpió Arthur hablando en tono paternalista, acercándose él con paso lento y tranquilo—. Tenemos que aprender todos de nuestras debilidades y conocer bien cuáles son nuestras fortalezas. Yo estoy apartándome del día a día de la empresa porque hay otros que lo hacen mejor que yo. Tenemos que pensar en el bien mayor, no en nuestros egos. Tú deberías hacer lo mismo.

—¿Qué voy a hacer entonces? —contestó Valentín formándosele un nudo en la garganta que le obligó a tragar dos veces antes de continuar—. ¿Me estás despidiendo?

—No, Valentín. Quiero que vuelvas a vender, que es lo tuyo. Es lo que se te da bien. Pero eso lo dejo en manos de Alberto. Él es quien decidirá qué puesto debe ocupar cada uno. Este fin de semana quiero que os lo toméis como un *Team Building* y también como un fin de semana de meditación para pensar en vuestro futuro y en el de la empresa. Quiero que busquéis el bien común, no el particular. Todos ganareis mucho más de lo que jamás habéis soñado, eso os lo puedo asegurar; ahora lo que necesitáis es valorar con mente abierta y mucha humildad cómo llevar a cabo esta nueva empresa.

Valentín no parecía muy contento. «¡Humildad! ¡Arthur Flynn nos va a dar ahora lecciones de humildad!», pensó para sus adentros.

Sonia se había cruzado de brazos y miraba la decoración del techo de la sala para evitar tener que mirar a los ojos a nadie, y menos aún a su tío, a quien podría arañar la cara y sacarle los ojos en ese momento. ¿Cómo podía haberle hecho algo así? ¡A su única sobrina!

Arthur miraba a todos, pero en especial a Sonia y a Valentín, con las cejas enarcadas y las manos abiertas como pidiendo comprensión y aceptación. Pero no encontró ninguna de las dos.

—¿Puedo pedirlos por lo menos un fin de semana antes de que contestéis o hagáis juicios sobre mi decisión?

Nadie dijo nada y el movimiento de asentimiento se hizo de rogar, pero al final fue generalizado.

Algunos estaban entusiasmados, otros defraudados, pero todos atónitos con las nuevas noticias.

Primera noche en el refugio

Viernes

Arthur se dejó caer de nuevo sobre su silla a la cabeza de la mesa.

Parecía cansado, aparentando por una vez en su vida su verdadera edad. El discurso había absorbido toda su energía y le había dejado tremendamente fatigado.

Nadie dijo nada.

Nadie se atrevía a levantar la vista del mantel.

Las palabras de Arthur todavía flotaban sobre la mesa.

Ignacio apareció sin hacer ruido, sin que nadie sintiera su presencia. Se colocó junto a Arthur con el abrigo colgando del brazo, de la misma manera que momentos antes lucía el lito blanco mientras servía la mesa. Carraspeó discretamente para llamar la atención del anfitrión.

—Con su permiso, señor Flynn, voy a llevar al servicio de vuelta a Baqueira.

—Claro, Ignacio. Claro. Gracias —otorgó Arthur con un gesto de la mano.

—Estaré de vuelta en cuarenta y cinco minutos. He dejado el coñac junto a la chimenea y me he permitido la libertad de acercar el carrito del licor por si alguno de sus invitados quisiera algo diferente.

—Eres muy amable, Ignacio. Gracias. Ve con cuidado, por favor; seguro que hay capas de hielo en la carretera.

—¿No ha empezado otra vez a nevar? —preguntó Mario Cadensa—. Seguro que el servicio podría quedarse a dormir aquí. Además, ¿no necesitará Ignacio otra vez su ayuda mañana? Tienes espacio de sobra en la casa.

—La nieve ha parado. Ahora hay una luna espléndida. Mañana a mediodía llegará la gran tormenta y todos querrán estar en sus casas. Ignacio es más que suficiente para ayudarnos este fin de semana con las comidas. ¿Verdad, Ignacio? Lo ha hecho muchas veces antes.

—Me honra con su confianza, señor —dijo Ignacio con una breve inclinación de cabeza.

Sandra miró hacia los grandes ventanales cuando Arthur dijo que había escampado, al otro lado de la ventana, una luna naranja de tamaño descomunal asomaba por el perfil de las escarpadas montañas.

—¡Mirad! —dijo—, ¡no creo haber visto una luna más grande en mi vida!

Arthur sonrió y se levantó de la silla.

—¿Por qué no pasamos al salón y así podemos contemplar la vista con una copa en la mano?

Se levantaron de la mesa al tiempo que Ignacio salía por la puerta en compañía del cocinero y los cuatro dioses griegos que les habían servido esa noche como camareros.

Arthur bajó la intensidad de la luz hasta que prácticamente solo estuvieron iluminados por la luz de la chimenea. En cuanto sus ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, la luz de la luna y su reflejo sobre la fina capa de nieve recién caída iluminaron la imponente vista del valle.

El efecto de esta luz y el chisporrotear de la hoguera parecieron relajar los ánimos de todos

mientras se fueron acomodando en los sofás alrededor del fuego.

—Imagino que habréis visto el programa que tenemos preparado para este fin de semana —comentó Arthur en un tono más informal—. Hemos tenido que hacer algunas variaciones, la idea inicial era hacer fin de semana de esquí, pero con la poca nieve que ha caído hasta ahora este invierno eso va a ser imposible.

—Había oído que mañana con la tormenta iba a caer cerca de un metro de nieve —dijo Paula—, ¿no podremos esquiar un poco, aunque solo sea el domingo? ¡La nieve estará estupenda!

Arthur sonrió paternalmente al entusiasmo de Paula. Sabía la pasión que tenía la joven por el esquí; esa era una de las muchas razones por las que le gustaba tanto esa chica.

—Me temo que no, querida. Desgraciadamente la ventisca que se espera será demasiado violenta: se esperan vientos de más de 100 km/h mañana por la tarde y dicen que no amainará hasta bien entrado el domingo.

—Pero... ¿no nos quedaremos incomunicados? —preguntó Sandra, sin poder evitar que le temblase un poco la voz.

Arthur rio antes de contestar.

—Sí, pero no te preocupes, eso ocurre todos los años. Tenemos existencias para mantenernos bien nutridos e hidratados durante los próximos tres meses. Tenemos leña para todo el invierno en el cobertizo; y la cocina, no solo es de gas, sino que además está dotada de una parrilla de leña. Estaremos bien, no te preocupes. Esta zona está acostumbrada a recibir grandes nevadas durante el invierno y te aseguro que el lunes por la mañana los servicios de carreteras habrán retirado la nieve.

—Yo no he visto el programa, Arthur —dijo Lorena con una copa de pacharán en la mano y arrastrando torpemente las palabras—; si viene esa terrible tormenta y no vamos a esquiar, ¿qué plan tienes preparado para nosotros este fin de semana?

—Yo he echado un ojo al programa, y he visto aquello del salto en paracaídas desde un helicóptero... —dijo Alberto—. Supongo que se trata de una broma, ¿verdad? Especialmente con el temporal que se avecina; no habrá un solo pájaro en el cielo, menos aún un helicóptero.

Se escaparon algunas risas nerviosas.

Chus se levantó y se sirvió unos hielos en la copa. Tomó la botella de whisky que le ofrecía Alberto y se sirvió nervioso, derramando la mitad sobre la alfombra de Arthur.

—¿Salto en paracaídas...? Supongo que es una broma, ¿verdad, Arthur? —preguntó acercando el borde del tembloroso vaso a sus labios antes incluso de haber terminado de hacer la pregunta.

—No os preocupéis. Mirad por la ventana el tiempo tan apacible que tenemos. Seguirá así hasta el mediodía de mañana, que es cuando empezará a cambiar, y para entonces ya estaremos de vuelta en el refugio. Había programado que el helicóptero nos llevara mañana a la cima del Aneto para esquiar fuera de pista, pero como no lo podremos hacer, el piloto me dijo que si éramos lo suficientemente valientes podíamos hacer un salto con paracaídas desde el helicóptero en lugar de esquiar.

—¡Pero eso es una locura! —exclamó Valentín. Y queriendo hacer constar que tenía conocimientos de salto de paracaídas a nivel de experto, como de absolutamente todo lo demás, añadió—: Esos saltos se hacen en tándem con un saltador paracaidista experimentado que te lleva atado a sí mismo con un arnés. No puedes hacer *skydiving* desde un helicóptero. Eso es imposible.

Sonia, que estaba sentada en el reposabrazos del sofá junto a su marido, explicó orgullosa al resto de la concurrencia que Valentín había hecho un curso de caída libre en la escuela de

aviación y deportes de aventura de Santi Petri.

—Siento llevarte la contraria, Valentín, pero sí que se puede hacer caída libre desde un helicóptero —dijo Fermín, que sentía un cosquilleo de satisfacción cada vez que le llevaba la contraria a Valentín—. Como sabes, hice la mili en la Brigada Paracaidista, y recuerdo que en unas maniobras en Alcantarilla el grupo de operaciones especiales estaba haciendo saltos manuales de prácticas desde un helicóptero a gran altura.

—¿Tú saltaste? —preguntó Chus asombrado, añadiendo un nuevo punto a la gran admiración que ya sentía por Fermín. Chus no conocía a nadie que hubiera hecho la mili, y menos aún a alguien que hubiera ganado alguna medalla en lanzamiento de peso. Fermín era para él una especie de Supermán a la española. ¡Súper López!

—¡No, hombre! ¿Te crees que estoy loco? —contestó Fermín, desilusionando a Chus.

Arthur parecía disfrutar con la discusión que se había generado en un momento.

—No os preocupéis, es mucho más sencillo de lo que os podáis imaginar. Será un salto automático, con lo que no hace falta saber nada sobre paracaidismo. En cuanto saltas del helicóptero, el paracaídas se abre y listo. Tengo un vídeo que me ha proporcionado el piloto para que sepamos qué es lo que nos espera, y ha dejado aquí los paracaídas para que nos familiaricemos con ellos mientras escuchamos las instrucciones. ¿Qué me decís? —Arthur se levantó y accionó un interruptor que hizo que bajara una pantalla del techo cubriendo la pared, como si fuera una enorme sala de cine—. Por lo menos no os vais a negar a ver el vídeo... y luego, si hay algún cobardica que no quiera saltar, se puede quedar en el refugio a esperar a los demás y perderse la mejor experiencia de su vida.

En cuanto se acomodaron todos en los sillones, Arthur encendió el proyector.

El vídeo era realmente interesante. Empezaba con explicaciones generales sobre los diferentes tipos de paracaídas dependiendo del tipo de salto que se fuera a efectuar. Luego, con música de acción y con unas buenas tomas, el vídeo mostraba con todo lujo de detalles cómo un grupo de jóvenes saltaban por primera vez de una avioneta a una altura de trescientos metros. La calidad del vídeo era estupenda, y obró como una inyección de adrenalina en los telespectadores. Por último, Arthur enseñó un vídeo corto grabado por el propio piloto mostrando el helicóptero en el que saldrían mañana, y dio unas instrucciones básicas de seguridad, explicando cómo deberían efectuar el salto al día siguiente.

En cuanto terminó el vídeo, Arthur apagó el proyector y plegó la pantalla.

El grupo entero seguía en total silencio, absortos en lo que acababan de ver.

—¿Qué os ha parecido? ¿Alguna pregunta?

Valentín fue el primero en despertar de la hipnosis y romper el silencio.

—¡Fantástico! ¿A qué hora salimos?

Arthur asintió a su entusiasmo.

—A las 5:00 de la mañana saldremos de aquí; Ignacio tendrá café y tostadas preparadas desde las 4:30.

—¿Desde qué altura saltaremos?

—Poco menos de 300 metros. No es tan alto, ya verás. Te aseguro que una vez que saltes y sientas la fascinante sensación de flotar en el aire y ver la imponente vista del amanecer entre estas cumbres, desearás haber saltado desde el doble de altura.

—¿Hará mucho frío? —preguntó Paula, siempre friolera. Ella, sin ser la bombilla más brillante de la empresa, de cuando en cuando tenía sus momentos de lucidez y salía con preguntas realmente acertadas. Esta vez no era el caso.

—No te voy a engañar, Paula. Sí. Va a hacer *mucho* frío. Pero por eso vamos a ir bien

equipados. Venid, ayudadme a traer los equipos y os enseño todo. Llevaremos cascos integrales para evitar el latigazo del viento y del frío. Y unos monos térmicos, así no notareis los -30°C que tendremos mañana allá arriba.

—¡-30°C! —exclamó Sandra.

—Exacto. A pie de montaña se esperan entre -10° y -15°, pero en el aire, a 300 metros de altura, nos encontraremos fácilmente con -30°C.

Siguieron a Arthur fuera de la casa hasta el garaje donde estaban los coches aparcados. Dentro había un trastero. Arthur encendió la luz y empezó a sacar los equipos y pasárselos al resto.

—Hay solo nueve equipos —dijo Chus, esperanzado—. Si no hay equipos para todos, no os preocupéis, me puedo quedar yo en el refugio a esperarlos. Me he traído un buen libro y estaré entretenido.

—Me temo que de esta no te libras, Chus —dijo Arthur—; hay solo nueve equipos ya que Mario Cadensa no puede saltar. Hasta que no tenga su operación de angioplastia en febrero, no puede saltar ni desde un bordillo. No te preocupes, tenemos un equipo para ti.

Mario sonrió aliviado de tener la excusa perfecta para perderse un plan que no le habría apetecido lo más mínimo con veinte años, y mucho menos aún cuarenta y tantos años más tarde.

—Sí, Chus. Gracias. Pero vosotros jóvenes podéis ir a hacer el indio. Yo a mis años no estoy para esos trotes.

—¿Pero no tienes la misma edad que Arthur? —preguntó Valentín.

—Sí, Valentín. Dios ha dotado a unos con aptitudes físicas, a otros con inteligencia. Yo mañana me quedaré inteligentemente aquí a esperarlos.

Ignacio llegó de vuelta de llevar al resto del servicio al pueblo con el Range Rover de Arthur cuando salían todos del garaje portando los aparatosos equipos. Les pidió que los dejaran en el suelo y él se encargaría de llevarlos dentro, pero Arthur insistió en que cada uno era responsable de su propio equipo y que deberían de hacerlo ellos mismos sin la ayuda de Ignacio.

No tardaron mucho y cada uno colocó su paracaídas junto a la pared de la entrada.

Una vez entraron todos al refugio, Arthur dio las buenas noches y se retiró a su habitación.

La niña

Viernes

El refugio

—Un momento —interrumpió Mario cuando se disponían a irse a sus habitaciones para dormir —, el aeródromo me envió esta mañana los documentos de exención de culpabilidad en caso de que ocurriera un accidente. Además, gracias a que Lorena siempre trata de meternos miedo con litigios y posibles demandas, he redactado un documento en el que cada uno de los que saltarán mañana, atestiguará que suben al helicóptero voluntariamente y que el salto con paracaídas es un evento que no está relacionado en absoluto con el trabajo y por tanto exculpan a Arthur Flynn y a Urban Co. de cualquier posible accidente.

—Con tanto papeleo y tanta firma nos vas a hacer creer que nos estamos alistando a una misión suicida —dijo Fermín poniendo su manaza encima del documento y garabateando su rúbrica.

—Si me preguntas, te diré que eso es exactamente lo que creo que estás firmando —contestó Mario, y sacando el resto de las copias de la carpeta, se las pasó al resto de los presentes—. Por favor, sentaos y leedlos con calma.

—Por favor, Mario, no es necesario.... —contestó Valentín, devolviéndole los documentos sin ni siquiera mirarlo.

—Me temo que sí que es necesario. Arthur firmará cada uno de vuestros documentos confirmando que estáis en plenas facultades físicas y mentales, que habéis leído el documento y entendido lo que firmáis.

Valentín volvió a coger el documento y se sentó en el sofá junto a la chimenea donde todos se fueron sentando para leer el tostón de diez folios que había que firmar.

—Yo, si me disculpáis, tengo que ir a mi habitación a por las gafas —dijo Sandra, poniéndose de pie—. Hoy en día no puedo ver ni la punta de mi nariz sin ellas.

—¿Quieres que vaya contigo? —se ofreció Paula.

Sandra, en lugar de sorprenderse por el extraño ofrecimiento, pareció sopesarlo un momento.

—No, gracias. Será solo un minuto, ahora mismo vuelvo.

El pasillo de las habitaciones tenía la luz apagada, pero al final de este había otra ventana que llegaba desde el suelo al techo, como la de su habitación, y que iluminaba el pasillo lo suficiente como para no necesitar ponerse a buscar el interruptor de la luz. La nevada fuera había parado, las nubes se habían dispersado y luna llena se reflejaba sobre la nieve recién caída, ofreciendo un resplandor casi cegador.

Sandra sintió un ligero escalofrío por la espalda mientras se arrepentía de no haber aceptado la invitación de Paula. Nunca le había gustado la oscuridad. Aceleró el paso hasta que llegó a su habitación. Entró cerrando rápidamente la puerta y encendió la luz.

No es que tuviera miedo a la oscuridad como cuando era pequeña, pero esta todavía le hacía sentirse incómoda, y la penumbra del pasillo formaba unas sombras que prefería dejar atrás y no empezar a hacer sus cábalas mentales sobre qué es lo que podían ser y qué podía esconderse tras ellas, como hacía cuando era niña. Para ser exactos, no había perdido ese miedo infantil, sino que había aprendido a vivir con ello.

Se acercó en tres zancadas a la mesita donde había dejado sus gafas junto al programa, cuando de pronto le pareció ver por el rabillo del ojo algo moverse en la ventana.

Sandra se paró en seco e inconscientemente se llevó las manos al pecho.

«¡Qué tontería!», se dijo a sí misma.

Seguro que ha sido su propio reflejo. Estaban en lo alto de una montaña, sin acceso por carretera y fuera hacía ya casi -10°C. De haber algo ahí fuera, sería algún tipo de alimaña que se estaría pelando de frío.

«¡Basta ya de miedos de chiquilla, por Dios! ¡Que ya tengo treinta años!», se reprendió avergonzada de sí misma. Pero, aun así, se acercó a la ventana para asegurarse de que no había nada ahí fuera.

Al otro lado de la ventana no se veía nada, solo podía vislumbrarse la luna detrás de su propio reflejo, pero no se atrevía a acercarse más. No podía ver nada con la luz encendida, y desde fuera podrían verla perfectamente, si realmente hubiera alguien.

Juraría que había visto algo, pero ahora solo conseguía ver su reflejo.

Fue hasta el interruptor de la luz junto a la puerta y, al apagar la luz, su sangre se heló al instante.

Al otro lado de la ventana había una niña de unos cinco años con un vestido de colegio mirándola directa a los ojos.

El grito que se escapó del pecho de Sandra llegó nítido y perforante a la sala de la chimenea.

El resto de la concurrencia tardó un momento en reaccionar, se miraron un segundo unos a otros tratando de adivinar en sus caras qué es lo que había pasado. Entonces reaccionaron y salieron corriendo a socorrer a Sandra.

Cuando Alberto y Valentín abrieron la puerta de la habitación, Sandra seguía gritando aterrorizada de pie contra la pared junto a la entrada como pedaleando hacia atrás tratando de huir de los ventanales.

—Sandra, ¿qué pasa? —preguntó Valentín agarrándola de los hombros y mirándola a los ojos tratando de entender qué es lo que la había causado el terror.

Sandra levantó el dedo y señaló a la ventana.

—La... la ventana. He visto...

Arthur, que también había salido de su habitación alarmado por los gritos, se acercó a la ventana junto a Fermín. Los demás miraban desde el pasillo.

—Aquí no hay nada, Sandra —dijo Fermín—, ¿qué es lo que has visto?

Valentín y Sonia estaban ahora junto a Sandra, cada uno cogiéndola de una mano.

—Ahí... en la ventana. Había una niña —dijo señalando otra vez con un tembloroso dedo—, una niña pequeña vestida con uniforme de colegio mirándome desde el otro lado.

Historias del pasado

Viernes

El refugio

Sandra estaba nuevamente en la sala de estar, sentada frente a la chimenea.

Paula sostenía su mano, dándole consuelo. Lorena se había sentado junto a ella. Miraban con preocupación a Sandra e intercambiaban entre ellas intensas miradas de desconcierto.

Valentín le acercó un vaso de whisky con la torpe, pero bienintencionada, esperanza de que un lingotazo de licor pudiera ayudarla a recuperarse.

Sonia le quitó rápidamente el vaso.

—Trae, dame eso. No seas tan gañán. ¿Qué te has creído, que esto es una película del Oeste? Ve a nuestra habitación y tráeme el bote donde guardo mis pastillas para dormir.

Mario Cadensa cogió el vaso de whisky de la mesita donde lo había posado Sonia y se lo acercó a Arthur.

Arthur estaba apoltronado en un sillón con la vista perdida muy lejos de ahí; lejos al menos en el tiempo, porque su mente le había transportado a ese mismo lugar, pero dos años atrás, cuando toda la terrible pesadilla ocurrió.

—Toma, Arthur, bébete esto. Te sentará bien.

—¿Eh...? —dijo Arthur como saliendo de un trance o de un profundo sueño—. No, no gracias; estoy bien...

Pero estaba claro que no lo estaba.

Se levantó, miró a Sandra, que estaba sentada en el sofá custodiada por todas las otras mujeres como si fuera una guardia pretoriana. Abrió la boca para decirle algo, pero cambió de idea. Se dio la vuelta murmurando un «buenas noches» y se retiró a su habitación.

Mario cogió los documentos que había preparado para firmar e hizo amago de llevárselos a Arthur antes de que se marchase, pero viendo el estado lúgubre en el que se encontraba su viejo amigo, le dejó marchar.

—¿Qué le pasa? —preguntó Alberto sin entender bien la reacción de Arthur.

Mario le miró y luego miró a todos los demás, que esperaban expectantes una explicación.

—Es por lo del accidente de hace dos años. Su hija tenía seis años y llevaba puesto su uniforme de colegio tal como ha descrito Sandra a la niña que ha visto hace un momento.

—¿Qué accidente? —preguntó Paula.

Todos la miraron sorprendidos.

—¿Cómo que qué accidente? —exclamó Fermín—. ¿Tú no lees los periódicos? ¿No te has juntado nunca en uno de los corrillos alrededor de la máquina de café de la oficina?

—¿Dónde has estado estos últimos dos años? —continuó ahora Valentín con el interrogatorio, haciendo sentir a Paula cada vez más pequeña.

—Bueno, ¿por qué no en lugar de avasallar a Paula, le contáis qué es lo que pasó aquí con la familia de Arthur las navidades de hace dos años? —saltó Alberto en su defensa—. Yo tampoco conozco mucho los detalles de la historia, ya estaba fuera de la empresa y lo único que oí del accidente fue lo que contó la prensa, que tampoco fue mucho.

—Pues entonces sabes lo que todos: que Arthur se cargó a su esposa y a su hija en esta casa y salió de rositas alegando que había sido un asaltante al que jamás se encontró y del que no hubo pruebas que demostrasen su existencia —dijo Chus directo e insensible...

—Tanto como irse de rositas, no creo... —era ahora Mario el que hablaba—. Le tuvieron encerrado en la cárcel sin fianza dos meses hasta que se aclaró la situación y se probó su inocencia. No le recomiendo a nadie pasar por lo que ha pasado Arthur. No solo asesinan a tu esposa y a tu hija, sino que además te culpan como principal sospechoso del homicidio y te pasas dos meses, con todos sus días y sus noches, encerrado en la cárcel con la peor escoria del país.

—¿Encontraron al verdadero culpable?

—No..., no lo encontraron. Pero se demostró que no fue él y le sacaron de la cárcel.

—Imagino que con su dinero pudo pagarse los mejores abogados del país —añadió Paula.

—Muchas gracias —dijo Lorena simulando una falsa humildad.

Paula la miró confundida un segundo hasta que cayó en que ella era la abogada de Arthur, y no solo llevaba los temas fiscales y todo lo relacionado con sus empresas, sino que obviamente también fue ella quien le defendió en el caso del asesinato de su esposa. Lamentó regalar un piropero a esa desagradable señora, pero era demasiado tarde como para retirarlo.

—¡Es verdad! ¡Fuiste tú quién llevó el caso! Tú tienes todos los detalles. Cuéntanos. ¿Qué es lo que ocurrió realmente? —la animó Fermín acercando su silla hasta Lorena.

—Creo que no quedó nada claro que había sido en defensa propia —dijo Sandra tímidamente pareciendo que la conversación le había hecho olvidar el susto—. ¿Qué es lo que pasó al final, Lorena?

Lorena, disfrutando ahora de ser el foco de atención de la fiesta, se contoneó un poco antes de contestar y luego, haciendo un teatral ademán con la mano para restar importancia al asunto, dijo:

—No hay mucho que contar, o que *os pueda* contar, tenéis que recordar que soy su abogada y, como tal, el silencio profesional sella mis labios.

—¡Oh, vamos Lorena! Estamos entre amigos —suplicó Valentín convirtiéndose de pronto en su mejor colega. Se acercó al bar, cogió la botella de coñac de la que estaba bebiendo Lorena y rellenó su copa hasta el borde.

Lorena dio un largo sorbo al coñac sabiendo que todos estaban expectantes. Sostuvo el vaso con la palma de la mano y la movió agitando el coñac, sin apartar el codo de su cadera, tal y como había visto hacer a Lauren Bacall en esos viejos clásicos en blanco y negro. Lorena no se parecía en lo más mínimo a Lauren Bacall y, lejos de dar la imagen de sofisticación y autocontrol que tenía la actriz, parecía más bien como una mujer chaparrita y fornida con la mirada bizca por el exceso de alcohol que agarraba su copa con la misma gracia con la que un torpe camarero novicio sostendría una pesada bandeja con los platos sucios.

—La mujer fue asesinada. En la casa.

Esa información no desvelaba nada nuevo. Todos habían llegado a esa conclusión. Pero siguieron en silencio esperando a que Lorena continuara.

—Ese día, el del accidente, Arthur llegó al refugio bastante tarde. Tuvo una discusión con su esposa Teresa, por lo que despidió esa tarde al servicio, según las declaraciones de los empleados a la policía. A él no le gustaba discutir con la familia en público, y no era la primera vez que

mandaba al servicio fuera de la casa cuando su esposa estaba de humor batallador. Teresa había estado en casa con la pequeña, y en cuanto entró Arthur por la puerta, empezó a gritar.

—Lorena, no creo que sea apropiado discutir los hechos a espaldas de nuestro anfitrión —trató de pararla Mario antes de que hablase más de lo debido.

Mario era el mejor amigo de Arthur. Se habían conocido en la universidad, en Londres, y desde el momento en que se conocieron fueron inseparables. Él era el único de los presentes al que no le ataba únicamente una relación de trabajo con Arthur. Bueno, también existían los lazos de parentesco con Sonia, hija de la hermana de Arthur, pero nunca habían tenido relación sobrina-tío, hasta que murió su hermana y ella vino buscando trabajo para su marido.

—Vamos, Mario. Eso no es hablar a sus espaldas. Solo estamos tratando de conocer los hechos para poder entender mejor la situación y aquello por lo que ha pasado Arthur estos últimos dos años —dijo Valentín.

—Si son los hechos lo que estáis buscando, os los puedo decir yo: Arthur vino a casa y discutió con su esposa. Esa misma noche entró un hombre a robar. Amenazó e hirió a Arthur, y mató a su hija y a su esposa; luego se dio a la fuga. Detuvieron a Arthur como presunto asesino. Fin de la historia —sentenció Mario para acabar con la incómoda conversación.

—¿Qué quieres decir con «presunto asesino»? —preguntó Paula.

—Pues que cuando vino la policía encontraron a Teresa con diecisiete puñaladas en el cuerpo; al menos diez de ellas probaron ser mortales. No está mal para un chorizo de poca monta que entra a robar por casualidad, ¿no os parece? —dijo Fermín haciendo una vez más uso de su tacto y delicadeza.

Se quedaron en silencio mirándose unos a otros.

—Diecisiete puñaladas... —repitió Sandra como un lejano eco.

—Arthur también tenía varias puñaladas en su cuerpo, aunque de menor gravedad, y un disparo en la pierna.

—¿Y cómo diablos se supone que encontraron a Arthur inocente? ¿No había nadie más en la casa?

—No, solo Arthur, su esposa Teresa y Rebeca, la hija de seis años que también falleció, pero por herida de arma de fuego. No encontraron el arma y el juez dictaminó que un hombre había entrado en la casa, había tratado de amenazar a Arthur con asesinar a su hija a punta de pistola si no le daba en ese mismo momento medio millón de euros, pero Arthur no tenía más que unos trescientos en metálico y el hombre disparó a su hija. Él y su esposa trataron de detener al asesino entre los dos, pero este les disparó y se dio la fuga.

—Un... ¿hombre...? ¿Se encontró a ese hombre o el arma del crimen en alguna parte? —preguntó Sandra.

—Bueno, basta ya —atajó Mario poniéndose de pie y dando dos fuertes palmadas, como una maestra poniendo orden en el aula—. Todo el mundo a dormir, que tenemos que despertarnos muy temprano.

Fantasmas

Viernes

El refugio

Sandra se había olvidado por un momento de la aparición que había visto antes a través de su ventana. La conversación y la historia de lo que le había ocurrido a Arthur en esta misma casa la había intrigado tanto que se había olvidado por completo de la niña que había visto hacía tan solo unos minutos.

Al menos hasta que entró en su habitación y cerró la puerta tras de sí.

Se quedó un momento a oscuras con la espalda apoyada contra la puerta mirando a la ventana y aguantando la respiración para no hacer un solo ruido. La luna estaba ahora en lo alto y con el reflejo que producía sobre la fina capa de nieve que había caído, se podía ver perfectamente lo que había al otro lado del cristal.

Se acercó a la ventana con tiento.

No había señal de que pudiera haber una niña ahí fuera. Tampoco había señal de que jamás pudiera haber habido una niña ahí fuera. Frente al ventanal había un pequeño rellano de menos de un metro y, a continuación, una caída de muchos metros de altura hasta el fondo del valle, que ahora se podía ver de lejos como una imagen de postal tranquilizadora.

«Seguro que fue mi imaginación, ¿cómo va a haber una niña colgando del borde de un precipicio, sola en medio de la noche?», se recriminó a sí misma tratando de infundirse un poco de valor.

Volvió hacia la puerta y encendió la luz.

La habitación estaba tal y como la había dejado. Dentro no había nadie: ningún monstruo debajo de la cama, ningún fantasma escondido en el armario... Se puso el pijama y se preparó para ir a la cama. Tenía ahora la cabeza tan llena de todas las noticias que había oído sobre la muerte de la esposa de Arthur, que le iba a ser imposible conciliar el sueño. Sacó de su maleta el libro de misterio que se había traído de casa del que llevaba solo 75 páginas. Era demasiado entretenido como para haberlo dejado en Madrid abandonado un fin de semana entero y ahora se alegró tremendamente de haberlo traído. Encendió la luz de lectura de la cama y se acomodó para leer unos capítulos y así conciliar el sueño.

Buscó las gafas en la mesita de noche, pero enseguida recordó que con toda la conmoción se las había llevado Lorena al comedor y las había dejado sobre la mesita.

«¡Mierda!»

Tenía dos opciones: Una, quedarse en la cama, como una niña cobarde, y contar ovejas durante tres horas con la esperanza de quedarse dormida en el intento; o dos, salir de la cama, cruzar el pasillo hasta la sala de la chimenea, recuperar sus gafas y medio minuto más tarde estar de vuelta en su cama con las gafas puestas, dispuesta a disfrutar de unos capítulos del

maravilloso libro que tenía entre sus manos.

Decidió actuar como una mujer adulta, se levantó y se fue a recuperar sus gafas.

Las bisagras de la puerta de su habitación estaban bien engrasadas y no hicieron ni el más mínimo ruido. El pasillo estaba desierto y la luz apagada. Se quedó quieta un momento escuchando para ver si había alguien levantado. No quería que nadie la viera con su ridículo, aunque comodísimo, pijama de franela con estampado de muñecos de nieve.

Cruzó el pasillo de puntillas valiéndose una vez más de la iluminación que producía la luna a través de la ventana del fondo.

Cuando llegó a la sala de la chimenea, la luz de la luna no era suficiente como para poder encontrar sus gafas. Tanteó la pared de la entrada buscando el interruptor, pero sin perder de vista la sala. Cuando dio con la clavija, encendió la luz y, frente a ella, en medio de la gran sala, junto a la mesa del comedor, se encontró de nuevo con la niña de uniforme mirándola directamente a los ojos.

Esta vez, la niña tenía un cuchillo de carnicería en la mano.

Sandra sintió cómo se le helaba la sangre y se le erizaban los pelos de la nuca, como si hubiese sentido una fría descarga eléctrica.

Trató de gritar, pero el miedo había apresado su garganta y no consiguió emitir ningún sonido.

Se dio la vuelta tratando de huir de la niña, pero se tropezó con la mesa del comedor tirando dos sillas y parte de la vajilla que Ignacio habría dejado dispuesta para el desayuno de la mañana siguiente.

El alboroto causado por los platos y las tazas rotas tuvieron el efecto inmediato de sacar a todos los demás invitados de sus habitaciones.

Vinieron primero Valentín, Chus y Alberto corriendo. Después llegó Ignacio desde el otra ala de la casa. Pronto estuvieron todos nuevamente reunidos en la sala de la chimenea formando un círculo alrededor de Sandra.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Alberto acuclillándose en el suelo, frente a ella.

Sandra era incapaz de articular palabra. Apuntaba con su mano temblorosa hacia un punto incierto frente a ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ahora Mario—. ¿Qué has visto?

—La... la niña. He vuelto a ver a la niña, pero ahora estaba dentro de la casa. ¡Tenía un cuchillo!

Fermín, Mario y Alberto se miraron.

Finalmente fue Valentín el que habló poniendo voz al pensamiento de todos:

—Sandra, eso es imposible. Aquí no hay nadie más que nosotros. ¿No es verdad, Ignacio?

El mayordomo se apartó unos pasos en cuanto vio al señor Arthur Flynn llegar con el pijama puesto y el pelo revuelto, para dejarle pasar.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —preguntó Arthur viendo a Sandra en el suelo. Se acercó a ella, la cogió de la mano con delicadeza y la ayudó a levantarse—. Sandra, ¿estás bien? ¿Te has hecho daño?

—Dice que ha visto otra vez a la niña —le explicó Valentín levantando una ceja con sorna—, esta vez la niña además tenía un cuchillo.

Arthur no pareció encontrar gracioso el comentario de Valentín. Le atravesó durante un larguísimo segundo con la mirada. Después acompañó a Sandra hasta la entrada de la cocina e Ignacio, siguiendo las instrucciones de Arthur, la invitó a entrar y le sirvió una copita de oporto en la mesa de la cocina.

—Por favor, siéntese conmigo y explíqueme qué es lo que ha pasado —le pidió Ignacio, que se sirvió un dedal de oporto y se sentó a la mesa junto a Sandra, aprovechando la intimidad de su feudo donde nadie osaría entrar a importunarlos.

Sin Sandra presente, Arthur volvió a preguntar al resto de los invitados qué es lo que había ocurrido. Valentín le explicó que había sido una nueva «aparición» que había sufrido Sandra.

—¿Alguien ha visto algo? ¿Alguien ha oído algo? —preguntó Arthur a la congregación, pero nadie respondió, solo Valentín hizo una mueca como diciendo que nadie más que los locos ven alucinaciones.

Cuando Sandra volvió de la cocina, mucho más calmada, escoltada por Ignacio, Arthur le pidió que se sentara.

—¿Qué tal te encuentras, Sandra? ¿Estás más relajada?

—Sí, sí. Gracias —confirmó tímidamente. El terror que padecía hace un momento se había mitigado sensiblemente después de los minutos que había pasado con el mayordomo en la cocina.

—Cuéntame lo ocurrido, por favor. ¿Qué es exactamente lo que has visto?

Sandra explicó cómo había vuelto al salón a por sus gafas para poder leer su libro en la cama —Paula le tendió las gafas en ese momento solícita, tratando de ser de ayuda— y se había encontrado a la misma niña de su ventana, aquí, en la sala de la chimenea.

Arthur, en lugar de asentir desinteresadamente a la historia, escuchaba consternado cada palabra que pronunciaba Sandra. En lugar de tratar de apaciguarla y decirle que era solo un mal sueño, se lo tomó muy en serio y le hizo preguntas concretas sobre el color del pelo de la niña y el uniforme que llevaba puesto.

—Tenía el pelo castaño claro corto, unos tres dedos por encima de los hombros. Llevaba la raya en medio, y sujeto por dos horquillas rojas, o rosa, tal vez. El jersey del uniforme era verde oscuro con un escudo... blanco, diría yo, a un lado del pecho. La falda era azul oscuro, y llevaba leotardos verdes del mismo color que el jersey.

Arthur escuchó atento —casi se podría decir que aterrado— a la descripción de la niña. Luego, sin abrir la boca, dio dos pasos hacia atrás, se dio media vuelta y volvió a su habitación.

Los demás esperaron un momento en silencio mirando extrañados el pasillo por donde se había marchado el jefe, esperando que volviera en cualquier momento. Pero estaba claro que no lo iba a hacer.

Después de un momento Valentín volvió a la carga:

—¿Y dónde está esa niña ahora? ¿Está... —dijo fingiendo un gesto de miedo mirando a un lado y a otro, obviamente mofándose de Sandra— ... aquí ahora mismo con nosotros? ¿Puedes verla?

Sandra no contestó. Era como si no le hubiera oído, pero Sonia sí que le había oído y no le veía la gracia. Le dio un tortazo en el brazo y le empujó.

—¡Cállate ya y vete a la habitación! —refunfuñó—. Vosotros también podéis marcharos —le dijo al resto de los hombres apremiándoles con aspavientos, como si estuviese espantando un rebaño de ovejas atolondradas.

Lorena y Paula se quedaron, aunque Sonia no les había dicho que se pudiesen quedar; hay un código interno en la delicadeza de una mujer que un hombre jamás llegará a entender. Las mujeres saben cuándo se necesita su apoyo, aunque solo sea el de su presencia, y también cuándo están de más.

Antes de retirarse Ignacio preguntó si podía preparar un té o café. Sonia se lo agradeció pero le pidió que se fuera a descansar.

El último en marcharse fue Chus, que había estado de pie mirando la escena desde el principio como un pasmarote sin saber cómo actuar. Farfulló un «buenas noches» y se retiró, como el resto de hombres, dejando a las cuatro mujeres solas frente a la chimenea.

Confesiones

Viernes

El refugio

—No estoy loca. ¡Os juro que la he visto! —dijo a sus compañeras en cuanto se quedaron solas.

—Claro que la has visto —dijo Sonia, tal vez demasiado condescendiente—, echa otro traguito al oporto y nos lo cuentas todo.

—Por supuesto que no estás loca. Nosotras te creemos —mintió Paula realmente preocupada por la salud mental de su compañera de trabajo—. Ha sido un día largo y lleno de noticias inesperadas, ¿no crees que a lo mejor podrías estar imaginándote a esa niña? Le podría ocurrir a cualquiera...

—¿Qué?!

—Claro, es el subconsciente. No te enfades, pero piénsalo: estás fuera de casa, llevamos un mes de diciembre de mucho trabajo. Arthur ahora nos da esas noticias sobre el nuevo proyecto de la empresa. Encima, le sumas a eso el miedo de saltar mañana desde un helicóptero. Seguro que hay una explicación psicológica a esa alucinación...

Sandra no podía dar crédito a sus oídos. «Alucinación» ¡Había dicho alucinación!

—No ha sido una alucinación. ¡He-visto-a-esa-niña!

—Ay, ya lo sé, hija. Lo que quiero decir es que a veces esas cosas parecen tan reales, y tal vez sea simplemente tu subconsciente. Después de haber oído esa historia de cómo la hija de Arthur murió en esta casa, no me parece descabellado que ahora la imagines rondando la casa a medianoche con un cuchillo. Es como un sueño, ¿no te has despertado nunca pensando que lo que acabas de soñar ha ocurrido de verdad?

Sandra estaba tan furiosa que no podía ni mirar a Paula a la cara. Siempre había pensado que era una tonta que no servía para nada, a la que sus caderas le habían conseguido su puesto de trabajo. Estaba en la empresa por su cara bonita, y tenía el puesto que tenía por menear el palmito en la primera cena de Navidad de la empresa delante de Arthur y luego hacerse la escandalizada después de que pasara lo que pasó. Ahora Paula era intocable (por lo menos desde el punto de vista legal), y tenía ese puesto vitalicio de directora de ventas, del que no se atreverían a moverla jamás mientras Arthur siga con vida.

Sandra había visto claramente a la niña, no tenía duda de ello. La primera vez que la vio podía haber sido una alucinación, con el reflejo de la ventana, la oscuridad de fuera... tal vez se lo podía haber imaginado, ¡¿pero dos veces...?! ¿Y ahora dentro de la casa?

No, no podía ser su imaginación. Había visto a esa niña.

Paula, obviamente, aunque trataba de ayudarla, no podía creérselo. ¡Era imposible!

—Yo no sé tú, Paula, pero yo no acostumbro a tener alucinaciones —dijo Sandra. No quería

sonar tan agresiva con ella, sobre todo cuando sabía que estaba intentando ayudar, pero no aguantaba que la tomasen por loca y menos aún por tonta.

Lorena era la única que callaba. Ni se movió para dar consuelo físico o moral a Sandra. Simplemente estaba quieta, de pie, mirándola, como decidiendo si abrir la boca o marcharse a su habitación sin decir ni pío.

—¿Queréis oír la historia de lo que le ocurrió aquí hace dos años a la familia de Arthur? —preguntó Lorena finalmente, acaparando toda la atención de las otras chicas al instante.

Sandra asintió con la cabeza con dos cortos y rápidos movimientos.

—¿Dices que hay más que lo que hablamos antes, eso de que alguien entró en la casa y asesinó a la mujer de Arthur y a su hija, luego trató de matarle también a él y desapareció en la noche y nunca fue encontrado?

Los ojos de Lorena estaban ahora encendidos con una luz especial. Miraba a sus tres compañeras con una intensidad que asustaba.

—No. Esa solo fue la versión oficial. Hay mucho más que eso. ¿Por qué creéis que Arthur se ha marchado de esa manera y estaba tan preocupado cuando le contaste lo que habías visto?

Sandra no contestó, pero tampoco pensó que Lorena esperase una contestación a su pregunta.

—La noche del accidente —comenzó a narrar Lorena después de terminar el oporto de un trago—, la mujer de Arthur había recogido temprano a su hija Rebeca del colegio. La niña estaba teniendo otra vez un episodio de intensos dolores de cabeza y salieron directamente hacia el refugio, como hacían muchas veces cuando estos episodios ocurrían. Arthur no podía salir tan temprano de Madrid, pero en cuanto terminó el trabajo se fue también rumbo norte. Hacia aquí.

Las tres mujeres miraban a Lorena sin pestañear. Hablaba con una intensidad que contagiaba.

—Cuando Arthur llegó al refugio, no encontró a su esposa Teresa de mal humor y con ganas de pelear con él, como había declarado el servicio de la casa ante el juez. Lo que verdaderamente ocurrió es que su hija Rebeca estaba teniendo un nuevo ataque de sus episodios psicóticos.

—¿Psicótico? ¿Tratas de decirnos que la hija de Arthur era esquizofrénica o algo así?

—Exacto. La pobre Rebeca estaba enferma y era algo que Arthur trataba de ocultar y mantener en secreto. No era exactamente esquizofrénica; tenía el trastorno de identidad disociativo.

—¿Qué es eso? —preguntó Paula.

—Es lo que antes se llamaba el trastorno de personalidad múltiple. Es como si tuviese varias voces, o varias personas diferentes que habitasen en su cabeza y, de vez en cuando, alguna de esas otras «personas» se hacía cargo del cuerpo de Rebeca.

—¿Estaba poseída, entonces? ¡Qué miedo!

—Algo parecido. No es que estuviera poseída por un demonio, de hecho cuando empezó a presentar síntomas de identidad disociativa, Arthur y su esposa la llevaron a ver a un exorcista, pero él les dijo que Rebeca no estaba poseída, sino que padecía una enfermedad mental tratable y que, con el tiempo y con la medicación correcta, era incluso curable. El sacerdote les dijo que su hija podría sin duda hacer vida normal y valerse por sí misma, pero tenían que buscar ayuda psiquiátrica. Pero Arthur se negó rotundamente a llevarla a ver a un psiquiatra; decía que su hija no estaba loca, solo tenía problemas transitorios de ansiedad y que ellos serían capaces de curarla a base de cariño y atención.

—Y no lo consiguió, ¿verdad? —preguntó Paula, sabiendo ya la respuesta.

Lorena negó brevemente con la cabeza.

—Durante una temporada lo consiguieron controlar. Rebeca tenía de cuando en cuando episodios que empezaban con fuertes dolores de cabeza. Cuando eso ocurría, la traían al refugio

o a otro lugar tranquilo donde pudiera estar sola y lejos de ruidos y distracciones estimulantes. En uno o dos días, Rebeca volvía a ser la niña dulce que siempre había sido. Durante esos accesos, normalmente despedían al servicio para que no viesen a la pequeña en ese estado y para que ella tuviera menos estímulos exteriores. Pero la noche de hace dos años, cuando Arthur llegó al refugio, la pequeña Rebeca estaba pasando la peor crisis hasta el momento. Su mujer le dijo que nunca la había visto así y que tenía miedo. La había encerrado en su habitación y no se atrevía a entrar.

Sandra se llevó la mano a la boca, aterrorizada.

—Arthur fue directamente a la habitación de Rebeca —continuó Lorena—. Desde el pasillo podía oír golpes, voces y gritos. Cuando abrió la puerta de su habitación Rebeca tenía el uniforme del colegio hecho jirones, el pelo encrespado y arañazos y moratones por todo el cuerpo. «¿Qué es lo que le has hecho?», preguntó Arthur a su esposa, fuera de sí. «Yo nada, ¡te lo juro! Ha sido ella. Las voces de su cabeza. No ha dejado de gruñir y de gritar y se ha estado golpeando desde que la encerré en su habitación», contestó Teresa. «No puedes tenerla encerrada como a un perro sarnoso», dijo Arthur, y dejó la puerta abierta para que pudieran entrar en su habitación y tratar de calmarla. En cuanto Rebeca vio la puerta abierta, salió corriendo como un demonio detrás de su madre, quien trató de huir de ella, pero la niña la alcanzó en la cocina donde empezó a propinar toda suerte de golpes a su madre. Entre Arthur y Teresa trataron de controlar a la niña, pero esta cogió un cuchillo de la cocina y apuñaló a su propia madre varias veces. Su padre intentó reducirla, pero la pequeña estaba fuera de sí y lanzaba cuchilladas a Arthur mientras salían de su boca espumarajos. Teresa sacó el revólver que Arthur guardaba en la casa y disparó a su hija, desesperada por detenerla antes de que matara a su marido. Disparó dos veces: el primer disparo alcanzó a Arthur en la pierna, el segundo acabó con la vida de su hija. Teresa, siendo consciente de lo que acababa de hacer, se clavó el cuchillo en el cuello, seccionando su yugular. Cuando llegó la policía, encontraron a Teresa muerta y a Arthur con Rebeca en brazos, viendo cómo se escapaba la vida de su pobre chiquilla.

Las tres mujeres miraron incrédulas a Lorena.

—¿Seguro que Rebeca murió también? —preguntó Sonia después de un largo silencio.

—¿Por qué lo preguntas? Tú eres su prima, deberías de saberlo mejor que nadie —dijo Paula extrañada.

—Siempre me quedó la duda y tuve miedo de preguntárselo a Arthur. Prácticamente no le he visto desde el suceso, y solo fui al entierro de mi tía Teresa, pero no escuché nada de Rebeca; creo que no se celebró funeral.

Sandra se cruzó fuertemente de brazos encogiéndose al mismo tiempo los hombros, como si una corriente de aire frío hubiese entrado en la casa y hubiera helado sus huesos.

—Te aseguro que Rebeca también murió aquí aquella noche —sentenció Lorena.

—Pero... ¿cómo puedes estar tan segura?

Lorena miró a un lado y a otro antes de contestar; se acercó a sus amigas bajando la voz con la clara intención de contar un secreto:

—Obviamente no puedo desvelar cierta información del incidente, y menos aún las nuevas pruebas que han aparecido recientemente y que puede que reabran el caso. Tampoco os puedo revelar el contenido del nuevo testamento de Arthur, pero lo que sí que puedo deciros, si me guardáis el secreto, es que en el testamento no aparece ninguna hija como legataria o heredera de los bienes de Arthur; bueno, perdón, no aparece *su hija* Rebeca.

—¿Qué intentas decir? —preguntó Sonia escandalizada y hablando muy rápido—. ¿Que aparece otra hija de Arthur en el testamento? ¡Arthur tiene una hija ilegítima de la que no nos ha

dicho nada y encima la ha puesto en su testamento! —añadió, subiendo el tono.

Lorena hizo un gesto para que bajara la voz moviendo las manos con los dedos extendidos, como si estuviera tocando una pieza de terror en el piano.

—Arthur no quiere que nadie lo sepa, por lo menos de momento. Él mismo no supo nada de su nueva hija hasta pocas semanas después de la tragedia que aquí tuvo lugar, cuando todavía estaba tratando de demostrar su inocencia. Pero era complicado, tenía que probar que él no había matado a su hija al mismo tiempo que no quería que se supiera que esta había matado a su madre a puñala...

Lorena se quedó callada, con los ojos muy abiertos, como si hubiera visto un fantasma.

Las otras mujeres se dieron la vuelta para ver qué era lo que había captado la atención de Lorena asustándola tanto.

Arthur estaba de pie como un espectro mirando a Lorena con una mirada espantosa.

—Lorena —dijo con una voz de ultratumba que parecía salir de lo más profundo de su estómago—, creo que ya has hablado demasiado...

Lorena se puso de pie y, disculpándose, se marchó apresurada, casi corriendo, a su habitación.

Cuando oyeron la puerta de Lorena cerrarse a lo lejos, Arthur también desapareció con el mismo sigilo con el que había venido.

Sandra se quedó con Paula y con Sonia un momento más, sin mover un músculo, con los ojos abiertos como platos.

—¿Crees que la niña que has visto puede ser Rebeca? —susurró Paula en un hilo de voz.

—No lo sé, nunca la he conocido. ¿Podría ser posible? —preguntó Sandra mirando a su vez a Sonia.

Sonia se encogió de hombros un poco avergonzada por no saber con seguridad qué es lo que había ocurrido con su única prima.

—¡Fuese ella o no, yo no duermo esta noche sola ni de coña! —dijo Paula—. ¿Hay espacio en tu habitación para una más, Sandra?

—¡Sí, claro!

Sonia agarró la botella de oporto del cuello y los tres vasos.

—Yo también me voy con vosotras. ¡Vamos!

El desayuno

Madrugada del sábado, 4:00 horas

El refugio

Una hora más tarde, el olor a café y el sonido de platos y fuentes, avisaron a Sandra de que Ignacio estaba preparando el desayuno. No es que hubiera dormido. Estuvieron las tres metidas en la cama, sentadas con la espalda apoyada en el cabecero, hablando en susurros hasta que se terminaron la botella de oporto a altas horas de la mañana.

Fuera todavía estaba oscuro. Miró su reloj y no eran más que las cuatro de la mañana, pero Sandra sabía que no iba a poder dormir más. La cabeza le daba vueltas y un horrible dolor en el occipital empezaba a asomar, señal de que se avecinaba una resaca importante; y no era lo más deseable para subirse a un helicóptero y saltar a trescientos metros de altura.

Bajó de la cama, con cuidado de no despertar a sus compañeras, y salió de la habitación en busca de café y algo que comer para tratar de poner el estómago de vuelta en su sitio.

La luz del comedor estaba encendida e Ignacio apareció por la puerta de la cocina con dos bandejas portando huevos y salchichas.

—¡Oh! Buenos días. Discúlpeme, me ha sobresaltado —dijo mirando a Sandra una vez se recompuso.

—Lo siento; no quise asustarle.

—Es usted muy madrugadora...

—No sé si realmente cuenta como madrugar cuando una todavía no se ha dormido...

—Entiendo. Han sido muchas impresiones que han perturbado el sueño; confío que a la vuelta de la... excursión, pueda meterse en la cama y descansar un rato.

—Eso es si volvemos... —contestó. Enseguida esbozó una sonrisa para hacer entender que bromeaba, tras ver la cara de preocupación del mayordomo.

Ignacio sonrió de vuelta y la sirvió una taza de café.

—¿Puede servirme a mí también una taza? —preguntó Paula, que llegaba somnolienta guiada por el olor a café más que por sus ojos, que seguían medio cerrados.

Sandra dio un sorbo a su café con mano temblorosa aún de pie. Tenía la cabeza llena de dudas.

—Dígame, Ignacio. La hija del señor Arthur... Rebeca —en cuanto Ignacio oyó ese nombre se le cambió la cara, como si le hubieran dado una descarga eléctrica. Miró instintivamente hacia el pasillo que llevaba a la habitación de Arthur Flynn antes de contestar.

—¿Sí, señorita?

—¿Está ella ahora mismo en la casa? ¿Aquí, con nosotros?

—No, me temo que no. Además de ustedes, el señor Flynn y un servidor, no hay nadie más en la casa este fin de semana. La señorita Rebeca, siento informarle, falleció hace dos años.

—Entonces, lo que vi yo ayer...

—No sabría decirle, señorita. No soy ningún experto. ¿Tal vez fue fruto de la ansiedad o la angustia de pensar en el programa que tienen para hoy? Ya sabe, el vuelo en helicóptero y el salto en paracaídas. ¿Tiene usted pavor a las alturas? ¿Le dan miedo los aviones?

—Bueno, miedo a los aviones... no exactamente; pero la idea de saltar en paracaídas no me apasiona si he de serle sincera. Pero no creo que fuera eso. Ayer vi a esa niña, no una sino dos veces, y no he tenido jamás en mi vida alucinaciones ni nada parecido. Ignacio, ayer vi a esa niña.

En ese momento Alberto entró en el comedor e interrumpieron la conversación al instante.

—¡Buenos días! ¿Es beicon eso que huelo? —dijo con la jovialidad y el espíritu del que había dormido ocho horas a pierna suelta y se acaba de levantar a un nuevo y glorioso día.

—Salchicha, señor Castañeda. Pero si usted quiere beicon, se lo preparo en unos minutos...

—No, no, por favor. Salchichas... ¡mejor todavía!

Ignacio sirvió café a Alberto, y este se acercó a la mesa del bufé a servirse un rebosante plato de huevos, salchichas y tostadas.

—¡Estoy famélico! ¡Creo que la expectación del programa de esta mañana me ha abierto el apetito!

Paula no tenía hambre y mucho menos ganas de saltar de un helicóptero, pero también se levantó y se sirvió un huevo y algo de fruta en el plato con la esperanza de que eso le levantara el ánimo y le infundiera energía, que en ese momento tenía a la altura de los zapatos. Sandra, en cambio, giró su silla hacia los ventanales para no tener que mirar la comida por miedo a ponerse enferma.

—¡Buenos días, abogada! —exclamó Alberto cuando vio aparecer a Lorena con cara de no haber pagado ojo esa noche—. ¡Qué buena cara tienes! ¿Unas salchichas?

Lorena no contestó en el sentido propio de la palabra. Lanzó un sonido gutural que podía ser un gemido o un gruñido. Se sentó pesadamente a la mesa y se aferró a una taza de café en el más absoluto silencio.

Alberto lanzó una cómica mueca de pánico a espaldas de Lorena, consiguiendo arrancar una sonrisa de Paula y de Sandra.

Poco a poco los demás invitados fueron apareciendo en el comedor. Por último se presentó Arthur, recién duchado y afeitado, con una sonrisa que hacía olvidar completamente los eventos de la noche anterior. Arthur era nuevamente el positivo y enérgico líder que todos conocían, y el verle renovado con su acostumbrada confianza, ayudó a devolver la tranquilidad y el entusiasmo de los invitados.

—Buenos días, ¿estáis preparados para la aventura de vuestra vida?

En ese momento, como si lo hubieran programado así, un fuerte zumbido empezó a subir de volumen hasta que hizo retumbar los ventanales de la casa.

—¡Oh! Aquí está nuestra cita —dijo Arthur echando un ojo a su reloj de pulsera—. Justo a tiempo. Por favor, no os levantéis. Sentaos y desayunad. Necesitaremos energía.

El helicóptero se posó suavemente sobre el tejado de musgo y hierba que estaba ahora cubierto por la fina capa de nieve que cayó la noche anterior. Los rotores frenaron dando un fuerte silbido hasta que finalmente las aspas se pararon y el motor dejó de hacer ruido.

Ignacio fue a la puerta para recibir al piloto que los llevaría de excursión esa mañana.

—Queridos, quiero presentaros a Miguel Gorrás, él será nuestro piloto e instructor de salto esta mañana —dijo Arthur cogiendo del brazo y acercando a la mesa a un hombre de tez oscura y curtida de unos cincuenta y cinco años—. Miguel es teniente coronel retirado de la brigada paracaidista. Os aseguro que estamos en buenas manos. Miguel fue el instructor de salto de la

BRIPAC en Alcantarilla durante más años de los que le gustaría reconocer; si alguien nos puede llevar hoy a saltar en paracaídas y volver ilesos de la experiencia, ese alguien es Miguel Gorrás.

El teniente coronel sonrió entre orgulloso y tímido antes de empezar a hablar.

—Muchas gracias, señor Flynn. Me honra con sus palabras. Pero una cosa que no se puede decir nunca de un salto en paracaídas es que carece de peligro y que nada puede salir mal. Eso, no solo no es así, sino que además da mala suerte decirlo. Hay muchas cosas que pueden salir mal, y si no tienen ustedes cuidado, alguien puede partirse una rodilla, torcerse un tobillo o peor.

Esto último lo dijo borrando la sonrisa de su cara y mirando a todos intensamente, para dejar claro que no bromeaba.

Chus se había metido un trozo de salchicha en la boca y ahora parecía que el gatzate se le había estrechado dificultando su paso.

—Pero no os preocupéis —continuó el experto paracaidista—, esta mañana vamos a hacer un salto muy sencillo y a poca altura, con apertura automática —dijo señalando las abultadas mochilas que estaban apiladas junto a la puerta—. El suelo, en esta época del año, está blando, y si cuando caéis os dejáis rodar en lugar de tratar de amortiguar la caída solo con los pies, no tendréis ni un solo problema.

—Gracias, Miguel, ya vimos ayer el vídeo que nos mandaste con la explicación de la caída y cómo debíamos rodar. Estamos más que preparados, no hay ni una sola duda, ¿verdad? —dijo Arthur mirando a todos, pero sin esperar respuesta. Chus se había metido otra vez un trozo de salchicha en la boca, pero esta vez se atragantó y comenzó a toser tratando de decir algo; lo único que salió por su boca fue el trozo de salchicha en cuanto Fermín le dio dos fuertes palmadas en la espalda—. ¿Ves? —Le mostró con la mano al paracaidista la cara de susto de sus invitados, como si eso validase su confirmación de que estaban preparados.

—Muy bien —sentenció Miguel dándose por conforme—, pues que cada uno coja su paracaídas y se lo ponga a la espalda.

—¿Ya...? —preguntó Chus.

—Vamos, Chus, no hay tiempo que perder. Pronto amanecerá y no queremos perdernos ese momento mágico.

Valentín fue el primero en ponerse el paracaídas al hombro y Miguel Gorrás se le acercó para pasar revista a su equipo.

—Muy bien, está todo en orden.

—Sí, ya lo sé. Esto ya lo hecho antes. Por mí no tienes que preocuparte —le contestó Valentín haciendo que el veterano paracaidista se le quedase mirando un momento de más; Valentín pensó que le miraba con admiración, pero realmente lo que pasaba por la cabeza del veterano paracaidista era el recuerdo de tantos engreídos, chulos de mierda como este tipo a los que ha conocido a lo largo de su larga carrera. Sabía muy bien que estos son los que van de saberlo todo y luego hacen una tontería por confiarse demasiado y se matan, o peor, hacen que otro se mate por su culpa.

—Lorena, no. Ese paracaídas es el mío —dijo Arthur haciendo que el paracaidista apartase su vista de Valentín. Arthur le quitó la mochila a Lorena y le dio otra a cambio—. Toma, el tuyo es este.

—¿No son todos iguales? —preguntó Lorena, pero lo dijo en voz baja, sin querer contradecir a Arthur; después de las reprimendas del día anterior, lo último que quería hacer era contrariarlo.

El salto

Madrugada del sábado, 5:00 horas

Cerro del Desnudo

Era todavía de noche cuando el helicóptero empezó a elevarse sobre el tejado del refugio.

A pesar de los monos de esquí y el casco integral que llevaban puesto, sentían todos un frío intenso en el estómago por la temperatura, el miedo y la excitación.

Miguel les había explicado que iban a subir a 300 metros, y que empezarían a saltar a menos de cinco kilómetros de distancia del refugio. Era un alivio saber que solo estarían en el helicóptero unos diez minutos, siempre y cuando se olvidasen de que, tras esos diez minutos, tendrían que saltar de un helicóptero en marcha a 300 metros de altura.

Fermín estaba temblando y sus dientes castañeteaban bajo el casco con tanta fuerza que temía que el resto del grupo pudiera oírlo a pesar del estruendo que hacía el helicóptero.

—Fermín saltará el primero —escucharon la voz de Miguel en los auriculares. En cuanto el paracaidista había oído que Fermín había hecho la mili en la BRIPAC, le tomó bajo su ala como si fuera también un experimentado paracaidista, a pesar de que Fermín trató de decirle varias veces que jamás había subido a un avión y menos aún saltado en paracaídas—. Luego, a los tres segundos, seguirá Sonia y después los demás uno detrás de otro, cada tres segundos. Una vez toquéis suelo, plegareis el paracaídas, lo metéis de vuelta en la mochila y lo dejáis ahí mismo, nosotros ya nos encargaremos de recogerlos luego. Una vez los paracaídas estén plegados, os reagrupáis todos. El punto de reencuentro es donde Fermín haga la toma de tierra; encenderá una bengala para que os sea más sencillo orientaros. En cuanto saltéis del helicóptero, puede que perdáis el contacto por radio, así que os tendréis que orientar visualmente, por eso es importante, Fermín, que enciendas la bengala en cuanto llegues al suelo, ¿entendido? Desde ahí, volveréis todos a pie hasta el refugio. ¿Alguien tiene alguna pregunta?

Fermín pensó en negarse y decir que él prefería volver al refugio con el helicóptero, pero quedaría como un gallina para el resto de su vida. Hizo una rápida plegaria para que una de las chicas se acobardara y se echase atrás y entonces él pudiera hacerse el galán y decir que la acompañaría de vuelta para que no se quedase sola en el helicóptero...

Pero nadie abrió la boca.

«¿Estarán estropeados o silenciados sus micrófonos? ¿O realmente yo soy el único que no quiere hacer esto?», pensó.

Fermín miró a Sandra, a quien consideraba la más delicada de todos los presentes, pero a través del casco era difícil decir si estaba saltando de excitación a la vista de la aventura que se les echaba encima o si se estaba muriendo de miedo.

El breve espacio destinado a la preguntas y respuestas terminó y Miguel abrió con fuerza la puerta lateral del helicóptero dando entrada al viento, haciendo que al ensordecedor ruido del

rotor se le uniera el del silbido del viento que entraba escandaloso, como el sonido de una gigantesca tetera.

—Perfecto. Ha llegado la hora. ¡Todos en pie! Estamos llegando a la zona de salto.

Todos miraban paralizados la puerta abierta, e instintivamente se asomaron —sin acercarse mucho— para ver la altura.

Fermín murmuró otra rápida oración encomendando su alma al Altísimo, y Chus se maldijo por no haber pasado por el baño antes de salir del refugio.

—Fermín, tú eres el primero —dijo Miguel, ayudándole a enganchar el anclaje de su paracaídas al cable.

La altura no era mucho mayor que la que se veía desde las ventanas de la oficina de Arthur en la torre de cristal, pero mirado desde un helicóptero en movimiento, con la puerta abierta, resultaba mucho más impresionante.

—Vamos, Fermín, a la de diez saltas.

Fermín tragó saliva, aunque parecía que tenía atascada en la garganta una pelota de golf. Señaló con dedo trémulo al vacío que asomaba tras la apertura de la puerta como preguntando si de verdad era ahí adonde quería Miguel que saltase.

—Cinco segundos.

Se le tensaron todos los músculos y se asomó un poco más a la puerta para cerciorarse de que efectivamente la idea de saltar era una insensatez.

—¿Listo?

Fermín negó vigorosamente con su casco.

—¡Salta! —gritó Miguel al tiempo que le daba un empujón haciéndole salir por la puerta.

Sonia iba detrás, y, o estaba más decidida, o más paralizada por el miedo. El caso es que Miguel la sacó del helicóptero antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Chus era el tercero y cuando sintió el viento no pudo contenerse y ocurrió lo que no le ocurría desde su primer año de párvulos, cosa que todavía recordaba con vergüenza como la situación más embarazosa de su vida. Nadie a su lado podía haberse dado cuenta, con el viento, la excitación, los cascos... Chus se había meado encima, y la vergüenza de que alguien pudiera darse cuenta, le sirvió de aliciente para saltar del helicóptero sin titubear.

Una vez hubieron salido del avión, y tras el tirón del paracaídas en los hombros, se quedaron profundamente asombrados con el espectáculo del amanecer y la hermosa postal que se abría frente a ellos. La paz de flotar en el aire y el silencio.

El suelo llegó mucho antes de lo que hubieran querido; si pudiesen escoger, se habrían quedado flotando en el aire, disfrutando de la experiencia más cautivadora que habían sentido en sus vidas. Ahora los 300 metros de altura que minutos antes tanto les apabullaban, les supo a poco y hubiesen querido saltar desde 3.000 metros para poder extender más la espectacular experiencia de flotar en el aire.

Cuando Sandra llegó al punto de encuentro donde Fermín tenía la bengala encendida, ya estaba ahí la mayoría. Chus, aunque había saltado antes que ella, llegó algo rezagado poco después.

Parecía una reunión de viejos compañeros que llevaban años sin verse. Abrazos, risas y júbilo. Era obvio que ella había sido la única que había visto cómo el último paracaídas no se había abierto y, quien hubiera saltado, se tenía que haber matado aplastado contra las rocas.

—¿Quién ha sido el último en saltar? —preguntó una vez se hubo quitado el casco mientras

llegaba junto al grupo.

Los otros se dieron la vuelta y la miraron extrañados interrumpiendo la animada conversación en la que compartían la maravillosa experiencia que acababan de tener.

—¿Por qué lo preguntas, Sandra? ¿Qué es lo que pasa?

—¿No lo habéis visto! ¡El último paracaídas no se ha abierto y quien sea que saltó se ha despeñado al otro lado de esa ladera!

—¿¿Cómo que no se ha abierto el paracaídas?! —exclamó Sonia.

—Como lo oyes. Lo vi perfectamente; cuando bajaba un golpe de viento hizo girar mi paracaídas y vi cómo al último que saltó no se le abría el paracaídas.

Se giraron y vieron que de la dirección en la que habían estado cayendo los últimos paracaídas venía Valentín con sonrisa triunfal; detrás de él, a poca altura, y casi escondido detrás de la ladera, estaba el aterrizando helicóptero.

Valentín, viendo que no era a él al que miraban, se giró y vio el helicóptero posándose sobre la superficie de la montaña.

—¿El helicóptero no debía volver a Baqueira antes de que llegue la tormenta? —preguntó. Pero nadie pareció haberle oído. Todos seguían mirando con consternación el helicóptero.

—¿Quién fue el último en saltar? —preguntó Alberto.

—No estoy muy seguro; Lorena o Arthur. Supongo que Arthur. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —contestó Valentín.

Fue la voz de Miguel por radio la que esclareció sus preguntas:

—Grupo de salto, grupo de salto, ¿me recibís?

—Aquí el grupo de salto, ¿qué ha ocurrido, Miguel? —contestó Alberto.

—Ha habido un fallo en un...o de los pa...rac...idas —dijo Miguel entrecortadamente al otro lado de la línea.

—¿Quieres que volvamos y nos reunamos en el helicóptero?

—Neg...tivo. Seguid hasta el r...fu...gio. Viene la tormenta y vamos a llevar a al...
...pital.

En ese momento se escuchó un trueno a lo lejos como para validar el pronóstico meteorológico de Miguel.

—Será mejor que le hagamos caso y nos vayamos al refugio —dijo Valentín.

—No podemos marcharnos aún. Faltan Arthur y Lorena y no sabemos si están los dos con Miguel o si uno de ellos está viniendo al punto de encuentro —repuso Sandra.

Alberto volvió a sacar la radio.

—Miguel, Miguel. ¿Me recibes?

Silencio.

—¿Miguel?

La radio soltó un sonido difuso, pero ni una palabra salió de él.

—Miguel, ¿están Arthur y Lorena con vosotros?

Silencio.

Alberto miró a sus compañeros como preguntando si debía seguir insistiendo. Sandra le apremió a volver a intentarlo con un gesto de la cabeza.

—Miguel, ni Arthur ni Lorena están con nosotros ¿debemos esperar a que llegue al menos uno de ellos al punto de encuentro o volvemos al refugio?

No obtuvo respuesta, pero escucharon a lo lejos el sonido de los rotores del helicóptero ganando velocidad; al momento despegó y se fue en dirección contraria, perdiéndose entre unos cerros.

El cielo estaba más negro y las nubes se acercaban creciendo en volumen y volviéndose más amenazadoras a cada minuto que pasaba.

—No podemos seguir aquí. Nos perderemos en medio de una tormenta de nieve y con temperaturas extremas —exclamó Valentín poniéndose en marcha y acuciando a los demás para que hicieran lo mismo—. Arthur y Lorena tienen que estar en el helicóptero; Miguel no habría dejado a uno de ellos en tierra sin habernos dicho que esperásemos.

El resto del equipo pareció pensarlo un momento más, pero otro trueno resonó en el valle como si las montañas se estuvieran resquebrajando, y eso terminó de convencerles para ponerse en marcha.

Rompiendo promesas

Inspectora Itziar Orbaizeta

Sábado

Fernando se quedó en la suite del hotel enfadado negándose a mirarme cuando salí a atender el accidente, como me había pedido el jefe. Di un beso a las niñas en la cabeza mientras miraban los dibujos en la tele y les dije que cuando volviera, en un ratito, nos iríamos todos juntos a cenar al restaurante del hotel. Las niñas ni se inmutaron; dudo mucho que me hubieran oído.

Son las primeras vacaciones en familia que tomamos desde antes de nuestra boda y le había prometido a mi marido que en estos cuatro días en la montaña no recibiría ni llamadas, ni *emails* ni nada de nada. Lo tenía todo planeado y lo había hablado con el jefe. Y, sin embargo ni habíamos llegado aún a nuestro destino y ya había roto mi promesa.

El jefe no solo había accedido a mis vacaciones, sino que, además, me había animado a cogerme unos días. Decía que llevaba demasiado tiempo sin tomarme un día libre y que unas vacaciones me ayudarían a relajarme y volver al trabajo más aguda que nunca. Si me había llamado y me había pedido interrumpir el viaje, debía de ser un tema grave. O por lo menos importante, ya que estando involucrada una personalidad del calibre de Arthur Flynn, aunque se tratase solo de un desgraciado accidente, había que darle toda la atención del departamento. El mismo inspector jefe me había pedido personalmente que me acercara a ver qué había ocurrido en el accidente de helicóptero. No supe cómo negarme.

Fernando se encerró en sí mismo y solo contestó malhumorado con monosílabos a las explicaciones que le di durante la última media hora de viaje que nos quedaba hasta que llegamos al hotel.

—No hay efectivos de la científica a menos de ciento cincuenta kilómetros a la redonda, y además viene una tremenda tormenta que probablemente entorpecerá la llegada de cualquier otro agente que envíen de Madrid —expliqué a mi hermético marido. Como esa explicación no parecía ser suficiente para apaciguarle. Seguí insistiendo—. No te preocupes, Fer, es un caso bien claro de accidente y no tengo más que ir al lugar de los hechos. Testificar. Poner una rúbrica en el informe y mandárselo de vuelta al jefe. A cambio me ha prometido extender mis vacaciones y hacerse cargo del coste del alojamiento más primas diarias para toda la familia hasta el miércoles. ¿Te das cuenta? Después volvemos a Madrid, trabajo un día, y el viernes ya es nochebuena. No tendré que volver después de eso hasta el 2 de enero ¡Piénsalo!

Fernando aceptó la explicación de mala gana, más porque sabía que era inútil intentar convencerme que porque la oferta le hubiera convencido. Si algo necesitaba nuestro matrimonio era pasar tiempo en familia, no dinero, que gracias a Dios no nos faltaba.

Me dijo que fuera y que volviera lo antes posible. Luego añadió que me estarían esperando en el hotel para cenar a las 20:00 horas, y que como no estuviera de vuelta a esa hora, recogería los bártulos y se llevaría a las niñas de vuelta a casa.

Esto último lo dijo de una manera muy tajante. No parecía una amenaza baladí.

Últimamente habíamos tenido nuestros más y nuestros menos y, hasta ahora, Fernando había sido muy paciente conmigo. Algo en la forma en que me dijo esto último me dio a entender que estaba dando un ultimátum a nuestra relación.

Nunca me he tomado bien las amenazas. En mi subconsciente, en lugar de acobardarme o correr, siempre he reaccionado a los peligros o a los ataques de forma agresiva, y esta vez no fue la excepción. No ayudó el hecho de que me estuviera echando en cara que le había prometido que dejaría el teléfono apagado mientras él sacaba su ropa de la maleta y la lanzaba dentro del armario de la habitación del hotel. No ayudó porque cuando llegó al final de su maleta sacó también sin pensar su ordenador y lo puso sobre la cama.

—Pensé que tu parte del trato era que ibas a dejar el ordenador en casa y que ibas a desconectar olvidándote del libro durante estos días... —le dije cruzándome de brazos.

Fernando levantó la vista para mirarme a la cara por primera vez desde que había colgado el teléfono con el jefe. Sus pupilas se habían dilatado y podías ver que su cerebro trabajaba a marchas forzadas esforzándose por inventarse una mentira o una buena excusa.

Al cabo de un instante —demasiado largo como para encubrir su mentira— me dijo que había traído el ordenador para que empezásemos los dos a escribir un libro juntos, como había tratado explicarme en el coche antes de que nos interrumpiera el jefe.

—Pensé que podía ser algo nuevo y diferente que nos uniría más como pareja. ¡Lo he hecho por los dos...! ¡Por la familia! Como siempre, estaba poniendo en primer lugar nuestro matrimonio y pensé que podríamos escribir una historia juntos. Así pasaríamos mucho tiempo juntos, disfrutando de la literatura; como hacíamos cuando nos conocimos leyendo todas esas novelas de Agatha Christie.

No dije nada. Especialmente porque lo peor de todo es que era muy posible que me estuviera diciendo la verdad. Pero no porque quisiera pasar más tiempo conmigo, sino por desesperación, para poder escribir otro libro que poder presentar a su editor.

Me enfurecía su excusa, pero al mismo tiempo me llenaba de inmensa pena ver hasta qué punto llegaba su desesperación.

Me despedí con un escueto «volveré antes de las ocho» y salí de la habitación con el corazón encogido.

La policía

Sábado por la tarde

El refugio

—Por favor acérquense al fuego. Les he preparado un consomé para que entren en calor —ofreció Ignacio al atribulado grupo que se deshacía en silencio de las botas de paseo y de la ropa de abrigo.

Mario Cadensa miraba a los recién llegados con los brazos caídos sin saber bien qué decir o hacer. Había pasado la mañana leyendo apaciblemente junto al fuego de la chimenea, desconocedor de los tormentos por los que estaba pasando el resto del grupo durante la excursión.

—¿Y no sabéis quién ha sido...? ¿No os ha dicho Miguel quién se ha caído y en qué estado se encuentra? —preguntó inútilmente, pues ya sabía la respuesta. Había hecho la misma pregunta tres veces desde que llegaron al refugio minutos antes. Le habían dicho que en el helicóptero quedaban solo Arthur y Lorena y a uno de ellos no se le había abierto el paracaídas, pero nadie parecía saber a cuál de los dos.

—Ignacio —dijo Alberto dirigiéndose al mayordomo—, tiene que haber un teléfono en la casa. Una línea de fijo o un móvil para casos de emergencia, ¡algo!

Ignacio negó con la cabeza con aire cansino.

—Lo lamento, pero en la casa no hay acceso a ningún tipo de conexión: ni teléfono, ni antena de televisión, ni wifi... El señor Flynn quiere que su refugio sea un lugar de descanso y de total desconexión.

—Pero, ¿nuestros teléfonos? —insistió Chus—. Se los dimos al guarda a la entrada del camino. Tendréis nuestros teléfonos guardados en algún sitio, no se habrán deshecho de ellos, ni se los habrá llevado el guarda a su casa, ¿verdad?

—Sus teléfonos están abajo en la caseta del guarda a buen recaudo. Les serán devueltos a su regreso.

—¡Tonterías! —exclamó Alberto—. Bajemos a la caseta y llamemos a la policía. Seguimos sin saber si Miguel tenía a Lorena y a Arthur, o solo a uno de ellos en el helicóptero cuando se ha marchado al hospital. Podía estar pensando que el otro ya estaba con nosotros. De ser así, ese otro estará ahora mismo solo y perdido en la montaña en mitad de esta tormenta, tratando de llegar hasta aquí.

—Fuera hay una terrible ventisca. No creo que sea prudente bajar por el camino en coche hasta la caseta —dijo Mario Cadensa apuntando con el dedo la tormenta de nieve que se estaba desencadenando al otro lado de los ventanales.

Las copas de los abetos se zarandeaban de un lado a otro con el viento, y los pinos sacudían sus cabezas como un impulsivo grupo de roqueros en un concierto de heavy metal,

desprendiendo ramas, hojas y piñas con cada convulsión. Los copos de nieve caían grandes y horizontales a gran velocidad, se arremolinaban y volvían a subir hacia el cielo como una violenta carrera de estrellas fugaces.

—No importa. Tenemos que intentarlo —dijo Fermín, acercándose decidido a la puerta y poniéndose nuevamente el abrigo—. No podemos quedarnos de brazos cruzados sabiendo que puede haber alguien ahí fuera necesitado de nuestra ayuda.

Alberto y Valentín también se calzaron y se pusieron los abrigos.

Al abrirles Ignacio la puerta, se dieron de bruces con dos policías que se disponían a llamar, sobresaltándose unos a otros.

—¡Oh, la policía! Justo salíamos a buscarles.

—¿Con este tiempo? Mejor sería que nos hubieran llamado.

—Ya...

—Pasen, por favor, agentes —invitó Ignacio, siempre atento a las formas.

—¡Arthur! —exclamó Sonia.

Detrás de los agentes apareció Arthur enfundado en su mono de nieve. Tenía la mirada perdida y se dejaba llevar mansamente por el más grande de los policías, quien le cogió delicadamente del brazo para ayudarlo a entrar en la casa.

—Arthur, ¿qué ha pasado? —preguntó Valentín acercándose a su jefe. Pero este no parecía oírle. Entró en la casa con los ojos clavados en el suelo sin transmitir otro sentimiento que no fuera confusión y desorientación.

Ignacio invitó a los agentes a quitarse los abrigos y acercarse al fuego.

Del primero de los chaquetones que Ignacio colgó en el perchero, salió un corpulento agente de mirada cándida y huidiza que no llegaría a los treinta y cinco años, el otro agente uniformado tendría algo más de cincuenta primaveras mal llevadas, bigote canoso y amarillento por la nicotina de los cigarrillos, y un abdomen hinchado que ponía a prueba la resistencia de los botones que a duras penas mantenían la chaqueta cerrada. El último visitante que salió del coche patrulla fue una minúscula jovencita que, si no fuera por la intensidad y la inteligencia que desprendían sus pequeños y oscuros ojos, habría pasado por una quinceañera. No se quitó el abrigo, entró discretamente dentro de la casa y se acercó al fuego sin que nadie se fijase en ella.

Ignacio acompañó a Arthur a su habitación para ayudarlo a cambiarse de ropa y prepararle un baño caliente.

En cuanto hubo desaparecido por el pasillo, Valentín, Alberto y Fermín avasallaron al agente grandullón con preguntas.

—¿Cómo está Lorena?

—¿Qué es lo que ha pasado?

—¿Ha muerto?

El agente los miraba confundido, como un animal acorralado, o como un extranjero que no entendiera una palabra de su idioma. Finalmente se dirigió al policía más veterano, que se había sentado en una silla para quitarse laboriosamente las botas de nieve.

—Sargento, por favor —imploró.

La atención de todos abandonó de inmediato al corpulento agente y rodeó al sargento.

—A mí no me miren. Pregunten a la jefa, esa que está ahí sentada —dijo apuntando vulgarmente con el mentón a la joven que se había sentado discretamente en una esquina del sofá, junto a la chimenea, desde donde miraba el interrogatorio con la curiosidad de alguien que no tiene nada que ver con el asunto.

—Inspectora, por favor —imploró el sargento para que esta tomase la palabra.

Al ver que todos le miraban confundidos sin entender por qué acudía a la insignificante señorita para contestar a sus preguntas, este ofreció una explicación:

—Yo no soy más que un agente de la policía municipal, y no tengo ni experiencia ni autoridad para seguir un caso como este. En cuanto recibimos el aviso del helicóptero, llamamos a la Comisaría General en Madrid, y nos dijeron que la inspectora Orbaizeta, de la Policía Científica, estaba por la zona con su familia pasando el fin de semana en Baqueira. La llamaron y se personó en el cuartel —el agente apuntó a la minúscula policía por si a alguien le hubiese quedado alguna duda de a quién se refería—. La inspectora Orbaizeta está al cargo del caso.

Sonia y Paula se sentaron en los sofás junto a la inspectora mirándola con renovado interés. Sandra se quedó donde estaba, de pie, con los brazos cruzados mirando a la joven policía intrigada. Lo último que se podrían haber imaginado de la señorita que tenían delante tan elegantemente vestida, era que fuera una inspectora de la Policía Científica. Al verla entrar pensaron que sería una enfermera, tal vez una doctora o una asistente social que había venido para dar apoyo a Arthur Flynn, quien estaba en evidente estado de *shock* tras el accidente, pero... ¡una inspectora de la policía!

Era guapa sin resultar llamativa; tenía el pelo negro recogido en una coleta y no llevaba ni maquillaje ni pendientes en las orejas. La única joya a la vista era una discreta alianza que adornaba una mano de uñas cortas para confirmar su estado civil.

—Inspectora, ¿dónde está Lorena? ¿Ha muerto? —preguntó Chus.

Inspectora Itziar Orbaizeta

Testimonios

Sábado por la tarde

—Lorena no ha muerto —contesté poniéndome de pie—, pero está gravemente herida. Por fortuna, el paracaídas de reserva se abrió, aunque solo cuando estaba a unos diez metros de tocar tierra, por lo que ha recibido un tremendo golpe al impactar contra el suelo. La hemos tenido que trasladar de urgencia al hospital La Paz de Madrid en helicóptero donde la esperan ya en quirófano.

Es difícil leer las caras y el lenguaje corporal al comienzo de un caso cuando todavía no tienes ninguna pista ni información sobre los testigos, ni las razones ni los motivos detrás del crimen, pero en este caso era más complicado todavía. Tenía delante a nueve posibles autores del «accidente» y no sabía muy bien por dónde empezar. No tenía ninguna pista. Esto iba a requerir mucho trabajo y, por lo tanto, mucho tiempo... tiempo del que no disponía.

Por un momento se me pasó por la cabeza simplemente escribir en el informe que la causa del accidente había sido el mal funcionamiento del equipo y omitir que la línea del paracaídas estaba cortada, y que el mismo instructor de salto me confirmó que no podía tratarse de un accidente.

Eso habría sido lo fácil. Eso habría sido lo que salvaría mi fin de semana con Fernando y las niñas y, presumiblemente mi matrimonio. Pero no podía hacerlo. Alguien había boicoteado el paracaídas intentando matar a Lorena Arguello.

—¿Cómo se encuentra? ¿Sobrevivirá? —preguntó una de las chicas que había estado de pie estudiándome con curiosidad.

—Es difícil decir. Cuando se la llevó el helicóptero estaba inconsciente y hasta que no la vean en el hospital no sabremos la gravedad de su estado.

—¿Cómo ha podido ocurrir algo así? —intervino Valentín—, los paracaídas automáticos son completamente seguros y además fueron comprobamos varias veces cada uno de ellos ayer por la noche, y de nuevo esta mañana, con el instructor.

La pregunta iba dirigida nuevamente al agente Terol, ya que el sargento había salido de la casa con una vaga excusa para poder fumar un cigarrillo, y yo, claro, no era más que una chica, y para tipos de la calaña de Valentín Sicilia una chica no podía estar al cargo de una operación policial.

Terol volvió a cobijarse en mí como un niño grande detrás de las faldas de su madre, diciendo que todas las preguntas debían ir dirigidas a la jefa del caso.

«El caso»; parecía que de esta no me iba a poder librar, y como no volviera al hotel antes de las 20:00 horas para la cena, Fernando haría las maletas y me dejaría. Así que mi plan era hacer la investigación inicial, tomar los datos de todos los presentes y después llamar al jefe de camino

a mi hotel para presentarle el informe preliminar, y que este le endosara el caso a cualquier otro. Con un poco de suerte le daría el caso a Faraco, a quien siempre le adjudica todos los casos grandes e importantes y dejándome los insignificantes para mí. A este paso, estaba cantado que la promoción a inspector jefe se la darían a Faraco.

Al jefe le han ascendido a jefe de división y su puesto queda vacante para promoción interna, es decir, que tienen que escoger entre Faraco y yo. No hay otros candidatos posibles. Pero como se lo den a Faraco, la próxima oportunidad de ascender puede ser dentro de años, y yo no puedo esperar tanto tiempo.

—Generalmente sí, estoy de acuerdo; es muy poco probable que un paracaídas automático no se abra, especialmente si, como dice, habían comprobado antes que estaba en buen estado, pero... —añadí sacando de mi abrigo una basta correa amarilla y enseñándosela a todos— pero si alguien corta la línea estática del paracaídas con un cuchillo, es muy probable que no se abra la bolsa de despliegue.

—¿Qué está insinuando, inspectora? —preguntó Valentín.

—No estoy insinuando nada, señor Sicilia, estoy constatando —Valentín dio un instintivo paso atrás al oír su nombre viniendo de la boca de la policía. «¿Cómo podía saber su nombre? ¿Cómo sabía quién era?» Podía ver que esas preguntas pasaban rápidamente por su mente. En el camino hacia el refugio pedí a Arthur Flynn que hiciera un repaso de todas las personas que habían formado parte de la excursión en helicóptero de esa mañana, así como de aquellas que estuvieron la noche anterior en su casa. Tenía los nombres y una breve descripción de quiénes eran. Valentín es el único hombre que había venido con su esposa, y viendo que tenía una mujer a su lado cogiéndole instintivamente del brazo, fue muy fácil adivinar que se trataba de Valentín Sicilia y su esposa Sonia Larrinaga.

—Alguien ha cortado la línea estática del paracaídas de Lorena con la intención de asesinarla. No hay otra lectura de lo que ha ocurrido —sentenció.

La insinuación o confirmación de que el accidente no había sido tal, sino un intento de asesinato, causó revuelo entre los invitados. No tardaron mucho en llegar a la conclusión de que, en ese caso, debía de haber un asesino entre ellos.

—¿Qué vamos a hacer entonces?

—¿Nos van a llevar a la comisaría a declarar?

—No, no será necesario, ni tampoco recomendable. Con la tormenta que se ha desatado fuera, es mejor que se queden aquí esta noche. Les haremos unas preguntas preliminares y después les dejaremos solos. Volveremos en cuanto haya pasado la tormenta: mañana o pasado, dependiendo del estado de las carreteras.

—¿Eso quiere decir que nos vamos a quedar aquí solos... encerrados? —preguntó una de las chicas, la más despampanante de las tres, sin poder evitar que su labio temblara levemente y una lágrima asomase por la comisura de sus ojos. «¿Paula, tal vez?»

—Efectivamente —contestó el agente Terol tomando la iniciativa y sacando pecho, tratando de llamar la atención de la exuberante chica—. Tampoco es que tengan muchas opciones, no es seguro conducir en el estado actual de las carreteras. En Baqueira no van a encontrar una sola habitación de hotel libre, y con esta tormenta no podrán llegar muy lejos. Aquí es donde mejor estarán.

—Pero... puede que entre nosotros haya un asesino —dijo el más joven de los hombres, uno con pinta de nerd informático que supuse al instante que debía de ser Chus Jimeno, quien había encontrado su voz y se arrepintió al instante de haber hablado viendo los ojos de todos clavándose en él—. ¿No se quedarán aquí ustedes esta noche para investigar y... asegurarse de

que nada más ocurre?

—Efectivamente, todo apunta a que entre ustedes hay un asesino, y por eso necesito que permanezcan aquí sin salir a ninguna parte hasta nueva orden. Nosotros tenemos que volver a Baqueira y recabar información. Aquí nuestros teléfonos no funcionan y tampoco tenemos acceso a internet. Les tomaremos declaración a cada uno de ustedes antes de marcharnos, pero no hay mucho más que podamos hacer aquí esta noche. Volveremos cuando la tormenta haya pasado y el camino de acceso esté otra vez transitable.

—¿Nos va a dejar aquí con un asesino? —exclamó Sonia.

—Exacto, o asesina... —puntalicé con algo de malicia.

—¡Pero puede que decida matar a alguien más! —dijo casi chillando Chus, alterado por la situación y nuestra aparente pasividad.

—No se preocupe, estén siempre en compañía de al menos dos personas y no les pasará nada. El asesino no querrá descubrirse y les puedo asegurar que no tratará de matar a nadie más.

—A no ser que decida matarnos a todos... —añadió el que debía de ser Alberto o Fermín. Mario Cadensa estaba claro que era el anciano.

—Si se diera esa situación, habríamos resuelto el caso —contesté, empezando a cansarme ya de su pusilanimidad—. El que quede con vida en la casa cuando volvamos el domingo, sabremos que es el asesino.

Creo que mi comentario no ayudó a subir los ánimos. Lo dije con una sonrisa resuelta que invitaba a pensar que estaba bromeando, pero parece que no le encontraron la gracia a mi sentido del humor.

—Ahora, por favor, pueden ir a sus habitaciones a quitarse las ropas mojadas y ponerse algo más cómodo. Les pediré que cada uno me dé un breve relato de los hechos que han acontecido desde que llegaron ayer al refugio.

—¿Para qué quiere oír la misma historia de todos? —preguntó Valentín, molesto—. ¡Hemos estado aquí todos juntos y va a escuchar la misma historia siete veces!

Miré detenidamente a Valentín Sicilia antes de contestar, tratando de no revelar sentimiento alguno, cosa que le incomodó enormemente. Tengo que intentar dejar los sentimientos de lado y centrarme en la razón y en los hechos. Valentín es un tipo desagradable, pero eso no le convierte automáticamente en un asesino.

Valentín enarcó las cejas para apremiarme a contestar a su pregunta, tratando de aparentar despreocupación, pero su nerviosismo delataba lo contrario.

—Si le parece bien, señor Sicilia, podemos empezar por usted. Los demás, por favor, vayan a sus habitaciones y el agente Terol les irá llamando cuando llegue su turno para venir a hacer su declaración.

Nadie más protestó.

Me acerqué a la mesa del comedor y me hice sitio en la silla de la cabecera, con la chimenea a mi espalda, dejando así mi cara casi en la sombra. Así las facciones del declarante estarían expuestas a la luz para poder estudiar mejor todos los gestos y sus reacciones a mis preguntas.

El sonido lento de la media docena de pares de pies moviéndose pasillo abajo hasta desaparecer, fue todo lo que necesité oír. Valentín Sicilia seguía de pie a mi espalda y parecía dudar si sentarse o marcharse detrás del resto de sus compañeros.

Finalmente decidió sentarse dejándose caer de mala gana en la silla frente a mí.

—Por favor, agente Terol, tome nota si es tan amable.

El agente se sentó en una silla obedientemente y sacó un bolígrafo y un bloque de notas.

Testimonio de Valentín

Inspectora Itziar Orbaizeta

Sábado por la tarde

—Por favor, señor Sicilia, díganos su nombre completo y dirección.

—¿Qué pasa? ¿Me van a mandar una felicitación por Navidad? —dijo Valentín soltando una risa prepotente carente de gracia y con mucha menos seguridad de la que trataba de aparentar.

—Es pura formalidad. Cuanto antes tengamos su declaración, antes se podrá marchar y dejaremos de molestarle.

Valentín contestó dando sus datos mecánicamente mientras el agente Terol tomaba nota.

—¿Qué relación tiene con el señor Arthur Flynn y con la señora Lorena Arguello?

—Soy el director general de la empresa de la que Arthur Flynn es dueño. Me contrató hace cinco años. Lorena es la abogada de Arthur y he coincidido con ella en unas pocas ocasiones; siempre con carácter laboral hasta este fin de semana.

—¿No es verdad que está casado con la sobrina del señor Arthur Flynn?

—¿Y qué diablos tiene eso que ver con la investigación?

—Por favor, señor Sicilia, límitese a contestar a las preguntas de la inspectora —le amonestó el agente Terol—, si no quiere contestar a la pregunta, puede guardar silencio, pero quedará constancia en el informe que usted se ha negado a contestar.

—¡Claro que voy a contestar! —respondió Valentín enojado—. Lo que no sé es qué puede tener que ver con todo esto. No es ningún secreto que mi esposa Sonia es la sobrina de Arthur, pero si les hace felices poner eso por escrito en la declaración, ¡adelante!

Valentín cruzó la pierna y pasó incómodamente el brazo por encima del respaldo de la silla mostrando claramente su fastidio y ganas de terminar con la estúpida pantomima.

—Explíquenos, si es tan amable, qué es lo que ocurrió desde que llegó usted al refugio ayer por la tarde. ¿A qué hora llegó? ¿Quiénes estaban? Y, sobre todo, cuéntenos si cree que ha ocurrido algo que pueda ser relevante para la investigación.

—¿Relevante? ¿Como qué?

—Algo fuera de lo ordinario: ¿Notó alguna rencilla entre alguno de los invitados y la señora Lorena Arguello? ¿Estaba la señora Arguello comportándose de alguna forma inusual? ¿Había alguien más con ustedes en la casa que pudiera haber querido asesinarla...?

—No, no, nada de eso —contestó barriando el aire con la mano como desechando todas las posibilidades que había presentado—. Bueno... —añadió deteniéndose a pensar.

—¿Bueno...?

—Es una tontería, y seguro que no tiene nada que ver. No me puedo creer que les esté contando esto. Seguro que no tiene mayor transcendencia...

—Por favor Valentín, cualquier cosa, por nimia que le parezca, puede tener su

transcendencia.

—Parece más que les estoy contando los chascarrillos de un patio de marujas, y no los hechos de la noche pasada, pero si eso es lo que quiere y les puede ayudar, adelante. Ayer en la cena, me dio la sensación de que había mucha tensión entre Lorena y Arthur.

—¿Tensión? ¿A qué tipo de tensión se refiere?

—No lo sé, fue algo... inusual, sobre todo tratándose de Arthur. Lorena hizo un comentario jocoso sobre el servicio de la casa, algo sobre las leyes de igualdad, ya que Arthur solo tenía hombres trabajando aquí...

—¿Dice que Lorena estaba bromeando?

—Bueno, seguro que algo trataba de decir con sus bromas. Ya sabe cómo es la gente, se escudan detrás del humor o del sarcasmo para decir lo que realmente piensan. Además, Lorena andaba bastante contenta...

—¿Contenta?

—Borracha.

El agente Terol tomaba notas de lo que Valentín iba diciendo en silencio sin interrumpir. Yo continuaba con las preguntas sin mostrar emoción o sorpresa y haciendo mis propias anotaciones en mi cuaderno.

—Entonces, ¿qué fue lo que tanto le llamó la atención de la situación?

—Arthur.

—¿Arthur?

—Sí, Arthur. Siempre ha sido perfectamente correcto; un caballero de los que quedan pocos. No creo haberle oído jamás levantar la voz o torcer así el gesto, pero ayer, cuando Lorena hizo ese comentario, la fulminó con la mirada. Ella se disculpó y dijo que solo estaba tratando de ser graciosa y él le dijo que le haría mucha más gracia si se marchaba de su casa en ese mismo momento.

El agente Terol paró un momento de escribir y levantó la vista como para cerciorarse de que había oído bien, pero enseguida la bajó, viendo que yo seguía escuchando impasible.

—Muchas gracias, señor Sicilia. Ha sido usted muy amable. Si recuerda algo más que piense que pueda ser relevante para la investigación, por favor, háganoslo saber.

Pregunté al agente Terol si podía acompañar a Valentín a su habitación y, una vez ahí, solicitar a su esposa Sonia que viniera a contestarnos a unas preguntas.

—¿Mi esposa? Pero ya han oído mi declaración. Ella les va a decir exactamente lo mismo.

—Eso es lo que espero —contesté.

—Sonia debe de estar bañándose ahora mismo, ¿por qué no llama a alguien más y luego más tarde continua con ella?

—Porque no quiero darles la oportunidad de que hablen de su declaración y eso varíe alguna información que nos pudiera facilitar su esposa o influir en sus respuestas.

Valentín se me quedó mirando poco convencido, como decidiendo si hacer caso e ir en busca de Sonia o pelear más. Finalmente, viendo que no me iba a echar atrás, decidió hacer caso y se volvió hacia el pasillo de mala gana escoltado por el agente Terol.

Testimonio de Sonia

Inspectora Itziar Orbaizeta

Sábado por la tarde

—Sonia Larrinaga, ¿no es así?

—Sí, ese es mi nombre —dijo Sonia sacándose un cigarrillo con aire indiferente.

—Usted es la sobrina del señor Arthur Flynn, ¿correcto?

—Soy la hija de su única hermana, sí. ¿Qué tiene eso que ver con la investigación? —contestó soplando una flecha de humo al techo de la habitación, mostrando la misma inclinación a cooperar que su marido.

—Tal vez nada. Tal vez mucho. De momento solo estamos juntando toda la información posible.

—Sírvase usted misma. ¿Qué es lo que quiere saber?

El agente Terol se removía incómodo sobre su asiento. Tenía el bolígrafo bic con la tapa mordida listo para empezar a tomar notas mientras miraba atento a las dos hembras alfa tentándose la una a la otra.

—¿Sería tan amable de hacernos una breve sinopsis de los acontecimientos de anoche? ¿Hay algo en el comportamiento de Lorena o de algún otro invitado que le haya llamado la atención?

Sonia volvió a dar una rápida calada a su cigarrillo y se cruzó de brazos manteniendo la mano que sujetaba el cigarrillo en alto.

—No noté nada de especial en ninguno de los invitados pero, si quiere saberlo, mi tío sí que estaba ayer actuando de un modo diferente a su carácter habitual.

—¿Puede, por favor, ser más explícita?

—Sí, claro. Para empezar, casi echa a Lorena de casa en medio de la cena. Viniendo de cualquier otra persona me habría sorprendido la falta de decoro, pero viniendo de mi tío... me dejó a mí y a todos estupefactos.

—¿Por qué cree que actuó así?

—¿Me está pidiendo que haga conjeturas?

—Le estoy pidiendo su opinión. Usted es su familia más cercana y además es miembro del consejo de la empresa; creo que su parecer sobre la reacción del señor Flynn puede ser importante.

—No lo sé, la verdad —dijo Sonia relajándose un poco y pareciendo algo más cercana y accesible—. Me imagino que conocerá los trágicos acontecimientos que protagonizó mi tío hace dos años en esta misma casa —dijo dejando la pregunta flotar en el aire y mirándose, esperando una muestra de confirmación en mi rostro. Asentí y ella prosiguió—. No he visto a mi tío ni una sola vez en estos dos años, y creo que también es la primera vez que pisa esta casa desde que ocurrió el incidente. Imagino que tienen que ser muchos sentimientos encontrados y muchos

recuerdos dolorosos los que le harían estar en un estado de ánimo más... frágil.

Volví a asentir para animarla a seguir abriéndose a la conversación.

—¿Estaba más sensible o irascible hacia el resto de invitados o más particularmente con la señora Lorena Arguello?

—Bueno, es difícil decir.

—¿Por qué?

—Arthur parecía estar de muy buen humor cuando llegó, casi radiante diría yo. Estaba tal y como todos le conocíamos, pero entonces Lorena hizo una broma... de muy mal gusto, si me preguntas a mí... y Arthur, en lugar de encajarla con humor y con clase, como habría hecho en el pasado, se volvió amenazador y cruel con ella.

—¿Qué ocurrió después?

—Arthur salió de ese trance y volvió a adoptar su habitual compostura y carácter amable, pero con los postres, se levantó para explicarnos sus planes de futuro y entonces volvió a arremeter contra Lorena.

—¿Cuáles eran esos planes de futuro?

—Información de la empresa y cosas por el estilo que no interfieren con el caso.

«Que no interfieren con el caso», dice. Desde luego que Valentín y ella son tal para cual. Quise decirle que sería yo quien decidiera qué interfiere para el caso y qué no, pero tenía que acercarme a ella. Tenía que hacer que se sintiera cómoda y soltase prenda. Tenía que contarme esas pequeñas cosas, esos recuerdos de lo que parece más nimio e insustancial; esos pequeños comentarios y secretos suelen dar luz a un caso.

—Si es tan amable, ¿podría explicarnos brevemente qué es lo que les dijo? Podría ser importante. Como le decía al principio, de momento estamos juntando toda la información posible; luego ya iremos descartando todo lo que pensemos que sea ajeno al caso.

Sonia, inconscientemente, volvió a sacarse otro cigarrillo y lo encendió antes de contestar.

Miré el reloj furtivamente. Soy consciente de que lo último que debes hacer durante un interrogatorio es dar la sensación de que estás con prisas o falta de interés, pero tenía que llegar al hotel antes de las 20:00 horas sí o sí, por lo que me quedaba poco más de dos horas para interrogar al resto de testigos. Tenía que acelerar el ritmo de las preguntas.

—Nos dijo que había preparado su testamento y que la empresa iba a recibir una nueva inyección de capital.

—Y esa inyección de capital... ¿es cuantiosa? ¿Causará algún cambio en el futuro de la empresa y de los involucrados en el proyecto? Discúlpeme, no tengo mucha experiencia ni conocimientos mercantiles pero supongo que esa noticia sería de importancia para todos los invitados, ¿no es así?

Sonia volvió a recostarse en la silla, esta vez para descargar la noticia con el engreimiento del que se cree dueño de medio mundo.

—El aumento de capital es de 108 mil millones de euros. Es una noticia importante para nosotros y para el resto del mundo entero. Esta noticia (no la haga pública) saldrá en la primera página de todos los periódicos del mundo civilizado.

Testimonio de Alberto

Inspectora Itziar Orbaizeta

Sábado por la tarde

—¿Dijo algo de su nuevo testamento? —pregunté.

—No, nada en particular, pero de alguna manera dio a entender que todos los presentes figurábamos en el testamento.

—¿Como herederos?

—Me imagino, no sé para qué si no se nos nombraría en su testamento —contestó Alberto divertido por la innecesaria pregunta. *Touché*.

—Supongo que algunas personas no estarían muy contentas de saber que el señor Flynn pretendía dividir su fortuna con ustedes.

—¿Se refiere a Sonia y a Valentín? No, me imagino que no. Pero no sé si eso les habrá escocido tanto como cuando dijo que había decidido nombrarme a mí presidente y a Mario director general, dejando a Valentín básicamente degradado a lo que nosotros decidamos.

Asentí lentamente tratando de no mostrar sorpresa por la nueva noticia. Sonia no me había dicho nada sobre ese cambio radical en la empresa; tampoco Valentín. Me pregunté como habrían encajado la noticia; supongo que le habrá dolido a Valentín, sobre todo después del enorme incremento de capital, ya que suponía una gran pérdida económica para la pareja y se lo habrán tomado como una puñalada por la espalda. ¿Por qué no me habrían dicho nada? ¿Trataban de ocultar algo o querían evitar levantar la liebre quitándole importancia al asunto?

Miré al agente Terol para asegurarme de que estaba tomando debida nota de todo aquello. Él me devolvió la mirada y asintió con la cabeza confirmando que no se le había pasado por alto el detalle.

—¿Por qué piensa que tomo una decisión así?

—¿Por qué? —Alberto soltó un resoplido que bien podía ser una risa o una mofa o un poco de los dos—. Porque el único logro de Valentín en esta vida ha sido casarse con Sonia, la sobrina de Arthur Flynn. Admitámoslo, inspectora... Valentín es un patán, y está muy bien nombrarle director general de una empresa pequeña en la que estás tú al mando y puedes controlar todas sus meteduras de pata. Pero Urban Co. va a pasar de ser una pequeña empresa sin más, a convertirse en una de las mayores empresas del país, además de puntera a nivel mundial en lo relativo a comunicaciones y automoción. No puede dejar eso en las manos de un pobre diablo como Valentín, sería como... no sé, como dejarle las llaves de un Ferrari a un niño de siete años para que te lo aparque.

Testimonio de Paula

Inspectora Itziar Orbaizeta

Sábado por la tarde

—Arthur estuvo actuando muy extraño desde el principio. Jamás lo había visto así. Pero todo su enfado lo descargó contra Lorena. Vale que Lorena igual fue un poco torpe con su sentido del humor, pero de ahí a ponerla prácticamente de patitas en la calle en lo alto de la montaña, en medio de la noche... me pareció un poco excesivo.

Asentí, no porque estuviera de acuerdo con su comentario o no, sino para animarla a seguir con su relato.

—Lo peor fue cuando Arthur la pilló más tarde contándonos a Sandra, a Sonia y a mí la historia de lo que pasó aquí con su familia dos años atrás; ¡pensé que la iba a matar!

Volví instintivamente a mirar de reojo al agente Terol para asegurarme de que tomaba nota. Este ni siquiera levantó la vista; seguía tomando nota apresuradamente de todo lo que decía para no perder una coma.

—¿Qué es lo que os contó Lorena?

Paula miró hacia el lado del pasillo como si se estuviera asegurando de que nadie escuchaba. Luego, acercándose un poco más a la mesa y bajando la voz, contestó:

—Sandra había sufrido ya dos alucinaciones, y Arthur parecía muy conmovido con lo que había contado Sandra porque...

—Espere un momento... —la interrumpí sin poder mantener la apariencia de imparcialidad —, ¿qué fue lo que pasó? ¿Ha dicho «alucinaciones»?

—Ah, perdón. Pensé que ya lo sabrían —dijo Paula frotándose inconscientemente las manos en el regazo entusiasmada de poder desvelar en primicia un cotilleo tan jugoso—. Habíamos terminado la cena y Arthur nos habló del plan que teníamos para la mañana siguiente...

—¿El salto en paracaídas?

—Exacto. Mario Cadensa, siempre igual de exagerado con las formalidades, había preparado una documentación liberando a Arthur y a la empresa de cualquier responsabilidad en caso de accidente... —Paula se quedó callada un momento, pensativa—. La verdad es que, bien mirado ahora en retrospectiva, fue una suerte que Lorena hubiera firmado ese documento después de todo lo que ha ocurrido.

Terol levantó la vista de su cuaderno de notas. Le hice un discreto gesto afirmativo cerrando levemente los ojos para que supiera que no había pasado desapercibido el dato y que continuara tomando notas.

—Continúe, por favor.

—Sí, perdón —dijo Paula sacudiendo brevemente los bucles de su flequillo, como para quitarse esas ideas de la cabeza y centrarse en su declaración—. Mario repartió los documentos,

pero Sandra se excusó para ir a su habitación a por sus gafas. Al cabo de un momento, oímos un grito desgarrador proveniente del otro lado del pasillo. Salimos corriendo para ver qué es lo que había pasado. Los gritos venían de la habitación de Sandra. Entramos y la pobre estaba inmóvil de pie en su cuarto, ¡aterrada!

—¿Qué había pasado?

—Dijo... —añadió encogiéndose levemente los hombros como disculpándose de antemano por lo que nos iba a contar—... dijo que había visto a una niña mirándola desde el otro lado de los ventanales de su habitación.

—¿Una niña?

Paula asintió muy seria.

—Una niña. Sandra juraba que al otro lado de la ventana había una niña vestida con uniforme de colegio impasible al frío y al viento, que la miraba directo a los ojos.

—¿Visteis vosotros luego a la niña? ¿Quién era? Me imagino que no puede haber muchas niñas andando solas por aquí.

—No, claro que no —contestó Paula haciendo un ademán con la mano—. Además, es imposible llegar al otro lado de la ventana. Las ventanas no se abren y para llegar al otro lado hay que trepar como un gato. Y si te resbalas, te caes por el precipicio —dijo señalando con la cabeza a los ventanales de la sala de la chimenea.

Miré hacia donde ella indicaba y me convenció de que la idea era descabellada. Ninguna niña se atrevería a estar tan cerca del precipicio.

—Miramos fuera de todos modos —continuó diciendo Paula—, pero no se veía ni rastro de niña ni de nada que se le hubiera parecido. Pero claro, era de noche y no se veía un pimiento ahí afuera.

—¿Qué cree que pasó entonces? ¿La señorita Sandra se lo imaginó?

—Al principio pensé que habría visto su reflejo en los ventanales y se habría asustado. Tiene que ver esas ventanas, la verdad es que imponen, no tienen ni cortinas ni persianas ni nada de nada, y cuando la luz está encendida dentro de la casa y es de noche, todo lo que puedes ver es tu reflejo.

Asentí e hice un breve silencio mientras hacía como que revisaba mis notas antes de formular la siguiente pregunta. Pero esta no era sencilla y debía de ser presentada con toda la delicadeza posible.

—En confianza, señorita Ortiz, ¿piensa usted que Sandra Nogales puede estar... desequilibrada?

—¿Loca, quiere decir?

No asentí, pero giré un poco la cabeza dando a entender que me refería a cualquier tipo de problema mental que la pudiera haber llevado a imaginarse a la niña o a inventarse la historia para llamar la atención.

—No lo sé, no creo. Pero sí que es verdad que es un poco extraña.

—¿Le importaría explicarse un poco más?

—En el trabajo es muy buena en lo que hace y es muy seria, tal vez demasiado. Cuando empezamos a trabajar juntas era mucho más agradable y relajada, pero la verdad es que desde que coincidimos en la planta de maternidad...

—¿Cómo que coincidieron en la planta de maternidad? ¿De visita, se refiere...?

—Yo sí. Fui a visitar a una amiga que había tenido un hijo y me encontré con Sandra en el pasillo de la planta de maternidad. Estaba vestida con una bata de hospital... —añadió bajando la voz y abriendo mucho los ojos.

—¿Y es ahí donde empezó a cambiar su comportamiento con usted?

—Eso es.

—¿Porque no fue a visitarla a ella pero sí a otra amiga suya? ¿Fue eso?

—No. No fue eso. Creo que fue porque la pillé y descubrí que estaba embarazada y que iba a tener un hijo. Nadie en la oficina lo sabía.

—¿No lo sabía usted? Me refiero... trabajaban juntas, se habría fijado en que estaba embarazada, ¿no?

—La verdad es que no. Como ella es así, tan menudita... Claro, después de saber que había estado embarazada todo ese tiempo, entendí la nueva ropa que llevaba a la oficina: siempre camisas holgadas, bufandas, chalecos o lo que fuera para ocultar su tripita. Pero ni yo ni nadie sabíamos que estuviera embarazada. Cuando se lo conté a todo el mundo el lunes en la ofi, se quedaron tan flipados como yo.

—¿Le pidió que no dijera nada?

—No, solo se señaló la tripa y me dijo con una sonrisa completamente exenta de alegría: «Aquí está, ya lo sabes».

—¿Por qué no quiso que nadie lo supiera?

—Hija, piénsalo. No tenía marido, ni novio, ni nada.

—Ya. Entiendo. Pero antes de que usted hubiera descubierto su secreto y se lo hubiera contado a todos, ¿era buena la relación entre ustedes dos?

—Sí, buenísima. Ella me ayudó muchísimo cuando empecé a trabajar en la empresa, y sobre todo cuando le conté el problema que tuve con Arthur en la fiesta de Navidad de la empresa que hicimos el primer año.

Miré otra vez discretamente mi reloj de pulsera. Como no lo cortase por lo sano, el interrogatorio de Paula se dilataría hasta la medianoche. Pero realmente Paula era el tipo de cotilla que, una vez coge carrerilla, lo suelta todo, y aunque me costase un tiempo que no tenía, estaba resultando ser una inagotable fuente de información.

—¿Qué problema?

Paula miró de soslayo al agente Terol y entendí al instante.

—Agente, ¿sería tan amable de ir a la cocina a buscar un vaso de agua para la señorita Ortiz?

Terol levantó la vista del cuaderno de notas y me miró como si se acabara de despertar de un profundo sueño y por un momento no recordase ni dónde estaba. Dos largos segundos más tarde pareció entender que necesitaba hablar a solas con Paula y se levantó dando un respingo.

Esperamos las dos a que el grandullón se hubiese perdido por la puerta de la cocina antes de continuar.

—¿Mejor así?

Paula asintió rápidamente y, encogiendo las piernas hasta tener los pies sobre la silla, se abrazó las rodillas y continuó:

—Me da un poco de vergüenza confesarlo, y por favor no le diga a nadie esto que le voy a contar.

—Por supuesto. Su secreto quedará a salvo conmigo. A no ser que sea relevante para el caso, la información que comparta conmigo no será desvelada.

Paula no parecía muy convencida con esa contestación, pero al no ver salida me contó lo que ocurrió:

—La fiesta de Navidad del primer año se nos fue un poco de las manos. Arthur alquiló un pequeño restaurante con casa rural en la Sierra de Madrid. La empresa había ganado antes de final de año su primer millón de euros. Arthur había repartido una generosa paga extra de

Navidad como agradecimiento al trabajo y a todas las horas extra del año. Lo celebramos por todo lo alto: comimos, bebimos, bailamos...

Paula paró aquí su narración para mirarme un momento a los ojos como tratando de decidir si la estaba juzgando o si podía confiar en mí y decirme lo que había pasado.

—¿Qué ocurrió después? —la animé a seguir.

—Poco a poco la fiesta fue disolviéndose: unos se iban a la cama, otros se quedaron dormidos borrachos en los sillones y en los sofás de la casa rural, y yo... yo salí fuera al jardín con Arthur. En el jardín había una chimenea que, aunque estaba encendida, no daba suficiente calor con el frío de la noche. Arthur descorchó una nueva botella de vino y yo me senté muy cerca de él para darnos calor el uno al otro.

Paula volvió a parar teatralmente para secarse una lágrima que le asomaba por el rabillo del ojo.

—Una cosa llevó a la otra y acabamos en su habitación, donde hicimos el amor. Nadie nos vio, nadie supo nada. Antes de que amaneciera salí de allí de puntillas y me fui a mi habitación.

—Paula levantó otra vez la vista, esta vez amenazadora, como para medirse conmigo—. Ahora puede juzgarme y pensar que soy una zorra. Tal vez tenga razón. Jamás me he perdonado lo que hice esa noche. No se lo conté nunca a mi esposo; Sandra me recomendó que, si no quería perder a mi marido, que me olvidase de lo ocurrido.

—¿Sandra? ¿Le contó a Sandra lo ocurrido?

Paula pareció relajarse y esconder las uñas.

—Un día, después del trabajo nos fuimos Sandra y yo a tomar un café. Un café llevo a una caña y una caña al gin tonic. Antes de darme cuenta le estaba contando a Sandra todo lo ocurrido, y desde ese momento se convirtió en mi confidente. La verdad es que me sentí mucho mejor pudiendo compartir lo que ocurrió con alguien y ella me ayudó mucho escuchando y dándome consejos. Gracias a ella conseguí que Arthur acordase pasarme una paga mensual por «las molestias que pudiera haberme ocasionado». No me atreví nunca a decírselo a nadie más, ni siquiera a Teresa, que es mi mejor amiga. Pero claro, Teresa conoce a César, mi marido, de quien estoy convencida que ella está locamente enamorada, y si se lo hubiera contado a Teresa, seguro que lo habría utilizado en mi contra para pisarme el marido.

No hice ningún comentario, pero no pude dejar de preguntarme qué clase de amigas debían de ser estas dos. Por esa y por muchas otras razones es por lo que nunca he tenido muchas amigas.

—Sandra fue tan buena conmigo... Por eso me extrañó tanto que no me hubiera dicho nada de su embarazo. Nos habíamos vuelto muy amigas y nos contábamos todo, o al menos eso era lo que creía yo.

En ese momento el agente Terol volvió a aparecer con el vaso de agua y se lo dio a Paula quien ni siquiera le miró. Alargó el vaso de manera mecánica sin apartar la vista de mí y se lo bebió entero antes de posarlo ruidosamente sobre la mesa.

Terol volvió a coger su bloc de notas y repasó sus últimas anotaciones. Luego carraspeó ruidosamente antes de hablar.

—Ha dicho, cuando le hemos preguntado qué cree que le ocurrió a Sandra cuando dijo haber visto a esa niña, que al principio pensó que se habría asustado viendo su propio reflejo en la ventana —dijo Terol leyendo de sus notas, luego levantó la vista un momento para mirar a Paula. Esta asintió. Entonces apartó el bloc y continuó—: ¿Por qué dice que eso es lo que pensó «al principio»? ¿Es que pasó algo luego que le hizo cambiar de parecer?

—Sí. Sandra volvió a ver a la niña esa misma noche; esta vez dijo que la pequeña estaba

dentro de la casa y que tenía un cuchillo en la mano.

—¿Y qué sucedió? ¿Usted también la vio?

—No, no vi a la niña, pero sí que vi el cuchillo sobre la mesa cuando fuimos a socorrerla.

Testimonio de Ignacio

Inspectora Itziar Orbaizeta

Sábado por la tarde

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para el señor Flynn?

—Entré al servicio de la casa de su padre cuando el señor Flynn tenía 5 años; de eso hace 52 años.

—Está entonces en edad de jubilación, ¿no ha pensado nunca retirarse?

—La mía es una vida de servicio, señora inspectora; el día que no pueda ser de ayuda, habré perdido la esencia de mi existencia y ya no tendrá sentido vivir más.

Muy a mi pesar no pude evitar levantar una incrédula ceja. Ignacio me recordaba a mi abuelo, conductor de autobús de la EMT. Mi abuelo sentía un escrupuloso orgullo por su trabajo. Cada mañana, cuando se sentaba a las 6:30 de la mañana en el asiento de conductor del 134 con su traje azul y su corbata perfectamente anudada, hacía una oración de ofrecimiento del día para dar el mejor servicio a todos los pasajeros que ese día necesitasen viajar en su ruta.

Mi abuelo, en cambio, sí que soñaba con la jubilación, no como Ignacio, que parecía querer morir con las botas puestas. Mi abuelo decía que se iría con su esposa al pueblo y vivirían tranquilamente sus últimos años cuidando de los nietos que les diera y atendiendo su huerta. Pero el paro cardíaco se anticipó en dos años a la jubilación y ahora era mi abuela la que vivía sola en el pueblo, sin marido. Rara vez veía a sus nietas, a las que había visto en contadas ocasiones, y había tratado con la frialdad con la que una leona atendería a unas crías de hiena dejadas a su cargo.

Conozco bien al tipo de persona que es Ignacio, y me dolía tremendamente ver cómo alguien así podía desperdiciar su vida al servicio de la clase más privilegiada sin poder permitirse al menos descansar y disfrutar tranquilamente de la vejez.

—Ignacio, tengo entendido que alguno de los invitados creyó ver a una niña ayer por la noche. ¿Es eso posible? ¿Pudo haber habido alguna niña ayer en la casa? ¿La hija de la cocinera...? ¿Una vecina, tal vez?

—El cocinero no tiene hijos y le llevé yo mismo a Baqueira ayer por la noche junto a los camareros que había contratado el señor Flynn para servir la cena a sus invitados.

—¿Pudo tratarse de una vecina?

—Poco probable. Los vecinos más cercanos viven a varios kilómetros de distancia, y nunca ha habido comunicación entre la familia Flynn y el vecindario.

—¿Por qué?

—Este lugar ha sido siempre el refugio del señor Flynn. Construyó la cabaña —«¡Cabaña! ¡Llama a esto una cabaña!», pensé mirando inconscientemente la opulencia de la vivienda— para aislarse del mundo y desconectar.

—¿Es por eso que no hay teléfonos en la casa ni acceso a internet?

—Precisamente. Eso ha sido lo que ha decidido el señor Flynn ahora que ha vuelto a abrir las puertas del refugio. Se aseguró antes de que no hubiese conexiones posibles para poder desconectar del mundo cuando estaba aquí.

—¿No es un poco extraño hacer algo así después de los terribles acontecimientos de hace dos años?

—No me corresponde juzgar ni opinar sobre las decisiones de mi señor —contestó con más flema que un lord inglés con catarro.

—Ignacio, ¿qué me puede decir de los sucesos de hace dos años en esta misma casa? Fallecieron tanto la esposa como la hija del señor Flynn, ¿no es cierto?

—Nada en absoluto.

—¿Perdón?

—A su pregunta: «¿qué puedo decirle del asunto?». No puedo decir nada en absoluto. Se hizo en su momento una investigación minuciosa, y usted, como policía, seguro que tendrá acceso a mucha más información que la que yo le pueda facilitar. No es mi lugar el compartir información sobre la vida privada del señor Flynn.

Me sorprendió su contestación, pero no presioné más; el mayordomo tenía razón, en cuanto llegara esa noche a Baqueira podría recibir el informe policial completo del caso de la familia de Arthur Flynn.

Decidí abordar otro tema.

—Hemos oído de uno de los invitados que ayer, después del segundo sobresalto de la señorita Sandra Nogales, encontraron un cuchillo de carnicería sobre la mesa del comedor. ¿Lo dejó usted ahí?

—No, pero me gustaría saber dónde ha ido a parar. Ayer por la noche lo volví a poner en su sitio, y esta mañana, cuando me disponía a cortar las verduras para preparar el caldo, noté que había desaparecido otra vez de la cocina.

Testimonio de Fermín

Inspectora Itziar Orbaizeta

Sábado por la tarde

—¿Cree que sería posible que en algún momento de la noche de ayer, o en la travesía en helicóptero de esta madrugada, hubiese habido alguna oportunidad, para alguien de esta casa, de cortar la línea del paracaídas de Lorena?

Fermín pensó unos momentos antes de contestar. Tenía el pelo todavía mojado después de la ducha y se había vestido con vaqueros, calcetines gordos de lana y un forro polar. Aun así, se le veía extremadamente incómodo tratando de encontrar una postura confortable en la mesa del comedor donde llevábamos a cabo el interrogatorio.

—Bueno, supongo que sí. Infinidad de oportunidades. En el helicóptero tal vez no tanto, pero durante la noche, cualquiera podría haberlo hecho. Sería un juego de niños.

—¿Quién cree que pudo ser? No me refiero solo a quién podía estar interesado en acabar con la vida de Lorena, pero, además, ¿quién pudo haber tenido la oportunidad de hurgar en el paracaídas sin ser visto?

Fermín se removió incómodo ante la pregunta.

—Me está pidiendo usted que haga un juicio temerario, señorita. Me cuesta mucho pensar que alguien de este grupo pudiera querer matar a cualquier persona, sea a Lorena o a quien sea. Bien es verdad que Arthur y Lorena tuvieron un leve encontronazo ayer durante la cena, se lo concedo, pero de ahí a que quisieran matarse el uno al otro... Me parece un poco fantasioso, ¿no cree? ¿No piensa que es más probable que cuando trajeron los paracaídas a la casa, la línea pudiera estar ya cortada?

El agente Terol levantó los ojos de su cuaderno para mirar a Fermín. No se le había ocurrido antes, pero este hombre tenía razón, podía ser tan simple como eso. El agente Terol me miró en busca de alguna señal o reacción por mi parte sobre el comentario. Yo no le devolví la mirada, trataba de mantener mi porte impasible a los comentarios de Fermín.

—Es posible, señor Carriedo, y le aseguro que también investigaremos esa posibilidad. De momento estamos evaluando todas las posibilidades y recolectando toda la información posible. Ahora, dígame, y por favor trate de hacer memoria: ¿vio a alguien tocando las mochilas o cerca de estas en algún momento durante el tiempo suficiente como para hacer cualquier cosa? Recuerde que para cortar la atadura del paracaídas con unas tijeras o con un cuchillo afilado, si se sabe lo que se hace, se necesitan pocos segundos.

—No, no recuerdo que nadie se hubiera acercado a las mochilas una vez las apilamos junto a esa pared. A no ser, claro está, que lo hubieran hecho por la noche cuando ya estábamos todos en nuestras habitaciones. Dejamos las mochilas aquí y cualquiera se podría haber levantado en mitad de la noche y hacer lo que quisiera con ellas. Pero ninguno de los invitados habría hecho algo así. Aunque...

—¿Qué pasa?

—Nada, supongo que es una tontería. No tiene importancia.

—Por favor, señor Carriedo, todo puede tener importancia; dígame qué es lo que ha recordado, puede que resulte de ayuda.

—Bueno, fue esta mañana, cuando estábamos preparándonos para salir. Cogimos todas nuestras mochilas. Yo cogí la primera que encontré, no sé si era la misma que me dieron la noche anterior o no, eran todas iguales, así que ni me preocupé. Pero cuando Lorena cogió su mochila, Arthur dijo categóricamente que esa era la suya e hizo que se la cambiara. Me pareció extraño que le diera tanta importancia.

—Muchas gracias. No hay más preguntas.

Testimonio de Chus

Inspectora Itziar Orbaizeta

Sábado por la tarde

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para la empresa del señor Arthur Flynn?

Esa pregunta le dolía mucho el orgullo. Era un duro golpe difícil de encajar. La idea de Urban Co. había sido suya; el programa lo había creado él, los diseños de los coches, los procesos de fabricación... ¡Todo! Sin embargo Chus siempre sería el empleado, el siervo del señor Flynn, como si Arthur hubiera sido el diseñador de todo. Lo único que había hecho era tener dinero y escuchar a Chus.

Chus siempre no sería más que un peón de Arthur, cuando en realidad era él quien debía tenerlo todo.

—Desde antes que él mismo —contestó.

Miré a Terol, que también había levantado los ojos de su cuaderno tratando de entender la respuesta de Jesús Jimeno, el programador de la empresa de Flynn.

—¿A qué se refiere?

—A que la idea de la empresa era mía. Yo fui quien reclutó a Arthur, no él a mí —dijo airado—. El próximo jueves la empresa cumplirá cinco años desde que fue constituida, y yo llevo «empleado» en ella desde entonces, si eso contesta mejor a su pregunta.

No me esperaba esa contestación del nerd del departamento tecnológico. ¿De Valentín? Sí, sin duda. ¿De Sonia? Posiblemente. Pero de este introvertido con cara de «paga fantas» torpemente vestido de grunge, no. No esperaba que se diera esos aires de grandeza.

Chus podía ser un tipo atractivo si se quitase las gafas de Clark Kent y dejase de refunfuñar, pero era el típico amargado de los que no falta uno en cada oficina, enturbiando el ambiente y estropeando la existencia de los demás.

—Le noto un poco... ¿resentido?

—¡Y que usted lo diga! —dijo cruzándose de brazos y de piernas en un movimiento en el que parecía tratar de esconder sus brazos bajo las costillas y enroscar una pierna en la otra—. Especialmente después de las noticias de ayer. La verdad es que no sé por qué sigo aquí. Debería haber presentado mi dimisión en el mismo momento en el que nos dio las noticias de los nuevos cambios, y marcharme a mi casa.

—¿Cambios? ¿Se refiere a cambios estructurales dentro de la empresa? Parece que no está muy de acuerdo con esos cambios...

—¡De acuerdo con esos cambios! —exclamó Chus soltando un resoplido a modo de risa sarcástica—. Mejor estaría si me hubiera despedido. ¡Qué forma de ningunearme!

—No me extraña que se sienta así, debe de ser como un insulto, sobre todo después de que usted fuera realmente el padre del proyecto. ¿Seguro que no le ha reservado un puesto o una

participación mayor dentro de la empresa?

Chus abrió las manos dando a entender que se sentía impotente con la nueva situación y que había poco que pudiera hacer.

—No. Nada. Le ha dado la presidencia a Alberto Castañeda, quien lleva fuera de la empresa un montón de tiempo, y su coleguita Mario Cadensa ha sido nombrado director general. ¿Qué queda para mí?

—No sé, ¿tal vez ha hecho mención de usted en su nuevo testamento? He oído que ha cambiado el testamento y tal vez ha dejado parte de la empresa a su nombre...

Chus volvió a mirarme con esa mirada de lado del que no se fía de nada ni de nadie, como midiéndome y tratando de decidir si me estaba riendo de él o si hablaba en serio.

—Es posible, pero no creo que lo lleguemos a saber nunca.

—¿Por qué?

—El nuevo testamento..., lo tenía Lorena.

—Lorena no está muerta —contesté rápidamente—, y seguro que se recuperará. De todos modos, podemos incautar sus cosas y, a petición del juez, el testamento podrá leerse ante notario. En el peor de los casos, el señor Flynn siempre puede volver a redactar su testamento, en caso de que no se hubiera quedado con una copia.

Testimonio de Sandra

Inspectora Itziar Orbaizeta

Sábado por la tarde

—Cuéntenos, si es tan amable, qué es lo que vio anoche que la asustó.

—¿Se refiere a la niña?

—¿Tuvo alguna otra situación que le produjera miedo?

—No, claro. La niña. Ahora, después de todo lo que ha pasado, parece casi una tontería; como si hubiera sido un sueño irreal.

—¿Pero no lo fue...?

—No. Desde luego que no lo ha sido. La primera vez que vi a la niña podría haber sido fruto de mi imaginación o un reflejo en la ventana que me hubiera hecho creer que había visto lo que no era, pero después, cuando la volví a ver dentro de la casa, no podía ser mi imaginación. Estoy segura de que la vi.

—Señora Nogales, ¿tiene usted historial médico con episodios psicóticos, alucinaciones o algún otro tipo de trastorno mental?

—¿Me está llamando loca? —contestó Sandra levantando la voz—. ¿Quién se ha creído que es?

—Señora Nogales, soy inspectora de la Policía Científica del Cuerpo Nacional de Policía. Tenemos una a persona que ha saltado de un helicóptero con un paracaídas que no se ha abierto por causas dudosas y usted ha confirmado que ha visto a una niña en mitad de la noche con un cuchillo en la mano. Hay un cuchillo de carnicería como el que usted dice haber visto en la mano de la niña que ha desaparecido de las cocinas de esta casa y las ataduras del paracaídas parecen haber sido cortadas con un cuchillo de similar descripción. No me creo nada. No la estoy llamando nada. Tampoco estoy haciendo juicios ni suposiciones. Es mi trabajo recabar en los hechos, juntar toda la información disponible y buscar una explicación a lo aquí acontecido.

El tiempo corría y tenía que marcharme de ahí. Mi paciencia estaba acabándose y el estrés de pensar que Fernando llevara a cabo su amenaza y se marchara con las niñas si no volvía al hotel antes de las 20:00, apremiaba con cada minuto que transcurría.

Miraba ahora a Sandra atravesándola con los ojos como retándola a negarse a cooperar. Ella me aguantó la mirada un momento más, pero al final bajó la vista y se ablandó apoyándose en el respaldo de la silla.

—Tiene razón. Discúlpeme. No es su culpa, solo está haciendo su trabajo. Las últimas 24 horas han sido las más agobiantes de mi vida y no puedo evitar ponerme a la defensiva.

—No se preocupe. Lo entiendo, señora Nogales.

—Por favor, llámeme Sandra. ¿Podríamos tutearnos? ¿Cómo se llama usted?

—Orbaizeta... —dije mirando de refilón al agente Terol, como si estuviese desvelando

información que no me estuviera permitido compartir—. Itziar Orbaizeta.

—Itziar... ¿Te importa si te llamo así?

Concedí con un parco movimiento de cabeza.

Sandra sonrió tímidamente, pero envalentonada con la nueva cercanía se lanzó a hablar con franqueza.

—Sé que suena extraño, pero te puedo asegurar que nunca en mi vida he tenido una alucinación. No consumo drogas y nunca las he consumido en el pasado. Lo que vi ayer realmente ocurrió.

—Entiendo... No te lo tomes a mal pero, ¿estás tomando algún tipo de medicación?

—No, no es eso. Bueno, sí. La respuesta es que sí que tomo medicación, pero es solo para dormir.

Levanté levemente las cejas, pero eso fue suficiente para que Sandra se expandiera en su respuesta.

—Tomo pastillas para dormir desde hace tres años. El trabajo es muy estresante. Arthur es un buen jefe y nos trata bien, pero espera mucho a cambio. Desde que me nombró directora de marketing el trabajo se volvió constante: 24 horas al día, 7 días a la semana.

—¿Por qué no dejas el trabajo si es tan exigente como dices?

Sandra soltó una risa cansada.

—No es tan fácil. El trabajo es exigente, pero es imposible dejarlo.

—¿Te sientes coaccionada? Hay leyes en este país que te defienden de jefes despóticos, si ese es el caso.

—No, no es eso. Es casi todo lo contrario. Arthur nos remunera y premia en exceso acorde con el esfuerzo que ponemos en la empresa. Es casi como una droga que una vez que la pruebas ya no la puedes dejar. Supongo que es el capitalismo en estado puro. Trabajamos y ganamos. Cuanto más trabajamos más dinero ganamos. No es ya solo el ver que la empresa tiene éxito y que formamos parte de algo que está creciendo gracias a nuestro esfuerzo, sino que además todos ganamos mucho más dinero del que jamás hubiéramos imaginado. Y después de los cambios y el aumento de capital que nos desveló Arthur anoche, a partir de enero veremos nuestros salarios, primas y comisiones multiplicados por cinco. Es imposible dejar este trabajo. ¿Quién podría dejar un trabajo así estando en su sano juicio?

—Volvamos otra vez al tema de la niña. ¿Quién crees que era esa niña y qué crees que estaba haciendo con ese cuchillo? ¿Te sentiste amenazada por ella?

—No lo sé... —contestó Sandra parándose a pensar un momento. Su mirada se perdió en un lugar lejano, como si hubiera entrado en el mundo de los recuerdos en busca de las respuestas a las preguntas que le hacía—. No sé quién era esa niña y no puedo decir que me sintiera amenazada, pero imagínate: una inocente niña vestida de uniforme en medio de la noche y con un cuchillo en la mano... No me lo habría imaginado ni en mis peores pesadillas. Pregunté a Ignacio si era la hija de alguien del servicio, pero básicamente, aunque con cortesía y con educación, me dijo que estaba teniendo alucinaciones.

—¿Vio a la niña desaparecer de la habitación? ¿La vio dejar el cuchillo sobre la mesa antes de escapar?

—No, la verdad es que no me fijé. La niña me miró fijamente con el cuchillo en la mano. Yo me quedé helada un momento, pero en cuanto me oyó gritar, corrió hacia la puerta de la cocina y desapareció. No vi qué hizo con el cuchillo. Puede incluso que yo llegara a perder el conocimiento por un momento del susto.

Testimonio de Mario Cadensa

Inspectora Itziar Orbaizeta

Sábado por la tarde

—¿Desde cuándo se conocen Arthur Flynn y usted?

Mario Cadensa, el nuevo director general de Urban Co., estaba sentado con las piernas cruzadas mientras las palmas de sus manos reposaban relajadamente sobre su regazo. Era la imagen de la compostura y la educación. Mario venía de una familia pudiente con dinero y tierras, que se remontaba a muchas generaciones atrás. Había cumplido ese mismo año los cincuenta y nueve años, aunque aparentaba al menos diez años más. No era que estuviera desmejorado o enfermo, pero su estilo clásico y el pelo prematuramente blanco, aunque frondoso y ondulado, le hacía parecer mucho mayor de lo que en verdad era. Lo que más le hacía parecer casi un anciano, era la inevitable comparación que se le hacía con su amigo Arthur, a pesar de ser de la misma quinta, parecía quince o veinte años más joven.

—Nos conocimos en la Universidad de Londres. Fuimos compañeros de habitación el primer año y hemos estado siempre juntos desde entonces.

—Entiendo que usted es socio fundador de la empresa Urban Co., y posee un 20% del accionariado, ¿es eso cierto?

—No exactamente. Tenía un 23% del accionariado, pero con la nueva entrada de capital, mi participación pasará a ser del 16%.

—Sale usted perdiendo, entonces —apunté.

—No, al contrario —aclaró Mario escondiendo una sonrisa condescendiente—, con la ampliación de capital emitimos muchas nuevas acciones de la empresa, por lo que, lo que antes digamos que eran cien acciones, ahora son mil, así que mi 23% se habría quedado en prácticamente nada, pero también he comprado un número considerable de las nuevas acciones y ahora poseo el 16% de una empresa mucho más grande.

Al ver que no le respondía nada, pensó, equivocadamente, que estaba perdida tratando de entender la jerga mercantil y decidió ampliar la explicación:

—Vamos a decir que antes tenía dos trozos de una pizza pequeña que estaba cortada en diez partes, ahora tengo otra vez casi dos trozos, pero de una pizza familiar. Tengo mucha más pizza en mi plato...

Asentí irritada. No era una niña de cinco años ni tampoco una estúpida. El abuelete se podía ahorrar su explicación y guardar esa sonrisa condescendiente para sus nietos.

—Muchas gracias, señor Cadensa. Recuerdo vivamente ese episodio de Barrio Sésamo. ¿Podría explicarme ahora cómo es que el señor Flynn le ha mantenido siempre alejado de la actividad de la empresa, y de pronto decide nombrarle director general?

—No he estado alejado de la actividad; he sido miembro del consejo desde su constitución.

Pero hasta ahora no disponía de más tiempo para dedicarle a Urban Co. Estos últimos años esta empresa era solo un pequeño *startup*, y lo único —o lo principal— que necesitaba la empresa de mí, era capital....

—...pero eso ahora, con la ampliación de capital ha cambiado...

—Efectivamente. No solo tengo más tiempo disponible desde que he dejado de invertir en dos empresas que estaban a mi nombre y a las que destinaba gran parte de mi tiempo, pero además ahora Urban Co. ha pasado de ser un mero pasatiempo, o un nuevo capricho de mi viejo amigo Arthur, a ser una empresa puntera en una industria llena de oportunidades y que aún está por descubrir.

Bajé la vista a mi cuaderno de notas para esconder la cara de desagrado. Había algo en Mario Cadensa que me crispaba; pero quería creer que era solo porque llevaba demasiados interrogatorios en un día y que la tormenta de fuera me tenía preocupada añadiendo tensión a mi subconsciente. Como dejase a este fanfarrón hablar de sí mismo y de sus logros, me quedaría atrapada en esta casa y no podría volver a Baqueira con Fernando y las niñas.

Miré de refilón hacia los ventanales. Ya había oscurecido y eran las seis de la tarde. Fuera estaban cayendo copos del tamaño de pelotas de tenis y pronto la carretera sería impracticable. ¡Vamos, al grano!

—Señor Cadensa, ¿tiene usted idea de quién pudo querer matar a Lorena Arguello?

Mario me miró realmente sorprendido por la crueldad de una pregunta tan directa. «Basta ya de andarse por las ramas», me dije. Tenía que terminar con estos interrogatorios y marcharme de ahí.

—¿Lorena está muerta?

—No. Todavía. Pero no por falta de esmero al intentarlo... Alguien trató de quitarle la vida. Al menos sabemos que su paracaídas fue boicoteado. ¿Sabe quién ha podido querer hacer algo así?

Mario Cadensa o estaba ciertamente sorprendido o era un actor de primera categoría.

—Mire, inspectora, odio hablar mal de la gente, especialmente si no están delante para defenderse, y más aún si están en la cama de un hospital luchando por su vida, pero mentiría si le dijera que Lorena era una persona querida por el resto de los compañeros, si entiende a lo que me refiero. Pero de ahí a pensar que alguien quisiera matarla...

Los minutos pasaban y seguía nevando. Quería centrarme en la investigación pero no podía dejar de pensar que la temperatura habría bajado y que debía de haber una acumulación de nieve en la carretera de unos quince centímetros. Si no salía de ahí en los próximos minutos, me quedaría atrapada en el refugio a pasar la noche en compañía de gente como Mario Cadensa.

Tenía que ser parcial, pero había algo en este tipo que me daba escalofríos.

—Tengo entendido que el señor Flynn tuvo ayer una disputa con Lorena y que incluso la amenazó con echarla de la casa en plana noche.

—Sí, bueno, la verdad es que Arthur nos sorprendió a todos. Empezando por mí, que le conozco mejor que nadie y desde hace cuarenta años. Nunca le he visto reaccionar así en público...

—¿En público?

—Bueno, ya me entiende, ni en público ni en privado. Arthur es un hombre tranquilo, educado y sobre todo muy calculador. No sería capaz de matar a nadie por un impulso o por un enfado que se hubiera agarrado.

—Quien haya cortado la línea del paracaídas, no lo ha hecho en un arrebato de ira o en un momento de enajenación. Quien lo haya hecho, sabía perfectamente lo que estaba haciendo;

planeó con cuidadosa deliberación el resultado que tendría si cortaba las ligaduras del paracaídas. ¿Le parece eso más acorde a la forma en la que un hombre «muy calculador» resolvería una disputa con alguien que estuviera en su camino?

Mario Cadensa se quedó callado y se miró las manos, desorientado, nervioso y, por una vez, sin saber bien qué contestar.

—No... no creo. Es imposible. Arthur jamás haría algo así. Él es un buen hombre.

—¿También sería incapaz de abatir a una hija psicópata y encolerizada que acabase de matar a cuchilladas a su esposa?

El labio de Mario tembló casi imperceptiblemente, pero su mirada de absoluto terror delató sus sentimientos antes de recomponerse y contestar tronando en un rugido sorprendentemente violento para un apacible anciano:

—¡Arthur sería incapaz de hacer algo así! ¡Déjenle descansar en paz! ¿No le parece que ha sufrido ya bastante?

Le sostuve la mirada un largo tiempo sin decir nada, midiendo la contestación y aún más la reacción del respetable caballero que tenía delante.

—No tengo más preguntas —decreté por fin—. Puede volver a su habitación.

Miré mi reloj y después al agente Terol, quien me estaba mirando con los ojos abiertos de par en par, sentado en el extremo de la silla, claramente exaltado con todos los acontecimientos.

—¿Qué le parece, Terol? —mascullé mecánicamente, sin mucha curiosidad por lo que pudiera desvelar el agente, pero más como muestra de respeto y para que se sintiera involucrado en la investigación.

—¿Qué qué pienso? ¡Está clarísimo! El señor Flynn es un psicópata controlador y venado que se cabreó ayer con Lorena y hoy se la ha cargado. Igual que hizo hace dos años con su esposa. ¿No lo ve usted así? Es obvio, ¿no?

Asentí lentamente con la mirada clavada en la nevada que caía al otro lado de los ventanales.

—Sí —respondí distraídamente—; tal vez demasiado obvio. —Luego, volviendo en mí añadí—: Haga el favor de llamar al señor Flynn.

Testimonio de Arthur Flynn

Inspectora Itziar Orbaizeta

Sábado por la tarde

El agente Terol volvió dos minutos más tarde acompañado del mayordomo, enseñándome las palmas de sus manos en señal de que no había conseguido nada.

—¿Dónde está el señor Flynn? —pregunté mirando mi reloj de pulsera sin poder esconder mi irritación.

—El señor Flynn tomó sus pastillas para dormir cuando llegó a la casa y se metió en la cama —explicó Ignacio—; en este momento no se encuentra en condiciones de ser entrevistado.

Me levanté molesta de la mesa desde donde había conducido todos los interrogatorios durante las últimas dos horas.

—¿Ha hablado con el señor Flynn? —pregunté dirigiéndome al agente Terol—. ¿Le ha visto?

Obvié por la cara de desconcierto del agente, que este no había hecho ninguna de las dos cosas, y encaminándome hacia el pasillo de donde habían venido, le dije al mayordomo que me llevase hasta la habitación del señor Flynn.

—Pero inspectora, no creo que... —trató de disculparse el mayordomo a mi espalda, pero paré en seco, me di la vuelta y le dije fulminándole con la mirada:

—Si pretende poner objeción, o negarse a colaborar, yo que usted me lo pensaría dos veces. De otra manera, nos puede acompañar a la comisaría de Baqueira y quedarse ahí el fin de semana reflexionando sobre ello hasta el lunes, cuando le llevemos frente al juez, a quien podrá explicarle por qué no cree que debemos hablar con el señor Flynn.

El mayordomo tragó saliva dos veces antes de contestar.

—Síganme, por favor. Es por aquí.

La puerta del dormitorio del señor Flynn estaba hecha de madera de nogal, como el resto de las puertas y las molduras del interior de la casa. Ignacio llamó a la puerta con los nudillos, pero no obtuvo respuesta.

—Estará dormido —ofreció el mayordomo como explicación—. Le administré una dosis doble del somnífero que acostumbra a tomarse antes de ir a la cama. Estaba muy alterado por los acontecimientos...

Ignorando la excusa de Ignacio (o acuciada por esta misma), aparté al mayordomo y llamé yo misma a la puerta con golpes rápidos y contundentes.

—Señor Flynn, soy la inspectora Orbaizeta. Abra la puerta.

Al final del pasillo empezaron a asomar las cabezas del resto de los invitados, alertados por el barullo que estábamos montando frente a la habitación de Arthur. Se acercaron curiosos para ver qué ocurría, a pesar de haber sido advertidos de no abandonar sus habitaciones hasta que hubiera terminado con todas las entrevistas. No me preocupé de mandarles de vuelta a sus

habitaciones; ahora tenía un problema mucho más acuciante.

—Señor Flynn, abra la puerta —volví a llamar, esta vez con mayor insistencia. Después, volviéndome hacia el mayordomo le ordené que la abriera.

Ignacio giró el pomo, y la puerta cedió sin dificultad.

Me acerqué de tres rápidas zancadas a la cama donde yacía el señor Flynn. Ignacio y el agente Terol me siguieron de cerca mientras el resto de los invitados se agolparon alrededor del hueco de la puerta para poder ver qué pasaba, pero sin terminar de atreverse a cruzar el umbral de la habitación.

—¡Señor Flynn! —llamé en voz alta al tiempo que le ponía la mano en el cuello para comprobar sus constantes vitales.

Arthur abrió los ojos y miró a su alrededor desorientado, con la vista nublada, sin entender bien dónde se encontraba.

—¿Qué...? ¿Qué es esto? ¿Qué pasa? Ignacio... ¿qué hora es?

Volví a recostar a Arthur Flynn poniendo una mano sobre su pecho. Flynn, al momento, cerró nuevamente los ojos.

El agente Terol había tomado la muñeca de Arthur y comprobaba su pulso, que, aunque lento, parecía seguir latiendo con fuerza. Hizo una señal de asentimiento para decirme que no corría peligro.

—Señor Flynn, despierte. Necesito hacerle unas preguntas.

Arthur abrió imperceptiblemente los ojos, pero no conseguía enfocarlos.

—Señor Flynn, soy la inspectora Orbaizeta, vino con nosotros en el coche patrulla después de que se llevaran a la señora Arguello en helicóptero al hospital.

—¿Lorena?

—Sí. Lorena Arguello. ¿Está usted en condiciones de contestar a unas preguntas?

—Lorena..., ¡yo sé quién ha intentado matarla! —balbució Arthur abriendo ahora los ojos como un loco al tiempo que me agarraba de la solapa. Después, como si fuera un muñeco al que le hubieran quitado las pilas, se desplomó sobre la almohada.

—Señor Flynn, ¡Arthur! —le llamé levantando la voz y zarandeando levemente al empresario.

Arthur trató de abrir los ojos, pero no conseguía enfocarlos ni volver a abrir la boca. El narcótico que tenía en el cuerpo era demasiado potente y ya no conseguiría nada de él hasta que no hubiera salido de su cuerpo.

Volví a mirar el reloj.

No podía esperar más.

Tenía el tiempo justo para salir del refugio y conducir de vuelta a Baqueira antes de que dieran las 20:00 horas y las carreteras fueran ya del todo impracticables.

—Ignacio, deme el resto del somnífero que tenga en la casa. Como el señor Flynn reciba otra dosis de ese o de cualquier otro medicamento hasta que volvamos aquí, le haré a usted responsable de lo que le pueda ocurrir al señor Flynn, ¿me ha entendido usted?

—Sí, señora —contestó, y acercándose al cuarto de baño de la habitación, cogió dos frascos del armario de los medicamentos y me los dio.

—Ahora déjenle dormir y no le molesten —ordené saliendo de la habitación y pasando delante del resto de invitados que se apartaban mirando atónitos la escena.

—¿Se marchan? —preguntó Chus al ver que me ponía el abrigo y el agente Terol me imitaba.

—Sí, aquí no hay nada más que podamos hacer por hoy. Además, con la tormenta que hay

fuera... Tenemos que bajar al valle o nos quedaremos también aquí atrapados.

—Pero... —titubeó el técnico como decidiendo la manera de expresarse antes de hablar—, si lo que Arthur les ha dicho es verdad, ¡tiene que haber un asesino entre nosotros!

Los invitados se miraron unos a otros en silencio con miradas de pánico por la revelación.

Les sostuve la mirada unos segundos antes de contestar.

—Es muy posible, sí. Pero descuiden, con esta tormenta el asesino no podrá ir muy lejos.

—¿Y si decide matar a algún otro mientras estamos aquí atrapados? —preguntó Paula asustada llevándose la mano a la boca como con miedo de pronunciar lo siguiente—: Además, el cuchillo que desapareció de la cocina aún no ha sido encontrado, ¿no es así?

Todas las cabezas se volvieron hacia el mayordomo, quien afirmó con rotundidad.

—Mañana, en cuanto las carreteras estén practicables de nuevo, volveremos. —«Volverá otro agente. Yo aquí no pienso volver. Yo estaré esquiando con mi familia», me dije a mí misma—. Si no, el lunes estaremos aquí, como muy tarde. Mientras, traten de entretenerse y no pierdan a nadie de vista ni un momento.

—¿Cómo se supone que vamos a hacer eso? —preguntó Fermín.

—Pueden pasar la noche todos juntos en la sala de la chimenea, o si lo prefieren, pueden dividirse en grupos de dos para pasar la noche en las habitaciones. Hay mil maneras. Lo que ustedes prefieran.

—¿Cómo quiere que pasemos la noche en grupos de dos? A quien le toque dormir con el asesino...

—En ese caso —contesté con una sonrisa sombría ya cansada de esta pandilla de pánfilos— habremos encontrado a nuestro asesino.

Encerrados en la bola de nieve

Sábado

El refugio

Los invitados se quedaron de pie mirando la puerta por donde acababa de salir la policía. Escucharon las puertas del coche patrulla, el sonido del motor al encenderse y las ruedas haciendo crujir la nieve bajo el peso del vehículo. Pronto el sonido del coche desapareció y se quedaron en completo silencio; ese sobrecogedor silencio que solo se experimenta cuando el mundo está cubierto bajo un gran manto de nieve, o cuando se está encerrado en la celda de paredes acolchadas de un hospital psiquiátrico.

Cerraron la puerta con cuidado y volvieron a la chimenea en silencio.

Sandra se acercó a los ventanales y, cruzándose de brazos, contempló los grandes copos de nieve caer etéreos. Los demás se fueron acomodando en silencio en los sillones y en los sofás alrededor de la chimenea.

—¿En qué piensas, Sandra? —preguntó Paula al cabo de un rato haciendo a esta despertar de sus cavilaciones. Sandra la miró y le dedicó una tímida sonrisa antes de volver la vista al espectáculo del otro lado del ventanal.

—Es una tontería, pero mirando la nieve caer de esta forma y viéndolo todo a través de estos enormes ventanales, me estaba acordando de una bola de nieve navideña que tenía cuando era pequeña. Solía mirar dentro de la esfera de cristal donde había una cabaña en miniatura y, cuando la agitaba, era rodeada de toda esa nieve arremolinándose a su alrededor. Luego soñaba que una diminuta elfa liliputiense vivía dentro de la cabaña y que yo era una gigante que tenía su mundo en mis manos.

Sandra paró su explicación, se volvió para asegurarse de que Paula la seguía escuchando y vio que todos la miraban atentos. Volvió a sonreír, esta vez cohibida al ver que habían oído su estúpida confesión infantil. Luego, volviéndose otra vez hacia las ventanas y señalando la nieve del exterior con un movimiento de cabeza, continuó—: Hoy me siento como si fuera yo la diminuta habitante de la pequeña cabaña de mi bola de cristal, y que ahí fuera, detrás de toda esa nieve, hay un gigante mirando con curiosidad todo lo que hacemos.

Valentín soltó una vulgar carcajada que su esposa cortó de un rápido codazo en las costillas.

—¿Llevas teniendo entonces ese tipo de sueños y alucinaciones ya desde pequeña? Pensé que dijiste que la aparición de la niña del cuchillo de ayer fue tu primera manifestación de los síntomas de chaladura.

—¡Valentín! —masculló Sonia entre dientes, haciendo callar a su marido—. ¡Ya es suficiente!

Sandra le miró con pena. No tenía ni fuerzas ni ganas para enfadarse, discutir o defenderse. Valentín era un fanfarrón y su manera de esconder sus limitaciones siempre había sido

mostrando los defectos de los demás. En la oficina hacía lo mismo. Sabía perfectamente que Valentín tenía miedo, como el resto. Estaban todos nerviosos por los acontecimientos y sobre todo por la perspectiva de pasar el fin de semana encerrados en una cabaña con ese grupo de personas, entre los que presumiblemente se encontraba un asesino.

Alberto se levantó.

—Vamos a tratar de mantener la calma. Ha sido un día largo e intenso, y aunque no tenemos la seguridad de que realmente uno de nosotros haya tratado intencionadamente de quitarle la vida a Lorena, pues yo sigo pensando que ha sido un terrible accidente del que ninguno de nosotros tiene la culpa, deberíamos tomar las debidas precauciones para que pasemos las próximas horas juntos de la forma más segura y agradable posible.

Alberto miró al grupo en busca de consenso. Todos, uno a uno, asintieron con taciturnidad.

—Lo primero que tenemos que hacer es poner unas normas para que podamos sentirnos, dentro de lo posible, más seguros. ¿Qué os parece?

De nuevo miró a su alrededor buscando cooperación.

—La inspectora nos recomendó que estuviéramos todos juntos, o al menos que nos dividiéramos en parejas, pero que nadie se quedase en ningún momento solo.

—¿Y qué hacemos con Arthur? —preguntó Chus—. No quiero ser el que hable mal del jefe ni el que cause secesionismo dentro del grupo, pero parece del todo obvio que, si alguien ha intentado voluntariamente acabar con Lorena, ese alguien ha sido Arthur.

—¡Mi tío no ha hecho algo así! —le reprochó Sonia al instante—. ¿Cómo te atreves?

Al momento se formó una algarabía de voces airadas en la que cada uno trataba de exponer su pensar sobre la situación y la culpabilidad o la inocencia de Arthur en el accidente de Lorena.

—¡Basta! —gritó Alberto, haciéndose oír por encima del grupo y consiguiendo que volvieran a coger asiento y dejaran sus discusiones por un momento.

—No me importa si ha sido él o no; si realmente ha sido un accidente o, como insinúa la inspectora, un intento de asesinato. Lo que me importa en este momento es que pasemos el siguiente día, día y medio, o lo que sea que tarde este temporal en pasar, de la forma más segura y tranquila posible.

—¿Y cómo vamos a conseguir eso? —objetó Paula levantando la voz, y añadió al borde del histerismo—. ¡Te recuerdo que todavía no ha aparecido el cuchillo!

Alberto se quedó pensativo un momento mientras los demás le miraban en silencio esperando a que él decidiera por ellos qué era lo que debían hacer.

—Tienes razón, Paula. Seguro que hay una razón lógica por la que el cuchillo no aparece; posiblemente uno de los camareros colocó anoche el cuchillo en el lugar incorrecto y luego aparece en algún cajón de la cocina o una tontería similar. Pero para tranquilidad de todos, deberíamos inspeccionar la casa y así salir de dudas.

—¿Qué hacemos si el cuchillo aparece escondido en la habitación de uno de nosotros? —preguntó Sonia.

—Si se da el caso, no lo tocamos, lo dejamos donde está y dejaremos que la inspectora decida qué hacer cuando vuelva. Ahora, dividámonos en grupos y registremos la casa entera.

Todos asintieron, salvo Valentín, que soltó una risa cargada de amarga ironía.

—¿Desde cuándo nos das tú las ordenes, Alberto? Claro, como Arthur ha dicho que ahora eres el presidente, te piensas que nos puedes decir a todos qué es lo que tenemos que hacer, ¿verdad?

—Valentín, no estoy dando órdenes a nadie. Solo estoy proponiendo qué hacer. Si tienes alguna otra idea mejor, por favor, dínosla.

—Oh, para qué voy a decir nada —dijo levantando las manos teatralmente—. Está visto que ya estás al timón y todos te siguen como borreguitos.

Fermín, que normalmente se mantenía callado y no discutía, se acercó a Valentín con cara de ir a romperle el cuello.

—¿No te das cuenta de que a lo mejor es esa la razón por la que Arthur ha escogido a Alberto como presidente y no a ti? —preguntó con el ceño fruncido y los puños apretados—. ¿No ves que lo único que tú has hecho ha sido ridiculizar a Sandra y a los demás, quejarte de todo y emponzoñar el ambiente con tu negatividad? ¿Es eso lo que tú entiendes por ser un líder? Mira lo que ha hecho Alberto desde que se ha ido la policía: solo ha tratado de tranquilizar a todo el mundo, poner un poco de orden y buscar opciones para salir adelante.

—Vamos, Fermín, no nos alteremos —dijo Alberto, interponiéndose entre los dos—. Estamos muy nerviosos por la situación. No nos digamos cosas de las que luego nos tengamos que arrepentir el lunes en la oficina.

—¿Qué lunes? —agregó Sonia—. Con la nevada que está cayendo ahí fuera, y con el estado de las carreteras, nos vamos a quedar aquí encerrados hasta Dios sabe cuándo.

—No seamos pesimistas. Si nos tenemos que quedar aquí algún día más, tratemos de disfrutarlo. Estamos en un sitio idílico, con una preciosa estampa y Arthur ya nos dijo que tiene provisiones suficientes en la casa para varios días, ¿no es así, Ignacio?

—Efectivamente, señor —respondió el mayordomo con su tono lacónico—; la cocina esta abastecida, tenemos leña suficiente para dos inviernos, y, en el peor de los casos, en el congelador hay comida para subsistir un mes entero.

Informe del accidente

Inspectora Itziar Orbaizeta

Sábado por la tarde

No podía perder tiempo. Le dije a Fernando que iba un momento a echar una mano al departamento, como me había pedido el jefe, para visualizar el accidente y eso ya casi me cuesta el matrimonio. Ahora no podía esperar a llegar al hotel para preparar el informe. Llegaría, con suerte, poco antes de las 20:00 horas; lo que no podía hacer ahora era llegar a la cena por los pelos, porque Fernando ya iba a estar bastante cabreado, y luego encima pasarme la noche escribiendo el informe. Tenía que prepararlo y enviarlo antes de llegar. Lo escribiría de camino, se lo enviaría al jefe y me desentendería de este caso para centrarme en mi familia y en mis vacaciones.

Saqué el portátil en cuanto me subí al todoterreno del agente Terol y mientras este conducía carretera abajo camino de Baqueira, me puse a darle a la tecla con rabia y energía.

Tenía unos veinticinco minutos de carretera, tal vez treinta con toda la nieve que se seguía acumulando.

No me podía perder en florituras. Tal y como siempre decía el jefe: «Al grano. Hay que quitar toda la paja de los informes y apuntar solo el material que trasciende: ¡la enjundia!». Me dejé de verbosidades y poesías y me centré en lo que realmente era importante.

Hice una pequeña sinopsis de lo ocurrido —como diría mi marido— y luego un breve resumen del interrogatorio a los miembros de la excursión en helicóptero y demás huéspedes del refugio.

Cerro del Desnudo, 17 de diciembre

Inspectora Itziar Orbaizeta

Atendiendo a la llamada de la policía local, me desplazé al centro médico de Baqueira Beret, donde habían llevado a Lorena Arguello (41 años) quien al practicar un salto en paracaídas desde un helicóptero (actividad organizada por el empresario Arthur Flynn), cayó desde una altura de 300 metros sin que el paracaídas se le abriera.

A mi llegada al centro médico, L.A. presentaba politraumatismos y estaba inconsciente. Fue trasladada de urgencia en helicóptero al hospital La Paz de Madrid en estado crítico.

No pude desplazarme al lugar del accidente ya que la fuerte ventisca desatada esa mañana hacía el terreno impracticable. Pero fui en compañía del sargento Vicents, de la Policía Local, y el agente Terol hasta una loma desde donde se podía divisar el Cerro del Desnudo, lugar del accidente, guiados por Miguel Gorrás, dueño del helicóptero desde el que L.A. saltó. Mientras, el señor Arthur Flynn, organizador de la excursión, era atendido por los servicios médicos de un fuerte episodio de ansiedad.

L.A. cayó sobre unos abetos que bordeaban una poza natural. Los árboles amortiguaron la

caída y la poza tan solo tenía una capa de hielo de menos de diez centímetros de grosor, lo que explica que L.A. haya sobrevivido (por el momento) al accidente.

El agente Terol mandará un apéndice con la transcripción oficial de los interrogatorios llevados a cabo a todos los involucrados, pero esto es, a grandes rasgos, lo principal que he deducido de las indagaciones preliminares:

Miguel Gorrás (piloto y paracaidista) asegura que comprobó los equipos antes del salto y estaban todos en perfecto estado. Al recuperar el paracaídas de L.A. encontró que la cuerda de la apertura estaba cortada. Dice que no pudo deberse a un accidente. Él personalmente dejó los paracaídas en el refugio (domicilio de Arthur Flynn) la noche anterior al salto y los había comprobado previamente.

Arthur Flynn había invitado a ocho directivos de su empresa a pasar el fin de semana en su refugio para hablar de una nueva importante inyección de capital en la empresa y de un cambio en su testamento, en el que, al parecer, figuraban todos los presentes.

Ninguno de ellos tiene motivos aparentes para querer la muerte de Lorena Arguello, pero sería importante estudiar con atención la situación y antecedentes de cada uno de los invitados.

Estoy segura de que alguien debe de estar escondiendo algo, algún motivo, algún secreto. Recomiendo que el inspector que se haga cargo del caso (¿inspector Faraco?) analice los antecedentes con atención.

En mi opinión no se trata de un desafortunado accidente; recomendaría al inspector Faraco que, después de estudiar las declaraciones y el historial de cada uno, volviera a hacer otra ronda de declaraciones.

Estábamos entrando en Baqueira cuando terminé de escribir esta última frase.

No era un buen informe. No estaba bien escrito ni proponía todos los puntos ni descripciones de todos los involucrados en la excursión en helicóptero, pero me la traía bastante al paio. Puse en copia al jefe, al inspector Faraco y al agente Terol para que hiciera el seguimiento con Faraco, o con quien asignara el jefe para el caso, y me dejaran en paz.

No era un caso que me perteneciera. No era un caso importante que me pudiera acercar al ascenso, y si dedicaba más tiempo a ese grupo de irresponsables ejecutivos domingueros y sus accidentes, iba a echar a perder mis vacaciones y posiblemente también mi matrimonio.

—Hecho —dije en voz alta al tiempo que golpeaba con fuerza a la tecla de enviar.

Cerré el portátil de una palmada y lo guardé en la mochila en el momento en el que el agente Terol paraba el todoterreno delante de la puerta de mi hotel.

—Gracias Terol. Ha sido un placer. Te deseo suerte con el caso.

Salí del coche sin dar tiempo al desconcertado agente de despedirse o de preguntarme si yo no iba a seguir adelante con todo esto.

Cerré mi abrigo hasta la barbilla mientras corría los escasos diez metros hasta la entrada. Un pobre hombre fumaba un cigarrillo junto a la puerta muerto de frío, mientras zapateaba el suelo como un ebrio y poco grácil bailar de flamenco en un fútil intento de mantener el calor en el cuerpo.

El lobby del hotel estaba lleno de gente que se había quedado atrapada en la nieve y buscaba desesperadamente habitación donde poder pasar la tormenta. El recepcionista se defendía como podía tratando de explicar que el hotel estaba completo y no podía hacer nada para albergar más clientes.

Me dirigí directa a los ascensores como con miedo de que alguno de estos sin techo se abalanzara sobre mí para quitarme la llave de mi habitación y me dejaran fuera.

Pulsé el botón de llamada del ascensor con insistencia cinco veces seguidas como si eso fuera ayudar a que bajara más rápido.

Mi teléfono no cesaba de avisarme de que estaba recibiendo mensajes. Había sonado más veces que la campanita de recepción, que seguían golpeando con fuerza tratando de llamar la atención del director del hotel que se habría parapetado en su despacho, probablemente escondido debajo de su mesa.

Supuse que los mensajes serían de Fernando, que ya debía de estar poniéndose nervioso y me estaría preguntando dónde diablos me había metido. Faltaban dos minutos para las 20:00 horas.

Pulsé el botón del quinto piso y saqué el teléfono del bolsillo.

Tenía solo dos mensajes de Fernando, los demás mensajes eran del departamento en contestación a mi informe. ¡Imposible que lo hubieran leído ya!

El jefe me daba las gracias por el informe: «Disfruta de tu fin de semana. Ya nos encargamos nosotros del resto».

El siguiente mensaje era de Faraco:

«Eso, disfruta. No veo por qué has ido hasta allá. ¡Qué manera de perder el tiempo! Seguro que tu marido debe de estar contento contigo...»

¡Lo mato! Ese imbécil no pierde oportunidad de dar por saco. Siempre tiene que dar la puntilla a todo y hacerte quedar como un idiota.

«Está más claro que el agua que el piloto está tratando de sacar balones fuera para no buscarse un problema —continuaba el mensaje de Faraco—. No hay motivación, no hay pruebas, no hay sospechosos. Caso cerrado. Ha sido un terrible accidente. No hay razón para que yo suba a Baqueira a perder el tiempo como lo ha hecho Itziar, jefe.»

Estaba leyendo este mensaje mientras el ascensor se ponía en marcha; la furia me hacía hervir la sangre.

Como siempre, Faraco va de listo. No sabe nada, ha recibido tres pinceladas sobre lo ocurrido y ya cree saberlo todo. Estaba a punto de contestar un rápido mensaje desde la puerta de nuestra habitación cuando esta se abrió de pronto y apareció Fernando mirándome acusatoriamente.

—¿Qué haces?

—Hola, cariño. Solo estaba apagando el móvil.

La batida

Sábado por la noche

El refugio

—Empezaremos registrando las habitaciones de los invitados —dijo Alberto organizando al grupo. Iban a encontrar el cuchillo, y de no conseguirlo, como mínimo les mantendría entretenidos y eso ayudaría a mantener la moral.

Alberto ofreció su habitación como primer lugar a registrar; se quedó en la puerta para no cohibir a los otros y que se sintieran incómodos inspeccionando todas sus cosas.

Valentín no solo no estaba cohibido, sino que parecía disfrutar con ello. Se acercó a la cubitera y levantando por el cuello la botella que estaba dentro, le dio la vuelta para que todos pudieran ver que estaba vacía. Luego hizo un gesto asintiendo a Alberto como diciéndole que no estaba nada mal, se había terminado la botella él solo.

Alberto miraba impasible junto a la puerta.

—Sí, estaba a punto de llamar a Ignacio para que me trajera otra botella cuando me avisaron de que la barra estaba abierta en el salón principal —contestó sarcásticamente.

Miraron en todos los rincones de la habitación, pero no se atrevían a abrir su bolsa de viaje ni entrar en el cuarto de baño. Ni siquiera Valentín, mostrando por una vez un mínimo de pudor. En realidad parecía dispuesto a hacerlo, pero posiblemente pensó que si lo hacía luego le llegaría su turno cuando registrasen su habitación.

—Por favor, abrid mi equipaje y entrad en el baño; tengo el neceser sobre el lavabo, cerca de la bañera. Tenemos que mirar en todos los rincones y en todas las habitaciones. No podéis tener vergüenza ni cortaros en absoluto. Recordad que hay un cuchillo extraviado en la casa y, por insólito que nos parezca, es posible que uno de nosotros sea un asesino. Así que, por favor, mirad en todas las esquinas y olvidaos de que esta es mi habitación. Yo pienso hacer lo propio cuando registremos vuestros cuartos —añadió con una sonrisa dirigida a Valentín.

Animados con estas palabras el grupo se tomó más a pecho el registrar toda la habitación. Valentín se lanzó a mirar bajo las almohadas y escrutó entre el colchón y el somier dejando la cama completamente deshecha. Cuando hubieron terminado el registro, salieron sin haber encontrado nada más interesante en la habitación de Alberto que su afición por el champán, cosa que en el fondo tampoco era una sorpresa para ninguno de ellos.

Continuaron con la habitación de Paula.

El comienzo de la inspección resultó tanto o más embarazoso que el de la habitación de Alberto. Pero también Paula animó a sus compañeros a mirar sin tapujos todo lo que pensarán que fuera necesario.

Valentín miró discretamente debajo del colchón, pero dejó la cama tal y como la encontró.

Fermín cogió dos tubos amarillos cilíndricos de unos veinte centímetros de largo que

descansaban sobre la mesilla de noche. Los tanteó en su mano como si estuviese tratando de adivinar su peso, pero levantó la vista sin ser capaz de preguntar qué es lo que eran.

Todos se quedaron callados y se miraron entre sí esperándose lo peor. Nadie quería preguntar qué es lo que eran y para que eran esos tubos.

Enseguida Mario Cadensa salió en defensa de Paula:

—Eso es un autoinyectable de epinefrina, ¿no es así, Paula?

Los demás desplazaron las miradas de Mario a Paula esperando que esta aclarase qué era lo que acababa de decir Mario.

Paula asintió sonrojándose un poco.

—Sí, exacto. Es un Epi-Pen. Tengo alergia a los cacahuetes, y si comiera cualquier alimento que contuviera la más mínima traza de cacahuete tendría una reacción anafiláctica y, si no tuviera cerca un hospital, podría morir en menos de veinte minutos.

—¿Reacción anafiláctica? ¿Qué diablos es eso? —preguntó Chus sin entender una palabra.

—Es una reacción alérgica que ataca todo el sistema nervioso. Si no tengo uno de esos inyectables de adrenalina, me puedo morir en un momento.

—¿Cómo sabes tú tanto de eso, Mario? —preguntó Valentín.

—Yo tengo alergia al veneno de las avispas. No lo supe hasta que tenía ya bien cumplidos los cuarenta años. Un buen día me picó una avispa jugando al golf en Pedreña y gracias a Dios que estaba jugando con un doctor que sabía lo que había que hacer. Me llevaron en ambulancia hasta el hospital del Marqués de Valdecilla en Santander y en pocos minutos me tenían entubado en el hospital, si no, no estaría aquí hoy para contarlo.

—¿Y llevas también un tubo de esos allá donde vas?

—No —sonrió—. Antes sí que lo hacía, pero desde que tuve la angina de pecho, mi cardiólogo me dijo que tenía más posibilidades de sobrevivir a un shock anafiláctico que a una sola inyección de adrenalina. Vamos, que el día que me pique una avispa ya me pueden pillar confesado...

Alberto, viendo que como fueran a registrar la casa entera todos juntos se iban a pasar todo el fin de semana discutiendo y comentando cada historia, enfermedad y achuche que tuviera cada uno de ellos, propuso dividir el registro de la casa en grupos para ir más rápido.

El primer grupo lo formó Mario e Ignacio, que como eran los que mejor conocían la casa se presentaron voluntarios para mirar en las cocinas y en las dependencias del servicio doméstico.

Sandra y Chus buscarían en el ala oeste de la casa, donde estaban las habitaciones de Arthur, la de su esposa y la de su hija Rebeca.

Alberto pidió a Valentín y a Fermín que salieran fuera a inspeccionar el garaje y los alrededores de la casa. No es que pensara que pudieran encontrar algo ahí, pero quería quitarse a Valentín de encima y que le diera un poco el aire para que se tranquilizara. Además, estando Fermín y Valentín solos un rato, tendrían tiempo de calmar la tensión que había entre ellos dos y enterrar el hacha de guerra.

Sonia, Paula y Alberto comenzarían a registrar las habitaciones del ala este, empezando por la de Sandra, que era la que más cerca estaba de las zonas comunes y de donde fue visto el cuchillo que supuestamente blandía la niña.

Garaje

Sábado por la noche

El refugio

—No sé qué es lo que estamos haciendo aquí —refunfuñaba Fermín cuando entró en el garaje con Valentín—. Aquí no vamos a encontrar nada.

Las luces del garaje se encendieron con el sensor de movimiento en cuanto entraron los dos hombres. Las paredes de piedra hacían resonar las pisadas de sus zapatos de goma como si fuera un estridente coro de cigarras. El garaje subterráneo tenía espacio para 10 coches. Al fondo, tres puertas daban a la bodega, el gimnasio y la sauna.

—Estoy de acuerdo contigo. Creo que estamos exagerando la situación. Lorena ha sufrido un terrible accidente y punto. Mala suerte. Pero que no me digan que uno de nosotros ha estado planeando el asesinato de esa mujer cortando la cuerda del paracaídas... ¡Eso es totalmente ridículo! —concedió Valentín.

—¿Por qué te parece tan ridículo? —preguntó Fermín—. Parece que la cuerda ha sido cortada. Y después del espectáculo que nos ofreció ayer Arthur, no me sorprendería nada escuchar que se le cruzaron los cables y que cortó la cuerda. ¿No te acuerdas cómo reaccionó cuando Lorena cogió su paracaídas? Tenía que saberlo.

Miró de reojo a Valentín después de decir esto. A pesar de no caerle especialmente bien, no podía dejar de sentir cierta admiración por él; le creía un tipo inteligente, e inconscientemente siempre buscaba su aprobación y trataba de demostrarle que él también tenía un conjunto de células grises bien alineadas bajo su cráneo de cromañón.

Al ver que su explicación no le había impresionado, añadió otra teoría para ver si causaba una mejor impresión en Valentín:

—¿Y qué me dices de las noticias con los cambios en la empresa y su nuevo testamento? A más de uno se le podría haber pasado por la cabeza matar a Lorena para que desapareciera el testamento de Arthur.

Valentín se paró en seco y se volvió levantando los brazos con aire fatigado.

—¡Por favor, Fermín, no digas tonterías! ¿Para qué le iba a servir a alguien matar a Lorena? Eso no tiene ningún sentido. Para eso habrían matado a Arthur, no a Lorena.

—Sí, pero... ¿no recuerdas que Arthur cambió el paracaídas? Tal vez era a Arthur a quien estaban tratando de matar.

Valentín se quedó callado un momento sopesando el comentario de Fermín. Este le miraba cambiando su peso de una pierna a la otra, esperanzado de haber hecho un apunte acertado.

—Veo que se te ha olvidado que ninguno de nosotros sabía que íbamos a saltar en paracaídas hasta ayer por la noche —dijo al fin—. ¿Cómo íbamos a poder tener tiempo de idear un plan para sabotear el equipo? Yo soy el único que ha saltado en paracaídas anteriormente y te aseguro

que no tengo ni la más remota idea de cómo se hace. ¿Quién podría haber sabido cómo hacerlo? ¿Buscando un tutorial en youtube? Como sabes, tuvimos que dejar el teléfono antes de subir al refugio, y aunque alguien hubiera colado un teléfono, ya oíste a Ignacio: aquí no hay conexión a internet.

Abrieron otra puerta que daba paso a una leñera.

—No, eso es cierto —confirmó Fermín rascándose el cogote—. Solo Arthur podría haberlo hecho. Pero, aunque estaba actuando de forma muy rara ayer por la noche con Lorena, no creo que sea capaz de cometer un asesinato.

—Veo, amigo mío, que después de tantos años aún no conoces a Arthur Flynn. Arthur es capaz de todo por conseguir lo que se propone, y también es capaz de lo que sea para quitar de su camino a quien le incordie. ¿Acaso no es eso lo que hizo con su esposa y con su hija...?

Fermín no se podía creer lo que acababa de oír. No podía ni mirar a Valentín a la cara. Temía que si le mirara a los ojos revelaría su enfado y confusión. Valentín acababa de mencionar lo inmencionable; nadie en la empresa había hablado del accidente ocurrido a la familia de Arthur, y menos aún insinuar que hubiese sido él el causante de la muerte de su familia.

Se agachó y comenzó a recoger leña para ocultar su desconcierto.

—¿Qué haces? —preguntó Valentín.

—En la sala de la chimenea queda un pequeño montón de leña, si queremos estar juntos y no tener que salir a mitad de noche para coger leños, mejor cogemos otro montón ahora ya que estamos aquí y nos ahorramos un viaje nocturno.

—Como quieras. Yo no pienso coger leña como si fuese un mozo de cuadra. Para eso tenemos a Ignacio. Tú lleva la leña que yo me quedo mientras aquí viendo a ver si encuentro algún vino interesante en la bodega.

Sandra y Chus

Sábado por la noche

El refugio

—¿Qué habitación es esta? —preguntó Chus en un susurro, como si tuviera miedo de despertar a los fantasmas de la casa.

—No lo sé, supongo que esta era la habitación de Teresa, la esposa de Arthur —contestó Sandra mirando distraídamente las fotografías enmarcadas que reposaban sobre la chimenea. Eran fotos antiguas, alguna incluso en blanco y negro, en las que se veía a una jovencísima Teresa en barco con quienes sin duda debían de ser sus padres. Había fotos de viajes de Teresa con amigos en Roma, Grecia, el Caribe, y otras varias de viajes de esquí. Pero no se veía a Arthur por ninguna parte. Solo había una foto de unas navidades en las que se podía ver a Arthur posando con Teresa y su hija Rebeca en brazos frente al árbol de Navidad en la sala de estar del refugio.

—Mira esta foto —dijo Chus que se había unido a Sandra a cotillear las fotos antiguas—; ¿no es este Mario Cadensa?

—A ver, déjame ver.... —dijo Sandra cogiendo la foto de las manos de Chus. La miró con atención durante un momento—. No lo sé, es una foto muy antigua. Es difícil decir, pero sí que se le parece.

—Aquí hay otra —añadió volviendo a poner la foto en su sitio y cogiendo otro marco con una foto de colores amarillos y ocres desgastados.

—¿Qué pasa? ¿Por qué la miras así?

La foto era de una joven pareja en bañador. Ella llevaba un bikini de los que se ven en las películas americanas de los años 60. No era Doris Day, pero era realmente atractiva, y el hombre a su lado podía considerarse la versión española de Rock Hudson.

—¿Es Cadensa, tienes razón! —dijo Sandra señalando al hombre de la foto con el dedo.

—¿Qué hace con ella del brazo? ¿Dónde está Arthur en estas fotos?

—Pues chico, no sé. Supongo que estará haciendo la foto. Eran amigos de universidad. Oí decir que pasaban los veranos juntos en Mallorca. Seguro que es ahí donde conocieron a Teresa. No creo que sea tan extraño.

—Pues a mí me parece muy raro, qué quieres que te diga. Sobre todo, que no haya una sola foto en toda la casa en la que se vea a Arthur con su esposa, solo ese espantoso cuadro que está colgado en la sala de estar...

—Se llama arte...

—Lo que sea, pero ninguna foto. Y ahora entramos en la habitación de la mujer de Arthur y está todo lleno, pero fíjate tú que solo hay una foto pequeña de Arthur relegada a un rincón. De Mario, en cambio, hay tres, y en las que aparece con Teresa muy pegadito. No sé Arthur, pero yo

desde luego no dejaría a mi esposa colgar fotos de ella en bañador por la casa en brazos de otro hombre.

—Tal vez esa sea una de las razones por las que todavía sigues soltero.

—¡Eso no tiene nada que ver! —contestó Chus enfureciéndose repentinamente—. Si no tengo pareja no será por falta de oportunidades, es solo que estoy esperando a la persona correcta.

—¿A la persona correcta? —repitió Sandra enarcando una ceja.

—Déjame en paz. Mira tú quién habla. Eres mucho mayor que yo y no tienes más que tu trabajo.

Sandra dejó de sonreír. Chus se lo había tomado demasiado a pecho, ella solo estaba bromeando. No pensaba que se lo fuera a tomar tan mal.

—Perdona, Chus. Era solo una broma...

—¡Al diablo tus bromas! No le veo ninguna gracia.

—Hijo, si no te obcecaras tanto con Paula... Déjala ya, está casada y te dijo ya innumerables veces que no quería nada contigo.

—No es por ella. Ya me he olvidado de Paula. Hace mucho. Ahora no me iría con ella ni aunque me lo pidiera de rodillas.

—¿Seguro? —preguntó Sandra esbozando una sonrisa para tratar de sonsacarle una confesión.

—Más que seguro. Ahora métete en tus asuntos, yo nunca te he preguntado por tu hijo ni por qué te dejó tirada el padre.

—¿Cómo sabes...?

—Da igual. Me voy a mear —dijo dándose la vuelta y saliendo de la habitación.

—Espera, Chus. ¿A dónde vas? Tenemos que estar juntos. No te vayas de aquí. En esta habitación también hay un baño.

Alberto, Paula y Sonia

Sábado por la noche

El refugio

Alberto entró con Sonia y con Paula a la habitación de Sandra, donde pasaron la noche anterior las tres acurrucadas y muertas de miedo.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Alberto viendo con sorpresa la cara de Sonia.

—Es una tontería...

—¿Qué es una tontería?

—Esto. Todo. El miedo de ayer por la noche —dijo señalando la cama con un gesto de la cabeza—. Ayer al final pasamos aquí la noche las tres juntas: Sandra, Paula y yo. Estábamos tratando de tranquilizar a Sandra, pero al final creo que fue ella la que nos contagió su miedo y nos metimos las tres en la cama aterradas. Ahora parece todo una tontería. No me puedo creer que nos comportásemos como unas chiquillas asustadas.

Alberto asintió.

—¿Qué creéis que le pasó a Sandra? La verdad es que no la conozco mucho, pero cuando trabajé con ella, parecía una chica inteligente, normal y muy sensata. ¿Qué es eso de ver niñas endemoniadas en medio de la noche?

—Bueno... la verdad es que me sorprendió, claro, pero de ahí a pensar que ella es del todo normal... —dijo Paula.

—¿A qué te refieres? —contestaron Alberto y Sonia al unísono.

Si Alberto iba a pasar a ser el presidente de la empresa, debería de estar por encima de los cuchicheos de pasillo, pero no estaba hecho de piedra y a veces es imposible no rendirse ante un buen marujeo.

—No me malinterpretéis —dijo Paula mirando hacia la puerta y bajando la voz de forma confabuladora, como si tuviera miedo de que Sandra pudiera oírla desde la otra punta de la casa—, Sandra es discreta, inteligente y todo lo demás que has dicho, pero tiene un lado oscuro.

—¿Cómo que «un lado oscuro»? —preguntó Sonia sin poder esconder su sorpresa.

—Sí, lado oscuro. No sé cómo explicarlo, pero ¿no te has fijado que se ha vuelto cada día más y más rarita?

—¿Rarita?

—Sí. Acuérdate cómo era al principio, cuando empezamos todos. Siempre alegre. Era muy trabajadora y aplicada en la oficina, pero cuando terminábamos el trabajo... ella era la primera en apuntarse a tomar una cerveza (o dos o tres) al bar de la esquina. ¿Los sábados? ¿Te acuerdas que antes nos íbamos todos los sábados después del trabajo a tomar el aperitivo a El Pardo?

—¡Es verdad! ¡Y ella siempre se apuntaba!

—...Y después del aperitivo, muchas veces empalmábamos y acabábamos de copas hasta las

mil.

Alberto escuchaba atento. No sabía que se había perdido tanto en estos últimos años. De haberlo sabido, no se habría ido nunca de la empresa. Habría tenido más paciencia con Mario Cadensa.

—¿Qué es lo que nos ha pasado? —pregunto Sonia—. Me había olvidado de los aperitivos en El Pardo. Trabajar en la empresa solía ser tan divertido. Éramos como una gran familia.

Paula cambió un poco el semblante y se puso un poco más seria, casi avergonzada.

—Bueno, parte de la culpa la tuve yo...

—¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Tuviste una pelea con Sandra?

Paula bajó los ojos, y por un momento pareció que se iba a echar a llorar.

—Vamos hija, ahora no nos puedes dejar así. ¿Qué es lo que pasó?

Sonia y Alberto miraban a Paula expectantes sin comprender qué podría tener ella que ver con el cambio en Sandra.

—Por favor, juradme que lo que ahora os cuente va a quedar entre nosotros y no le diréis nada a nadie.

Sonia y Alberto se miraron mudos un momento.

Alberto volvió a recordar otra vez que él era ahora el presidente y que debía actuar como tal, no podía dejarse llevar por la curiosidad y caer en los cotilleos.

—¡Lo juro! —dijo al instante.

—¡Y yo! —corroboró Sonia.

Paula miró una vez más hacia la puerta y titubeó un momento. Parecía arrepentirse de lo que iba a contarles, pero llevaba demasiado tiempo guardando el secreto en su corazón y tenía que soltarlo o explotaría.

En ese momento se apagaron todas las luces de la casa y Paula soltó un chillido.

La trama se complica

Sábado por la noche

El refugio

—¿Estás bien, Paula? —preguntó Alberto estirando sus brazos en dirección a donde Paula había estado un segundo antes de que se volviera todo oscuro.

La respuesta tardó un momento en lo que pareció una eternidad.

—Sí..., sí, estoy bien. ¿Qué ha pasado? Tengo miedo, Alberto. ¿Sonia? ¿Sigues aquí?

—Sí, aquí sigo —anunció Sonia con voz trémula y cogiendo a sus dos compañeros de la manga de la camisa.

—Parece que ha sido un apagón. Supongo que es normal con la tormenta que está cayendo fuera —dijo Alberto tratando de sonar más confiado de lo que realmente estaba—. Vayamos a la sala principal. Ignacio tal vez tenga linternas, o por lo menos velas que pueda prestarnos.

Un desgarrador grito llegó hasta ellos desde el otro lado de la casa.

Alberto echó a correr en dirección al grito y Paula y Sonia le siguieron a oscuras tanteando las paredes del pasillo para no tropezarse.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —volvió a oírse decir seguido de un grito espeluznante.

Alberto llegó hasta la chimenea y pronto Sonia y Paula se unieron él.

—Parece que viene del otro lado del pasillo.

—¡Creo que era la voz de Arthur!

Otras sombras se juntaron con ellos alrededor del fuego y se dirigieron a oscuras hacia la habitación de Arthur.

De pronto, la luz volvió cegándoles por un momento.

Sandra estaba junto a la puerta de Arthur tratando de abrirla.

—¡Arthur, Arthur, abre la puerta! ¿Estás bien? —decía Sandra zarandeando la puerta por el pomo y tratando de empujarla con el hombro con todo el peso de su frágil cuerpo.

Sandra oyó al resto de sus compañeros acercarse y, volviéndose hacia ellos, exclamó:

—¡Fermín! Ayúdame. Hay que echar la puerta abajo. ¡Rápido!

Fermín llegaba por el pasillo al mismo tiempo que lo hacía Ignacio con una linterna en su mano.

—¡Apártate, Sandra! —dijo Fermín cogiendo carrerilla y abalanzándose contra la puerta.

Finalmente esta cedió con el golpe. Puerta y Fermín cayeron estrepitosamente al suelo.

Sandra entró la primera saltando por encima de Fermín, que trataba de ponerse de pie. Acto seguido entraron los demás.

Arthur estaba en el suelo, agonizante, con un cuchillo de cocina clavado en el pecho hasta el mango y con el cuello cercenado y cubierto por un mar de sangre oscura como el alquitrán.

—¡Que nadie le toque! —gritó Alberto. Pero Sandra ya estaba de cuclillas tratando de

socorrerle. Pronto Sonia también estaba en el suelo junto a ella, pero manteniéndose a una distancia prudencial y mirando a su tío desangrarse con los ojos casi saliéndose de sus cuencas.

—¡No os quedéis parados, tenemos que hacer algo! —dijo Sandra a sus compañeros al mismo tiempo que agarraba el cuchillo por la empuñadura y lo sacaba del pecho de Arthur. Este, al momento de salir el cuchillo de su cuerpo, se dobló como si estuviera intentando incorporarse. Tras ese breve ímpetu, soltó una prolongada expiración y se derrumbó sobre el suelo.

Durante unos momentos su pierna dio unas sacudidas, como negándose a morir y tratando de despertar al resto del cuerpo, que se obcecaba en permanecer absolutamente inmóvil.

—¿Está...? —intentó preguntar Paula, pero se quedó con la palabra en la boca.

Sandra se volvió hacia ella. Estaba todavía de cuclillas en el suelo y con el cuchillo agarrado por el mango, mirando a todos con los ojos desorbitados.

—¡Está muerto! ¡Alguien lo ha matado! —gritó histérica.

«Sic transit gloria mundi»

Sábado por la noche

El refugio

—¡Eso es imposible! La puerta estaba cerrada y no hay otra manera de entrar a esta habitación —dijo Fermín—, ¿verdad...? —añadió luego mirando a Ignacio, no tan seguro de sí mismo.

Ignacio miraba espantado el cuerpo de su señor sin vida y tardó en reaccionar a la pregunta.

—Efectivamente. Solo hay una entrada —confirmó señalando a los restos de la puerta que descansaba hecha añicos en el suelo.

—¿Tal vez hayan entrado por la ventana? —ofreció Sonia con poca convicción.

—No, señora. Todos los ventanales son paneles de cristal anclados a la madera y tienen un valor estructural. No se pueden abrir.

—¿Quién ha podido ser? —preguntó Alberto—. Creo que estamos todos.

Al decir esto se miraron todos entre sí nuevamente, como haciendo recuento mental.

—Chus, ¿dónde está Chus? —dijo Sandra mirando entre las cabezas, buscando al informático.

—Estoy aquí —dijo enfadado saliendo de detrás de Alberto y Paula, entendiendo que Sandra estaba insinuando que podría ser él el asesino.

—Estamos todos, no ha podido ser ninguno de los aquí presentes —dijo Valentín.

—Tenemos que inspeccionar la habitación. ¡Tiene que haber alguien escondido aquí dentro!

Sandra volvió a mirar el cadáver y luego, viendo con sorpresa que todavía tenía el cuchillo en su mano, lo tiró al suelo apartándolo de sí con una mezcla de miedo y repugnancia.

—¿Pensáis que se ha podido suicidar?

—¡Suicidarse!

—Sí, no parece que haya otra explicación: La puerta estaba cerrada, él estaba solo, y no hay otro acceso a la habitación.

—No ha sido él —dijo Paula con una voz firme y templada que sorprendió a todos los demás—. No ha podido ser él. No habría estado gritando y pidiendo ayuda... Además —añadió acercándose al cuerpo sin vida con una frialdad apabullante—, tiene el cuello cortado de oreja a oreja... Ya de por sí es complicado hacerlo solo, pero encima después clavarse un cuchillo en el pecho... ¡Venga, hombre, es imposible!

Todos examinaban ahora las heridas con interés empírico, olvidándose por un momento de que lo que estaban viendo tirado y desangrado en el suelo era el cuerpo sin vida del jefe al que, en mayor o menor medida, todos habían admirado y envidiado más que a nadie en sus vidas.

—Valentín tiene razón —dijo Alberto interrumpiendo el abrumador silencio—, lo primero es registrar la habitación de Arthur. Tenemos que asegurarnos de que no hay nadie escondido.

Paula se llevó instintivamente la mano a la garganta y miró angustiada a su alrededor.

—¡Ay Dios mío! ¿De verdad piensas que...?

—¿Que puede haber alguien escondido aquí dentro? Es difícil de creer, pero también es la única alternativa que se me ocurre. Nadie podría llevar un día y medio escondido sin haber sido visto —dijo Alberto.

—¿Qué me dices de la niña...? —preguntó Paula tímidamente como un niño que blasfema delante de los adultos para ver qué efecto produce la palabra prohibida.

Valentín soltó un resoplido.

—¿La del uniforme que Sandra vio ayer por la noche? ¡Tienes que estar bromeando!

—Vale, vamos a dejarlo. Registremos la habitación para asegurarnos que no hay nadie escondido o que haya alguna manera de escapar sin ser visto. Tened mucho cuidado de no mover o tocar nada; tiene que estar todo igual a como lo encontramos para cuando venga la policía.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Fermín señalando al cadáver con la cabeza—. No podemos dejarlo aquí.

—Dejémoslo de momento donde está, que nadie toque nada —continuó Alberto.

—Pero si se va a quedar aquí dentro hasta mañana o cuando pueda venir la policía... —empezó a decir Fermín, pero no terminó la frase.

—Sí, Fermín, ¿qué pasa?

—Bueno, que para entonces ya habrá empezado a descomponerse y el olor llegará a toda la casa.

Todos dejaron de buscar al oír esto y dirigieron sus miradas a Fermín y luego a Alberto.

—Ya está. Esto es demasiado. Tenemos que llamar a la policía —dijo Valentín poniéndose en movimiento.

—Lo siento, señor —dijo Ignacio—, no hay forma de llamar desde aquí. Y las carreteras están impracticables.

—¡Me da lo mismo! Tú tienes las llaves del Range de Arthur, dámelas. Voy a bajar, aunque sea solo a la caseta del guardés. Llamaré desde ahí.

—¡Eso! ¡Buena idea! Me voy contigo, Valentín —declaró Sonia saliendo de la habitación detrás de su marido.

El resto del grupo salió también de la habitación siguiendo a Valentín que ya estaba poniéndose el abrigo y las botas.

En la habitación de Arthur no habían encontrado nada que pudiera darles alguna pista, y cuanto más lejos estuvieran del cadáver, más tranquilos se sentían.

—Las llaves, Ignacio.

Ignacio tendió las llaves a Valentín. Después de soltarlas, cuando Valentín las tenía ya en su puño, el mayordomo volvió a pedirle que reconsiderase la decisión.

—Por favor señor Sicilia, no lo intente. Es muy peligroso. Ha caído más de treinta centímetros de nieve y además, bajo esta hay muchas placas de hielo. Jamás conseguirá llegar.

—¡Tonterías! El Range está hecho para este tipo de terreno; ¡es imparable!

Fermín también se calzó y siguió a Valentín hasta al coche.

Los demás se quedaron en la puerta de la casa viéndoles marchar en silencio, sin saber si deberían envidiarles o compadecerse de ellos.

El viento seguía soplando con fuerza y la nieve no había parado de caer.

Desde la puerta de la casa, vieron la luz del garaje encenderse y el rugido del todoterreno al ponerse en marcha. A pesar del ruido del viento, pudieron oír el crujido que hacían las ruedas al aplastar la nieve nueva bajo su peso. El vehículo circuló delante de la puerta de la casa sin dificultad, sin que ninguna de las cuatro ruedas patinase y subió la leve pendiente del camino de

la casa hasta llegar al murete de piedra donde brillaban los faroles de la entrada.

—¿Crees que lo lograrán? —preguntó Paula a nadie en particular con los brazos cruzados fuertemente contra su pecho para luchar contra el intenso frío de la ventisca.

—No, no lo creo —contestó Ignacio—. El Range no tiene dificultad con la nieve sobre terreno llano e incluso subiendo una pendiente que no sea muy pronunciada, pero en cuanto pasen el muro de piedra, el terreno baja con una inclinación muy marcada, y la inercia del vehículo con la velocidad y el peso de este le hará seguir recto en la próxima curva. No conseguirán recorrer cincuenta metros sin salirse del camino.

Ahora todos miraban atentos al todoterreno que se acercaba a la curva de la que hablaba Ignacio, y tal y como el mayordomo vaticinó, el coche continuó en línea recta. El coche se salió del camino y se perdió de vista un momento. Al cabo de un breve momento se vio la copa del árbol agitarse y desprenderse de toda su nieve. Acto seguido, les llegó el sonido seco de la colisión, como el de una enciclopedia que se deja caer con fuerza sobre la mesa de una biblioteca. El golpe no fue muy grande y no había que temer por ninguno de los pasajeros, pero el Range ya no saldría de la cuneta sin la ayuda de una grúa.

Ninguno de los espectadores se movió de donde estaba. No se habían puesto las botas ni los abrigos y sabían que pronto verían a los tres accidentados aparecer por la loma por donde los perdieron de vista hacía unos segundos.

Medio minuto más tarde todavía no habían visto ni oído nada y se empezaron a impacientar.

—¿Creéis que deberíamos ir a ver si están bien? —preguntó Paula.

Pero no hizo falta contestarla; en ese momento aparecieron Valentín con Sonia del brazo y Fermín siguiéndoles de cerca.

SOS

Sábado por la noche

El refugio

Entraron otra vez a la casa en silencio y se acomodaron en los sillones alrededor de la chimenea.

Ignacio se fue a la cocina a preparar algo caliente para cenar.

Alberto se dirigió al mueble bar.

—¿Alguien quiere una copa? No nos vendrá mal a ninguno para entrar en calor y calmar los nervios.

Sonia se levantó, cogió el vaso que le ofrecía Alberto y con manos temblorosas, se lo acercó a los labios sin apartar la mirada de la habitación de Arthur que, con la luz encendida al final del pasillo, llamaba la atención como un faro en lo alto de un acantilado. Alberto miró en la misma dirección y asintió con la cabeza dando a entender que sabía lo que pasaba por su mente.

—Tenemos que mover el cuerpo de Arthur. No lo podemos dejar ahí —dijo al fin.

—¿Qué va a decir la policía si lo movemos? Tenemos que dejarlo tal y como lo encontramos para no estropear ninguna prueba —dijo Paula.

—A mí me da igual lo que diga la policía —repuso Fermín—. No sabemos cuándo van a poder venir, y por experiencia te aseguro que como le dejemos en esa habitación, con el calor de la calefacción en unas pocas horas va a empezar a apestar como un marrano degollado.

Valentín puso los ojos en blanco y negó con la cabeza mientras Paula miraba a Fermín con la boca abierta sin poder dar crédito a sus oídos.

—Gracias por la explicación, Fermín. Creo, si me lo permites, que la comparación con las cacerías que haces en el pueblo es algo desafortunada, pero se entiende el punto. Estoy de acuerdo contigo. La pregunta ahora es: ¿qué hacemos con el cuerpo?

—Lo podemos dejar fuera —apuntó Sonia—; con el frío que hace se mantendrá en perfecto estado.

—¿No habrá alimañas por aquí que puedan molestarlo por la noche? —preguntó Fermín midiendo sus palabras, escarmentado por su falta de tacto y tratando de no faltar.

—¿Molestarlo...? —preguntó Sonia.

—Comérselo...

—Ya —entendió Sonia, y agachó la cabeza admitiendo su torpeza—. No lo había pensado.

—¿Qué me decís de la leñera? —volvió a participar Fermín—. Ayer cuando Valentín y yo estuvimos registrando el garaje, encontramos una leñera. Tiene paredes finas hechas con tablas de madera y hace tanto frío como si se estuviera fuera, por lo que ni las alimañas ni nada podrá acercarse a él. Ahí se mantendrá frío como en la nevera de una morgue.

—Buena idea, Fermín —dijo Alberto poniéndose nuevamente de pie dispuesto a entrar en

acción—. ¿Cómo lo llevamos?

—Yo le cojo por debajo de los brazos y tú le agarras de los pies.

—No seas bruto, hombre —dijo Mario Cadensa saliendo de su letargo—; cojamos unas sábanas, lo envolvemos dentro y lo sacamos.

—Creo que necesito que me dé un poco el aire... —informó Chus tambaleándose hacia la puerta de entrada con pinta de ir a desmayarse en cualquier momento.

—No salgas solo, Chus... —dijo Alberto. Pero Chus siguió hasta la puerta y salió sin contestar antes de ponerse enfermo en la alfombra del refugio.

—Ya me voy yo con él —se ofreció Paula con una corta sonrisa. Sonia y Sandra intercambiaron elocuentes miradas entre ellas.

Alberto quiso decir a Paula que tuviera cuidado, pero volvió a cerrar la boca sin decir palabra.

En la habitación de Arthur arrancaron las sábanas de la cama y las pusieron en el suelo sobre el edredón, a un lateral del cuerpo de Arthur. No había necesidad de ponerse a buscar unas sábanas limpias o de molestar a Ignacio, que seguía en la cocina preparando la cena. Entre Fermín, Alberto y Mario levantaron el cadáver y lo posaron sobre las sábanas. Después lo envolvieron, y cogiendo Alberto y Fermín el edredón de las esquinas, arrastraron el bulto fuera de la casa hasta meterlo en la leñera. Una vez dentro el cuerpo, se aseguraron de cerrar la puerta para que nadie entrase hasta que viniera la policía.

—Tenemos que llamar a la policía de alguna forma —dijo Valentín una vez se acomodaron de nuevo alrededor de la chimenea—. ¡Tiene que haber algo que podamos hacer!

Ignacio también estaba ahora con ellos, a petición de Alberto. Le dijo que debían estar todos juntos y que se sentara con ellos a cenar junto al fuego. El mayordomo, escogiendo una silla de respaldo recto, se sentó estirado y sorbió discretamente su sopa.

—¿No tenéis una radio en la casa, Ignacio? ¿O algo para llamar a alguien de fuera? ¿Podemos hacer señales con una linterna o algo? ¡Tiene que haber alguna manera!

—Tal vez... —empezó a decir Fermín, pero enseguida se cohibió al ver que todos le miraban.

—Dilo, Fermín. No te cortes —le animó Valentín—. Tenemos que proponer todas las opciones que se nos ocurran, por estúpidas que sean.

Fermín no se sintió muy alentado con el comentario de Valentín; parecía dar por sentado que cualquier cosa que estuviera a punto de decir sería una estupidez.

—Pensé que, a lo mejor, si hiciéramos que prendiera el Range de Arthur, verían el fuego desde el valle y mandarían a alguien para ver qué es lo que estaba ocurriendo.

Valentín le miró atónito.

Alberto trató de esconder lo mejor posible la sonrisa que se le dibujó en la cara, pero al menos sí que pudo retener la carcajada que casi se le escapa.

—¿Quemar el coche de Arthur...? ¿Prender fuego a su Range de ciento veinte mil euros? —preguntó Valentín.

—Bueno, ya se ha salido de la carretera y se ha chocado contra un árbol, pensé que...

—¡Espera! —exclamó Chus poniéndose de pie—, ¡eso me da una idea!

El entusiasmo de Chus fue recibido por el grupo como una inyección de adrenalina. Especialmente por Fermín, que ahora que había propuesto su idea en voz alta se había dado cuenta de la estupidez que acababa de decir.

—¿Qué pasa, Chus? ¿En qué estás pensando?

—¿Habéis utilizado alguna vez el botón del *eCall* de vuestro coche?

—¿Qué es eso?

—¿Te refieres al botón rojo que dice SOS? —preguntó Sandra.

Chus asintió.

—¿Pero ese no es solo si tienes un accidente y te saltan los airbags?

—Sí, pero si no salta la llamada automáticamente, se puede pulsar el botón manualmente y hace una llamada al 112. Al menos eso es lo que he oído.

—¿Y crees que tendremos cobertura?

—Supuestamente la llamada es por satélite, con lo que debería de funcionar desde cualquier sitio, pero supongo que solo hay una forma de saberlo con seguridad...

Dejaron sus cuencos de sopa sin terminar sobre la mesa, se calzaron las botas y se fueron al garaje en grupo siguiendo a Chus hasta el Audi de Valentín, que era el coche que más cerca de la entrada estaba aparcado.

Chus se sentó en el asiento del conductor y los demás se apelotonaron junto a la puerta del coche para poder ver y escuchar mejor.

—¿Listos? —dijo Chus acercando el dedo al botón.

—Vamos, déjate de milongas y aprieta el botón de una vez —le apremió Fermín.

Chus pulsó el botón rojo y durante unos segundos, en el que todos escuchaban atentos, solo se oía un leve ruido de estática y lo que parecían voces lejanas como en las interferencias que se oía a veces en los teléfonos fijos de antaño.

Chus miró a los demás nervioso.

—¿Creéis que debería poner el coche en marcha?

—No lo sé. No debería de haber diferencia —le dijo Valentín mientras se hurgaba en el bolsillo del pantalón de donde al poco sacó un juego de llaves—. Toma, enciéndelo por si acaso.

Pero de pronto sonó un tono de llamada.

Era un tono inusual, casi como el tono de una llamada al extranjero, pero era un tono al fin y al cabo y era una posibilidad de contactar con alguien para pedir ayuda.

El tono se repitió al menos diez veces sin recibir respuesta. Ya estaban perdiendo la esperanza, cuando una tímida voz femenina contestó:

—Allô?

Chus miró a sus compañeros desconcertado por un momento. No había creído realmente que fuera a funcionar, y ahora se había quedado mudo.

—Vamos, dile algo —le apremió Sonia.

—¿Hola...? ¿Es el 112?

—No, creo que se ha confundido —contestó la voz del otro lado con un marcado acento francés.

—Ah... —dijo Chus volviéndose otra vez hacia sus compañeros sin saber qué decir.

—¿Señorita? —tomó Alberto la iniciativa viendo que la francesa iba a colgar el teléfono e iban a perder tal vez la única posibilidad que tenían de pedir ayuda—. Señorita, me llamo Alberto Castañeda y mis compañeros y yo estamos atrapados en una cabaña en la montaña. Estamos tratando de contactar con los servicios de emergencia o con la policía de Baqueira o de cualquier otra localidad cercana.

—Lo siento. No puedo hacer nada. Yo estoy en Saint-Mamet, en Francia y aquí también ha caído una nevada tremenda. Todas las carreteras están cerradas y muchos pueblos se han quedado sin luz. No sé cómo han conseguido mi teléfono, pero llamen a la policía y ellos les ayudarán —contestó la francesa dando todas las indicaciones de que estaba a punto de colgarles el teléfono.

—¡Señorita! —gritó Alberto—. Señorita —repitió bajando a un tono más apaciguador para no asustarla—, por favor. Un momento. Verá, es más complicado que eso —dijo ahora sonriendo forzadamente al teléfono tratando de tranquilizar a la chica, entendiendo que estaban a punto de quemar su último cartucho—. Usted es la única esperanza que tenemos de contactar con alguien...

—Pero yo... —interrumpió la francesa.

—Mire, no tenemos teléfono ni conexión a internet. La estamos llamando desde el número de socorro del coche.

—Pero eso no es posible. Ese número solo conecta con los teléfonos de emergencias.

—Estoy de acuerdo con usted, pero por la razón que sea, el *eCall* nos ha puesto en contacto con usted y no con el 112. Tal vez por un cruce de líneas por culpa de la tormenta.

—Yo no puedo ayudarles. Por favor, vuelvan a llamar y miren si ahora les conecta con el 112.

—¡Espere! Espere, por favor, se lo pido. Estamos ocho personas atrapadas, y ha habido... —dijo mirando a sus compañeros como pidiendo permiso— ha ocurrido un accidente y uno de nuestros compañeros ha fallecido.

—¿Falle...?

—Fallecido, muerto, *défun*t, *morte* —añadió Valentín contribuyendo con la casi totalidad de sus conocimientos de francés.

—Lo siento, pero yo...

—Señorita, ¿cómo se llama usted?

—Chantal.

—Mire, Chantal. Lo único que la pedimos es que llame usted a la policía y les diga que contacten con la inspectora Orbaizeta, que está en Baqueira, y que le digan que necesitamos ayuda urgente en el refugio de Besiberri. Dígale que el señor Flynn ha muerto...

—¡Le han asesinado a cuchilladas! —precisó Valentín metiendo la cabeza dentro del coche para que le oyera.

—Por favor, no tan rápido. Estoy tomando nota. ¿Cómo se llama la inspectora?

—Orbaizeta. Estuvo hoy aquí con un agente de la policía local, pero las cosas han empeorado...

—...

—¿Hola? ¿Chantal...?

Chus miró a Alberto y se encogió de hombros.

—Creo que se ha cortado.

—Llama otra vez.

Chus pulsó otra vez el botón de la llamada de socorro, pero esta vez después del sonido de la estática no hubo ningún tono.

—¿Qué hacemos?

—Prueba otra vez.

Intentaron tres veces más, pero con el mismo resultado.

—Chantal ya tenía toda la información que necesitaba —sentenció Sonia—. Ahora confiemos en que estará llamando a la policía local y pronto contactarán con la inspectora. Solo nos queda esperar.

Debajo de la cama

Sábado por la noche

El refugio

De nuevo alrededor del fuego de la chimenea, cada uno trataba de entrar en calor y evitar cruzar miradas con cualquiera de sus compañeros. No querían delatar a nadie con la mirada y tampoco querían parecer culpables si sus miradas se malinterpretaban. Por lo que ponderaban sobre la situación en silencio con los ojos clavados en las llamas del fuego, escuchando el esporádico crepitar de la leña.

Inevitablemente la atención se desviaba del fuego y volvía otra vez a la habitación del fondo, con su tenue luz encendida y el oscuro charco de sangre sobre la alfombra. Era imposible estar un minuto en silencio y que no volviera a la retina de todos la imagen de Arthur Flynn agonizando con el cuchillo clavado en su pecho.

Sandra, no pudiendo soportarlo más, se levantó y volvió a la ventana. Pero solo pudo ver su reflejo sobre el cristal, pues ya había anochecido y al otro lado de los ventanales la oscuridad era total. No se podía ver prácticamente nada ahí fuera.

—Dime si ves a tu gigante ahí fuera —le dijo Valentín con sorna mientras se servía un whisky—. Si le ves, dile por favor que venga a sacarnos de aquí, que ya estoy un poco cansado de tanta tranquilidad y descanso.

—Cállate ya, Valentín. No tienes ni pizca de gracia —le amonestó su esposa.

—Por lo menos parece que por fin ha parado de nevar —dijo Sandra desde la ventana ignorando el comentario de Valentín.

Alberto también se levantó y se acercó a la ventana; efectivamente, parecía que había remitido. En el cielo se veían unas nubes correr veloces, dejando entrever a su paso la luna.

—Sí, creo que lo peor de la tormenta ya ha quedado atrás. Espero que mañana puedan enviar los servicios de rescate y que a lo largo de la mañana pongan en marcha las máquinas quitanieves.

—¿Mañana...? —preguntó Paula levantando la cabeza como si hubiera despertado de un sueño.

—Sí, mañana. Creo que sería ingenuo pensar que alguien vendrá a buscarnos antes de la salida del sol. En el mejor de los casos, si Chantal ha hecho lo que le hemos pedido, habrá contactado con la policía local de Saint Monet, y ellos, a su vez, lo habrán hecho con sus homólogos españoles. Es casi la una de la madrugada. Incluso si hubieran dado ya con la inspectora Orbaizeta, no se podrá presentar aquí hasta mañana, y eso solo en el mejor de los casos y si pueden conseguir vehículos especiales.

—¡Yo no me puedo quedar aquí un minuto más encerrada! —exclamó Sandra al borde de un ataque de nervios.

—Vamos, Sandra. No te preocupes —dijo Fermín tratando de ayudar—. Quien quisiera matar a Arthur ya se ha salido con la suya y no tendrá interés en matar a nadie más, ¡al contrario! Querrá pasar el resto del tiempo de la forma más discreta posible sin levantar sospechas.

—¿Cómo puedes decir eso con tanta tranquilidad como si el que Arthur haya sido asesinado a cuchilladas fuera una fruslería! —gritó Sandra en un chillido agudo.

Sandra estaba muy alterada y los demás comprendieron lo cerca que estaba de un ataque de histeria.

Valentín le hizo un gesto a su esposa Sonia que esta entendió al instante: cogió su bolso y sacando unas pastillas de su interior le ofreció una a Sandra con un vaso de agua.

—Toma Sandra, ¿por qué no te tomas esto? Te ayudará a relajarte.

—¿Qué es?

—Solo una pastilla que tomo por las noches para ayudarme a dormir. Me la recetó el médico, no te preocupes, solo te ayudará a relajarte. Normalmente me tomo dos de estas para dormir, tú tómate solo una si quieres y verás cómo te sientes mejor.

Sandra miró la pastilla con cierta suspicacia, pero finalmente se la metió en la boca y se la tragó dando un sorbo de agua. Sonia le dio unas palmaditas en el hombro y se sentó a su lado en el sofá para hacerla sentir más arropada.

—No te preocupes, recuéstate y te relajarás enseguida —añadió Paula poniéndole un cojín detrás de la cabeza y sentándose junto a ellas también.

Chus se sirvió una copa y se apostó junto a Fermín, dándole la espalda al resto del grupo. En poco más que un susurro le preguntó:

—¿A qué te refieres con que «quien quisiera matar a Arthur ya se ha salido con la suya»? ¿Estás diciendo que quien lo haya hecho, tenía ya decidido de antemano matar a Arthur? ¿Quién? ¿Por qué...?

—Por supuesto que sí —contestó Fermín dándose la vuelta y hablando en voz alta sin disimular la conversación, haciendo al resto del grupo partícipes de lo que pensaba—. Quien haya matado a Arthur lo tenía así planeado. Obviamente primero intentó matarle con el paracaídas, y luego, al salirle mal el plan por la equivocación de mochilas con Lorena, decidió asegurarse de que esta vez no había ni fallos ni equivocaciones y le acuchilló en su habitación.

—Creo que te olvidas, querido Fermín, de que no sabíamos ninguno que íbamos a saltar en paracaídas. Nadie podría haber sabido cómo cortar la línea del paracaídas para que no se abriese —señaló Valentín— y más importante incluso, no hay forma posible de que alguno de nosotros haya podido asesinar a Arthur.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Es obvio, ¿no? La puerta estaba cerrada. Él estaba solo. No había ni ventana ni puerta ni nada por donde el asesino pudiera escapar. Incluso, si hubiera salido por la puerta de entrada (y no es posible, ya que estaba cerrada), le habríamos visto salir. La luz había vuelto y estábamos todos fuera en el momento en el que había sido asesinado y nadie salió de ahí. Estamos los ocho de testigo.

—Entonces, ¿qué estás tratando de decir? ¿Que se suicidó...?

—Eso no tiene ni pies ni cabeza. ¿Cómo iba a poder suicidarse y al mismo tiempo pedir ayuda y gritar socorro? —apuntó Paula.

—He oído decir que los suicidas, justo en el momento de cometer el suicidio, les entra un arrepentimiento repentino —dijo Sandra que se encontraba visiblemente mejor y se había incorporado cuando empezó la discusión.

—¿Qué estás diciendo, Sandra?

—Bueno, creo que no sería absurdo pensar que Arthur pudiera haber tratado de suicidarse...

—Si eso es lo que trataba hacer, ha tenido un éxito rotundo.

—¡Valentín, por favor! ¡No es momento para bromas! —dijo Sonia, dándole un manotazo en el brazo, pero tuvo el efecto contrario y este rio aún más—. Perdona, Sandra. No le hagas ni caso. Sigue.

—Decía que tal vez intentó suicidarse, y justo después de haberse apuñalado, se dio cuenta de lo que había hecho, se arrepintió y por eso pidió ayuda.

Se quedaron un momento en silencio pensando, recreando la escena que proponía Sandra en sus cabezas. Tenía sentido. Tenía que haber sido lo que ocurrió, no había muchas más posibilidades. Pero Sonia enseguida negó con la cabeza.

—No, no puede ser. No lo veo. Si se hubiera abierto las venas y de pronto le entrara el pánico, me lo podría creer, pero todos le habéis visto... —dijo apuntando con la mano abierta hacia la habitación de Arthur— tenía el cuello rasgado de oreja a oreja y luego el cuchillo clavado en el pecho hasta el mango. Es imposible. No te entra el pánico, pides ayuda y, antes de que alguien te pueda ayudar, te haces el harakiri a lo samurái.

Se hizo otro reflexivo silencio.

—¿Y la niña que vio Sandra...? —recordó Chus.

—¡Venga ya, por Dios! —estalló Valentín—. ¡Basta ya de niñerías, que esto es serio! Ya hemos mirado la casa entera. Aquí-No-Hay-Una-Niña-Escondida, ¿vale? Y de haberla, no se iba a dedicar a apuñalar a nadie. Además, la habríamos visto salir de la habitación o la habríamos encontrado escondida cuando registramos la habitación.

—¿Realmente registramos tan bien la habitación de Arthur? —dijo Sonia más para sí que para el resto de la comitiva.

—¿Qué quieres decir, cariño? —preguntó Valentín exasperado pasándose nerviosamente la mano por el pelo y tratando de no perder la calma con su esposa delante de todos.

—Pues eso, que cuando íbamos a registrar la habitación, decidimos bajar a la caseta a buscar nuestros teléfonos y creo que finalmente no registramos concienzudamente la habitación.

—Yo miré en el armario... —balbuceó Chus tímidamente.

—Sí, pero una niña (si hubiera sido una niña...) podría estar escondida debajo de la cama, por ejemplo. ¿Alguien miró debajo de la cama?

Nadie contestó.

Fueron otra vez a la habitación de Arthur, pero se quedaron en la puerta, como cohibidos por algún tipo de ley no escrita que prohibiera entrar en la habitación vacía de un muerto.

—Ya miro yo —dijo Valentín molesto por la actitud titubeante de sus compañeros.

Se acercó a la cama dando tres grandes zancadas y levantó la colcha descubriendo el hueco de debajo. Apoyó la mano sobre la cama e hincó la rodilla en el suelo. Volvió la vista por un momento a sus compañeros como para asegurarse de que le estaban viendo y que no se estaba jugando el pellejo sin público.

Los demás miraban desde la puerta sin hacer ni decir nada.

Valentín había albergado por un momento la esperanza de que le fueran a detener y pedir que no lo hiciera, pero al ver que nadie decía nada, se agachó y dio una rápida ojeada.

—Nada. Aquí no hay niña asesina ni visos de que lo hubiera habido.

—Si hubiera sido la niña, se podría haber marchado y escondido en algún otro sitio de la casa cuando fuimos al cobertizo a dejar a Arthur en la leñera.

Despertares

Inspectora Itziar Orbaizeta

Domingo

U nos golpes en la puerta me sobresaltaron en mitad de la noche.

Por un momento traté de orientarme y recordar dónde estaba.

Esa noche habíamos salido a cenar al restaurante del hotel. Cuando bajamos, Fernando estaba de mal humor y no hacía ningún esfuerzo por ocultarlo, pero las niñas salvaron la noche. Es gracioso, he oído mil veces cómo la gente critica que esta pareja o esta otra está teniendo problemas en su matrimonio y deciden tener un hijo pensando que eso arreglará sus problemas maritales, como si eso fuera un terrible error y que los niños solo van a traer más problemas. Pues ayer por la noche salimos a cenar porque teníamos a las niñas con nosotros, si no habríamos cenado por separado o incluso Fernando se habría marchado y muy posiblemente nos habríamos separado de no haber sido por las niñas, que nos han mantenido unidos. No me cabe duda.

Empezamos a cenar sin poder mirarnos el uno al otro o dirigirnos la palabra, pero las gemelas empezaron a hacer las payasas imitando el acento francés de nuestro camarero y al final de la noche volvimos los cuatro a la habitación riendo y abrazados. Metimos a las niñas en la cama. Fernando y yo pedimos otra botella de vino al servicio de habitaciones, y antes de terminar la segunda copa ya estábamos en la cama haciendo el amor.

No me había dado cuenta de cuánto lo necesitaba. Tumbada sobre su pecho, Fernando jugaba con mi pelo y me sentí por primera vez relajada en no sé cuantos meses. No tardé mucho en quedarme profundamente dormida.

Volví a escuchar el sonido. No lo había soñado. Alguien estaba aporreando la puerta de nuestra habitación de hotel.

Salté de la cama, cogí el arma de mi abrigo y fui a la puerta.

—Mamá ¿qué pasa? —me preguntó Lucía andando descalza con su camisón, frotándose los ojos con los puños, tratando de abrirlos.

—No es nada. Vuelve a la cama, cariño, deja ahora que mamá abra la puerta —le dije dándole la vuelta y dirigiéndola hacia su cama.

Los golpes volvieron a la puerta. Tenía que abrirla o la echarían abajo.

Agarré el pomo y, tras asegurarme de que Lucía había vuelto a su cama, lo giré con precaución y abrí un resquicio mientras agarraba la empuñadura de mi pistola detrás de mi espalda.

—¡Terol! ¿Se puede saber qué es lo que está haciendo aquí?

—Perdone que la moleste a estas horas, inspectora, pero es que hemos recibido una llamada desde Francia. Parece que el grupo que está encerrado en el refugio querían contactar con usted.

—¿Y qué se han creído, que soy el servicio de habitaciones?

—Itziar, ¿qué es lo que ocurre? ¿Con quién estás hablando? —era la voz de Fernando que me llamaba desde la cama.

—Nada, cielo. Alguien que se ha equivocado de habitación —le contesté, y luego, dirigiéndome hacia Terol y bajando la voz, le dije entre dientes—: No me importa lo que quieran los del refugio. Este no es mi caso. Llámelos usted o hable con la oficina en Madrid que le pondrá en contacto con el inspector al cargo del caso. Ahora, ¡váyase!

Iba cerrar la puerta de un portazo, pero Terol añadió algo que me dejó completamente helada.

—Alguien ha asesinado a Arthur Flynn en su habitación del refugio. A cuchilladas.

Seamos serios

Sábado por la noche

El refugio

—**S**eamos serios —dijo Alberto cuando estuvieron de vuelta en la sala de la chimenea—. Somos todos adultos y me atrevería a decir que además con un coeficiente intelectual y nivel educativo bastante superior a la media.

Valentín miró de reojo a Fermín, pero se cuidó de no hacer ningún comentario jocoso sobre el intelecto o la educación del director de producción. Sonia estaba al acecho y no le permitiría ni una broma más sin saltarle al cuello.

—Deberíamos ser capaces nosotros mismos de figurar qué es lo que ha ocurrido con Arthur. Podríamos empezar como en las novelas de misterio y definir el motivo: ¿Por qué podría alguien querer la muerte de Arthur? ¿Qué motivos podrían tener?

—Lo mismo de Lorena —puntualizó Paula—. No sabemos con seguridad si su accidente es fruto de una equivocación al intentar acabar con Arthur o es que también ella era un objetivo del asesino desde el principio.

—Tienes razón, Paula. Deberíamos tener eso en cuenta también y pensar quién o por qué alguien pudiera querer que Lorena muriera.

—¡Todo esto es ridículo! —dijo Sandra levantándose del letargo producido por la pastilla que le había administrado Sonia—. Nadie podría querer ver muerto a Arthur. Todos le debemos prácticamente todo lo que somos y lo que tenemos hoy. Él nos dio hace cinco años una oportunidad de trabajo que no habríamos podido ni soñar en ningún otro lugar, y creo que ha sido no solo un jefe justo sino también muy generoso. Si no hubiera sido por él y por su gran idea de negocio...

Chus interrumpió soltando una fuerte carcajada enteramente desprovista de humor. Sandra se calló de golpe. Todos se le quedaron mirando esperando una explicación por la impertinente interrupción.

—¡Su gran idea de negocio...! ¡Ja! Me parto de risa.

—¿Qué pasa, Chus? No te entiendo.

—Esa idea era mía. Todo lo había ideado yo. Incluso ahora, la nueva fase que nos «descubrió» ayer por la noche como «su» nueva gran idea, es todo idea mía. ¡Díselo, Mario! ¡Tú sabes que es verdad! —imploró mirando a Mario Cadensa con la cara desencajada por el enfado y la frustración.

Mario lo confirmó con un movimiento breve de cabeza.

—La idea inicial era tuya. Es verdad. Me presentaste el proyecto y yo no lo vi muy claro. Era una idea demasiado moderna e innovadora para un carca como yo, pero te dije que te pondría en contacto con mi amigo Arthur que tenía mucha más visión para *startups* y empresas tecnológicas

en general que yo.

—¿Lo veis?

—Pero también tienes que recordar, Chus, que cuando me viniste a presentar el proyecto, estabas desesperado. Cuando te dije que yo no lo veía claro y que te presentaría a Arthur, me pediste con obvia ansiedad que no desestimara tu propuesta y que se la presentase yo a Arthur; te dije que tuvieras paciencia, pero tú en cambio me ofreciste el proyecto ahí mismo por diez mil euros. Estabas desesperado. Parecía como si quisieras desentenderte de tu idea y no volver a saber nada más de ella. Yo, por el cariño que le tengo a tus padres, te dije que no desistieras y le pedí a Arthur que prestase atención a tu idea, y así lo hizo —continuó Mario—: Ahora, cinco años más tarde, has conseguido cien veces más de lo que pedías por tu idea y sigues en la empresa, formando parte de tu sueño y ganando cada vez más. No veo por qué estás resentido con Arthur cuando él solo te ha dado oportunidades y ha hecho tu sueño realidad.

Chus miraba con odio y resentimiento a Mario apretando fuertemente los puños y respirando trabajosamente.

—Porque últimamente me trataba como a un don nadie. Él no sería nada si no fuera por mi idea.

—Chus, Arthur era un empresario —agregó Alberto—. Como tal, sabía cómo estimar las oportunidades de negocio y decidir en cuál merecía la pena invertir. Arthur no te robó la idea, sino que la puso en marcha. Siento decirte que, si no fuera por Arthur, tu idea no habría llegado a ninguna parte.

—¡Pues os podéis ir todos a la mierda! —espetó Chus dirigiéndose a la puerta golpeando el suelo con cada paso como un chiquillo con una rabieta. Se puso el abrigo y las botas y salió del refugio dando un portazo.

El resto del grupo miraba atónito a la puerta por donde había salido Chus sin entender muy bien lo que acababa de ocurrir.

—No puede salir —dijo Paula—, es peligroso estar solo ahí fuera.

—Déjale que le dé un poco el aire —respondió Valentín con una sonrisa en la cara, claramente divertido con la escenita que acababa de presenciar—. Parece que Chus ya nos ha aclarado quién podía tener un motivo para matar a Arthur, ¿alguien más?

—¿Creéis que ha podido ser él...? —preguntó Sonia—. No sabía que le guardaba tanto rencor a mi tío. Es posible que estuviese esperando que Arthur le ofreciera en este viaje un puesto de mayor responsabilidad, o al menos una mayor participación en el accionariado, y después de las noticias con los cambios que nos dio Arthur ayer esté tan resentido que haya decidido matarle. La verdad es que me ha asustado. ¡Parecía un loco!

—¿Cómo sabemos que no le ha dejado nada en el testamento? —aventuró Fermín—. Por lo que me dijo Lorena, parece que lo había cambiado por completo y que nos nombraba a todos en el nuevo borrador. Por lo menos querría esperar a ver qué es lo que dice el testamento antes que matarlo, ¿no? Tal vez le ha dejado un buen pellizco y él, sin saberlo, le ha asesinado con saña.

—Es verdad, Fermín. Creo que el testamento juega una parte importante en este embrollo —afirmó Mario Cadensa—; si es verdad lo que te dijo Lorena sobre el testamento, todos los aquí presentes nos veríamos beneficiados por el cambio. Nadie debería guardar ningún tipo de inquina hacia Arthur...

—Todos menos Sonia y Valentín... —interrumpió Paula poniendo los brazos en jarras y descargando todo su peso sobre una cadera.

—¿Pero qué estás diciendo tú, víbora? —rugió Sonia levantándose y encarándose a Paula.

Si no la hubiera retenido Valentín, le habría arrancado los ojos con las uñas. Paula había

retrocedido dos pasos y levantaba el codo para cubrirse el rostro del posible ataque.

Bajó el brazo con cautela y, sintiéndose más segura viendo que Valentín retenía a su esposa, se explicó:

—Está claro. Era sabido por todos que tú eras la principal beneficiaria del testamento de Arthur. Cualquier cambio que hubiera hecho a su testamento solo podía ir en perjuicio tuyo. Lo mismo que Valentín por ser tu marido. Además, al haber degradado a Valentín de su puesto de director general y poner a Alberto por encima de él, habría agravado vuestra indignación y enfado contra Arthur.

—¡Claro! —exclamó Fermín—, eso explica también el ataque a Lorena. Ella es la única, junto a Arthur, que sabe cuál es el contenido del nuevo testamento. Por lo que Lorena explicó, hasta que no arreglasen un tema pendiente en la oficina, no pensaba enviar el testamento al notario, con lo que ella tenía en su poder el testamento firmado por Arthur. ¡Es obvio que ese era el plan!: Acallar a Lorena, hacer desaparecer el testamento y matar a Arthur.

Sonia miraba a todos sus compañeros nerviosa sin poder creerse que pudieran tener esa idea en sus cabezas.

—¿Os habéis vuelto majaretas del todo? ¿Cómo podéis siquiera contemplar esa posibilidad? ¿De verdad? ¿Os pensáis que soy capaz de apuñalar a mi tío, el único familiar que tengo con vida, por una tontería de herencias? ¿No pensáis que me ha dejado ya suficiente? Incluso si no me dejara un céntimo más, ya me ha dado bastante y le estaré eternamente agradecida.

Se había creado un embarazoso silencio. Mario y Alberto estudiaban a Sonia mientras ella extendía sus manos suplicante pidiendo con el gesto que fueran razonables.

—Este ha podido ser el trabajo de más de uno. *Seguro* que ha sido el trabajo de más de uno —puntualizó Paula sorprendiendo a todos por la agresividad con la que hablaba y lo directa que estaba siendo. Este fin de semana estaban viendo a una Paula completamente desconocida por todos ellos—. ¿Cómo si no, habríais conseguido distraernos a todos y no dejar pistas? Habéis sido vosotros dos, Sonia y Valentín, y no me extrañaría que Chus fuera vuestro cómplice.

Sonia dio un paso hacia Paula otra vez, pero Valentín la cogió de la mano y le pidió que se sentase.

—¿Dónde estabais cuando Arthur fue asesinado? —preguntó Mario.

—Chus estaba conmigo registrando la habitación de Teresa —explicó Sandra—, pero en el momento en el que se fueron las luces se había ido al baño dejándome sola... ¿Pudo haber sido él quien provocó el apagón?

—Valentín estaba conmigo en la leñera —añadió Fermín—, pero le dejé solo un momento antes de que se fuera la luz para traer leña a la casa. Él podría haber cortado la luz de la casa para que Chus pudiera entrar en la habitación de Arthur sin ser visto.

—Ignacio, ¿dónde está el panel eléctrico de la casa? —preguntó Alberto—. ¿Ignacio...? ¿Dónde está Ignacio?

—Se fue hace un buen rato a la cocina, creo que a preparar algo de comer.

—Vamos a preguntarle.

En la cocina encontraron a Ignacio enfundado en un delantal sacando una bandeja del horno; al volverse con la bandeja y ver a los invitados en la cocina, estuvo a punto de dejarla caer en el suelo por el sobresalto.

—Ustedes perdonen. No saben el susto que me han dado —dijo el mayordomo, colocando la bandeja sobre la encimera y doblándose momentáneamente para recuperar el resuello con la mano en el pecho—. Disculpenme, no esperaba encontrarles aquí. ¿Qué desean? ¿En qué puedo ayudarles?

—Perdona, Ignacio, no era nuestra intención asustarte, solo queríamos saber dónde se encuentra el panel eléctrico de la casa.

—¿El panel eléctrico? Aquí mismo, señor, en la despensa. ¿Por qué? ¿Se ha vuelto a ir la luz en alguna parte de la casa?

—No, nada de eso, pero estamos tratando de reconstruir dónde estábamos cada uno de nosotros cuando saltaron los plomos y quién pudo haber apagado la luz de toda la casa en el panel central. Usted estaba aquí con Mario Cadensa cuando se fue la luz, ¿no es cierto? ¿No vieron a nadie más? ¿A Chus Jimeno, tal vez?

—No, a ver..., déjeme pensar —dijo el anciano mayordomo haciendo un doloroso esfuerzo por recordar—. Cuando se fue la luz estaba enseñando al señor Cadensa las habitaciones del servicio. Estábamos entrando en mi habitación en el momento en el que se fue la luz. Entonces oímos los gritos del señor Arthur. Tardé un momento en volver a la cocina y encontrar el encendedor en la oscuridad total. En cuanto encontré el mechero, fui directamente al panel de control y volví a accionar la llave de la luz.

—Entonces, ¿alguien había apagado la luz a propósito?

—Bueno... es posible. Ahora que lo dice, la puertecita del panel estaba abierta y no recuerdo haberla visto nunca abierta.

—¿Qué hizo después?

—Pues fui tan rápido como pude a la habitación del señor Flynn para ver qué era lo que había ocurrido. Estaba gritando y pidiendo ayuda. Ahí estaban ya todos ustedes.

—¿Y Mario Cadensa?

—¿Señor?

—¿Estaba Mario Cadensa con usted cuando encendió la luz?

Ignacio pareció desconcertado con la pregunta. Miró nervioso a Mario como pidiendo ayuda o permiso, pero este le pidió con un gesto que contestara a las preguntas que le hacían.

—No, el señor Cadensa no estaba en la cocina o en la zona de servicio cuando encendí la luz. Creo que estaba en la habitación del señor Flynn con todos ustedes.

—Muchas gracias, Ignacio. Por favor, prosiga con lo que estaba haciendo. No le molestamos más.

Volvieron todos a la sala de la chimenea reflexionando sobre lo que acababan de oír.

Por un momento parecía que se habían olvidado de las acusaciones que habían hecho a Sonia y a Valentín. Estaban cansados y aturridos. Había sido un día muy largo. Un día muy largo en el que se habían juntado las experiencias más extremas que habían tenido en toda su vida.

Fermín se acercó al mueble bar.

—¿Alguien quiere algo de beber? Me voy a servir una copa de vino.

—Sí, ponme a mí otra, por favor —pidió Sandra.

—¿Dónde tienen el sacacorchos? Una nevera armario entera lleno de vino y no hay ni un dichoso sacacorchos. Voy a pedirle uno a Ignacio.

Cuando Fermín estaba llegando a la cocina, oyó voces dentro.

Se preguntó quién podía estar hablando con Ignacio; le habían dejado solo hacía apenas un momento.

Se paró detrás de la puerta a escuchar antes de entrar. No estaba hablando solo, podía oír con claridad dos voces diferentes, pero supuestamente no había nadie más del servicio, les había bajado Ignacio la noche anterior al pueblo. «¿Chus, tal vez?», pensó.

Aguzó el oído.

—Los planes se han ido al traste, Ignacio —decía la voz que reconoció enseguida como la de

Mario Cadensa—, esto se nos ha ido de las manos.

—Me temo que sí, señor. ¿Qué vamos a hacer?

Fermín, al oír esto, no pudo esperar más y entró en la cocina sobresaltando a los dos como si fueran dos chiquillos pillados robando galletas.

—¿Qué planes se han ido al traste, Mario? —preguntó Fermín cruzando los brazos y cubriendo casi la totalidad del marco de la puerta con sus hombros.

—¿Qué...? Esto... los planes. Los planes del fin de semana... Supuestamente iba a ser un fin de semana memorable donde todos lo pasaríamos genial y mira cómo ha acabado. ¡Es increíble!

—Vuestra conversación sonaba más como unos planes que habíais urdido entre vosotros dos.

—¿Nosotros...? No, nada de eso. Habíamos planeado las cenas y los cócteles, el fuego y las velas. Cuando estabais todos en el helicóptero, como recordarás, me quedé aquí en el refugio y tuve la oportunidad de charlar distendidamente con Ignacio sobre el menú para el fin de semana, y dijo que iba a preparar unas tartaletas de manzana para la cena de hoy, que era el postre favorito de Arthur, pero al final todos los planes han cambiado de la forma más horrible que pudiéramos imaginar, ¿no te parece?

Fermín asintió sin verse muy convencido. Conocía bien la verborrea de Mario; sabía que era capaz de convencer a un perro de que maullara y a un gato de que se metiera en el agua.

—Creo que no deberíamos separarnos mucho —dijo Fermín al fin—. ¿Por qué no volvéis al comedor con los demás?

—Sí, ahora mismo vamos. Voy a ayudar a Ignacio a llevar estas bandejas.

Lars Kepler se derrumba

Inspectora Itziar Orbaizeta

Madrugada del domingo

—¿Cómo que tienes que salir? ¿Pero sabes qué hora es? Además, fuera está cayendo la del pulpo. No podrás ni salir del aparcamiento.

Fernando estaba en pijama y completamente despierto. Andaba de un lado a otro de la habitación haciendo aspavientos. Había conseguido en un momento lo que Terol no había terminado de hacer y era despertar del todo a las gemelas.

—No lo entiendes, Fernando. ¡Han asesinado a Arthur Flynn! ¿Te das cuenta de lo que eso significa? ¡Este podría ser el mayor caso de los últimos veinte años!

—¿Y ese caso es más importante que tu familia?

Los hombros se me relajaron de golpe. No me podía creer que fuera eso lo que me estaba diciendo.

—No te entiendo, Fernando, ¿está nuestra familia en peligro? ¿Qué es lo que tratas de decir?

Fernando se agarró el pelo revuelto y lo peinó hacia atrás en un gesto de exasperación.

—¿Realmente no lo entiendes? ¿Vas a dejar aquí a tu familia y abandonarnos en las primeras vacaciones en dos años porque de pronto ha salido un caso interesante? ¿Es este caso más interesante o importante que tus hijas y tu marido?

Se quedó mirándome con las cejas enarcadas como esperando una respuesta.

Me había dejado tan desconcertada y dolida que, no es que no supiera qué contestar, es que no podía contestarle sin decir algo de lo que me arrepentiría durante el resto de mi vida.

Malinterpretando mi silencio como una concesión, Fernando levantó las manos a la altura de su cabeza como diciendo que era obvio. Se dio media vuelta, se llevó a las niñas de la mano a su habitación y cerró la puerta.

No pude contener el impulso de seguirle hasta la habitación.

Abrí la puerta y le grité delante de las niñas lo absolutamente ridículo, egoísta y estúpido que estaba siendo. Las niñas me miraban asustadas. Una cosa que siempre hemos intentado es no discutir delante de ellas, y hoy, no solo estábamos discutiendo, sino que encima le estaba gritando hasta quedarme afónica.

—¡Lo que no entiendes es que este es mi trabajo! Un trabajo que no hago por dinero sino por vocación. Soy muy buena en ello y hay unas personas que me necesitan. ¿Por qué no te entra eso en tu obtusa cabeza? ¿Solo porque tú no eres capaz de escribir dos palabras juntas, quieres que los demás seamos también unos fracasados en nuestras carreras?

Fernando se quedó callado moviendo la boca como tratando de decir algo.

—Sí, ¿crees que no veo en tu ordenador cuando vuelvo a casa del trabajo que no has sido capaz de escribir un párrafo en los últimos dos años?

Cerré la puerta de la habitación dando un portazo, me puse los vaqueros y el abrigo y bajé a encontrarme con Terol.

Tenía delante el mayor caso de mi carrera, sin contar con que había 8 personas encerradas en una cabaña en la montaña muertas de miedo y en auténtico peligro de muerte.

Era poco más de medianoche. Fernando y las niñas iban a estar durmiendo, «¿qué importancia puede tener el que yo pierda una noche de sueño por hacer mi trabajo cuando ellos no van ni a notar mi ausencia?», me dije para tratar de esconder el vacío que sentía en mi estómago cuando bajaba en el ascensor. Cuando llegué al lobby y se abrieron las puertas del ascensor sentí cómo una fría garra estrujaba mi garganta. Era la garra de la conciencia, que me decía que acababa de cometer el mayor error de mi vida: anteponer el trabajo a mi familia.

El agente Terol me vino a recibir en compañía de otro agente uniformado. Era demasiado tarde para arreglar el daño que había hecho a mi familia.

—Vamos, Terol, lléveme a sus oficinas.

Nuevas pistas

Noche del sábado

El refugio

En la sala de la chimenea habían reiniciado las discusiones y estaban haciendo recuento de dónde estaban todos en el momento en el que se fue la luz.

—Sonia estaba conmigo y con Paula cuando se apagó —dijo Alberto—. Estábamos en la parte de la casa más alejada de la habitación de Arthur, por lo que parece imposible que ninguno de nosotros tres pudiera haberlo asesinado...

—...pero al mismo tiempo, al ser Sonia la que sería la principal beneficiaria por la muerte de Arthur, querría tener una buena coartada con testigos que más tarde confirmasen que ella no podía haber sido —interrumpió Fermín.

—¿Tú también? ¿Os habéis vuelto todos locos?

—¡Basta ya de decir tonterías! El que vuelva a insinuar una cosa así de mi esposa se las verá conmigo.

—¿Y qué harás? —dijo Fermín acercándose a Valentín hinchando su poderoso pecho—, ¿matarás a puñaladas al que diga algo?

Valentín, amedrentado con la actitud amenazadora de Fermín, decidió sentarse en el sofá y tratar de reencauzar la conversación que estaba adquiriendo una peligrosa intensidad.

—Creo que lo que tenemos que hacer es encontrar el testamento —afirmó conciliadoramente en un tono de voz más mesurado—; supongo que todavía estará en la habitación de Lorena. Si tenemos el testamento firmado por Arthur, aunque no haya pasado por notario, será válido. Teniendo el testamento en mano, espero que os convenzáis de que ni Sonia ni yo tenemos nada que ver con la muerte de Arthur.

Ignacio y Mario entraron en la sala con bandejas de comida en el momento en el que se levantaban todos.

—¿Qué ha pasado? ¿A dónde vais?

—Vamos a buscar el testamento de Arthur. Debería de estar en la habitación de Lorena.

—¿No creéis que tal vez sea mejor no tocar nada en esa habitación hasta que vuelva la policía? —preguntó Mario.

—¿Por qué, Mario? ¿Qué temes que se descubra?

—No temo nada, pero creo que debemos tomar esa habitación y la de Arthur como escenas de crimen. Deberíamos dejarlas como están para que la policía pueda investigarlas concienzudamente y que ninguno de nosotros contaminemos posibles evidencias.

En ese momento alguien llamó a la puerta dando tres fuertes golpes.

—¿Quién puede ser? —preguntó Paula agarrándose el cuello aterrorizada.

—¿La policía?

—Imposible.

Fueron todos en grupo, como una piña, hasta la puerta. Se quedaron un momento frente a esta preguntándose si abrir.

Los golpes se repitieron, pero esta vez con mayor fuerza.

Fermín tomó la iniciativa. Se adelantó al resto y abrió.

—¡Chus! ¡Qué susto nos has dado! —exclamó Fermín sin darse cuenta de que con esa afirmación básicamente reconocía que se habían olvidado de que Chus seguía todavía fuera solo a la intemperie.

—Coged unas linternas y seguidme. Creo que querréis ver esto. ¡Rápido!

Chus actuaba de forma extraña. Parecía que se le había pasado el enfado. Tenía los ojos achispados, como si hubiera estado bebiendo. Estaba rebosante de energía y de imperiosa impaciencia.

—¿Qué pasa, Chus? Dínoslo. Fuera hace mucho frío y ya es muy tarde.

—¡Vamos, vamos! Ignacio, ¿no tienes más linternas? Tenéis que ver lo que he descubierto.

Muy a desgana, pero no sabiendo cómo decirle que no, se fueron poniendo las botas y los abrigos y salieron fuera, donde la luna reflejaba su luz sobre la nieve haciendo casi del todo innecesario el uso de las linternas.

—Por aquí, seguidme —les apuró Chus casi corriendo nervioso como un perro de caza tras el rastro de una presa.

—Chus, por ahí se va al precipicio. Ten cuidado.

—¿Qué estás haciendo, Chus? Volvamos dentro...

Se miraban preocupados entre sí. Parecía que Chus había perdido la cabeza.

Pero él, ignorando las quejas de sus compañeros, siguió andando hasta alcanzar la esquina de la casa antes de llegar al despeñadero.

—Mirad aquí.

Miraron donde apuntaba sin entender muy bien qué era lo que estaban mirando.

—Vamos, Chus, ¿por qué no volvemos dentro? Ignacio nos ha preparado algo caliente. Te sentará muy bien sentarte junto al fuego y relajarte un poco —dijo Valentín pensando que, por culpa del estrés, Chus estaría sufriendo locura transitoria.

—¿No lo veis? ¡Son huellas! Cuando salí de la casa me vine directamente a examinar el exterior de la habitación de Arthur. Tenía que haber alguna salida, algo que permitiera a alguien entrar y salir de su habitación sin ser visto.

—¿Y has encontrado una entrada escondida o una ventana abierta?

—No, eso no, pero... ¡mirad!

—Son huellas, sí... —dijo Alberto mirando al suelo a las marcas sobre la nieve que les estaba mostrando Chus— pero, ¿cómo sabes que no las has hecho tú?

—No seas bobo, Alberto. Fíjate. Son unas huellas pequeñísimas. Como de un niño o... una niña.

—Serán las huellas de algún ciervo o de cualquier animal que rondara la casa.

—¿Cuántas veces has visto a un ciervo con zapatos?

Alberto y los otros se agacharon para comprobar lo que decía Chus.

Efectivamente las huellas estaban hechas con unos pequeños zapatos. No podían ser los pies de ninguno de los allí presentes. Fermín instintivamente miró los pies de Paula y de Sonia que estaban a su lado; tenían pies pequeños, pero obviamente las huellas no podían haber sido hechas por ninguna de ellas. Eran sin lugar a dudas las pisadas de alguien, y no de un adulto precisamente.

—¿A dónde conducen las huellas? ¿Entran en la habitación de Arthur de alguna manera?

—No. Se ve que ha estado aquí rondando la habitación de Arthur y que, al no poder entrar, siguió andando alrededor de la casa hasta que llegó a la habitación de Sandra. Ahí se vuelve a parar y luego retorna.

—¿Entra en la casa por algún lado?

—Eso no lo sé, desgraciadamente. Mirad, las huellas se ven aquí junto a la pared donde la nieve no se ha acumulado tanto por el viento, que pegaba en dirección diferente, pero al llegar hasta aquí, ha nevado mucho después y no es posible ver hacia dónde se fue la niña.

—Entonces es verdad que hay una niña. No me lo había imaginado... —susurró Sandra volviendo a notar cómo se le aceleraba el corazón.

—¡Tenemos que encontrarla! —dijo Alberto—. Ignacio, ¿dónde podría esconderse una niña?, ¿hay algún cobertizo o cabaña alrededor de la casa? ¿Ignacio...? ¿Dónde está Ignacio?

—No lo sé. Nos dio las linternas cuando salimos de la casa, pero no le vi ponerse el abrigo después. Supongo que se habrá quedado en la casa.

—¿Y Mario? ¿Alguien ha visto a Cadensa?

—Pensé que él sí que había salido. Juraría que iba delante de mí cuando salimos de la casa.

—¿Dónde puede estar? —preguntó Sonia abrazándose, muerta de frío.

—Vamos a separarnos en grupos —ordenó Alberto nervioso—; tenemos que buscar a la niña y también hay que encontrar a Mario y a Ignacio. Supongo que estarán dentro de la casa. NADIE puede quedarse solo, ¿entendido? Tampoco os alejéis mucho, los grupos tienen que estar cerca para que podamos llegar enseguida todos los demás a socorrer a uno de los grupos, en caso de necesitarlo.

—¡Y una leche! —afirmó Sonia rotundamente—. Tenemos que encerrarnos en la casa y esperar a que llegue la policía. Si la niña está aquí fuera, peor para ella. ¡Que se muera de frío! Yo no me voy a poner a buscar en un bosque de noche a una niña perturbada con afición a los cuchillos.

—Puedes ir dentro si quieres, Sonia —concedió Alberto—, pero el resto vamos a buscar a la niña.

—¿¡Que me meta en la casa..., sola!? ¿Y si está escondida dentro?

—Vale, vale. No te preocupes. Paula y Sandra, ¿por qué no entráis también con ella? —sugirió tratando de tranquilizar a Sonia y de quitarse de en medio a una histérica que pudiera dar más problemas que ayuda.

—¿Por qué, porque somos delicadas féminas y vosotros, hombres, vais a salir fuera a cazar mientras nosotras nos encargamos de prepararos la comida? —espetó Sandra.

Alberto y Valentín se quedaron sorprendidos sin saber qué contestar al pronto de Sandra.

Paula rompió rápidamente el silencio:

—Tú vete también de caza con los hombres. Yo me meto en casa con Sonia.

—Perdona, Sandra, no pretendía insultarte. Solo trataba de ser caballeroso...

—¡Pues eso te lo guardas para otra!

Alberto estaba descolocado. No sabía qué responder.

—Esto... tenemos que intentar contactar de nuevo con la policía, ¿te parece bien si vamos tú y yo al garaje y tratamos de conectar otra vez con Chantal desde el coche? —dijo Alberto dirigiéndose a Sandra. Sin poder descifrar cómo se había tomado su propuesta y tratando torpemente de arreglarlo—. O si lo prefieres, va otro conmigo y tú puedes ir a registrar los alrededores en busca de la niña.

Sandra le sostuvo la mirada un momento más antes de responder.

—No. Está bien. Supongo que puedo ir a llamar a la policía contigo.

Comisaría de Baqueira

Inspectora Itziar Orbaizeta

Madrugada del domingo

Llamé al jefe a su móvil de camino para ponerle al día de los últimos acontecimientos.

Le había despertado, estaba adormilado y de mal humor, pero en cuanto le dije que Arthur Flynn estaba muerto, se despertó con la misma rapidez con la que lo hubiera hecho si le hubiera tirado encima un cubo de agua fría. Se disculpó por haberme metido en ese berenjenal durante mis vacaciones, realmente había pensado que solo iba a tener que testificar y firmar el informe del accidente de helicóptero; algo que debería de haberme llevado media hora como mucho.

—Itziar, no te preocupes. Vuelve con tu familia y déjame a mí. Enviaré a Faraco, que podrá estar en Baqueira mañana o como tarde el lunes.

El solo oír mencionar a Faraco lanzó puñaladas contra mi ego haciendo que se me encogiera la garganta y que el esófago me quemara por dentro. Ese creído fanfarrón de pacotilla que me llevaba discriminando y ninguneando desde el día en que nos ascendieron a los dos a inspectores. Sabía que la razón por la que me trataba así era por la falta de confianza en sí mismo, pero no podía aguantar pensar que en cuanto el jefe le adjudicase el caso, me vendría diciendo algo así como que el jefe le ha pedido que se encargase del caso porque yo no sabía cómo seguir con la investigación.

Como todos los chulitos de barrio, Faraco la tomaba contra quien se sentía más intimidado.

Es un tipo guapo —casi tanto como él se cree—. Viste y vive como un pijo del barrio de Salamanca, que en el fondo eso es exactamente lo que es: Un niño de papá que no tiene necesidad de trabajar para ganarse la vida.

Su padre quería que estudiase económicas en el extranjero y pasase a trabajar a la empresa familiar, pero como ocurre a menudo en estas familias adineradas, Faraco salió rebelde desde pequeño y se pasó la vida de internado en internado y siempre metido en problemas. Entró a policía para contrariar a su padre y para poder seguir en contacto con los bajos fondos y con la violencia a la que había crecido adicto por las malas compañías con las que se había mezclado desde pequeño.

He de admitir que no es un mal poli. Es inteligente. Tiene normalmente buenas corazonadas, y en lo que es realmente bueno —hay que reconocerlo— es en hacer investigación. Con lo fantasma que es, luego, sorprendentemente en lo que resultaba ser un muy buen policía es en encerrarse en un despacho con el ordenador delante e investigar como una rata de biblioteca. El principal problema, además de creerse superior a todos, es que todos los jefes se dejan embaucar por su carisma y también por sus invitaciones a sus clubs y fiestas de sociedad.

Esta parecía ser la gran oportunidad que llevaba esperando años: un caso lo suficientemente importante como para conseguir el ascenso a inspectora jefe, y no iba a dejar a Faraco

interponerse en mi camino.

—Jefe, no hay tiempo que perder. Ya estoy yo aquí. Sigo adelante con el caso y le mantengo informado de todo lo que vaya descubriendo. De momento mándeme un equipo de la científica para poder peinar el refugio lo antes posible. No es necesario que envíe a Faraco. Lo puedo hacer yo sola.

Colgué el teléfono antes de que el jefe pudiera decir cualquier cosa o insistir en que me retirase del caso.

Las oficinas de la policía municipal de Baqueira eran todo lo que cabría esperar: Una sala diáfana con televisiones y sillones de cuero recibía a quien viniera a presentar una denuncia con el mismo lujo y confort que la sala de espera de las oficinas de un lujoso bufete de abogados.

La comisaría jamás había recibido una llamada por algo más serio que una pelea conyugal, una bronca en alguno de los bares que hubiera escalado al preocupante nivel de empujones e insultos, o la presencia de un tipo con mala pinta rondando el aparcamiento de las pistas de esquí. Por eso, cuando llegué, ya estaba todo el personal esperándome en pie con los ojos abiertos como un rebaño de ciervos deslumbrado por las luces largas de un coche.

El sargento Vicents estaba preocupado —asustado tal vez—. Me recibió murmurando algo así como un *buenas noches*, o *gracias por venir* o cualquier otra cosa que no terminó de salir de su bigote y que no llegué a entender del todo. Se dio la vuelta dándome la espalda, pero hizo un gesto con el dedo por encima de su hombro como para que le siguiera. Si es así cómo invita a un superior a su despacho, no quiero ni pensar con qué delicadeza debe de tratar a los agentes bajo su cargo.

Me tragué el orgullo y todo lo que pensé en decirle y le seguí.

La cortina amarillenta de detrás de su mesa se inflaba como una vela con el viento helado que entraba por el resquicio que había abierto; imagino que para tratar fútilmente de disimular el humo y el olor a tabaco queapestaba en la sala entera.

—Inspectora —comenzó el sargento con tono funesto—, parece que el señor Arthur Flynn ha sido asesinado.

«Eso ya lo sabía. Si no fuera por eso, no habría salido de mi habitación en medio de la noche», pensé en decirle. Pero por ser moderadamente civilizada, me lo callé y asentí.

El agente Terol entró en el despacho junto con otro agente y se quedaron de pie pegados a la pared en silencio.

—Nos llegó una llamada a las 22:30 horas desde un pueblecito francés del otro lado de las montañas. Parece ser que habían recibido una llamada de emergencia desde el refugio.

—¿Cómo pudieron hacer la llamada? —pregunté—. No hay teléfono fijo en el refugio y todos dejaron sus móviles antes de subir hasta la casa.

Luego pensé que tal vez el mayordomo tenía un móvil escondido en la casa y, dada la emergencia, había decidido sacarlo, pero dejé que fuera el sargento el que me explicara lo ocurrido.

—Hicieron la llamada con el botón de *eCall* de uno de los coches del refugio. La llamada no saltó a la centralita del 112; por alguna razón, esta se cruzó y llegó a la casa de una tal Chantal Passaquay y fue esta quien nos llamó —explicó.

Luego, dando cuatro ladridos puso a sus agentes en movimiento:

—Terol, reproduzca la grabación de la llamada. Quijano, traiga café para todos.

Hay alguien más en la casa

Noche del sábado

El refugio

Se dividieron en tres grupos: Valentín, Fermín y Chus se dirigieron hacia la línea de árboles que bordeaba todo el camino de entrada a la casa; Sandra y Alberto fueron al garaje a intentar pedir ayuda con el botón de socorro del coche, y Paula regresó a la casa con Sonia.

—Hay huellas por todas partes, ¿cómo vamos a saber cuáles seguir? —dijo Fermín.

—Todas estas que están aquí en la nieve sobre el pavimento son las nuestras cuando hemos salido con Chus. Estas otras van hacia el garaje, tampoco nos sirven de mucho ya que tienen que ser las de Sandra y Alberto, que acaban de ir en esa dirección.

—¡Ahí! Esas huellas parecen adentrarse en el bosque. ¿Pueden ser tuyas? —preguntó Fermín dirigiéndose a Chus.

—No —contestó mirando las huellas aterrorizado con los ojos bien abiertos como si estuviese mirando directo a la boca de un lobo rabioso—; yo no he salido de lo que es el borde de la casa en ningún momento.

—¡Mirad! —exclamó Valentín—, a partir de aquí aparecen como por arte de magia las huellas de la niña junto a otras de adulto... ¡¿Cómo es posible?!

Chus empezó a temblar y sus compañeros no se sentían mucho más cómodos que él con el hallazgo. Era imposible. ¿Cómo podían aparecer de pronto las huellas de la niña junto a las del adulto? Y, sobre todo, ¿quién podía ser ese adulto?

—¿Pensáis que estaría subida a un árbol y saltó sigilosamente en cuanto pasó el adulto y le siguió así, tan de cerca, sin que se diera cuenta?

—Si no es eso, las otras alternativas son que hubiera llegado aquí volando. O que realmente la niña sea un fantasma y aparezca y desaparezca a su antojo.

En ese momento un grito atravesó el aire helado de la noche.

—¡¿Qué ha sido eso?!

—Era de una mujer..., viene de la casa —dijo Fermín al tiempo que se ponía a correr de vuelta hacia el refugio. Sus compañeros le siguieron de cerca.

El grito volvió a repetirse.

—¡Viene del garaje! ¡Tiene que ser Sandra! ¡Vamos!

En el garaje Sandra escondía su cara en el hombro de Alberto, que la abrazaba protector.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fermín.

Alberto señaló la puerta abierta del coche de Valentín.

Se acercaron los tres recién llegados al coche con timidez, sin saber bien qué se iban a encontrar, pero preparados para cualquier cosa.

Después de estos dos últimos dos días en los que se podría decir que lo habían visto todo, lo

que tenían claro es que las sorpresas no habían terminado y mucho temían que antes de que pudieran volver a sus casas, sus vidas correrían un continuo peligro de muerte.

Valentín, que fue el primero en asomarse a su coche, metió la cabeza y luego se giró para mirar a Alberto, como pidiéndole explicaciones.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —exclamó Chus nervioso.

—Parece que han destruido el botón de llamada de emergencia con ese martillo.

—¿Y los otros coches?

—Lo mismo con todos. Ya he mirado.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —preguntó Fermín.

—Solo alguien que quiere asegurarse de que no volvemos a intentar contactar con la policía —sentenció Alberto.

Todos giraron la cabeza hacia Chus.

—¿Por qué me miráis así? No he sido yo, ¡os lo juro!

—¿Quién ha podido ser sino tú? Todos estábamos dentro del refugio —le acusó Alberto.

—No lo sé, ¿Ignacio? ¿Mario? Ninguno de ellos estaba con nosotros en la parte de atrás cuando os enseñé las huellas de la niña. ¡La niña! Ha podido ser la niña. Hemos visto huellas de zapatos pequeños detrás de la casa y también aquí delante, internándose en el bosque.

—¿Para qué iba a querer una niña desactivar los dispositivos de llamada de emergencia de todos los coches? —preguntó Valentín poniendo cara de incredulidad—. La niña ni sabría para qué sirven esos dispositivos. Y de saberlo, ¿por qué iba a querer que nos quedemos incomunicados?

—Para matarnos a todos —presagió Sandra en plan apocalíptico.

—Vamos, Sandra. No digas esas cosas. Tú tampoco te lo crees...

Chus escuchaba cada vez más nervioso.

—¿Qué hay que no deba creerse? ¿Pero no has visto tú con tus propios ojos las huellas de la niña detrás de la casa y también ahí, cuando nos adentramos en el bosque? ¿Por qué insistes en negar lo obvio?

Valentín miró a Chus y a Sandra, y luego a Fermín y a Alberto, buscando apoyo con una sonrisa de medio lado, pero vio que ellos también esperaban atentos a que contestara a la pregunta que se le hacía.

—Vale, yo también he visto las huellas de la niña. Pero eso no quiere decir nada. Eso solo dice que por aquí hay una niña que ha estado rondando la casa, pero puede ser una vecina o la hija del guardés que anda aburrida y se pasea curiosa para ver qué es lo que hacemos dentro de la casa...

—¿Con un cuchillo en la mano? —objetó Sandra—. ¿Dentro del refugio en medio de la noche?

—Bueno, eso sí que lo has visto tú sola. No quiero decir que te lo hayas inventado, Sandra, pero comprenderás que es difícil de digerir.

—Valentín, basta ya de ser terco —le amonestó Fermín—, menos creíble era que pudiera estar al otro lado del ventanal de su habitación al borde del precipicio y es ahí donde hemos encontrado sus huellas. No seas cabezota. Sabemos que hay una niña por aquí suelta, y debemos ser cautos y pensar que tal vez sea una perturbada peligrosa...

—¡Pero eso es imposible! Es lo que estoy tratando de deciros. ¿De dónde ha salido la niña? No puede vivir sola aquí en lo alto de la montaña a lo Jeremiah Johnson...

Valentín hablaba dirigiéndose a cada uno, como hacía en la sala de reuniones cada vez que presentaba un nuevo producto o una idea a la empresa, pero esta vez les tendía las manos abiertas

con aire desesperado como si les estuviera suplicando que entrasen en razón. Se presentó por último frente a Alberto como si este fuera su última esperanza de encontrar apoyo.

—Valentín... sé que suena increíble... Imposible, si quieres, pero todo este fin de semana me está pareciendo como un sueño o una pesadilla donde nada tiene ni pies ni cabeza. Tenemos que fijarnos en lo que conocemos y debemos tratar de arrojar luz a todas estas tinieblas. El que hay una niña por aquí fuera, es un hecho. No sé si es una pobre criatura perdida, una perturbada, un fantasma, o un alma endemoniada. Pero aquí hay una niña. No sabemos con seguridad si ha sido ella la que ha vandalizado los botones de emergencia de los coches y, menos aún, quien ha matado salvajemente a Arthur a puñaladas. Si me pides mi opinión, te diré que me parece muy poco probable, pero no por ello tenemos que descartar esa posibilidad. La verdad, si me preguntas, casi preferiría que hubiera sido la niña la autora de todo esto...

—¿Por qué? —preguntó Sandra sorprendida.

—Porque de no ser así, la otra alternativa posible sigue siendo que el asesinato lo haya cometido uno de nosotros, y tendremos que seguir conviviendo con la incertidumbre y con el asesino hasta que venga la policía a sacarnos de aquí.

Un frío pareció entrarles a todos en el cuerpo como un viento helado. Sandra se cruzó de brazos tratando de contener un escalofrío.

—Quiero volver al refugio...—declaró con la mirada escondida bajo el ceño fruncido por el frío, el miedo, y la preocupación.

—Sí, volvamos —coincidió Alberto—, aquí no hacemos nada. Mejor que estemos todos juntos y evitemos sorpresas.

Volvieron los cinco en silencio hacia la entrada de la casa, cuando Valentín, que andaba unos pasos rezagado del resto del grupo, exclamó en un susurro, llamando la atención del resto:

—¡Eh, mirad!

—¿Qué pasa?

—¡Más huellas! Estas parecen frescas...

—Son de la niña, no hay duda.

—¡Van directo a la casa! —exclamó Valentín señalando el camino que formaban las pequeñas pisadas.

—Sigámoslas —dijo Alberto.

Chus cogió una pala de cabeza cuadrada que estaba apoyada junto al muro de la casa y la blandió con las dos manos, como si fuera un bate de béisbol, para defenderse de lo que pudieran encontrar. Alberto, al verle, miró a su alrededor instintivamente buscando algo que pudiera utilizar como arma.

Las pisadas llevaban hacia la puerta de servicio de la casa.

Una vez cerca de la puerta se veían más pisadas, posiblemente de Ignacio entrando y saliendo a sacar basura, buscar vino de la bodega, o lo que fuera.

—Vamos. Parece que ha entrado por aquí. No hagáis ruido —dijo Alberto con un hilo de voz.

Sus compañeros se pararon un momento sin terminar de decidirse. Chus levantó algo más la pala y dio un paso al frente, pero Sandra no se movió.

—Yo... yo...

—¿Quieres ir por la puerta principal y te aseguras de que Paula y Sonia estén bien? —preguntó Alberto ayudándola a salir honrosamente de la situación.

Ella asintió y, dándose media vuelta, se alejó apresuradamente en dirección a la entrada principal.

Tenemos que salir de aquí, chicas

Noche del sábado

El refugio

Sandra empujó la puerta de entrada y esta cedió sin necesidad de girar el pomo.

Estaba abierta.

La sala principal estaba únicamente iluminada por la oscilante luz de la chimenea. No había rastro de Sonia, ni de Paula; posiblemente estarían resguardadas en la habitación de una de ellas con la puerta cerrada a cal y canto esperando a que llegasen los demás. Eso al menos era lo que Sandra esperaba.

Ignacio y Mario tampoco estaban en la zona común. No les habían encontrado aún. Podían estar fuera de la casa o en la cocina preparando algo...

¡En la cocina...! Ahí es adonde se habían dirigido las huellas que habían encontrado en la nieve. Las huellas de la niña a la que había visto la noche anterior frente a su ventana.

«¿Esa niña habrá sido capaz de asesinar a Arthur?», le preguntó antes Paula.

«¡Por supuesto que sí!», le había respondido.

Sandra apresuró el paso y se fue directa al pasillo que llevaba a las habitaciones de invitados, en dirección opuesta a la cocina, huyendo así de toda posible cercanía con la niña.

Debajo de la puerta de Paula se veía luz y desde fuera podía escuchar las voces de Sonia y Paula.

Llamó con los nudillos y entró rápidamente sin esperar respuesta. Cerró tras de sí apoyando la espalda contra la puerta una vez dentro.

Las otras dos amigas se sobresaltaron.

—¿Sandra? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? Parece que has visto a un fantasma.

—¿Qué ha ocurrido, Sandra? ¿Dónde están los demás?

Sandra les explicó brevemente los acontecimientos: los coches vandalizados y las huellas de la niña dirigiéndose a la entrada de la cocina.

Un fuerte ruido las hizo saltar sobre la cama del susto.

Venía de la sala principal.

Parecía como si una bandeja o un cuenco metálico se hubiera caído al suelo.

—¿Qué ha sido eso?

Sonia se acercó a la puerta y abrió un resquicio; las otras dos no tardaron en unirse a ella.

—Parece que algo se ha caído en la sala de la chimenea o en la cocina.

Se quedaron quietas sin respirar escuchando atentas a ver si oían algo más. Nada.

—Vamos a mirar. Seguro que no ha sido nada —dijo Paula.

Sandra movió rápidamente la cabeza de un lado a otro al tiempo que daba un paso atrás.

—No, yo de aquí no salgo.

—Vamos, no seas tonta. Seguro que han sido los chicos en la cocina. Deben de estar preparando algo para comer y yo me muero de hambre.

—Ni de broma. Yo no voy. Ha podido ser la niña. Yo de aquí no salgo.

Paula miró a Sonia, levantó las cejas como preguntando si ella la acompañaba.

—No, Sonia, por favor. No me dejes sola —suplicó Sandra—. Quédate aquí conmigo.

—Como queráis —dijo Paula poniendo los ojos en blanco—. Yo me voy.

Paula había sonado muy resuelta y confiada cuando salió de la habitación dejando a sus amigas, pero una vez estuvo sola en la inquietante penumbra del pasillo su confianza se derrumbó.

Se acercó sigilosamente pasillo arriba con los cinco sentidos atentos a cualquier ruido o movimiento que pudiera venir de la sala de la chimenea.

No oía nada. Solo algún tablón de madera del suelo quejándose a su paso.

La chimenea seguía encendida y las chisporroteantes llamas iluminaban con su tenue luz la habitación. Las sombras danzaban al son de las llamas en las paredes como una tribu ancestral.

De pronto, vio algo moverse en el extremo derecho de la sala.

Era la puerta pivotante de la cocina que se había abierto lentamente.

No podía ver bien si habían sido sus compañeros los que la habían abierto; la campana de la chimenea cubrió su campo de visión por un momento y no pudo ver más. En cuanto se adelantó un poco para poder ver otra vez la puerta, esta se movía con el vaivén de dentro a fuera hasta pararse por completo.

Ahí no había nadie.

Paula trató de tragar saliva y se acercó a la puerta sabiendo, por lo que le había dicho Sandra, que sus compañeros habrían entrado ya y que se encontrarían en la cocina.

Pero... si era verdad que las huellas que vieron dirigiéndose hacia la puerta de servicio eran de la niña, posiblemente esta estuviera también ahí. Escondida.

—¿Chicos...? —Llamó tímidamente a la puerta cerrada—. ¿Estáis ahí?

Otro movimiento a un lado de la puerta, junto a la mesa del comedor.

Paula se giró rápido y esta vez la vio, con toda claridad. ¡Era la niña!

Paula se quedó paralizada un momento al cabo del cual lo único que pudo hacer fue gritar con todas sus fuerzas.

No esperó a ver cuáles eran las intenciones de la niña y salió corriendo por la puerta principal del refugio. Siguió hasta el bosque, se internó entre los árboles y siguió corriendo hasta que sus pulmones la quemaban por el frío y sus piernas no daban más de sí.

Se tropezó con una rama o con las raíces de un pino y cayó de cabeza contra la nieve. Se arrastró contra el tronco de un gran árbol y se quedó allí abrazando sus piernas y tratando de calmar su respiración mientras que su corazón palpitaba escandalosamente en sus oídos.

Las huellas de la niña

Noche del sábado

El refugio

Alberto y Fermín abrieron la puerta de servicio con tiento. Miraron dentro sin terminar de atreverse a entrar en la cocina. Las huellas de la niña habían ido inequívocamente hasta la puerta de servicio y se habían adentrado en la cocina. Chus y Valentín les siguieron en cuanto les hicieron una señal de que no había nadie dentro.

Chus seguía agarrando con fuerza la pala que blandía por encima de su cabeza, listo para descargarla en cualquier momento.

Un grito llegó proveniente del otro lado de la puerta de la cocina.

—¡Es Paula! —exclamó Chus.

Los cuatro hombres se pusieron a correr, pero en ese momento se abrió la puerta pivotante y por ella entró una niña vestida con uniforme de colegio y se paró en el centro de la cocina mirándolos con los ojos muy abiertos.

Chus levantó la pala y se abalanzó hacia la niña gritando para golpearla con todas sus fuerzas en la cabeza, pero Alberto agarró la pala justo en el momento en el que le iba asestar el golpe y se la quitó de las manos.

—¿Qué haces, te has vuelto loco?

—¡Es la niña! Ella ha matado a Arthur —dijo sin apartar la vista de la pequeña niña mirándola como si se tratase de un terrible monstruo de tres metros.

—Chus, no es más que una niña. No seas animal —le regañó Fermín apartándole e interponiéndose entre él y la niña.

La niña no se había movido. Todavía miraba fijamente a Chus con una expresión difícil de descifrar. Los cuatro hombres la miraron a su vez sin saber bien qué hacer.

La puerta de la cocina se abrió de golpe rompiendo el embrujo en el que estaban sumidos y por ella entró Ignacio que, dando dos grandes zancadas, se acercó a la niña y se acuclilló junto a ella.

—¡Abuelo! —dijo la niña escondiendo su cara en el hombro del mayordomo y rompiendo a llorar desconsoladamente.

Ignacio se irguió con la niña en brazos y se acercó a los hombres con la misma sobriedad que siempre, pero con la niña adherida a su pecho como una lapa a una roca a la orilla del mar.

—¿Abuelo? —preguntó Valentín poniendo voz a la confusión de todos—. ¿Ha dicho «abuelo»?

—Así es. Lamento haber causado tanto desconcierto. Mi nieta no debía haber salido de mi habitación y dejarse ver...

La puerta de la cocina volvió a abrirse y entraron Sandra y Sonia, seguidas de Mario Cadensa.

Sandra y Sonia rodearon la cocina con la boca abierta tratando de mantenerse lo más alejadas posible de Ignacio y de la niña, como si esta última fuera una fiera salvaje a punto de atacarlas.

Mario entró caminando pausadamente y se quedó junto a Ignacio, como mostrando de qué bando estaba.

—Creo que nos debes alguna explicación, Ignacio —dijo Valentín.

Ignacio miró a Mario con mirada suplicante, este asintió y puso una reconfortante mano sobre el hombro del mayordomo antes de hablar.

—Me temo que soy yo quien debe dar las explicaciones, ya que soy el principal culpable. ¿Por qué no pasamos a la sala de la chimenea, os ponéis cómodos y os lo explico todo?

Todos asintieron aturridos y salieron de la cocina en silencio, envueltos en una densa nube de estupor.

—¿Dónde está Paula? —preguntó Sonia cuando se sentó en el sofá frente al fuego.

Miraron a su alrededor para cerciorarse de que en verdad no estaba con ellos. Chus miró hacia la entrada y vio que la puerta principal aún seguía abierta.

—Ha debido de salir corriendo por la puerta cuando vio a la niña —aventuró.

Alberto se dirigió a la puerta y miró fuera.

—¿Paula? ¡Paula! —llamó desde la entrada, pero sin obtener respuesta. La mullida capa de nieve que lo cubría todo absorbió su llamada casi como si estuviera tratando de hablar bajo el agua. La única respuesta que recibió fue el sonido de una ráfaga de viento agitando las copas de los pinos.

—Tenemos que salir a buscarla —dijo Sonia dirigiéndose a Alberto—; salió descalza y sin abrigo. Con esta temperatura no durará mucho. Si se queda ahí fuera morirá congelada.

Alberto pareció ponderarlo un momento con mucha seriedad.

—Sí, debemos salir a buscarla, pero... Mario no puede venir con nosotros, le dejaremos encerrado en su habitación. Ignacio, quiero que te quedes tú también en tu habitación cuidando de tu nieta, y —añadió dirigiéndose a Ignacio y a Mario levantando un dedo dictatorialmente—, oídme bien: ninguno de los dos puede salir de la habitación hasta que volvamos. Lo mismo digo de tu nieta, Ignacio.

—No tenéis que preocuparos de la niña, veréis, si me dejáis que os explique... —dijo Mario Cadensa.

—Ya tendrás tiempo de dar explicaciones cuando volvamos, Mario —le cortó tajante Alberto con un repentino arranque de ira—. Los demás, salgamos fuera y tratemos de encontrar a Paula.

Nadie cuestionó las órdenes de Alberto y salieron de la casa dejando en ella solo a Mario y a Ignacio, que se metieron en sus habitaciones cerrando las puertas.

—No va a ser fácil, no tenemos más que tres linternas y aquí fuera hay ahora cientos de huellas que hemos ido dejando entre todos —empezó a decir Alberto—. Sonia, tu irás con Fermín. —Valentín, como esposo de Sonia, abrió la boca para protestar, pero Alberto le fulminó con la mirada y volvió a cerrarla sin proferir palabra—. Valentín, tú puedes ir con Chus y yo iré con Sandra. Ahora despleguémonos y tratemos de cubrir la mayor área posible. No tiene mucho sentido mirar detrás de la casa, pero tal vez vosotros, Valentín y Chus, podáis mirar en el garaje a ver si ha ido ahí a esconderse. Los demás empezaremos en el bosque; parece más probable que echase a correr en la dirección opuesta a la casa si estaba, como parece, sufriendo un ataque de pánico.

Se pusieron en marcha alumbrados con la tímida luz de las tres linternas.

Alberto y Sandra comenzaron a buscar en el lado oeste del bosque.

El silencio era apabullante. El crujido que hacían sus botas al pisar la nieve, reverberaba en

todo el bosque, dando a Sandra la sensación de que alguien les seguía caminando al mismo paso para esconder el sonido de sus propias pisadas.

La temperatura de esa noche haría al mismo invierno temblar de frío. La cara de Sandra quemaba por el frío bajo su capucha, y el aire que respiraba ofrecía una presión en los pulmones causándole una sensación de ahogo.

—No creo que Paula pueda aguantar mucho aquí fuera —dijo Alberto, como si pudiera leer la mente de Sandra—. Espero que no se haya ido muy lejos y la podamos encontrar pronto.

En el flanco oeste, a una distancia de unos 30 metros, podían ver la luz de la otra linterna y escuchar las voces de Fermín y Sonia llamando a Paula cada cinco segundos. No sabía si ayudaría de mucho, pero Sandra también empezó a llamar a Paula, y al momento Alberto la imitó.

Chus se acercó corriendo, Valentín le seguía malhumorado a paso firme resbalando y dando trompicones, pero sin terminar de rebajarse a correr como hacía su joven compañero.

—Hemos mirado por todas partes en el garaje —dijo Chus—; no hay ni rastro de Paula.

Alberto le observó un momento y luego continuó buscando.

—¿Sabéis? —interrumpió otra vez Chus rompiendo el silencio—, creo que ya sé qué es lo que eran las huellas del adulto que vimos antes y al que se unieron las de la niña unos metros más adelante. Seguro que Ignacio había sacado a su nieta en brazos cuando fui a enseñaros las huellas detrás de la casa y se la llevó al bosque. Unos metros más tarde, cuando pensó que ya no le veríamos, la habría puesto en el suelo para que siguiera ella andando por su propio pie.

—Sí, tiene sentido. Es lo más probable.

—Eh, ¡aquí! ¡Venid! —dijo Valentín agachándose a unos pocos metros para inspeccionar la nieve—. Alumbrad esto. Creo que he encontrado algo.

Se acercaron los demás y alumbraron a lo que señalaba Valentín. Eran unas pisadas. No había duda.

—Tienen que ser de Paula. ¡Sigámoslas!

Reanudaron la marcha los seis juntos acelerando el paso.

Cincuenta metros más adelante distinguieron una forma sentada sobre la nieve apoyada contra un pino.

—¡Paula! —gritó Chus, y se puso a correr hacia ella; los demás le siguieron.

Cuando Chus llegó junto a ella, se paró en seco y esperó a sus compañeros antes de hacer o decir nada.

Paula estaba en un estado semi catatónico. Los párpados estaban cubiertos de hielo y los labios de un color azul casi morado. El color de su piel había desaparecido casi fundiéndose con la nieve.

Sandra se tiró al suelo y, quitándose con los dientes el guante de la mano, buscó en el cuello de Paula sus constantes vitales.

—¡Tiene pulso! —dijo levantando la vista hacia el resto de sus compañeros—. Tenemos que llevarla a la casa.

—A un hospital es a donde tendríamos que llevarla —dijo Valentín, aunque sabía tan bien como todos los demás que eso ahora mismo era imposible.

Chus se quitó el abrigo y, con la ayuda de Sandra, se lo puso a Paula. Era como vestir a una muñeca: no se movía, sus miembros estaban lacios como si fuesen de goma y tenía las manos encogidas por el frío, como si fueran las garras de un cuervo.

La cogieron en brazos entre Alberto y Fermín y la llevaron en volandas hasta la casa.

No hay dos sin tres

Noche del sábado

El refugio

Dejaron a Paula sobre la cama de su habitación. Luego los hombres salieron, dejando a Sonia y a Sandra a solas con Paula para que la desvistieran y la metieran en un baño caliente y así tratar de ayudarla a recuperar la temperatura corporal.

Aunque Paula había recobrado la consciencia, sin la ayuda de los hombres no resultó nada sencillo meterla en la bañera. Le pasaron cada una un brazo por encima de los hombros y la agarraron del cinturón para levantarla de la cama. Con la primera intentona de ponerla de pie, se volvieron a caer las tres sentadas sobre la cama tirando la lámpara de la mesita de noche y montando un terrible estruendo.

—¿Estáis bien? —preguntó Chus abriendo un poco la puerta.

—Sí, estamos bien —contestó Sandra desde el suelo resoplando un mechón de pelo que le cubría la cara—. No te preocupes. Cierra la puerta, por favor —añadió ajustándose el mechón detrás de la oreja.

Sandra cogió la lámpara del suelo y volvió a colocarla sobre la mesita. El bolso de Paula también se había caído, esparciendo todo su contenido por el suelo. Recogió el bolso, unas gafas de sol y los dos inyectables de epinefrina para la alergia a los cacahuetes, y lo colocó todo encima de la mesita de noche. Después se volvió a sentar a un lado de Paula, que se tambaleaba apoyándose en Sonia, luchando por mantenerse despierta.

Tumbaron a Paula sobre la cama y la desnudaron por completo para no tener que hacerlo en el baño y se les volviera a caer, golpeándose la cabeza en el borde de la bañera mientras la desvestían.

—¿Lista? —preguntó a Sonia.

—Lista —contestó Sandra.

Entre las dos volvieron a levantar a Paula y se encaminaron a la puerta del baño dando tumbos como tres marinos de permiso volviendo al barco tras el cierre de la última taberna.

Cuando entraron en el baño Paula volvió a perder el conocimiento, y Sandra no pudo aguantar con su cuerpo flácido, que se negaba a mantenerse en pie, como si todos sus huesos se hubieran convertido en gelatina. Sandra se resbaló en el suelo y Paula casi se descalabra contra el borde de la bañera. Sonia, con mucha más fuerza de la que pudiera aparentar tener, contuvo a Paula en sus brazos, sin dejar que se cayera.

Sandra se levantó y, entre las dos, con mucho trabajo, consiguieron introducirla en el agua tibia.

—¿No está muy fría este agua? —preguntó Sonia metiendo la mano en la bañera.

—Un poco, pero piensa que ella está helada. Hay que ir añadiendo poquito a poco agua

caliente. Como lo hagamos de golpe se va a quemar.

Se quedaron un rato en silencio, sentadas sobre el frío suelo de azulejo, mientras aguantaban a Paula por debajo de las axilas para que no se resbalase como un molusco invertebrado y se perdiera bajo la espuma de la bañera.

Poco a poco fueron añadiendo agua caliente; le echaban agua sobre su pecho con un vaso y mojaban una toallita y se la ponían en la cabeza para que todo el cuerpo fuera acondicionándose.

—¿Sabes?, cuando era pequeña —dijo Sonia mientras alisaba el pelo de Paula con una mano y lo cepillaba con la otra— solíamos ir en verano a Comillas, cerca de Santander, y a mi padre le encantaba hacer pesca submarina.

Sandra levantó la vista tratando de entender a qué venía ese comentario. Se quedó mirándola un segundo de más antes de poder esbozar una sonrisa alentando a Sonia a que continuase con los recuerdos de su infancia.

—A veces también íbamos en Semana Santa y el agua del Cantábrico estaba tan gélida que, a pesar de llevar guantes y calcetines de neopreno, el frío te cortaba la respiración.

—Sandra no dijo nada. La miró, animándola a seguir.

—Y, ¿sabes qué hacíamos para combatir el frío?

Sandra negó con la cabeza.

—Mi padre siempre traía una bota de vino llena de un vino peleón fortificado con orujo.

Sandra seguía sin entender muy bien a santo de qué le había dado a Sonia por recuperar esos recuerdos de su infancia, pero por lo menos la conversación estaba funcionando como un ungüento que le ayudaba a calmarse y olvidarse un poco de la precaria situación en la que se encontraban.

—Mi padre nos daba un lingotazo de la bota a mi primo y a mí, y la tiritona paraba casi al instante. Después de dos tragos, podíamos pasarnos el resto de la mañana debajo del agua como si aquello fuera el Mediterráneo en pleno mes de julio.

—¿Qué edad teníais en ese entonces?

—Yo tendría diez años, así que mi primo tendría nueve como mucho.

Sandra asintió mientras volvía a abrir el grifo del agua caliente y quitaba el tapón de la bañera un rato para dejar salir el agua templada y reemplazarla por la caliente.

—Creo que podríamos intentar hacer lo mismo con Paula...

Sandra levantó la vista confundida.

—¿Hacer qué?

—Creo que si le damos un lingotazo de vino, o mejor aún, algo de coñac o whisky, le ayudará a entrar en calor, ¿no te parece?

—Sí, buena idea. Podría ayudar. Parece que está ya algo mejor, pero si a ella no le ayuda echar un trago, creo que a ti y a mí nos vendría muy bien una copa. No tengo frío, pero tengo los nervios a flor de piel.

—¿Llamamos a Ignacio?

—No, seguro que está haciendo otras cosas. Si quieres, me puedo quedar un momento sola cuidando de Paula mientras tú te vas a coger una botella y unos vasos.

Sonia salió de la habitación. Sandra volvió a abrir el grifo del agua caliente y después le tomó el pulso a Paula.

Las fotos de Mario

Noche del sábado

El refugio

Cuando Sonia entró en la sala de la chimenea, se encontró al resto del grupo sentado en los sofás en total silencio, concentrados cada uno en sus propios fantasmas.

—¿Qué tal está Paula? —preguntó Chus saliendo de su ensimismamiento.

—Bien... creo. Está todavía muy fría, pero poco a poco parece que está recuperando el color. Venía a buscar brandy o algo fuerte para ayudarla a entrar en calor por dentro...

Nadie pareció escucharla.

Abrió la boca para explicarles la historia de cómo su padre la inició a ella y a su primo en el alcoholismo, pero desistió y la volvió a cerrar presintiendo que el esfuerzo iba a ser inútil e innecesario. No había razón por la que guardar las apariencias. Había venido a buscar algo fuerte que beber porque ella lo necesitaba, y punto. De paso le daría un poco a Paula para ver si la ayudaba, pero quien realmente necesitaba el trago era ella y no Paula.

Sin esperar a que nadie dijera nada, o se molestara en ayudarla, se acercó al bar y agarró la botella de coñac. Se agachó buscando unos vasos que llevarse a la habitación de Paula, pero no quedaba ninguno.

—Discúlpeme señora, acabo de lavarlos. Si me permite los coloco nuevamente en su sitio —dijo Ignacio trayendo una bandeja llena de vasos limpios de la cocina.

Sonia le miró abriendo mucho los ojos y dando un paso hacia atrás.

Valentín, dándose cuenta de lo que pasaba por la cabeza de su esposa, se levantó y se acercó a ella pasándole el brazo por encima de los hombros mientras Ignacio posaba la bandeja y colocaba los vasos con su acostumbrada impasividad.

—No tienes que preocuparte —dijo Valentín en voz baja apartando a su esposa unos pasos, aunque todos los presentes podían oír perfectamente lo que decía—, Ignacio no tiene la culpa, ha sido Mario, y a él le hemos encerrado en su habitación.

—Yo ya sabía que había sido Mario. ¡Sandra y yo le habíamos descubierto! —dijo Chus poniéndose nuevamente de pie nervioso y con su aire huraño.

—¿A qué te refieres, Chus?

—Pues eso, que ya le habíamos descubierto nosotros.

Todos guardaron silencio y le prestaron toda la atención. Incluso Ignacio dejó de colocar los vasos y se quedó como congelado, de cuclillas, mirando a Chus esperando que este se explayara.

Chus miró a sus compañeros de uno en uno, como un *Gollum* acorralado y asustadizo.

—Las fotos de la habitación de Teresa... la esposa de Arthur... —puntualizó dirigiéndose a Ignacio como si con eso lo hubiera explicado todo.

Ignacio se había puesto de pie y notando la mirada de los invitados clavadas en él, confirmó

con un gesto que sabía de lo que hablaba Chus.

—¿Qué fotos?

—Cuando registramos la casa, Sandra y yo entramos en la habitación de la mujer de Arthur para inspeccionarla— Fermín quiso preguntar por qué Arthur y su esposa dormían en diferentes habitaciones, pero supuso que eso es lo que hace la gente moderna y con dinero y decidió mantenerse callado y evitar las burlas con las que Valentín castigaría su ingenuidad—. Encontramos en la habitación un montón de fotos viejas de la infancia de Teresa y luego, ya más mayor, de viajes con amigos...

—¿Qué tiene eso que ver con Mario? —preguntó Sonia.

Chus le hizo un gesto con la mano para que tuviera paciencia.

—Primero me llamó la atención que no viéramos ninguna foto de familia o de cuando Teresa y Arthur eran jóvenes: boda, luna de miel... ¡nada! Pero lo que si encontramos fueron varias fotos de Teresa y Mario.

—¿Cómo que fotos de Mario y Teresa? ¿A qué te refieres?

—Pues eso, que había fotos de ellos dos como si fueran la pareja feliz: fotos en los Alpes, en la playa, fotos en el velero... siempre muy agarraditos—. En ese momento Sandra entró en la sala acompañando a Paula, quien, aunque claramente débil, andaba por su propio pie con una gruesa manta sobre los hombros.

—Sandra, díselo tú: ¿verdad que vimos todas esas fotos de Mario con la esposa de Arthur cuando registramos su habitación?

Sandra ayudó a Paula a recostarse sobre el sofá y la arropó con la manta sin contestar a la pregunta de Chus, como si estuviera metiendo a un niño en la cama y temiera que se despertase.

—Prepararé un consomé para la señorita —dijo Ignacio, y se marchó a la cocina.

Sonia se separó del abrazo de su marido y se acercó a Chus buscando respuestas.

—¿Qué tratas de decir con eso? No entiendo qué es lo que eso prueba.

—¡No lo ves! ¡Está clarísimo! Tu tía Teresa tenía una relación con Mario desde hace muchos años, y Arthur, obviamente los había descubierto o había descubierto que la hija de ellos era realmente de Mario y por eso las mató. Ahora Mario ha querido vengarse de Arthur, y en la primera ocasión que ha tenido desde que este ha vuelto a salir, ha querido acabar con él. ¡Mario le ha asesinado! —confirmó dirigiéndose ahora a todos con las manos abiertas pidiendo consenso—. ¡Ha sido él!

Alberto dobló el periódico de hace dos días que había estado leyendo ausente y se puso en pie.

—Puede que haya algo en eso que dices, Chus. Creo que no hay razón para esperar más. ¿Por qué no traemos a Mario ahora que estamos todos y oímos su explicación de lo ocurrido?

El caso de la familia Flynn

Inspectora Itziar Orbaizeta

Noche del sábado

Después de escuchar la grabación de la llamada de Chantal Passaquay y de verificar su identidad y sus antecedentes, la llamamos de vuelta para que me repitiera todo lo que recordaba de la llamada y por si acaso hubiera vuelto a recibir otra llamada del refugio desde la última conexión, aunque no albergaba muchas esperanzas de que hubiera sido así.

Chantal era una chica tímida que hablaba buen español, pero la cadencia de sus palabras y la pronunciación de las erres hacían poco por ocultar su procedencia.

Parecía dormida y asustada cuando la llamamos; no era de extrañar ya que eran las dos y media de la madrugada, pero enseguida se recompuso y repitió palabra por palabra lo que ya le había contado a la policía en su primera llamada.

Era obvio que la llamada del refugio era verdad y un tema serio; Chantal se disculpaba constantemente diciendo que esperaba que no hubiera sido una broma que le habían gastado, o la gamberrada de unos chavales.

Desgraciadamente la llamada que había recibido parecía legítima, y la verdad es que, aunque resultase impensable viniendo de un grupo de ejecutivos de ese calibre, después de haber estado en el refugio y haber interrogado a todos los huéspedes, no me sorprendía lo más mínimo que Arthur Flynn hubiese sido asesinado en su propia casa. No sabría decir qué era lo que me había dado esa impresión, pero la intuición me dijo desde el momento en el que entré en contacto con Arthur Flynn y su séquito, que estaba pisando un terreno peligroso.

Cuando abandoné el refugio horas antes, tenía el presentimiento de que una amenaza rondaba esa lujosa mansión de montaña, pero no me imaginé que fuera el mismo Arthur Flynn el que debiera temer por su vida. De hecho, era él, a pesar de estar conmocionado y en estado de shock, quien me hacía sentirme como estar frente a un animal salvaje que pudiera quitarme la vida en cualquier momento con un simple zarpazo. Mucho más que sus invitados.

Pero es Arthur el que ha muerto. ¡A cuchilladas!

Pero... ¿Por qué? ¿Por quién?

El jefe contactó desde Madrid a la Guardia Civil y al Grupo de Rescate de Alta Montaña. No podían ofrecernos recursos para llegar hasta el refugio hasta las 8:00 de la mañana. No había podido aún contactar con Faraco, pero le dije al jefe que yo subiría con la policía local en cuanto tuviese medio de locomoción; no podíamos esperar a que Faraco llegase. Este iba a ser ahora mi caso. Esta era la oportunidad que había esperado todos estos años y que podría proporcionarme el ascenso.

Me instalé en un despacho vacío que me cedió el sargento Vicents. Me preparé otro café en la máquina Nespresso e imprimí toda la información que me mandaron de la central sobre el caso

de la familia de Arthur Flynn en el refugio dos años atrás.

Lo primero que me llamó la atención del informe fue que el primer policía en llegar al lugar de los hechos en aquel entonces fue el sargento Vicents. El mismo sargento que está a cargo de la comisaría de Baqueira y que me acompañó con el agente Terol cuando llevamos a Arthur Flynn a su casa después del accidente.

El sargento no me había dicho nada, cosa que ya en sí me parecía extraña. Pero cuando fuimos al refugio el día anterior para hacer las indagaciones preliminares, parecía como si no conociera al señor Flynn ni a ninguno de los invitados. Tampoco daba la sensación de que hubiera estado ahí con anterioridad.

Tal vez no sea nada, el sargento parece ser un hombre reservado y de pocas palabras, quizás no vio necesario hablar del caso anterior. De todas maneras me hice una nota mental para preguntarle más tarde sobre el caso de la familia de Flynn.

La segunda cosa que me llamó la atención fue que en los testimonios de la policía y ambulancia se hacía referencia a que Mario Cadensa, «persona cercana a la familia», estaba en el refugio esperando a los servicios de emergencia y a ofrecer su colaboración, pero luego en el informe no se hace mención alguna a Mario en ninguna parte. ¿Cómo era eso posible? Si Mario no estaba en el refugio en el momento de los acontecimientos, no podría haber llegado desde Madrid antes de que se presentara la policía local.

Podía ser que Mario estuviera llegando de Madrid justo en ese momento para pasar el fin de semana con ellos. Pero, ¿no decían que pasaban los episodios psicóticos de la hija encerrados sin visitas? Mario era algo más que una visita, está claro, era el inseparable amigo de Arthur desde la universidad. Pero, aun siendo el caso de que fuera a pasar con ellos el fin de semana, Mario habría llegado cuando aún vivían la esposa y la hija de Arthur Flynn. El informe forense indica que las muertes ocurrieron entre las 23:25 y la medianoche; ¿podría haber llegado después de medianoche al refugio? Me parece poco probable.

Leí con atención la transcripción de la llamada de alerta que recibió el 112; la hizo Ignacio, el mayordomo. Esta llamada también estaba cargada de misterio y de incongruencias.

Ignacio llamó a las dos de la mañana avisando de que los tres miembros de la familia habían muerto.

¿Cómo era que, si Teresa y su hija Rebeca habían muerto según el forense a las 23:25 horas, Ignacio no llamase hasta dos horas y media más tarde?

Es posible pensar que hace dos años tampoco permitiera el señor Flynn el uso de teléfonos móviles en el refugio y que Ignacio tratase de dar los primeros auxilios a la familia antes de bajar a la caseta del guarda para dar la voz de alarma, pero el informe especificaba claramente que el mayordomo llamó desde el teléfono del domicilio familiar de los Flynn. ¿Podía ser que después de la muerte de la familia fuese cuando Flynn decidió desconectar el refugio de toda tecnología y comunicación telefónica?

Lo que parece más difícil de entender es que si Ignacio hubiera estado prestando primeros auxilios a la familia Flynn, ¿cómo es que Arthur no dijo ni *mú* durante la llamada de Ignacio? ¿Y cómo se explica que, después de estar «supuestamente muerto» durante más de tres horas, luego sobreviviera? Porque Ignacio afirmó que «los tres» miembros de la familia estaban muertos...

Había demasiados contrasentidos. Tendré que volver a interrogar a todos, especialmente a Ignacio y a Mario, sobre lo que ocurrió en esa cabaña hace dos años.

Guardé el informe en una carpeta y lo metí en mi mochila. Salí del despacho y pedí a Terol que me llevase de vuelta a mi hotel para darme una ducha rápida y vestirme con el mono de esquí para la subida al refugio.

Cuando llegué al hotel, todavía había varias familias durmiendo en el suelo del lobby. Desde el mostrador de la recepción, el director del hotel me lanzó un cansado saludo con la cabeza.

Le había dicho a Terol que me esperase en el coche. «Será solo un minuto», le dije. Pero ahora en el ascensor, recordando cómo había dejado las cosas con Fernando, se me encogió el estómago pensando en cómo explicarle que nuestras vacaciones se habían terminado.

Abrí la puerta de mi apartamento con sigilo, esperando no despertar a Fernando ni a las niñas y poder marcharme de ahí sin dar explicaciones.

Pero Fernando se me había adelantado...

La habitación estaba vacía.

Fui al cuarto donde dormían las niñas y ahí tampoco había nadie. Miré en el cuarto de baño y abrí los armarios con el corazón en un puño; solo quedaba mi ropa. No había rastro de Fernando. Se había marchado sin decir adiós. Ni siquiera me había mandado un mensaje al móvil o dejado una nota en la mesilla de noche, como hacen en las películas.

Me senté pesadamente sobre la cama y me puse a llorar.

Las respuestas traen nuevas preguntas

Mario cuenta su historia

Noche del sábado

Fermín volvió con Mario a los pocos minutos. Mario, aunque solo había estado encerrado en su habitación poco más de media hora, durante ese tiempo parecía que había envejecido quince años. Tenía el pelo revuelto, la camisa arrugada y el aire cansado.

—Chus, por favor, ¿podrías pedir a Ignacio que se uniera a nosotros? —preguntó Alberto.

Se acomodaron todos en silencio como un severo tribunal preparándose a escuchar la desesperada súplica de un reo condenado a muerte con pocas posibilidades de absolución.

Mario se sentó pesadamente y hundió su cabeza entre sus manos, cuyos dedos agarraban el pelo enmarañado como unas garras de alambre cubiertas de piel y venas azuladas.

—¿Cómo puedo empezar a explicaros...? —dijo de forma casi inaudible, más para sí que para la congregación que escuchaba y miraba atenta cada gesto. Cada movimiento.

Chus se puso de pie frente a Mario, amenazador.

—¿Por qué no empiezas por hablarnos de tu relación con Teresa?

Mario levantó la vista sacando su cabeza despacio de entre las manos para poder mirar a Chus a la cara.

—Entonces... ¿ya lo sabéis? —miró hacia Ignacio buscando explicaciones—; ¿os lo ha contado Ignacio?

—Hemos visto las fotos en la habitación de Teresa —dijo Sandra poniendo sobre la mesa del café unas cuantas de las instantáneas enmarcadas que había ido a recuperar a la habitación para que pudieran verlas todos—. ¿Qué nos puedes decir de todo esto?

Ignacio, eficiente como siempre, acercó a Mario un vaso de agua.

Mario asintió en agradecimiento y dio un sorbo antes de empezar con su declaración.

—Teresa y yo crecimos juntos. Éramos novios desde los quince años. Sus padres y los míos eran íntimos amigos y las dos familias veraneábamos juntos todos los años en Palma. Éramos inseparables y nuestros padres estaban encantados de nuestro noviazgo. Nuestras madres no paraban de hacer planes para nuestra boda y nuestros padres de cómo unir la fortuna de las dos familias.

Mario paró un momento, levantó la cabeza y miró a su alrededor como para asegurarse de que no se habían marchado y se había quedado hablando solo.

—Continua, Mario. Por favor —le animó Sonia.

Él asintió y, volviendo a agachar la cabeza, reanudó su narración.

—Antes de marcharme a Londres para empezar la universidad, organizaron una cena que fue lo más parecido a una pedida de mano, pero sin llegar a ser del todo oficial. Nuestros padres hablaron de la boda que celebraríamos en Madrid en cuanto me graduara; regalé a Teresa un

anillo que había comprado mi madre, y ella, a su vez, me obsequió con un reloj de pulsera para guardar las ausencias. Se podía decir que estábamos prometidos en todos los sentidos prácticos. Era demasiado pronto para hacer pública la noticia del enlace, pero el acuerdo estaba ya hecho.

—¿Te casaste con Teresa? —exclamó Paula quien, ya recuperada del todo, escuchaba a Mario sentada en el borde del sofá con la boca abierta como una gárgola.

—No, no —contestó Mario con una triste sonrisa cansada—, la boda nunca llegó a celebrarse. Me fui a Londres y empecé ahí mis estudios.

—¿Por qué no? —espetó Paula, tan decepcionada con la noticia que parecía casi hasta ofendida.

Mario la miró, pero no dijo nada. Buscó el vaso de agua con la mano sin apartar la mirada de Paula y, tras dar un sorbo, como si eso hubiera roto el encantamiento en el que se había visto atrapado, volvió a bajar la mirada y continuó.

—En la universidad conocí a Arthur. Y ya le conocéis... Yo era un chico tímido, empollón y encima extranjero. Me costaba hacer amigos. En la primera semana de clases, todavía no había cruzado ni tres palabras con otros alumnos. Pero la segunda semana llegó Arthur. Me lo adjudicaron como compañero de habitación. Él también era extranjero, aunque escocés. Arthur encajó desde el primer día en todos los círculos; pronto se convirtió en la estrella del equipo de rugby, y ahí donde fuera, todo el mundo le conocía y se acercaba a él. La capa de invisibilidad que después de la primera semana de universidad estaba seguro que me cubría, desapareció el día que Arthur entró en mi vida. Me acogió bajo su ala desde el primer momento y nos hicimos grandes amigos. Éramos inseparables. Cuando llegó el verano, le invité a venir a mi casa de Palma a pasar las vacaciones. Los padres de Arthur estaban pasando por un desagradable divorcio en aquel momento, por lo que él se agarró a la invitación como un náufrago a un flotador salvavidas.

Valentín, impacientándose, cruzó una pierna, tosió tapándose la boca con el puño en ese rápido gesto mecánico que repetía cada vez que estaba nervioso, e interrumpió la historia.

—Vamos, que te pisó la novia y has esperado todos estos años para matarle, ¿no es eso?

—No, no es lo que supones...

—¿No te pisó la novia? —preguntó levantando las cejas de esa forma que dice que, si ese no es el caso, que llamen a un guardia y se lo expliquen.

—Bueno sí, en cierto modo...

—Ya, y tú le has guardado encono todos estos años y finalmente has decidido matarlo.

—Venga, cielo —intervino Sonia poniéndole una mano conciliadora sobre la rodilla—déjale que se explique. Por favor Mario, continúa.

Mario echó otra mirada irritada a Valentín, pero luego, alentado por los demás, continuó con la narración.

—Efectivamente, Arthur conoció a mi prometida y ella acabó sucumbiendo a sus encantos.

Valentín se recostó contra el respaldo del sofá con una sonrisa triunfante.

—Pasamos ese verano los tres juntos, y en ningún momento nos separamos. Yo era tan ingenuo y ciego que no me di cuenta de que entre ellos dos se estaba forjando algo mucho más profundo que una simple amistad. Las navidades las pasé con mi familia, esquiando en Suiza, como solíamos hacer, pero la familia de Teresa no pudo ir ese año, ya que el padre estaba en Asia de viaje de negocios y se llevó a su esposa. Invité a Teresa a venir con nosotros, pero me dijo que tenía que quedarse en Madrid para estudiar...

—...pero era mentira —terminó Valentín la frase dándose una palmada en la rodilla y soltando una carcajada llena de malicia.

Mario le atravesó con la mirada, pero no pudo más que asentir y seguir con su historia.

—Era mentira... Arthur y Teresa pasaron las vacaciones de Navidad los dos juntos en la casa de Teresa, en Palma. Y antes de Semana Santa, sin que yo hubiera sospechado nada, Teresa me dejó por carta.

Sonia no pudo evitar el impulso de poner una mano sobre el hombro de Mario cuando dijo esto, pero mirando a su marido y a los demás compañeros, se sintió ridícula y la retiró tan rápido como la había puesto.

—Esa Semana Santa yo me quedé en Londres, no podía ni imaginar ver a Teresa o a su familia, así que me quedé para avanzar con mis estudios. Arthur me dijo que, si no me importaba, él iría a Palma a pasar las vacaciones. Incluso me pidió permiso para saludar a Teresa...

Paula se tapó la boca con la mano en un intento de esconder su asombro, pero que únicamente consiguió acentuarlo.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Sandra.

Mario se quedó un momento en silencio con el ceño fruncido y la mirada perdida a miles de kilómetros de distancia.

Valentín, que parecía estar disfrutando de la historia sobre la desgraciada vida amorosa de Mario, volvió a la carga:

—Y fue, y la saludó. Eso fue todo —afirmó Valentín estirando una gran sonrisa.

Mario dio otro trago de agua agarrando el vaso con el puño como si se estuviera pensando si estrellárselo a Valentín en la cabeza. Pero posó el vaso con cuidado y, tras pasar de nuevo la mano lentamente por su pelo, reanudó la historia.

—Pasaron juntos esa Semana Santa, y a la vuelta me preguntó si me molestaría que él y Teresa se mantuvieran en contacto.

—¿Le dijiste que sí? —preguntó Chus casi escandalizado con la idea de que permitiera a su amigo cortejar a su novia.

—Claro que le dije que sí. ¿Cómo podía negarme? Empezaron a escribirse. Las cartas llegaban al principio una vez por semana, pero pronto le llegaban cartas de Teresa casi a diario. Lo que sentía Arthur por Teresa pasó de ser un idilio de unas vacaciones a casi una obsesión. Se escribían constantemente. Se hablaban por teléfono todas las semanas. Al final acabaron por fijar fecha para su boda para el verano siguiente.

—¿Antes de acabar la universidad?

—Sí, un año antes.

—¿Se casaron de penalti! —exclamó Chus.

—¿Perdón?

—Teresa. Estaba embarazada. Por eso se casaron, ¿no es así? —preguntó Sonia mostrando un ápice más de sensibilidad que Chus, pero no menos curiosidad.

—No, no. Nada de eso. Arthur, como con todo, una vez que se le metía algo en su cabeza no podía dejarlo escapar. Se había enamorado locamente de Teresa, o al menos de su familia y de su posición social...

—¿A qué te refieres? —interrumpió Sonia—. Arthur venía de buena familia, ¿no es así? Su padre era embajador de Inglaterra.

—Sí y no. Venía de buena familia, pero eso fue generaciones atrás. El padre de Arthur fue nombrado embajador por deferencia a la historia de su familia, no por méritos personales. La fortuna familiar de los Flynn había diezmado en las últimas generaciones. Tenían todavía títulos y tierras, pero estos, en lugar de producir renta, mantenerlos costaba mucho dinero. La familia de

Teresa, en cambio, sí que tenía dinero y empresas que producían ganancias cuantiosas...

Mario paró aquí un segundo. A pesar de su odio a Arthur, siempre había tenido mucho cariño a Sonia y no quería hacerle daño. Viendo cómo esta información estaba afectando a la sobrina de Arthur, decidió suavizar un poco su narración:

—No estoy diciendo con esto que Arthur se casase con Teresa solo por su dinero, pero la ambición que tenía sin duda jugaba un papel importante en ese matrimonio. Creo que Teresa empezó a vislumbrar esta ambición con miedo poco antes de que se casaran.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Valentín—. ¿No sería la envidia o el resentimiento lo que te hacía a ti pensar así?

Mario empezaba a estar visiblemente exasperado con los comentarios de Valentín. Aun así le contestó, aunque no pudo, o no quiso, mirarle directamente cuando lo hizo.

—Me lo dijo Teresa... Volví a Palma a comienzos del verano y ella ya estaba ahí mientras su familia llevaba a cabo los preparativos de lo que sería la boda más esperada del año. Me dijo que estaba confusa, que no estaba muy segura de estar haciendo lo correcto. Yo le dije que no tenía por qué casarse con él. La animé a posponer la boda con la excusa de querer acabar la universidad. Podrían esperar un año más y eso le daría tiempo de recapacitar y no tomar una decisión precipitada. Tonto de mí, todavía albergaba la esperanza de que no se casara con Arthur y de que volviera conmigo.

Paula, al oír esto, se acercó un pañuelo a la comisura del ojo con un triste mohín que hizo que Valentín pusiera los ojos en blanco.

—¡Por amor de Dios! —murmuró mirando al cielo.

Mario, ignorándole por enésima vez, continuó:

—Teresa estaba teniendo dudas. Era obvio que no estaba segura de estar haciendo lo correcto, de que tal vez Arthur no era la persona con la que quería pasar el resto de su vida. Pero solo de pensar en la vergüenza que significaría para su familia cancelar la boda, decidió seguir adelante con el plan y ese verano se casaron.

Chus y las chicas escuchaban atentos sin perder detalle, apiñados en su esquina del sofá. Solo les faltaba una caja de pañuelos y un cubo de palomitas, porque la mantita ya la había traído Paula de la habitación.

Valentín, en cambio, se estaba impacientando con el drama telenovelesco que parecía no tener fin. Se terminó el whisky de un trago y posó el vaso con violencia sobre la mesa, interrumpiendo el relato de golpe, sobresaltando a Mario y a los demás oyentes.

—¡Basta ya de tus tontas historias sensibleras! No sé si estás tratando de darnos pena para que luego al final te demos la razón cuando nos digas que apuñalaste a Arthur a sangre fría porque te había quitado la chica, ¡déjate ya de fábulas! ¿Por qué mataste a Arthur y en qué te ayudó Ignacio?

Sonia hizo amago de levantarse para calmar a su marido, pero este le hizo un gesto para que no le interrumpiera.

—Sobre todo... explícanos qué tiene que ver la siniestra nieta de Ignacio en todo esto.

Ignacio dio un paso al frente cerrando los puños, olvidándose por un instante de su código de conducta. Alberto se levantó interponiéndose en su camino por miedo a que la situación se les fuera completamente de las manos.

—Vamos a tranquilizarnos —dijo Alberto levantando las manos en actitud conciliadora—. Mario, explícanos qué está haciendo aquí la nieta de Ignacio y qué tiene ella que ver en todo esto.

Mario levantó el brazo apuntando a Valentín con un dedo tembloroso por la ira.

—Yo no he matado a Arthur —dijo masticando duramente cada palabra—. Eso es lo que estoy tratando de deciros, y la nieta de Ignacio menos aún. Solo queríamos darle un susto. Creo que tú, Valentín, tienes muchas más ganas y más razones para querer ver muerto a Arthur que ninguno de nosotros...

—Quien, ¿yo? —dijo Valentín levantándose y mirando con una sonrisa de medio lado al resto de los presentes, como preguntándoles si podían creerse lo que estaban oyendo—. ¿Por qué diablos iba yo a querer matar a Arthur? A mí no me ha quitado la novia...

—No, pero te ha quitado el puesto de director general que te había asignado a dedo por estar casado con su sobrina...

—¿Por estar casado con Sonia?

—Sí. Todos sabemos que no tienes carrera universitaria y que el único trabajo que has hecho en tu vida, antes de que te enchufase Arthur, fue el de cadi en el club de golf.

—Mentira.

Mario continuó ignorando la endeble protesta de Valentín.

—Este fin de semana se te ha acabado el chollo, por fin te ha quitado el puesto haciendo así constatar que eres un inútil y que no sirves para absolutamente NA-DA.

La temperatura de la sala había subido instantáneamente y nadie había añadido un solo leño al fuego.

Paula y Sandra habían apartado la manta y miraban atentas el giro violento que había dado la conversación. Por un momento parecía que era Mario el que iba a abalanzarse sobre Valentín mientras este miraba aturdido a un lado y a otro por la inesperada salida del sexagenario.

Alberto puso una mano en el hombro de Mario para tranquilizarle. Fermín hizo lo mismo, pero con menos discreción y sensibilidad con Valentín, que ahora despotricaba incoherentemente soltando todo tipo de improperios a Mario.

—¡Basta ya! —gritó Alberto poniendo una mano contra el pecho de cada uno de los dos hombres separándolos—. ¡Los dos! ¡A vuestras habitaciones!

La orden, por lo inesperada que era, o por el resquemor del recuerdo de una madre, tía o niñera despótica durante su niñez, tuvo un efecto inmediato. Los dos pararon en el acto, cejando toda pugna.

—Siento hacer esto y trataros como si fuerais niños de parvulario, pero no me dejáis otra alternativa. Fuera de aquí los dos ahora mismo, y bajo ningún concepto salgáis de vuestra habitación hasta que haya llegado la policía. Ahora mismo sois los principales sospechosos del asesinato de Arthur y os podéis dar por arrestados. Si salís de la habitación sin nuestro permiso, nos lo tomaremos como una amenaza y caeremos sobre vosotros con toda nuestra fuerza... Fermín se encargará de ello —añadió señalando al susodicho con el pulgar; este, sacando pecho y levantando la barbilla, dio a entender que no titubearía un segundo en dar un mamporrazo al primero que asomara la cara por el pasillo.

Ignacio

Noche del sábado

El refugio

—Ignacio, haga el favor. Siéntese y cuéntenos qué sabe usted de la relación de Mario con la señora Teresa.

Ignacio se estiró y recuperó su dignidad por un momento.

—Si me lo permite, no es mi lugar hablar de la vida privada de los señores...

—Ignacio, ¡me cago en diez! —gritó Fermín, harto ya de todo—. ¡Siéntese aquí ahora mismo y cuéntenos qué es lo que tiene usted que ver en toda esta historia y por qué tiene a su nieta escondida en la casa!

Ignacio dejó la dignidad de lado y se sentó en la primera butaca vacía sin rechistar mirando a Fermín con auténtico pánico.

Sandra se acercó al mayordomo y le puso una mano en el hombro para tratar de calmarle y animarle a hablar.

—Ignacio, el asunto es muy serio. Ahora mismo su nieta es tan sospechosa o más que Mario. Recuerde que ha estado escondida en la casa y, sobre todo, que la hemos visto con un cuchillo en la mano ayer por la noche. Hoy Arthur ha aparecido apuñalado con el mismo cuchillo que ella blandía. Creo que sería muy juicioso que nos contase antes de que llegue la policía qué es lo que ha ocurrido aquí, qué hacía su nieta ayer por la noche con un cuchillo en la mano y qué es lo que habían tramado usted y Mario. Si no, todas las miradas recaerán sobre vosotros, y a falta de más pruebas le meterán a usted en la cárcel preventiva, y a su nieta en un reformatorio.

Ignacio miró sus manos y las retorció al tiempo que hacía una dolorosa mueca. Sufría visiblemente por romper su código de discreción, pero no tenía otra opción, aunque solo fuera por salvar a su nieta.

—Mi nieta ha estado escondida en mi habitación. Ayer, cuando pensé que se habían ido todos ustedes a la cama, la dejé salir mientras preparaba la mesa para el desayuno y ordenaba la cocina. Cuando se encontró con usted, estaba ayudándome a poner la mesa del comedor y en ese momento estaba dejando el cuchillo en la mesa, donde había dejado los platos y las tazas para el desayuno.

Todos la miraron en silencio. Sandra no dijo nada ni hizo gesto alguno, pero lo que decía el mayordomo tenía sentido. Mucho más sentido que el que esa pobre niña de entre 5 y 7 años hubiera asesinado a Arthur a sangre fría.

—¿Qué es lo que estabas tramando con Mario? —preguntó Fermín—. Cuando os vi en la cocina juntos estabais hablando de que todo el plan se os había ido al traste. No me vuelvas a contar que se trataba de los planes de cenas y comidas del fin de semana, que no me lo creo.

—Solo queríamos asustarle —dijo sin levantar la vista.

Todos le miraban atentos, pero no dijo nada más, como si con eso lo hubiera explicado todo.

—Asustarle... —dijo Alberto—. Eso mismo dijo Mario hace un momento. ¿Cómo que queríais asustarle? ¿Por qué? ¿De qué forma?

Ignacio dudó un momento, pero Alberto enseguida le recordó que su silencio solo traería problemas para él y para su nieta.

—No es cuestión ahora de mantener las formas o la lealtad a Arthur. Bueno... lealtad no hay mucha, puesto que planeabas darle un susto... uno que finalmente ha acabado con él, por cierto... Tienes que soltar todo lo que sabes y no guardarte nada antes de que venga la policía, solo así podremos ayudarte. Si te obcecas en no decirnos nada, nadie podrá apoyarte y lo primero que harán será llevarte a comisaría. Si te meten en chirona, a tu nieta la llevarán a un centro de acogida para menores hasta que quede todo aclarado con el juez. Pueden pasar meses..., ¡años! hasta que se aclare todo. Piensa en la pequeña...

El mayordomo volvió la mirada en dirección al pasillo de servicio, hacia la habitación en la que aguardaba su nieta. Relajando los hombros, como dándose por vencido, asintió con la cabeza decidido a contarles todo lo que había ocurrido.

—Todos ustedes han oído en mayor o menor medida los acontecimientos que ocurrieron en esta misma casa dos años atrás.

Alberto asintió. Parecía que la pregunta iba dirigida solo a él.

—La nota oficial, después de que el juez exonerara al señor Flynn, le describía como la víctima de una horrible pesadilla en la que su esposa y su hija habían muerto a manos de un asaltante, pero no se decía nada de cómo el señor Flynn pudo ser inocente si el asaltante nunca fue encontrado. Tampoco se decía nada de que la niña padecía una enfermedad mental y podía ser peligrosa.

—¿Y era así? ¿La niña estaba loca? —preguntó Fermín con su acostumbrada delicadeza.

—La niña tenía... problemas psicológicos.

—¿Qué clase de problemas?

—Padecía esquizofrenia y psicopatía.

—¡Dios mío! —murmuró Paula llevándose la mano a la boca, aunque ya lo sabía; Lorena se lo había contado la noche anterior antes de que la pillase Arthur yéndose de la boca—. ¡Pobre criatura!

—¿Cómo era la niña? —preguntó Chus—. Me refiero... ¿era realmente peligrosa?

Parecía que todos los demás se estaban haciendo la misma pregunta, ya que miraban a Ignacio en completo silencio, esperando su respuesta.

—La señorita Rebeca era una niña dulce y educada. Un encanto. Pero siempre sobrevolaba una nube oscura sobre su cabeza. Cuando esa nube la cubría, era como si se fueran las luces de la casa. La felicidad y la armonía desaparecían de golpe. Escuché muchas veces a los señores discutir sobre el tratamiento de la señorita Rebeca. Los doctores habían recomendado internarla en un sanatorio y medicarla, pero el señor Flynn se negaba en rotundo. Decía que lo único que necesitaba era hacer una vida normal y que con el tiempo, según creciera, los problemas desaparecerían.

—Pero no fue así...

—No. Todo lo contrario. Los accesos se producían cada vez con mayor frecuencia. Normalmente empezaban con agudos dolores de cabeza que eran la antesala de sus periodos psicóticos. Cuando empezaba un dolor de cabeza, la traían al refugio y aquí se encerraban hasta que se le pasaba. Normalmente era cosa de un día o dos como mucho, pero el 12 de diciembre de hace dos años fue muy diferente... La señora Teresa me pidió que la llevase al colegio de Rebeca

a recoger a la niña y luego viniéramos al refugio. De camino al colegio, la señora llamó al señor Flynn varias veces, pero este no contestaba. Rebeca estaba peor de lo que le había visto nunca.

—¿Por el dolor de cabeza?

—No era solo el dolor de cabeza. El dolor de cabeza, que normalmente avisaba con varias horas de antelación antes de que los síntomas más graves de la enfermedad hicieran su aparición, vino y se fue antes de que llegáramos al colegio. Nos había avisado la enfermera del colegio que el dolor había comenzado, pero cuando llegamos este ya había desaparecido.

—¿No estaba teniendo uno de sus accesos entonces? —preguntó Chus.

—Cuando llegamos al colegio, una monja con cara asustada nos llevó apresuradamente hasta el despacho de la directora. Desde el pasillo, con la puerta del despacho cerrada, podíamos oír los gemidos que tantas veces habíamos oído antes. La señora Teresa me lanzó una mirada. Fue todo lo que tenía que hacer para decirme que me preparase bien antes de entrar. Saqué la jeringuilla del bolsillo y, sin preguntar ni dudar, la llené con una dosis y media de su tranquilizante.

—¿Dosis y media? ¿Es lo normal?

—No, pero tampoco lo era la severidad del ataque que estaba teniendo ni la rapidez con la que estaba agravándose. Podía ver el terror en los ojos de doña Teresa escuchando los alaridos de su hija al otro lado de la puerta. Entramos en el despacho y nos encontramos con la directora de rodillas, tratando de agarrar los pies de Rebeca. A su lado, la enfermera y otra monja hacían vanos esfuerzos por mantener a la niña quieta y sentada sobre el sillón. La pobre se retorció, gemía, gritaba y blasfemaba entre espumarajos que salían de su boca. Sin perder un segundo me acerqué a Rebeca en tres grandes zancadas, la agarré del brazo y le inyecté el tranquilizante. En cuanto empezó a hacer efecto, la llevamos al coche con ayuda de las monjas y nos marchamos rumbo a los Pirineos. De camino, la señora volvió a llamar a Arthur, pero seguía sin contestar.

—¿Por qué tanta insistencia en llamar a Arthur? —preguntó Alberto.

—Siempre avisábamos a Arthur. Cuando la niña tenía sus ataques, él quería estar presente, pero esta vez la señora estaba asustada y quería avisar a un doctor o llevar a Rebeca a un centro médico, pero no se atrevía a hacerlo sin el consentimiento de Arthur.

Paula se movió incómoda en su sitio.

—¿No se atrevía a llevar a su hija a un médico sin el consentimiento de su marido? Eso suena un poco despótico, ¿no? Casi abusivo —dijo Paula.

Los demás parecieron estar de acuerdo con ella. Se levantó un murmullo de desaprobación que rompió y se dispersó como una pequeña ola de mar al llegar a la orilla.

—Despótico, tal vez. Ustedes le conocen casi tan bien como yo. ¿Abusivo? No creo, o por lo menos nunca lo vi así. Hasta esa noche...

El caso Flynn

Noche del sábado

El refugio

—¿Qué es lo que verdaderamente ocurrió esa noche, Ignacio? Ya conocemos la historia entera de manos de la prensa y las noticias tras el juicio, pero ¿qué es lo que ocurrió realmente? —preguntó Alberto poniéndose de pie demasiado inquieto para poder seguir sentado—. ¿Qué hizo Arthur cuando llegó aquí esa noche?

Ignacio sonrió. Una sonrisa huérfana de humor; una sonrisa cansada y derrotada.

—La información oficial que surgió después del juicio y que todos los medios de comunicación corrieron a divulgar, esa información que exoneraba al señor Flynn y le mostraba de cara al público como la víctima, como el abatido hombre de familia al que la fortuna había dado la espalda, era todo mentira.

—¿No fue así?

Ignacio negó con la cabeza.

—Cuéntanoslo todo, Ignacio —dijo Sandra levantándose también, pero enseguida se dio cuenta de que no tenía sentido estar de pie escuchando la historia; sintiéndose ridícula, se envolvió los hombros con la manta y se volvió a sentar.

Estaban todos nerviosos, impacientes. Querían saber, de una vez por todas, qué había ocurrido con la familia de Arthur Flynn aquella fatídica noche de hace dos años. De una forma u otra, podían ver que su asesinato y el resto de los eventos de este fin de semana tenían que estar a la fuerza relacionados con lo que pasó aquella noche.

—El señor Flynn no era siempre el encantador y carismático caballero que todo el mundo se imagina. De puertas adentro, podía ser una persona completamente diferente: frío, huraño y, en ocasiones, cruel.

Al oír esto, a Chus le vino a la mente el día en que irrumpió en el despacho de Arthur, después de mucho pensárselo, para enfrentarse a él y pedirle su participación en la empresa. Había estado mandándole *emails* y pidiendo a la secretaria de Arthur que le concediera unos minutos desde hacía meses, pero solo había recibido negativas y Arthur le había dado largas a todos sus intentos. Decidió coger el toro por los cuernos y presentarse en su despacho sin avisar: «Es lo que me corresponde, Arthur, ¡la idea fue mía! Me parece bien que seas tú el presidente y la cabeza de la organización, pero yo tengo que ser el segundo, ¡me lo debes!».

Un escalofrío recorrió la espalda de Chus al recordar el cambio en el semblante de Arthur. Su cara afable y cautivadora se volvió tan fría como el metal de los columpios de un parque infantil en pleno mes de enero.

«¿Te lo debo?», preguntó Arthur con una voz gutural que salió de lo más profundo de su pecho.

No era una pregunta, era una acusación. Era una advertencia, era... una amenaza.

«Es una forma de hablar, Arthur», se corrigió Chus. «Entiéndeme, esta empresa no sería nada si no fuera por mí», suplicó Chus esbozando un intento de sonrisa que no pasó de ser una simple mueca patética.

Arthur le atravesó con una mirada llena de furia, lástima y desprecio.

«Dime, Chus: ¿qué sería de ti y de tu lastimera idea si no fuera por mí? No, no te preocupes en contestar. Ya lo hago yo por ti. Serías el mismo fracasado que eras antes de que yo te diera una oportunidad. Fui yo el único que te prestó atención. Eras un niño, un mequetrefe que no hacía nada más que jugar a los videojuegos en casa de tu madre. Pero yo te escuché. Yo te presté atención y tomé tu idea en serio, cosa que nadie había hecho antes jamás. Puse tu idea en funcionamiento y le di vida. Creé una infraestructura, invertí miles de euros, traje a la gente más preparada, y encima te di a ti trabajo y te hice partícipe de esta empresa. Y ahora, ¿me vienes y me pides cuentas? ¿No te he dado lo suficiente? ¿Una vida, un trabajo, un buen sueldo? ¿Qué es lo que serías ahora mismo si no fuera por mí?»

Sin esperar respuesta, sabiendo que no la habría, le dijo que saliera de su despacho y que esperaba que no tuvieran que volver a hablar del tema.

Chus no sabía lo cruel y abusivo que Arthur podía ser en su casa, pero después de la experiencia de ese día en su despacho, podía imaginarse perfectamente cualquier cosa de ese hombre. Los ojos que vio en su despacho eran completamente carentes de empatía y humanidad.

—Cuando llegó al refugio aquella noche —continuó Ignacio con su narración— estaba bebido y furioso. Había estado jugando al golf con unos importantes clientes y le habíamos interrumpido. Tuvo que dejar el juego a la mitad... Pero eso no fue lo que más le enfadó. La señora Teresa, preocupada por el estado de Rebeca y no queriendo esperar más, llamó a un doctor amigo de la familia para que viniera a ver a su hija. Lo primero que hizo Arthur fue llamar al médico, decirle que no se preocupara, que había sido una falsa alarma, que Teresa se había puesto nerviosa; «ya sabe cómo tienden a exagerar las mujeres», había dicho. Le pidió que por favor volviera a su casa y no se molestase en hacer el viaje hasta los Pirineos. Lo siguiente que hizo, en cuanto colgó el teléfono, fue acercarse a Teresa y darle tal bofetón con el reverso de la mano que la tiró al suelo. Teresa se agarró la mandíbula y notó la sangre brotar de su nariz y de su labio, y miró sorprendida a Arthur sin saber cómo reaccionar al arranque de violencia. Este se acercó a Rebeca, se agachó y se la subió al hombro para llevarla a su celda. Fue entonces cuando todo se torció.

La celda de Rebeca

Noche del sábado

El refugio

—Un momento, espera —interrumpió Fermín—. Dices que la iba a llevar a su «celda». ¿Cómo que a su celda? Te refieres a su habitación, ¿verdad?

Ignacio negó muy serio.

—¿Qué narices es esa celda y dónde está?

Ignacio se levantó y los invitó a que le acompañaran con un gesto del brazo muy taurino.

Le siguieron en silencio hasta la cocina, y de ahí salieron luego por la puerta trasera.

Junto a esta había una trampilla en la que ninguno de ellos había reparado cuando estuvieron haciendo la inspección de la casa. Ignacio se agachó y la abrió, dando paso a unas escaleras débilmente iluminadas.

—¿Cómo es que no vimos esta entrada cuando registramos la casa? —preguntó Fermín una vez más dirigiéndose a Ignacio—. ¿Por qué no nos enseñaste esta entrada a la casa?

Ignacio se encogió casi imperceptiblemente de hombros.

—Mi nieta estaba aquí escondida —contestó como si eso lo explicara todo.

Bajaron por las angostas escaleras en fila india, al final de las cuales había una gruesa puerta blanca que, al abrirla, daba la sensación de que hubieran entrado en la habitación de compresión de un hospital para enfermos con patologías infecciosas y epidémicas.

Sandra fue la primera en entrar a la celda.

Se esperaba ver un sótano frío, húmedo y oscuro, como las mazmorras de un viejo castillo. Pero la celda no podía ser más opuesta a esa idea preconcebida. Ignacio tocó algo en una consola que había junto a la puerta y la habitación se iluminó cegando por un momento a todos con una luz potente, blanca y diáfana. Las paredes también eran blancas y estaban acolchadas, al igual que el interior de la puerta.

A un lado de la celda había una cama, y en la pared opuesta, una gran pantalla empotrada, como si fuera el espejo de una sala de interrogatorios. La pantalla se encendió automáticamente a mitad de un capítulo de los dibujos animados de *Dora la exploradora*.

Sobre la cama deshecha había algunos envases de zumos de frutas vacíos y envoltorios de chocolatinas.

—¿Qué estamos mirando? —preguntó Sandra.

Ignacio explicó que la celda era la antigua carbonera de la casa original antes de que el señor Flynn remodelara por completo el complejo. De hecho, esta carbonera era lo único que quedaba de la vieja edificación. Cuando la pequeña Rebeca comenzó con sus síntomas de esquizofrenia, Arthur hizo reconvertir la carbonera en esta habitación acolchada e insonorizada, donde encerrar a la niña hasta que se le pasaran los ataques.

—¡Eso es espantoso! —declaró Paula horrorizada.

—¿Cuánto tiempo solía estar encerrada? —preguntó Sonia—. ¿Cuánto tardaban los efectos de sus ataques en desvanecerse por completo?

—Dependía. Al principio era cosa de unas horas. Normalmente Rebeca pasaba unas horas gritando y tratando de salir de la celda hasta que finalmente caía rendida sobre la cama o el suelo y se dormía. Al despertar al día siguiente estaba completamente repuesta. No recordaba nada de la noche pasada.

Sandra estaba investigando con lento y distraído paso las paredes de la habitación. La puerta estaba llena de arañazos, algunos de los cuales mostraban restos de sangre y de lo que posiblemente serían trozos de uña. La pobre niña debía de pasar las noches arañando y tratando de escapar con las uñas rotas y en carne viva.

Sonia se plantó junto a Sandra y miró lo que esta observaba.

—No puedo creerme que mi tío fuera así de cruel con su propia hija —dijo como para sí, pero lo suficientemente alto como para que todos pudieran oírla.

Ignacio asintió.

—Eso es lo que siempre pensé, pero no era mi sitio ni mi lugar...

—¡Tendrías que haberle denunciado! —le interrumpió Paula encarándose con él.

—Lo pensé —dijo el mayordomo, mostrando sus manos impotente—; normalmente no era más que una noche, y a la niña no le faltaba de nada. Estaba en esta habitación donde nada podía ocurrirle, y cuando se levantaba por la mañana la sacaban como si no hubiera sucedido nada. En realidad no podía presentar nada a las autoridades... Sería romper mi código de lealtad a esta familia, a la que he servido durante más de cuarenta años. No era algo tan sencillo y, sobre todo, no era algo que fuera a cambiar nada. No estaban haciendo nada realmente ilegal. Tal vez mandarían a alguien de los servicios sociales, pero el señor Flynn, con su carisma y con su poder, jamás sería sancionado. Nada cambiaría en esta casa y yo, en el mejor de los casos, sería despedido y no volvería a encontrar otro trabajo durante el resto de mi vida.

—Vamos, Ignacio, seguro que encontrarías trabajo el mismo día...

—No. Eso no es verdad. ¿Cuántos mayordomos conoce usted? ¿Cuántas personas conoce que estén necesitados de un mayordomo? Mi profesión está en vías de extinción. Somos muy pocos los que quedamos y cada vez son menos las oportunidades que tenemos de ser útiles.

Levantó la vista y miró a cada uno de los presentes buscando simpatías pero no encontró ninguna.

Alberto, cansado de su lastimera diatriba, quiso reencauzar la conversación.

—Volvamos a lo ocurrido aquella noche. Dices que Arthur golpeó a Teresa y luego se dirigió a Rebeca. ¿Qué hizo? ¿La trajo aquí y la encerró?

Ignacio sacudió la cabeza lentamente y su mirada se perdió volviendo a ser transportado a aquella noche.

—El señor Flynn golpeó a la señora Teresa con el reverso de la mano y se volvió hacia Rebeca. La niña, habiéndolo visto todo, en lugar de correr y huir de su padre como normalmente hacía, se quedó mirándole desafiante. «Tú te vas ahora mismo a tu celda. Y no quiero oír más tonterías de tu boca», dijo el señor Flynn, pero cuando fue a agarrar a la niña, esta le mordió en el brazo y echó a correr metiéndose en la cocina. El señor Flynn se agarró el brazo dolorido donde la niña le había mordido haciendo brotar sangre. Se acercó a la cocina dando grandes zancadas, más enfadado y fuera de sí de lo que jamás le había visto. «¡Sal de ahí, Rebeca, y deja de hacer el imbécil o te voy a dar tal patada que te voy a romper siete costillas!»

Sonia miraba perpleja. No podía imaginarse a su tío utilizando ese lenguaje ni siendo tan

agresivo con una niña. Con *su propia* niña.

—Cuando entró en la cocina, Rebeca se había agazapado en una esquina y había cogido un cuchillo de cocina que agarraba con fuerza y determinación. «¿Me vas a acuchillar ahora? ¡Loca! ¡Estás tan loca como tu madre!». Rebeca no esperó mayor provocación. Se levantó y corrió a por su padre con el cuchillo en alto. El señor Flynn retrocedió unos pasos sorprendido por la decisión con la que la niña se había lanzado contra él. Rebeca le dio alcance y le lanzó dos cuchilladas que, aunque vinieran de una niña de siete años, llegaron a cortar la camisa, la piel y la carne del brazo derecho de su padre. Incluso llegó a tocar, por lo que escuché más tarde, el hueso.

—¡Buena chica! —exclamó Fermín—, no es tan fácil hacer un buen corte a través de una camisa.

Ignacio asintió.

—El señor Flynn se apartó de su hija, más sorprendido que lastimado. «¡Para, loca!», gritó asustado. El que se refiriera a ella así la hacía enfurecer aún más y se volvió a lanzar contra su padre dando alaridos y blandiendo el cuchillo. El señor Arthur pudo agarrar esta vez el brazo con el que ella sujetaba el cuchillo en un mecanismo de defensa, y al tener el brazo del arma inmovilizado descargó sobre la niña un puñetazo en la cara que la hizo caer al suelo sin sentido.

—¡Eso no es posible! ¡Arthur jamás haría eso! —protestó Sonia.

Ignacio encogió los hombros como diciendo, dentro de su escrupuloso respeto, que no estaba tratando de convencerlos de nada, solo narrándoles los hechos, como le habían pedido.

—¿Qué ocurrió después, Ignacio? Por favor, continúe.

—El ver a su hija en el suelo inconsciente y sangrando no le hizo parar y recapacitar. Todo lo contrario. Una vez en el suelo, comenzó a darle patadas en las costillas hasta que la señora Teresa apareció por la puerta de la cocina sosteniendo con las dos manos el revólver que el señor Flynn guardaba siempre en su habitación.

Sonia estaba inmóvil. Por un momento se había olvidado de respirar. Escuchaba atentamente sin poder dar crédito a sus oídos. Bien es verdad que no conocía tanto a su tío, y que fuera de la oficina apenas habían tenido contacto alguno, pero, por lo poco que le conocía, no podía imaginar que pudiera ser así de vil. Sus compañeros escuchaban también paralizados sin atreverse a interrumpir la narración de Ignacio.

—¿Fue entonces cuando le disparó? —se adelantó Chus, no pudiendo contenerse mientras Ignacio paraba para tomar teatralmente aire antes de reanudar la historia—. Después del juicio escuché que el asaltante le había disparado cuando trataba de salvar las vidas de su hija y de su esposa.

—Eso es lo que decían los periódicos —afirmó Alberto—, que el asaltante había disparado a Arthur, sin herir ningún órgano de gravedad que pudiera haber puesto su vida en peligro, cuando este trataba de defender a su hija y a su esposa.

—Esa es efectivamente la información oficial, la información que Arthur y su abogada, la señorita Lorena Arguello, ofrecieron a los medios de comunicación.

—¿Pero no fue eso lo que ocurrió?

—No exactamente, no.

—Por favor, Ignacio, continúe.

—Cuando el señor Flynn vio a su esposa con el revólver en mano, se acercó a ella con una sonrisa endemoniada. «¿Qué vas a hacer, querida? ¿Me vas a disparar? ¿Es eso?» La señora Teresa balanceó nerviosa el peso de su cuerpo de una cadera a la otra y agarró el revólver con más fuerza, apuntando al señor Flynn directo a la cabeza. «Voy a llevar a Rebeca a un hospital. Esto tiene que acabar. ¡Sabes que necesita ayuda!» El señor Flynn negó con la cabeza. «Mi hija

no va a ir a ninguna parte» La señora Teresa bajó el arma y adoptó una postura implorante. «¡Rebeca no es tu hija!», dijo la señora Teresa.

—¿Qué es lo que dijo? —preguntó Fermín.

—Arthur pareció desconcertado por un momento, pero enseguida volvió en sí con una sonrisa fría y desgarradora. «¿Qué es lo que has dicho?» «Ya me has oído, Rebeca no es tuya, ¿qué te importa que la lleve a ver a un médico?»

—¿Rebeca no era de Arthur? ¿Es eso verdad o se lo estaba inventando sobre la marcha?

Ignacio ignoró la pregunta. Estaba como en un trance contando la historia y no iba a parar hasta haber terminado.

—«Si la niña no es mía, ¿de quién es?», preguntó Arthur confuso. «Por favor, Arthur. Ahora no. Lo has sabido siempre. Rebeca es de Mario».

—¡Rebeca era de Mario Cadensa! —exclamó Fermín. Pero cerró la boca al momento para no interrumpir la narración del mayordomo.

—«Hazlo por ella. Hazlo por mí», imploró Teresa. Arthur se rio. «¿Qué voy a hacer por ti? Sobre todo después de lo que me acabas de decir... ¿Crees que me importáis acaso? Vosotras dos siempre me habéis estado hundiendo. Sois un lastre que me ha impedido volar. Te he mantenido y he seguido contigo solo por Rebeca... ¿y ahora me dices que no es mía? ¿Y te la quieres además llevar a un hospital para que todo el mundo sepa que además de ser un cornudo tengo una hija esquizofrénica encerrada en una loquera? ¿Y qué vas a explicar cuando llegues al hospital y vean así su cara? ¿Que se ha caído por las escaleras? Nada de eso. Por encima de mi cadáver. Vosotras os quedáis aquí y hacéis lo que os diga. ¡Y punto!». Entonces la señora Teresa volvió a levantar el revólver con mano temblorosa. «Arthur... te lo advierto. Mi hija necesita un médico, ¡ahora! No voy a dejar que la vuelvas a encerrar en esa celda como si fuera un animal salvaje». El señor Flynn se agachó, cogió a Rebeca del suelo y se la subió a hombros, como si fuese un saco de patatas. «Déjala, Arthur, te lo advierto». El hombre la ignoró y la apartó de su camino, pero antes de llegar a la puerta de la cocina sonó el disparo.

Faraco está al cargo

Inspectora Itziar Orbaizeta

Domingo por la mañana

Terol me miraba de reojo pero, gracias a Dios, no se atrevía a preguntarme nada.

Mis ojos estaban hinchados y enrojecidos, y no por la falta de sueño, pues me había dejado en el hotel hacía diez minutos y en ese breve lapso de tiempo mi semblante y mi humor habían cambiado drásticamente. Algo había ocurrido en mi habitación, eso hasta un agente simplón como Terol lo podía ver. No hacía falta ser un detective del Scotland Yard para adivinarlo. También, lo que podía interpretar con facilidad es que la razón de mi cambio era un tema estrictamente personal y le agradecí en silencio que así lo entendiera y tuviera la delicadeza de no hacerme ningún comentario en todo el trayecto.

Eran las 7:30 de la mañana cuando entramos de nuevo en la comisaría. Un agente de uniforme, que no había visto hasta el momento, me dijo que tenía una llamada urgente de la central.

Me pasaron la llamada al despacho en el que me había instalado antes para estudiar los informes.

—Jefe, ¿qué ocurre? —dije levantando el aparato.

—¡Jefe...! Eso me gusta. Supongo que debería acostumbrarme a que me llames así para cuando me asciendan en un par de semanas...

Era Faraco en su típico tono jactancioso.

—¿Qué haces, Faraco? Ponme al jefe al teléfono, que no tengo tiempo ni humor para tus chorradas.

Me aparté el auricular de la oreja para que su risotada de hiena pomposa no me taladrara el tímpano. ¡Dios, cuánto odiaba a este tipo!

—Me temo que me han puesto a cargo de esta operación, así que, si me quieres llamar jefe, adelante. Será perfectamente apropiado.

—¿Dónde está el jefe, Faraco? Déjate de tonterías —contesté tratando de contener mi frustración.

—El jefe no está, cielo. Tiene que preparar una presentación para la jefatura y me ha pedido que me haga cargo del problemita que has creado en los Pirineos para extender tu fin de semana.

Respiré hondo y traté de sonar tan civilizada como pude, cosa que no resultaba sencillo teniendo en cuenta que no había dormido esa noche, que mi marido se había marchado llevándose a mis hijas y que al imbécil de mi némesis le habían puesto al cargo del caso que esperaba pudiera ponerme por encima de él y conseguir así el acenso por el que llevaba trabajando toda mi vida profesional.

—Escucha, capullo. Me importa un carajo que te hayan dicho que puedes estar al cargo del

caso que hace tan solo unas horas habías dicho que no era nada, que era un caso cerrado. Pero te lo advierto, tú vuelve a llamarme «cielo» y te doy un puñetazo en la garganta.

Se hizo un breve silencio.

Casi podía oír el cerebro de Faraco maquinando al otro lado del teléfono mientras pensaba una respuesta que darme. Siempre tenía que tener la última palabra.

—Itziar, aunque tengamos los dos el mismo rango... de momento..., te recuerdo que yo estoy ahora al mando de este caso y por lo tanto soy tu superior. No quieres que al presentar mi informe al comisario le diga que Arthur Flynn ha muerto por tu negligencia al dejarle abandonado y encerrado con un claro peligro para su persona y para no sabemos cuántos más. No hemos recibido ningún tipo de comunicación del refugio desde la llamada de auxilio que recibió Chantal. A estas alturas, quién sabe... ¡Podrían estar todos muertos!

Abrí la boca para responder, pero la cerré al momento. De nada servía contradecirle. Tenía un caso entre manos que era mucho más importante que todas estas chiquilladas de patio de recreo. Ya tendría tiempo cuando resolviera el caso de demostrar a Faraco, al jefe, y al comisario mismo, quién es el mejor poli.

—¿Cuándo llegará el helicóptero del grupo de rescate?

—Oh, me temo que no hay helicópteros disponibles, pero nos han ofrecido tres motos de nieve... —podía notar nuevamente la sonrisa dibujándose en la cara de Faraco al decir esto—. ¿No era eso lo que querías? ¿Un fin de semana de aventura? ¡Te lo vas a pasar bomba!

Cerré pesadamente los ojos y me los masajeeé como tratando de empujar los globos oculares muy adentro en un vano intento de borrar la conversación para que al abrir otra vez los párpados me diera cuenta de que todo había sido un sueño.

Colgué el teléfono después de tragarme mi orgullo y pedir a Faraco que me enviase lo antes posible los antecedentes médicos y penales de todos los miembros del refugio, empezando por Arthur y Lorena. Le expliqué que había leído el informe de la muerte de la familia de Arthur y que había varios puntos que no parecían muy claros.

Faraco prometió ponerse con ello al momento y enviarme lo que encontrase enseguida.

Habíamos quedado en veinte minutos con el grupo de rescate en el desvío de la carretera que daba acceso al camino de subida al refugio. Miré mi móvil una última vez con la esperanza de ver un mensaje o una llamada perdida de mi marido, pero no había nada. Cerré la puerta del despacho para tener un poco más de privacidad y le llamé. Supongo que debería de estar enfadada con él por haberme dejado, por llevarse a las niñas, por no entender que no estaba anteponiendo mi trabajo a mi familia, sino que únicamente estaba cumpliendo con mi deber. Yo ya era policía cuando nos casamos, nada había cambiado desde entonces. Yo no he cambiado desde entonces.

Pero al mismo tiempo me sentía triste y con un gran cargo de conciencia.

La situación, siendo realistas, sí que había cambiado: ahora teníamos dos niñas a las que debía de cuidar y ver crecer. Además, lo que le dije en el hotel antes de salir dando un portazo fue muy cruel. El pobre está sufriendo. No puedo imaginarme lo que debe de ser estar el día entero encerrado en casa tratando de crear un libro de la nada. Escribir una historia, dar vida a unos personajes, urdir una trama... No, no sabía lo que era, pero lo que sí que tenía claro es que mofándome de él de esa manera le había herido en lo más profundo de su orgullo, y ahora me sentía ruin y cruel.

Fernando no contestó al teléfono, lo único que conseguí oír tras siete tonos fue su voz en el contestador. Terol llamó a la puerta y me dijo que tenía todo preparado. Colgué la llamada sin dejar un mensaje, metí el móvil en el bolsillo de mi chaqueta y apagué la luz del despacho.

—Gracias, Terol. ¡Vámonos!

Venganza

El refugio

Madrugada del domingo

—Si les parece, podemos subir otra vez a la cocina donde estarán más cómodos y les enseño dónde y cómo ocurrió todo —ofreció Ignacio llenando el silencio que se hizo cuando explicó que Teresa había disparado. Era como si el estruendo de la pistola les hubiera enmudecido a todos.

Salieron del estupor y miraron a su alrededor como dándose cuenta por primera vez de que aún seguían dentro de la pequeña celda de Rebeca. Paula, sintiendo un escalofrío recorriéndole la espalda, asintió y se puso en marcha liderando al grupo.

Subieron en silencio, cada uno reflexionando sobre lo que acababan de oír e intrigados por conocer el resto de la historia. Habían oído tantas versiones sobre lo ocurrido en el refugio, y todas eran tan dispares las unas de las otras, que habían dejado demasiadas lagunas y una infinidad de dudas y cosas que aclarar.

—¿Dónde estabas tú, Ignacio, cuando todo esto ocurrió? —preguntó Alberto cuando todos hubieron entrado en la cocina y cerrado la puerta de fuera.

—Yo estaba en un segundo plano. Me encontraba aquí —explicó saliendo de la cocina y dejando la puerta giratoria abierta para que pudieran verle en el pasillo que daba a la sala de la chimenea.

—¿Y no interviniste...? —preguntó Fermín escandalizado, casi encolerizado.

—No, no intervine. Y no me siento orgulloso de ello.

—Vamos, Ignacio, siga contándonos qué ocurrió —dijo Alberto tratando de volver a encarrilar la conversación a los hechos de aquella noche.

Ignacio asintió y volvió a entrar en la cocina.

—El señor Flynn estaba aquí con la pequeña Rebeca al hombro cuando sonó el disparo. Yo, en lugar de actuar como un héroe, me tiré al suelo y me cubrí la cabeza y los oídos cuando oí el estruendo —dijo mirando a Fermín, más retador que afligido—, cerré los ojos apretándolos fuertemente esperando volver a oír otro disparo, pero al no haber más, los abrí otra vez con miedo. El señor Flynn se había dado la vuelta, su esposa había tirado el revólver y reculaba en el suelo tapándose la boca horrorizada...

—¿Le había dado? —preguntó Paula entrelazando sus manos, nerviosa, como si estuviera rezando y pidiendo a Dios que así hubiera sido, aunque ya había oído el desenlace de la boca de Lorena la noche anterior, pero tenía la esperanza de que esta vez fuera diferente.

—Le había dado. Pero no al señor Flynn, sino a la hija que él tenía en brazos.

—¡No puede ser!

—¡Ay, Dios mío!

Ignacio esperó. Dejó que la terrible noticia calara en todos y pudieran digerir la información

antes de proseguir con su historia.

—Entonces —apuntó Sonia— no fue él quien mató a mi sobrina. Fue un accidente. ¡La mató Teresa!

Ignacio se encogió imperceptiblemente de hombros como diciendo de alguna manera que daba lo mismo.

Sonia le pidió que se explicara.

—La niña ya estaba muerta cuando recibió el disparo.

—¡Qué!

—Estás diciendo que...

—Así es. Cuando llegaron los servicios de emergencia e hicieron el primer examen a la pequeña Rebeca, el paramédico dijo que la niña ya estaba muerta cuando fue disparada. «¿Está seguro de eso?», preguntó Mario, quien se había presentado en la casa en cuanto se hubo enterado de la noticia. «Mire, el cuello de la niña está roto, y el golpe en la cara es sin duda anterior a la defunción. No puedo decirlo a ciencia cierta, pero en cuanto hagan el estudio forense lo confirmarán». Mario intercambió una mirada llena de odio con el señor Flynn, que estaba siendo atendido por una enfermera y, dándose la vuelta, salió de la casa sin decir palabra.

—Ignacio, ¿qué ocurrió con Teresa? ¿Qué hizo Arthur después de que Teresa disparara?

El mayordomo contestó con frialdad mecánica, como si solo estuviese informando de que la cena estaba lista:

—El señor Flynn tiró el cuerpo de la niña al suelo, como si fuese un bulto que le estorbara. Se acercó a su esposa con el cuchillo en la mano y se lo clavó repetidas veces en el pecho. Después, levantó el cuerpo sin vida de doña Teresa agarrándola del pelo y le cortó el cuello de oreja a oreja.

—...Igual que como encontramos ayer a Arthur... —dijo Paula en voz baja.

—Luego se agachó, recogió el revólver del suelo y se acercó a mí. Pensé por un momento que también me iba a matar, pero en cambio me dijo que le ayudase a prepararlo todo.

—¿A preparar qué? —preguntó Chus.

—Eso mismo inquirí yo. Primero el señor Flynn me hizo desconectar todos los dispositivos de seguridad que teníamos en la casa. Me pidió que quitase las cámaras de seguridad y que me llevase y destruyera los discos con las grabaciones. Luego, sin avisar, el señor Flynn se apuntó a la pierna con el revólver y disparó haciéndose un agujero en el muslo —explicó Ignacio, sin cambiar su tono de voz ni mostrar sentimiento alguno—. Después, en lugar de atenderse la herida, como si hubiera sido un simple rasguño limpió la empuñadura del arma y se la colocó a su esposa en la mano. Movié el cadáver de su hija para ponerlo a dos metros justo enfrente de su esposa y luego me dijo: «Ve, Ignacio, y llama ahora a la policía. Diles cómo ha entrado un hombre armado en la casa, cómo me coaccionó a que le diera medio millón de euros y, al no tenerlos aquí mismo, y a pesar de mis súplicas y mis promesas de conseguir el dinero, asesinó a mi mujer y a mi hija y yo recibí un disparo y varias cuchilladas tratando de defenderlas.

—¡Pero es imposible que eso se lo fuera a creer la policía! —exclamó Chus.

—Eso mismo le dije yo al señor Flynn —coincidió Ignacio—, pero él asintió con una sonrisa cruel. En ese momento no entendí su idea, pero al llegar el informe final de la policía, el que no salió en los medios de comunicación, lo vi claro.

—¿Por qué? ¿Qué decía ese informe?

—Se confirmó que el señor Flynn trató de inventar la historia del asaltante para guardar el buen nombre de su esposa y de su familia. El informe dice que fue Teresa quien mató a su hija, cansada de luchar con la enfermedad de esta, y disparó también a Arthur cuando trataba de

impedírselo; después ella misma se quitó la vida.

—¿Y la policía se lo tragó?

—O se lo creyeron o hicieron como que se lo creían.

—¿A qué te refieres?

—El juez que llevó el caso era un gran amigo del señor Flynn, era uno de los habituales de las fiestas de la casa. Además, Arthur le prestaba el refugio todos los años para que viniera a esquiar con «unas amigas». El caso fue cerrado y el señor Flynn quedó como un mártir que había luchado para llevar a su hija a un sanatorio donde pudiera ser tratada.

El silencio que había en la cocina cuando Ignacio desveló esta información podía cortarse con cuchillo.

Sonia se cruzó de brazos estirando y curvando la espalda hacia atrás, como tratando de darse calor o infundirse valor antes de hablar.

—Entonces, ¿Mario y tú planeasteis matar a Arthur para vengar la vida de Teresa y Rebeca? ¿Es eso lo que ha pasado aquí este fin de semana?

—También quisisteis acabar con Lorena ya que fue ella la que liberó a Arthur de la cárcel e hizo que toda esta historia falsa se hiciera pública —agregó Paula—, ¿no es así?

—No, no, no. No queríamos hacerle daño. Lo único que buscábamos era darle un susto.

—¡Un susto! Basta ya de sandeces —espetó Alberto—. Eso es lo que lleváis tú y Mario diciendo toda la noche. ¿A qué llamas «un susto»? ¿A acuchillarle en su habitación y verle morir desangrado? Eso es lo que yo llamo un susto de muerte, ¡ja!, ¡me muero de risa! Aunque me temo que la inspectora y el juez no lo encuentren tan gracioso.

—No, nada de eso estaba en nuestros planes —dijo Ignacio suplicante—. Solo pretendíamos asustarle para que confesase y dijera delante de todos que él había matado a su hija y a su esposa, y que había salido impune. Mario me llamó hace unas semanas; él era conocedor de que los dos últimos años de mi vida han sido un auténtico calvario por no querer... ¡por no poder! testificar contra mi señor.

—¿Por qué no testificaste contra él? —preguntó Alberto—. ¿Sabes que eso te hace culpable por encubrimiento? Si tanto cargo de conciencia y tan difícil te ha sido pasar estos dos últimos años, ¿por qué no has hablado con la policía?

Ahora todos se arremolinaban alrededor de Ignacio, acusadores. Parecía un linchamiento verbal.

—Pero no. Has preferido quedarte aquí y seguir a su servicio.

Ignacio se derrumbó sobre una silla y hundió sus dedos tensos en su escaso cabello gris. Dejó escapar un sollozo antes de comenzar a hablar.

—Soy un hombre débil. Y el señor Flynn lo sabía. Me tenía atemorizado...

—¿Te amenazó?

—No con palabras, no explícitamente, pero no era necesario... Me decía con voz dulce que sería una pena que las cosas de la casa salieran al exterior. Me decía que tenía que pensar en lo que eso significaría para mi nieta... quedarse sin su abuelo, el único pariente que tiene la nieta y la única fuente de ingresos. Además, el señor Flynn había conseguido que admitieran a mi nieta en el colegio donde iba su hija, es un colegio muy exclusivo y tremendamente caro, yo sería incapaz de pagarlo. Sé que la ayuda del colegio había sido una forma de soborno para mantenerme en silencio, ¡pero no podía olvidarme de mi nieta! ¿Qué sería de ella si me quedaba sin trabajo? O peor, ¡si me mataba...!

—Ignacio, explícanos que es eso del susto que queríais dar a Arthur —preguntó Alberto.

Bagajes inesperados

Itziar

Madrugada del domingo

La carretera estaba completamente desierta. Una capa de nieve de más de treinta centímetros cubría la carretera, los coches aparcados en las aceras y las cúspides de las farolas, haciéndolas parecer iluminadas siluetas de gorros blancos.

Todavía no había un solo coche en la calle a pesar de que había parado de nevar hacía horas y el día empezaba a ganar el pulso a la noche.

Terol nos conducía al agente Quijano, al sargento Vicents y a mí en el todoterreno de la comisaría. La calefacción aún no había conseguido calentar el habitáculo y podía ver el vaho en mi aliento sentada en el asiento trasero junto al sargento.

—¿Os molesta si fumo? —preguntó el sargento sacando un cigarrillo y encendiéndolo antes de recibir respuesta.

Bajé la ventanilla para no ahogarme con el humo, aunque el frío que entró por el resquicio abierto parecía mucho más letal que el tabaco.

Sonó mi móvil y lo saqué torpemente del bolsillo con mis manos enguantadas, albergando la esperanza de que fuera Fernando devolviéndome la llamada.

Era Faraco.

—Dime.

—¿No me llamas jefe esta vez?

—Vete al carajo.

La risotada de hiena tabernera consiguió que Quijano se despertara de su aletargamiento; despegó su grasienta cabeza de la ventanilla del coche dejando un pegotón de aceite capilar sobre el cristal.

—Qué poco humor tienes. ¡Relájate un poco! —dijo Faraco.

Bajé el volumen del teléfono sin despegármelo de la oreja para que los demás no pudieran oír la conversación.

—¿Qué quieres, Faraco? ¿Has encontrado algo? —dije al teléfono tapándome la boca, pues tenía a los tres hombres a medio metro de distancia.

—Odio reconocerlo, cielo... —«¡Cielo!»... Me tapé del todo la boca para no reprenderle por volver a llamarme cielo, pero esta vez lo dejé pasar. Hay que hacer oídos sordos de vez en cuando—. He de reconocer que tenías razón. El informe de hace dos años sobre la muerte de la familia de Arthur Flynn tiene más agujeros que la fachada de un edificio en el centro de Kiev.

Puse los ojos en blanco e ignoré su patética analogía.

—Para empezar, he recibido el informe que nos ha mandado Terol esta madrugada...

—Cuidado... —le interrumpí antes de que siguiera diciendo nombres que mis compañeros

pudieran oír. Especialmente porque tenía la sospecha de a dónde quería ir con la mención del informe. Por muy mal que me cayera Faraco, tenía que reconocer que de tonto no tenía un pelo.

—¿Qué pasa? ¿No estás sola?

—Correcto.

—¿Tienes el teléfono en altavoz?

—Negativo. Estamos de camino al refugio...

—Ah. Entiendo. Imagino entonces que sabes de qué te hablo.

—Creo que sí.

—Del primer efectivo que se personó en el refugio atendiendo la llamada de socorro.

—Sí, estamos alineados.

—Lo que a lo mejor no sabes es que ese primer efectivo... —bajé más el volumen del teléfono y abrí otro poco la ventanilla para que el ruido impidiera al sargento oír nuestra conversación— tiene, además de su trabajo como policía, una empresa de seguridad.

—Interesante.

—Más interesante todavía es que Arthur Flynn es su primer cliente desde hace justo dos años.

—¿Cómo? ¿Estás seguro de eso? No tiene ningún sentido.

El sargento se giró hacia mí cuando dije esto. ¿Podía estar oyendo la conversación? No creo. Era muy difícil.

—Me has oído bien. Arthur contrató a la «agencia de seguridad» hace dos años y ha estado pagándoles desde entonces cantidades obscenas.

Tendría que interrogar al sargento, pero no podía hacerlo ahora en el coche con los otros agentes presentes. Además, necesitaba más información. Me daba la sensación de que esto podía ser solo la punta del iceberg y que había mucho más detrás de esa noticia.

—Dime una cosa, Faraco, ¿cuántos empleados hay en esa empresa?

—¿La de seguridad? Déjame ver un momento... tres empleados en total. Contando al sargento Vicens como socio único y presidente... —Tosí con fuerza cuando pronunció el nombre del sargento para evitar que pudiera oírlo—... los otros dos son un tal Jaume Quijano...

El agente que estaba amodorrado en asiento del copiloto se llamaba Quijano, ¿casualidad? Lo dudo. Ahora solo faltaba que me dijera que el tercer empleado era Terol y ya teníamos el completo.

—¿Quién es el otro?

—Un tal Miguel Gorrás, ¿te suena alguno?

Gorrás, ese era el piloto del helicóptero. Estaba seguro de ello. No puede haber mucha gente con un nombre así.

—Vamos a decir que sí. Ya hablaremos de ello.

—Ten cuidado, Itziar, ¿me oyes?

—¿Ahora te preocupas por mí? —dije tratando de sonar despreocupada.

—Hablo en serio. No es broma. No sé lo que se traman, pero creo que están metidos en esto hasta las orejas.

—Estoy subiendo al refugio. El sargento Vicens, de la comisaría de Baqueira, y dos agentes suyos vienen conmigo...

—¿Estás de coña?!

—No, los de rescate nos han prestado unas motos de nieve y subiremos con ellas al refugio.

—Itziar, escúchame. ¡Sal de ese coche ahora mismo!

—Imposible.

—Itziar, es una orden.

Colgué el teléfono sin darle tiempo a continuar.

El sargento se había terminado su cigarrillo y yo mi conversación, así que subí la ventanilla antes de que se me cayera la oreja al suelo completamente congelada.

—¿Quién era? —preguntó el sargento tratando de sonar desinteresado.

—¿Perdón?

—La llamada... ¿era de la central? ¿Tenían nueva información sobre el caso que pudiera ser interesante?

El agente Quijano también se dio media vuelta en su asiento para poder escuchar mejor mi contestación.

No podía quedarme callada. Algo tenía que decir.

—Sí, era la central; y no, no tenían nada que pudiera parecer útil para el caso. Solo algunos datos sobre los huéspedes del refugio, eso es todo.

Giré la cabeza para mirar por la ventanilla dando muestras de que la conversación había acabado.

—¿Sobre cuál de los huéspedes? —insistió el sargento.

Le miré fijamente midiéndole con los ojos, tratando de decidir si debería preguntarle ahí mismo por su empresa de seguridad y su relación con Arthur Flynn, pero en ese momento Terol deceleró y tomó el desvío hacia el refugio.

—Hemos llegado —dijo—. Parece que los de rescate ya están aquí y están descargando las motos de nieve de ese camión.

Un susto de muerte

El refugio

Se apartaron un poco de la silla en la que Ignacio estaba sentado para darle espacio y dejar de atosigarle, así podría explicar de qué se trataba el susto que Mario Cadensa y él tramaron para Arthur.

—¿Hablabas mucho con Mario? ¿Eso era frecuente? —preguntó Sonia.

—El señor Cadensa fue muy bueno conmigo después de lo ocurrido. Mientras el señor Arthur estuvo fuera, Mario me vino a visitar a la casa del señor Flynn en Madrid. Al principio no hablábamos de lo sucedido, actuábamos como si no hubiera ocurrido jamás, pero pronto Mario empezó a abrirse y a hablar de su relación con la señora Teresa. Me confesó que ella había estado hablando de separarse, dejar al señor Flynn e irse a vivir con el señor Cadensa. Me dijo que había comprado una casa no lejos de aquí donde se veían con frecuencia; supongo que pensaba que yo no lo sabía.

Sonia fue a interrumpir, pero ya nada de lo que la contaran de sus tíos podía sorprenderla, por lo que cerró la boca y dejó al mayordomo seguir con su historia.

—Un día me invitó a tomar el café a su casa y hablamos de la señora Teresa como muchas veces antes, pero esta vez me pidió que le relatase nuevamente lo ocurrido. En ocasiones anteriores en las que habíamos comentado la fatídica noche, trataba de no entrar en muchos detalles, ya que veía cómo Mario sufría cada vez que hablábamos del tema y siempre teníamos que abandonar la conversación. Esta vez Mario me pidió que no parase y se lo contara todo al detalle. Fue muy doloroso ver al hombre retorciéndose por dentro escuchando con los ojos nublados por las lágrimas de odio, de pena y de impotencia, pero cada vez que yo intentaba cambiar de tema para no verle sufrir más, él me rogaba que continuara. Cuando llegué a la parte en la que Teresa le dijo al señor Flynn que se iba a marchar con Mario y que Rebeca no era suya, sino de Mario, el señor Cadensa soltó un gemido de angustia llevándose las manos al pecho. Conociendo su historial médico, temí que su corazón no aguantara, parecía estar sufriendo un paro cardíaco, pero cuando me levanté para llamar a una ambulancia me paró con un gesto de la mano.

—¿Mario no sabía que Rebeca era suya?!

Ignacio negó con la cabeza.

—Mario estaba muy herido, resentido... ¡furioso! Hablamos largas horas sobre lo que podríamos hacer para esclarecer lo ocurrido y que Arthur pagara por ello. El señor Cadensa sabía el miedo que tenía de perder a mi nieta, y a pesar de que me aseguró que él se encargaría de que esta no abandonase el colegio y que nunca le faltase de nada, no me atrevía a delatar al señor Arthur; llevaba sirviendo a su familia desde que el señorito Arthur tenía seis años. Además, había demasiadas implicaciones y había pasado demasiado tiempo, por lo que yo era cómplice por omisión de las muertes de la señora Teresa y su hija Rebeca. No había nada que hacer y yo

había tirado la toalla, trataba de olvidarme de todo lo ocurrido. Hasta que unos días más tarde, el señor Cadensa me propuso un plan con el que nos vengaríamos de Arthur, delatándose a sí mismo.

Todos escuchaban ahora atentos sin perder palabra.

—La primera parte del plan fue convencer al señor Flynn de que celebrase la fiesta de Navidad aquí, en el refugio. El señor tenía la costumbre de celebrar una gran fiesta de Navidad todos los años para sus amigos, clientes y asociados. El señor Mario le animó a hacer este año una fiesta pequeña en la que además aprovechase el evento para anunciar los nuevos acuerdos y cambios que había conseguido para la empresa. No estaba muy convencido al principio, pero cuando Mario le explicó que tendría que hacer el anuncio de una manera u otra, decidió que por qué no aprovechar para hacerlo desde el refugio. Sería terapéutico y todos los empleados apreciarían la invitación y el trato de cercanía.

Chus se revolvió en su asiento sintiéndose una vez más ninguneado y tratado como un simple sirviente del gran Arthur.

—Una vez que estuvo convencido de hacer la fiesta, la siguiente parte del plan era traer a mi nieta y esconderla en la celda vestida con el uniforme del colegio; cuando llevaba el uniforme y se arreglaba el pelo como la pequeña Rebeca, la verdad es que las dos podían casi pasar por gemelas. El plan era bien sencillo: mi nieta aparecería por la noche con el cuchillo como si fuera el espíritu de Rebeca que estuviese atrapado en el refugio y estuviese acosando al señor Flynn para que este confesase lo que había hecho delante de todos ustedes.

Ignacio se quedó callado mirándolos a todos, como esperando alguna respuesta o comentario.

Todos le miraban en silencio, embobados, esperando que continuase. Eso no podía ser todo. Tenía que haber algo más. ¿Qué hacía su nieta por fuera del refugio frente a la habitación de Sandra? ¿Quién había inutilizado entonces el paracaídas de Lorena?

—Ignacio, dice usted que esa fue la primera parte del plan, ¿cuál era la segunda? —preguntó Fermín—. ¿Apuñalarle si no confesaba?

—Recordarán que les he dicho que después de que matase a Teresa el señor Flynn me pidió que me deshiciere de las cámaras de seguridad de la casa...

—Espera... —interrumpió Chus entendiendo hacia dónde quería ir Ignacio—, ¿también había cámaras dentro de la casa?

Ignacio confirmó con un movimiento de cabeza.

—¿Había alguna cámara en la cocina...?

Ignacio volvió a asentir.

—Y tú no destruiste todas las copias... ¿verdad?

Entonces esbozó lo que podría ser en otra persona más expresiva una mera mueca de dolor, pero tratándose de Ignacio era lo más parecido que habían visto a una sonrisa.

—Cuéntanos.

—El jueves por la noche el señor Cadensa envió de forma anónima un fragmento de la grabación al juez que se encargó del caso, con copia al policía responsable del mismo y a la abogada del señor Flynn...

—¿A Lorena? —dijo Chus sin poder creer la audacia de Mario.

—Correcto, a la señora Arguello.

—¡Eso debió de asustarle más que encontrarse con el fantasma de su hija!

—Efectivamente. Cuando la señora Lorena contactó con mi señor para describirle la situación, puedo confirmar que las noticias obraron negativamente en su humor.

—¿Por eso estuvo tan violento con ella?

—Es muy probable. Creo que ella trató de persuadir al señor Flynn para que se entregara. Ella desconocía los detalles de lo aquí ocurrido y se sirvió de la información oficial que la policía local dispuso.

Chus dio una palmada y a punto estuvo de dar un grito de júbilo si no fuera por la mirada de reprobación que le echó Sonia haciéndole serenarse un poco.

—Ignacio —preguntó ahora Paula—, ¿llegó Arthur a ver a tu nieta?

—No.

—¿Dónde estaba ella cuando murió Arthur?

—En la celda. Encerrada.

—¿Quién y cómo puede corroborar eso?

—El señor Mario Cadensa; él me acompañó a acomodar a mi nieta en la celda.

—¿El mismo Mario Cadensa que quería dar un susto a Arthur por haberle pisado a su novia todos esos años atrás? —preguntó Fermín airado—. ¿El mismo Mario Cadensa que lleva preparando este fin de semana para vengarse de Arthur? ¿El mismo Mario Cadensa que lleva odiando, envidiando y deseando ver muerto a Arthur desde que estuvieron en la universidad hace casi cuarenta años?

—Él no ha sido, y mi nieta tampoco...

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—El señor Cadensa había confiado en otra persona nuestro plan... alguien de la oficina. Dijo que necesitaba ayuda de alguien de dentro para llevar a cabo ciertas partes del plan, sobre todo para poder traerlos aquí a todos ustedes, coordinarlo y mantenerlo en secreto.

—¿Estás diciendo que uno más de nosotros *también* estaba involucrado en toda esta farsa? —preguntó Alberto incrédulo.

Ignacio asintió con un único, pero inequívoco, movimiento de cabeza.

Todos los presentes se miraron entre sí con suspicacia. Pensaban que ya tenían claro quién era el culpable y de pronto parecía que todavía tenían un posible asesino entre sus filas.

Parecía suficientemente claro al principio que a Arthur le había asesinado la nieta de Ignacio. Se habría escondido en la habitación de Arthur y no la vieron cuando registraron la habitación. Después, sabiendo la historia de Mario, no cabía duda de que había sido él quien le había asesinado, pero bien es verdad que habría necesitado ayuda. Y ahora parece que había alguien más implicado. Ese alguien era sin duda quien habría empuñado el cuchillo, pero... ¿quién?

—¿Quién, Ignacio? ¿Dime quién de nosotros también estaba metido en vuestro plan?

—No puedo decírselo.

Fermín se pasó la palma de la mano por la cara como tratando de borrar dolorosamente sus facciones.

—Ignacio, tienes que decírnoslo...

—No, no puedo.

—Dínoslo, será mucho más fácil que nos lo digas ahora antes de que llegue la policía.

—No puedo decírselo simplemente porque el señor Cadensa nunca compartió conmigo la identidad de la otra persona. No sé quién es la otra persona.

Fermín agachó la cabeza y dejó caer sus brazos a ambos lados del sillón en señal de derrota.

—Creo que deberíamos llamar otra vez a Mario Cadensa y escuchar el final de su historia —propuso Chus.

Alberto se levantó de nuevo y se acercó a los ventanales. Había parado de nevar hacía horas, y el cielo empezaba a clarear en el horizonte.

—Ignacio, dijiste que nuestros teléfonos estarían en la caseta del guardés; esa es la caseta por

la que pasamos al venir aquí, ¿correcto?

—Sí, señor.

—¿Tendrías la llave de esa caseta?

—¿En qué estás pensando, Alberto? —preguntó Fermín.

—Creo que ha llegado el momento de que bajemos andando y llamemos a la policía. No podemos quedarnos sentados cruzados de brazos pensando que la francesa del asistente del coche se ha puesto en contacto con la policía. Si nos quedamos aquí un día más cruzados de brazos, corremos peligro de que haya más muertos.

—Es un camino largo, sobre todo con toda la nieve acumulada —dijo Chus.

—No será fácil, pero por lo menos tendremos completa visibilidad en el descenso; la tormenta ha pasado y no hay una sola nube en el cielo.

—Tendremos que comer algo antes —dijo Fermín—. Yo no sé vosotros, pero estoy muerto de hambre; ayer no cenamos, y si queremos hacer esa caminata, más nos vale ir bien alimentados.

Alberto asintió.

—Ignacio, ¿podrías preparar algo para desayunar: café muy fuerte y unos sándwiches?

—Claro. Lo preparo en un momento.

El hambre que tenían todos les hizo dar un vuelco a las tripas solo de pensar en echarse un buen tazón de café caliente y algo de comer al gaznate.

—Gracias, Ignacio. Llevaremos algo de comer a Mario mientras desayunamos, después escucharemos el final de su historia y le sonsacaremos quién es el tercer cómplice. Es mejor tener esa información antes de bajar a la cabaña del guarda. Me gustaría saber de quién más tengo que cuidarme las espaldas —añadió mirando al resto con desconfianza—. Después bajaremos Fermín, Chus, Valentín y yo hasta la cabaña del guardés.

—¿Y Mario? —preguntó Sandra.

—A Mario lo podemos dejar abajo encerrado en la celda viendo a *Dora la exploradora*... Ignacio se quedará en su habitación con su nieta.

Sandra no pudo evitar que le recorriera un escalofrío por la espalda al oír mencionar de nuevo a la nieta de Ignacio.

Subida al refugio

Itziar

Mañana del domingo

Fue el mismo conductor del camión el que descargó las motos de nieve del tráiler. Miré detrás para ver si había un grupo del equipo de rescate trazando el plan de subida sobre un mapa preparados para salir en cualquier momento. Pero ahí no había nadie.

—¿Dónde están los demás? —pregunté al conductor del camión cuando bajó la última moto de nieve y apagó el motor para que pudiéramos oírlos.

—¿Los demás?

—¿No han enviado operativos para que suban con nosotros al refugio?

El conductor dio un resoplido de mofa y escondió una risa con la manopla que le cubría la mano, aunque pronto se repuso al recordar que estaba hablando con una inspectora de la policía.

—No hay nadie más. Con la que ha caído esta noche, tenemos a todos los operarios trabajando a destajo. Es un milagro que les hayan podido conseguir estas motos; creo que deberían darse con un canto en los dientes.

Dándose la vuelta sin decir nada más, abrió la cabina del camión, sacó un portapapeles y, quitándose la manopla de la mano con los dientes, me pasó el portapapeles y un bolígrafo para que firmase como si acabase de recibir un paquete de Amazon.

Volvió a abrir la cabina, lanzó el portapapeles dentro como si tuviese la certeza de que nadie se lo iba a reclamar a la vuelta y nos deseó suerte.

—Los depósitos están llenos. Deberían de poder subir y bajar tres veces al refugio sin necesidad de repostar. Si necesitan ayuda, llamen a la central, si es que consiguen tener algo de cobertura en esta montaña, cosa que dudo. Agur.

Miramos los cuatro en silencio al camión desaparecer tras tomar la primera curva.

Tenía la sensación de que me acababan de tomar el pelo, y por la cara de mis compañeros, se sentían igual que yo.

El sargento Vicents fue quien rompió el silencio. Se hizo cargo de la situación y repartió las tres motos entre nosotros cuatro. El agente Terol, ya que había estado conmigo en el refugio el día anterior y se conocía el camino, sería quien condujese la primera moto, abriendo el camino y dirigiendo al resto del grupo. El sargento iría en la segunda, detrás de Terol. La tercera la llevaría Quijano, conmigo de paquete. Imaginé bien —aunque tuvo la delicadeza de no decirlo en voz alta—, al pensar que yo jamás había conducido una moto de nieve, por lo que decidió que Quijano y yo iríamos juntos en la tercera moto.

Terol se acercó a mí para ofrecerme el casco y asegurarse de que estaba suficientemente abrigada.

—Quédese en el coche hasta que tengamos las motos preparadas para poder mantener el

calor en el cuerpo todo lo que pueda —me dijo.

Era difícil pensar que Terol pudiera tener algo que ver con la confabulación que le había quitado a Arthur Flynn la vida, pero tampoco podía ser ingenua y descartarlo; el sargento Vicents había resultado tener una relación de lo más dudosa con Arthur Flynn y el agente Quijano estaba trabajando para Vicents en lo que fuera que tramase con Flynn. Era apropiado pensar que Terol podía perfectamente estar involucrado también.

A través de la empañada ventanilla del todoterreno, vi cómo el sargento y Quijano se apartaban juntos a comprobar las motos. El sargento parecía dar instrucciones a su agente y este asentía intermitentemente a las indicaciones con la cabeza, como si estuviese asistiendo a un concierto de punk-rock.

Darí a un brazo por escuchar qué es lo que le estaba diciendo.

Pusieron las motos en marcha. El sargento dio un par de instrucciones más a sus dos agentes, esta vez en voz alta. Terol vino al todoterreno a avisarme de que había llegado el momento. Cerró la puerta detrás de mí, apagó el coche y regresó hasta su moto corriendo torpemente, resbalando en la nieve con cada zancada que daba.

Una vez sobre su montura levantó el dedo pulgar hacia el sargento indicando que estaba listo. El sargento se giró sobre el asiento de su moto para dirigirse a Quijano y a mí con su pulgar levantado y tanto Quijano como yo respondimos con el mismo gesto.

Las motos se pusieron en movimiento.

La puesta en marcha fue más violenta de lo que esperaba y muy a mi pesar me abracé instintivamente a la cintura del agente Quijano. Por lo menos estábamos a la cola y nadie podría verme abrazada a ese hombre como una chiquilla a un caballito de feria.

El ascenso fue lento y pronto la vibración y el ruido de la moto actuó como un somnífero y tuve que luchar por no quedarme dormida.

Creo que debí de cerrar los ojos un momento, porque pasamos por un pequeño bache en la carretera y mi casco golpeó el de Quijano, sobresaltándome y despertándome por completo.

Dejé escapar un «lo siento» que se perdió dentro de mi casco sin que nadie más que yo lo pudiera oír.

Me pareció que íbamos distanciándonos cada vez más de las otras motos, pero supuse que sería un efecto óptico o parte de mi cansancio.

Giramos en una curva cerrada con mucho cuidado y, al salir de esta habíamos perdido por completo de vista a las otras dos motos. No debería preocuparme. Solo teníamos que seguir el único camino que había y las huellas de las otras motos colina arriba.

Pero no pude evitar inquietarme un poco. Juraría que nuestra moto iba cada vez más despacio. Traté de preguntar a Quijano, pero con el mismo efecto que tuvo mi disculpa unos minutos antes. Mi voz se perdió en el casco. Esta sonó como si mis oídos estuvieran taponados y solo podía oír dolorosamente mi voz dentro de mi cabeza, haciendo que mis tímpanos se quejaran.

Pasamos la zona de las curvas más cerradas y llegamos a una recta que ofrecía buena visibilidad de los siguientes cien metros..., pero ahí no había señal alguna de las otras dos motos.

Quijano desaceleró y paró la moto a un lado del camino junto a un bosquecillo de pinos que soportaban con las ramas dobladas el peso de la nieve que se había acumulado sobre ellos.

—¿Qué haces? —pregunté quitándome el casco en cuanto Quijano apagó la moto y se bajó de ella—. ¿Por qué paramos?

—La moto no funciona bien. Está perdiendo potencia y la he parado antes de que nos deje tirados. Voy a intentar llamar a los de rescate desde esa roca que está ahí detrás en lo alto, antes

de que perdamos por completo la cobertura en el teléfono. Mandaré un mensaje al sargento para que vengan a buscarnos; podemos subir los cuatro en las otras dos motos.

No me pareció muy convincente su explicación. Me parecía demasiada casualidad y yo no creo en las casualidades. Estaba ahora convencida de que estas eran las instrucciones que el sargento le estaba dando cuando yo esperaba dentro del todoterreno tratando de mantenerme caliente con la calefacción del coche.

No le podía acusar sin más, así que asentí y esperé con todos los sentidos alerta.

Quijano retrocedió a pie unos veinte metros del camino y se subió al mirador del que hablaba. Yo me volví a sentar sobre la moto y saqué mi móvil del bolsillo mientras le veía alejarse por el espejo retrovisor.

Mi teléfono no tenía cobertura alguna, estaba como la expresión que tanto le gustaba decir a Faraco, «más muerto que un club de alterne en cuaresma».

Miré por el retrovisor para ver si Quijano tenía más suerte con su móvil allí en lo alto. Tenía visión completa de la colina, pero ahí no estaba Quijano.

Me giré para ver mejor, cuando de pronto le vi casi encima de mí blandiendo una porra extensible a punto de golpearme por la espalda.

Agaché la cabeza en acto reflejo dándome un cabezazo contra el manillar de la moto. La porra solo me dio de refilón y Quijano perdió el equilibrio por la inercia de la fuerza con la que estaba tratando de asestarle el golpe.

Se resbaló en la nieve casi cayendo sobre mí.

Cuando me recuperé del susto y del cabezazo contra el manillar, que me dejó momentáneamente aturdida, vi a Quijano en el suelo a dos pasos de distancia, tratando de levantarse.

Soy una buena detective. Una buena investigadora. Soy una poli realmente buena, pero una debe de conocer y reconocer sus flaquezas, y una cosa que sé que no soy es fuerte. Tampoco soy atlética, y mucho menos una experta luchadora. Pero los instintos de supervivencia se desatan cuando una menos lo espera.

Agarrándome al manillar de la moto, me levanté dando a Quijano una patada con las dos piernas en la espalda que le hizo despeñarse por el precipicio que trataban de cubrir los pinos colmados de nieve.

No se escuchó el esperado grito desgarrador del corrupto agente cayendo al vacío. Llevaba todavía el casco puesto y, si gritó al caer, fue para su propio beneficio, porque nadie más le escuchó.

Me asomé con precaución agarrándome del tronco de un alevín de pino para asegurarme de que Quijano, como en las películas malas, no se había quedado colgado de un brazo para luego volver y atacarme cuando menos me lo esperaba.

Quijano no había caído. Estaba agarrado a un arbusto.

Me acerqué a él. Mentiría si dijera que debatí internamente si debería echarle una mano y ayudarlo a salir de su precaria situación. Sin pensarlo dos veces, me acerqué a él y le di una patada en el centro del casco como si fuera un balón de fútbol. No sé si la patada le hizo daño. Probablemente me hice yo más daño en la punta de mi pie que la que le infligí a él en la cabeza. Pero conseguí que soltase el arbusto y se despeñase a cientos de metros de altura.

Eso sí que le debió de doler.

Volví hacia la moto diciéndome a mí misma que acababa de matar a un hombre. Había matado a un policía. A un policía corrupto que había tratado de matarme para quitarme de en medio para no desvelar sus secretos. Y sonreí.

Con una sonrisa de satisfacción y con cero remordimientos me subí a la moto. Giré la llave y, con mucho cuidado, presioné el acelerador.

Cuando era pequeña pasé una Semana Santa en Consuegra, en casa de mi prima. La Semana Santa habría sido infumable, como todas las vacaciones que pasé ahí. Pero ese año le habían comprado una vespino a mi prima y me pasé todas las vacaciones conduciéndola arriba y abajo del Cerro Calderico entre los famosos molinos de viento que el Quijote confundió con gigantes.

Conducir una moto de nieve resultó no ser muy diferente a conducir la vespino de mi prima.

Parió la burra

Madrugada del domingo

El refugio

Ignacio sirvió la mesa y pidió permiso para llevar una bandeja con el desayuno a Valentín y otra a Mario Cadensa a sus respectivas habitaciones.

—No, Ignacio. Gracias. Usted ocúpese de su nieta y ya se lo llevaré yo —dijo Sonia cogiendo una de las bandejas de la mano del mayordomo.

—Yo llevo la otra —ofreció Sandra—; tú lleva esa bandeja a tu marido y yo le llevo esta otra a Mario.

Alberto carraspeó acercándose a Sonia y cogiendo la bandeja de su mano con delicadeza.

—Me temo que será mejor que sea yo quien le lleve la bandeja a tu marido.

—¿Por qué? ¿Ahora resulta que tampoco puede recibir visitas de familiares? —contestó sarcástica sin dejar que Alberto le quitase la bandeja de las manos.

—No, Sonia —dijo Alberto con una sonrisa seca—, pero lamento recordarte que tu marido es también sospechoso del asesinato de Arthur...

—¡Como todos los demás!

—Como todos los demás, efectivamente, pero de haber sido él no lo podría haber hecho sin un cómplice, con lo que, como te puedes imaginar, esto te implica directamente a ti y no creo que sea conveniente que estéis a solas hasta que llegue la policía y decidan qué es lo que debemos hacer.

Sonia soltó la bandeja empujándola de mala gana hacia Alberto haciendo que parte del café se derramara.

Alberto y Sandra se llevaron las bandejas desapareciendo por el pasillo con las miradas de sus compañeros clavadas en sus cogotes.

—¿Pensáis que han podido ser ellos dos? —bisbiseó Paula con un rápido cuchicheo en cuanto los perdieron de vista.

—¿Sandra y Alberto? —exclamó Fermín atónito levantando mucho las cejas—, ¿los asesinos de Arthur? ¿Y qué interés podrían tener esos dos de que muriera Arthur? Sobre todo Alberto, que lleva años fuera de la empresa, vive en Barcelona y encima el propio Arthur le acaba de nombrar presidente. ¿Qué sentido tiene?

Paula pareció un poco cohibida después del razonamiento de Fermín, pero todavía no se daba por convencida.

—Ya, por eso. Porque creo que debemos pensar todas las opciones posibles, por estrafalarias que parezcan. No sé si os habéis fijado, pero han estado muy juntitos durante todo este viaje. Él siempre tan atento con ella...

—Es verdad que han estado juntos ahora, solos... no estoy tan seguro. Salvo cuando fueron

al garaje a comprobar el *eCall* del coche —añadió Chus—. Podían perfectamente haber sido ellos dos quienes lo rompieron con el martillo. No digo que vea muy claro el motivo que pudieran tener, pero podían haber sido ellos dos o cualquiera de nosotros.

Fermín negó mientras ponía los ojos en blanco. Dio un largo trago a su taza de café y se metió otro sándwich entero en la boca empujándolo con el dedo pulgar e índice para que le cupiera. Con la boca llena a rebosar añadió mirando descaradamente a Paula y a Chus:

—Siento ser tan brutalmente claro, pero os recuerdo que no serían los primeros de la empresa en haber sido pillados estando... muy juntitos.

Paula se puso colorada como un tomate y agachó la cabeza tratando de que no se le notase. Chus, en cambio, esbozó una sonrisa y miró a Paula al tiempo que se cruzaba de piernas orgulloso de que alguien recordara su hazaña.

Sin embargo Sonia seguía meditando sobre la posibilidad que había propuesto Paula, como si no hubiese escuchado a Fermín. Parecía tomárselo en serio.

—No lo sé, Paula. Parece muy difícil. Alberto vive y trabaja en Barcelona desde hace años. ¿Por qué? Y, sobre todo, ¿cómo iba a organizar algo así con Sandra? Además, él se llevaba muy mal con Mario, esa fue la razón por la que dejó la empresa. Ignacio decía que había alguien más involucrado en su plan. Mario no buscaría la ayuda de Alberto. No tiene sentido.

—¿Conocéis la historia de cuando me encontré con Sandra en la planta de maternidad del hospital? —dijo mirando a todos, buscando aprobación.

Sonia asintió, Chus también. Fermín se encogió de hombros y volvió a negar.

—¿Qué tiene eso que ver? —preguntó Sonia. No intentaba rebatirla, solo estaba intrigada por entender la relación que eso podía tener.

—Pues Sandra estaba teniendo un hijo, y, ¡ella no se lo había dicho a nadie de la oficina! El bebé, por lo tanto, habría sido concebido casi un año antes, cuando Alberto aún trabajaba con nosotros, y de pronto... ella está embarazada. Alberto se marcha de la empresa y ella trata de mantener el embarazo en secreto.

—¿Piensas que el hijo era de Alberto?

—¿Tuvieron el hijo? Es la primera noticia que tengo de que Sandra pudiera ser mamá.

—No creo que lo tuvieran. Tal vez abortaron.

—No en el San Rafael.

—Bueno, pudo haber sido un aborto espontáneo, hija. Esas cosas ocurren.

—Tal vez se había quedado embarazada de Alberto, Arthur se había enterado y por eso le echó.

—¿Por qué? ¿Por qué solo él podía tener relaciones sexuales con los empleados...? —preguntó Fermín con otra risotada que hizo que se le cayera un trozo de sándwich de la boca sobre la camisa—. Además, Alberto se marchó, no le echaron.

Sonia y Chus, sentados en el borde de sus asientos, miraban concentrados a Paula, tratando de encontrar sentido a su razonamiento, pero no parecía probable. Parecía más verosímil que Paula se hubiera obcecado en echarle la culpa a ellos... ¿por qué haría algo así? ¿Podía haber sido ella y estaba tratando de distraer la atención acusando a otros? No podían permitirse descartar a nadie.

—Entonces ahora resulta que Arthur había decidido perdonarlos, le ofreció a Alberto el puesto de presidente y por eso decidieron matarlo, ¿no? —dijo Fermín con otra vulgar carcajada—. No te ofendas, Paula, pero me parece que tu teoría tiene alguna fisura.

—¡Callad, que vuelven! —avisó Sonia.

Del pasillo llegaba el ruido de pasos y al momento aparecieron Alberto y Sandra, como una

pareja que estuviese volviendo de arreglarse en su habitación para acudir al desayuno.

Paula echó una mirada insinuante a Sonia abriendo mucho los ojos.

Sonia optó por esconder su cara detrás de la taza de café para no responder a la insinuación mientras daba un sorbo.

—¿Cómo están nuestros reclusos? —preguntó Fermín de nuevo con la boca llena cuando se acercaron a los sofás de la chimenea y cogieron sus platos.

—Me temo que siguen molestos por su cautiverio.

—¿Crees que están listos para volver aquí y actuar como personas civilizadas? —preguntó Chus.

—Les dejaremos comer tranquilos, eso les hará relajarse un poco. Después llamaremos a Mario para que nos cuente el resto de su historia. Tengo interés en saber quién es su tercer cómplice, aunque me temo que todos tenemos una idea bastante clara a estas alturas...

—¿Quién? —preguntó Sonia.

Alberto miró a sus otros compañeros y mordió el sándwich de salmón ahumado que tenía en su plato.

—Me parece obvio que no hay tercera persona, solo le hizo pensar a Ignacio que la había. Mario quería matar a Arthur. Tenía razones más que sobradas. Encima, cuando la luz se fue, probablemente por obra de Ignacio, nadie sabe dónde estaba Mario. Pudo haber ido a la habitación de Arthur y asesinarle.

—Alberto, te olvidas de que yo fui la primera en llegar, y cuando Fermín echó la puerta abajo no había nadie más que Arthur en la habitación.

—¿Estás segura de eso?

—Pues claro. Tú también estabas ahí. ¿A qué te refieres?

—Pudo haber asesinado a Arthur y esperar dentro, a un lado de la puerta. No nos habríamos fijado en él, solo en Arthur, y en cuanto hubiéramos entrado en la habitación se habría unido a nosotros desde dentro sin que nadie lo notase. Es posible, ¿no?

Terminaron el desayuno en silencio. Ignacio volvió de la cocina para recoger los platos.

—¿Ha comido usted algo, Ignacio? —preguntó Sonia.

—Sí, señora, gracias. He comido junto a mi nieta en la cocina.

—¿Qué tal se encuentra su nieta? —fue Sandra esta vez la que se dirigió al mayordomo con voz titubeante. Según la pregunta salió por su boca, negó levemente, como tratando de entender qué le habría pasado por la cabeza para preocuparse de la niña endemoniada que la había tenido viviendo en una constante pesadilla desde que la vio por primera vez el viernes con esa perturbadora cara angelical.

—Está un poco asustada y confusa, pero creo que está bien. Gracias. La he llevado de vuelta a la celda; ahí estará tranquila.

Paula miró espantada a sus compañeros.

Aunque la habitación del sótano estuviese perfectamente acomodada con televisor, cama y juegos para la niña, el hecho de referirse a esa habitación como «celda», le parecía tremendamente crudo. Aunque, en el fondo, sentía cierto alivio al saber que la niña estaba en el sótano, lejos de ellos. Tampoco ella podía quitarse la imagen de la niña con el cuchillo en la mano.

—Si me lo permiten, iré a recoger las bandejas del señor Cadensa y del señor Sicilia.

—Vamos a dejar a Valentín al menos un rato más en su habitación; nos gustaría hablar con Mario ahora y escuchar el resto de su historia.

Sandra se levantó y se ofreció a ir con Ignacio. No es que necesitase ayuda para traer él solo

una bandeja, pero por la misma razón que no dejaron a Sonia llevar ella sola la cena a su marido, Sandra pensó que no sería conveniente dejar al mayordomo solo con Mario, más aún sabiendo que habían confabulado.

—Quédese aquí, Ignacio —ofreció Chus rápidamente viendo que Alberto ya se levantaba—, ya acompaño yo a Sandra. Usted vuelva con su nieta, si quiere.

Ignacio agradeció el gesto con una pequeña inclinación del torso y se retiró en dirección a la cocina.

Chus lanzó una mirada a Paula que bien podía ser un intento de mostrar que era todo un caballero, o que quería enseñarla que estaba a la altura de las circunstancias. O incluso, conociendo a Chus, podía incluso estar tratando de darle celos.

Paula miró para otro lado y dio un sorbo a la taza del café amargo.

Mientras Sandra y Chus iban a buscar a Mario, los demás reorganizaron la colocación de las sillas y se prepararon para escuchar el resto de su historia.

Todos parecían excitados de escuchar el nombre del tercer involucrado en el plan contra Arthur, aunque uno de ellos debía de estar sudando frío temiendo ser delatado.

Fermín movió ruidosamente un sofá haciendo que sonase como el bocinazo de un barco en la niebla. Cuando el sofá dejó de quejarse, les llegó un grito aterrador proveniente de las habitaciones.

—¡Sandra!

Salieron todos corriendo, temiéndose lo peor.

Fermín pensaba, mientras se lanzaba pasillo abajo como un rinoceronte en plena embestida, que Sandra estaba siendo atacada por Chus. Qué tonto había sido, sin duda era Chus el tercer hombre.

El pasillo estaba a oscuras, pero la luz de la habitación de Mario estaba encendida y dibujaba la silueta de Sandra de pie junto a la puerta, tapándose la boca con las dos manos.

—Sandra, ¿estás bien? —preguntó Fermín agarrándola de los hombros y girándola hacia sí.

No tenía sangre ni indicios de estar físicamente herida, estaba únicamente aterrada.

Al ver qué la había asustado, la apartó con la delicadeza de una mamá gorila y la dejó en manos de Sonia, que enseguida la envolvió en sus brazos.

Mario estaba tumbado sobre su cama. Chus estaba a horcajadas encima de él, en una postura que podría haber sido cómica si no fuera por la gravedad de la situación. Estaba tratando de reavivar a Mario, pero estaba claro que ya no había nada que pudiera hacer por salvarle.

Mario estaba completamente muerto.

Sargento Vicents

Itziar

Domingo por la mañana

Cuando llegué a la explanada donde estaba la entrada al refugio, Terol y el sargento estaban esperando cada uno sentado sobre su moto.

El sargento se había quitado el casco y, cuando me vio aparecer, dibujó una grotesca sonrisa levantando el pulgar en señal de aprobación.

Obviamente me había tomado por el agente Quijano.

No era difícil imaginar que, viéndome aparecer sola y con el casco puesto, pensase que yo era el agente Quijano y que había llevado a cabo sus instrucciones al pie de la letra: ¡Deshacerse de mí!

Terol, en cambio, se bajó de la moto y se me acercó corriendo.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está la inspectora?

Creo que, si en algo soy realmente buena, es en leer rápidamente a la gente y catalogarla correctamente. Terol siempre me ha parecido un tipo noble y sin mancilla. Puedo equivocarme, pero pondría la mano en el fuego al decir que Terol no estaba involucrado en la trama de Arthur Flynn y el sargento Vicents.

Me quité el casco sin apartar la vista del sargento, para regocijarme con su cambio de semblante al descubrir que era yo quien había llegado con la moto y no el agente Quijano.

Me dirigí a Terol sin perder de vista al sargento, abriendo mi mono de esquí para tener acceso al arma que llevaba en la sobaquera.

—Terol, arreste ahora mismo al sargento Vicents.

—Pero...

—Terol. Es una orden. Haga ahora mismo lo que le he dicho.

Terol se quedó un momento desconcertado sin saber bien qué hacer. El sargento Vicents había sido su jefe desde que entró a formar parte del Cuerpo de Policía y no había conocido otro superior en su carrera. Detener a su jefe era una aberración, iba en contra de todo lo que había aprendido y hecho hasta el momento.

Podía ver todas estas cábalas pasando rápidamente por su mente, o al menos tan rápidamente como su noble pero lento cerebro le permitía.

Finalmente pareció tomar una decisión. Una sabia decisión. Aunque no podía entender del todo por qué había vuelto sola sin Quijano, y ahora le decía que detuviera a su superior, se giró hacia el sargento sacando los grilletes de su cinturón.

Las anchas espaldas y el casi metro noventa de Terol cubrieron por un momento al sargento de mi vista, lo que me impidió ver cómo sacó el arma, pero el inconfundible sonido del disparo hizo que me agazapara al tiempo que vi caer a Terol al suelo frente a mí.

Mario

El refugio

Domingo por la mañana

Mario tenía los ojos muy abiertos en una mueca de espanto y las manos con los dedos encogidos, como si fueran garras, sobre su pecho.

—Parece que ha visto un fantasma —dijo Paula cubriendo su boca con la mano desde la puerta de la habitación, sin terminar de atreverse a entrar dentro.

—Le ha dado un ataque de corazón —apunto Valentín apareciendo a su lado.

—Y tú, ¿de dónde vienes y qué haces aquí? —le preguntó Chus.

—De mi habitación. ¿No pensaríais que me iba a quedar ahí encerrado con toda esta conmoción?

Alberto se agachó sobre el cuerpo de Mario y le hizo una rápida inspección.

—¿No deberíamos dejar el cuerpo tranquilo hasta que llegara la policía? —dijo Paula tímidamente—. Seguro que querrán tomar muestras de todo, y si le tocamos pueden perder pistas importantes.

Alberto se volvió hacia ella, todavía agachado sobre el cuerpo de Mario, como si le hubiesen pillado registrando los bolsillos del cadáver en busca de calderilla.

—Estoy buscando alguna herida o señal de por qué murió. Creo que si ven mis huellas encima del cadáver, será bastante obvio lo que estaba haciendo.

—¿Ahora eres también médico forense? —preguntó Valentín.

Alberto le miró abriendo la boca para decirle algo, pero luego, pensándose mejor, la volvió a cerrar.

—No toquemos nada. Sigamos con el plan inicial. Dejemos todo tal y como está aquí: su bandeja, el café, todo —dijo Alberto apartándose de la cama en la que Mario seguía mirando al techo con una mueca desencajada.

—¿Piensas que le han envenenado?

—Creo que es bastante probable, pero de poco sirve lo que yo piense. La policía se encargará de confirmarlo. Vamos a la cabaña de abajo y llamemos a la policía. Seguro que pueden enviar un equipo de rescate hoy mismo.

—Ha tenido que ser Ignacio —dijo Valentín—, por eso mismo yo no he probado mi desayuno. Tenía miedo de que me quisiera envenenar a mí también.

—¿Por qué temías que te envenenara? —Ahora era Chus el que se enfrentaba a Valentín—. ¿Porque temías que Mario le hubiera dicho quién eras tú? ¿Porque eres tú la otra persona con quien había hablado Mario y querías silenciarle antes de que te delatara? ¿O es que tal vez no había una tercera persona que Mario conociese y era realmente Ignacio quien había hablado contigo a espaldas de Mario?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Valentín con la misma cara de asco de quien se acaba

de tragar una ostra en mal estado.

—Está muy claro. Tú estabas en la habitación contigua. En cuanto le trajeron la comida, viniste, le asesinaste y volviste a tu habitación como si nada hubiera ocurrido. Mírale. Con esa cara de pavor —dijo señalando a Mario con la cabeza desde la puerta de la habitación. Todos se giraron para mirarle una vez más—. Obviamente has venido aquí y le has estrangulado, si no, ¿por qué iba a tener esa cara de susto? Solo tú has podido matar a Mario. Y tú eres el que más motivos tiene para asesinar a Arthur.

Valentín, sintiéndose totalmente ultrajado, se lanzó contra Chus y le dio un empujón que lo empotró contra la pared del pasillo. Fermín cogió a Valentín por debajo de los brazos, antes de que matase a Chus a puñetazos, y se lo llevó en volandas hasta la sala de la chimenea.

Alberto se quedó pensativo meditando sobre qué debían hacer mientras los demás fueron detrás de Fermín hasta la sala de la chimenea.

La situación se le estaba complicando. Si no pensaba algo rápido, iban a acabar matándose los unos a los otros, incluso antes de que lo pudiera hacer el propio asesino. Estaban todos exaltados. Se sentían acorralados, y en momentos así la naturaleza del hombre se vuelve salvaje. La adrenalina funciona y actúa sin dar tiempo a la cabeza a reflexionar y tomar decisiones. El instinto te dice «correr o luchar», y al estar encerrados sin lugar adonde huir, solo queda luchar.

Sin saber muy bien qué hacer, Alberto siguió a los demás dejando el cuerpo de Mario solo en su habitación, en esa postura agónica que representaba la eterna muerte.

Trifulca en la entrada

El refugio

Itziar

El grito que pegó Terol al caer al suelo me dio la esperanza de que el disparo no hubiese sido más que una herida superficial que no hacía peligrar su vida. Pero no me paré a comprobarlo, ya que cuando cayó al suelo, me vi frente al sargento Vicents, que me apuntaba directamente a la cabeza con su arma de servicio.

No era el momento de negociar o dialogar. En cuanto me dejé caer a un lado de la moto de nieve para poner al vehículo en medio y así cubrirme, escuché dos disparos que impactaron en la moto a muy pocos centímetros de mí.

Saqué mi Glock y me parapeté con la espalda pegada a la moto, esperando a que el sargento disparase de nuevo.

—Vicents, no lo estropee más. Tire el arma y entréguese. Ya sabemos que Arthur Flynn le ha estado pagando por su silencio y encima ha disparado a un agente de policía. No cabe aún más profundo su tumba disparando a una inspectora.

El sargento soltó una vulgar carcajada.

—Sí, pero todo eso lo sabemos solo tú y yo. Si por desgracia murieses ahora, en acto de servicio, nadie más sabría que fui yo.

—No hagas tonterías. ¿Cómo vas a decir que he muerto en acto de servicio?

—No te preocupes, ya me encargo yo de eso. En cuanto detenga a Mario Cadensa y le saque fuera, le daré esta pistola y le dispararé en defensa propia. Y resulta que esta pistola, casualmente, es la misma que utilizó Arthur Flynn para acabar con su familia; una pistola que nunca fue encontrada. Ahora será utilizada para matarte a ti y a Terol, ¡mira tú por dónde! Caso resuelto por partida doble. Una pena. Me habría gustado que pudiéramos pasar un poco de tiempo juntos a solas antes, pero se nos ha agotado.

El sargento no había dejado de avanzar hacia mí con la pistola en alto, apuntando a la moto de nieve que a duras penas me cubría.

Estaba solo a dos metros. Dio un par de pasos más tratando de no hacer ruido, pero en ese momento, algo grande se movió con gran rapidez a su lado, y antes de que tuviera tiempo de reaccionar, sintió el duro golpe de la piedra que agarraba Terol en el puño. Cayó al suelo perdiendo el conocimiento el tiempo suficiente como para esposarle las manos a la espalda.

De nuevo el refugio

Domingo por la mañana

Ignacio y su nieta aparecieron por la puerta de la cocina. Fermín aún agarraba a Valentín del brazo en la sala de la chimenea, rodeado del resto del grupo.

—¡Has sido tú! —gritó Valentín volviendo a la carga en cuanto vio a Ignacio—, has envenenado a Mario y pretendías envenenarme a mí también.

Fermín volvió a sujetarle cuando trataba de lanzar un puñetazo al vetusto mayordomo. Chus se abalanzó sobre Valentín agarrándole del cuello con las dos manos, intentando estrangularle, y Fermín, a pesar de su fuerza, necesitó la ayuda de Alberto para separar y controlar a ambos.

La nieta de Ignacio se puso a gritar histérica.

Paula se agachó para intentar calmar a la niña mientras Sandra ayudaba a Ignacio, que se había caído al suelo con la conmoción tirando una bandeja llena de platos y vasos que se rompieron en mil pedazos.

Sonia se había quedado como le habría ocurrido a muchos otros, paralizada mirando la escena sin dar crédito a lo que ocurría a su alrededor.

De pronto sonó el timbre de la puerta sorprendiendo a todos, como si hubieran dado al botón de pausa congelándolos en medio de la vorágine.

Alberto hizo amago de ir a abrir la puerta, pero Ignacio levantó una mano solemne y le pidió que le dejase abrir a él, ya que era lo propio.

El mayordomo se levantó, se estiró el faldón de la chaqueta, se alisó el pelo revuelto con la palma de la mano y abrió la puerta.

El sol ya había ganado la batalla a la noche y asomaba por encima de la silueta de las montañas cegando a todos por un momento. Cuando las retinas se acostumbraron a la fuerte luz, pudieron ver la silueta de tres figuras: una grande y alta que llevaba a otra agarrada del brazo, y una tercera figura menuda, que entró en la casa sin esperar a ser invitada.

—Inspectora Orbaizeta —exclamó Alberto tras la mudez producida por la sorpresa inicial—, no podía haber llegado en mejor momento.

Enseguida vieron que el agente Terol llevaba al sargento Vicents esposado.

«¡El sargento estaba detenido! ¿Qué demonios estaba ocurriendo?»

—Agente Terol —dijo Sonia acercándose al policía con preocupación—, está usted herido.

Sobre el costado del mono de esquí del policía había una mancha líquida; parecía como si se le hubiera derramado una copa de vino pero era más viscosa y oscura, y al ver cómo Terol se movía renqueante se dio cuenta de que estaba sangrando profusamente.

—Ignacio —dijo la inspectora Orbaizeta dirigiéndose al mayordomo con potestad—. ¿Tiene una habitación donde podamos encerrar al sargento y asegurarnos de que no pueda salir?

—¿Han detenido al sargento? —preguntó Sonia—. ¿Por qué? ¿Qué es lo que ha hecho?

—Ahora mismo, inspectora. La celda de abajo no tiene ventanas y solo se abre desde fuera.

—Llévenos hasta allí.

Salieron por la puerta de la cocina e Ignacio le mostró a la inspectora la celda.

—¿Qué es esto y por qué no me enseñó esta habitación cuando estuve aquí?

—Era la celda donde el señor Flynn encerraba a la señorita Rebeca durante sus ataques psicóticos.

La inspectora miró un momento confusa al mayordomo, pero por el momento esa habitación era lo que necesitaba para mantener encerrado al sargento; ya habría tiempo para preguntas más adelante.

Itziar volvió al salón y pidió a Ignacio que atendiera a Terol hasta que llegasen los refuerzos, que deberían de estar al llegar. Comprobó otra vez su teléfono y vio el mensaje de Faraco en el que le confirmaba que ya habían mandado el aviso de que había un agente herido y la asistencia médica no se haría esperar mucho más. Él mismo estaba también camino del refugio con otro equipo de agentes de la Policía Científica.

Pasó una mirada fría escrutando minuciosamente a todos los presentes quienes al sentirse observados y estudiados bajaban la vista al suelo, cohibidos, como niños pillados haciendo una gran travesura que sabían que les iba a costar caro.

—Hemos recibido una llamada de la operadora de una centralita al otro lado de la frontera que aseguraba que ustedes la habían contactado a través del comunicador de emergencia de un coche.

Itziar miró nuevamente a cada uno de ellos quienes nuevamente miraron avergonzados al suelo.

—Chantal —dijo la inspectora comprobando el nombre en un cuaderno de notas que sacó del abrigo como si necesitase leer el nombre para recordar cómo se llamaba la teleoperadora— aseguró que le habían dicho que uno de los huéspedes del refugio había muerto.

—Dos —corrigió Fermín.

—¿Perdón?

—Bueno, el primero no era un huésped, era Arthur Flynn, pero esta madrugada también ha fallecido Mario Cadensa.

Itziar Orbaizeta miró incrédula a los huéspedes con la esperanza de que todo fuera una broma macabra.

—¿Cómo han muerto? ¿Dónde están los cadáveres?

—Arthur fue asesinado. Salvajemente. A cuchilladas.

—¿Quién le mató?

—No hemos podido descubrirlo del todo, aunque tenemos una idea de quién ha podido ser. La puerta de su habitación estaba cerrada cuando ocurrió. Echamos la puerta abajo y ya estaba en el suelo de su habitación. Muerto. No había nadie en la habitación ni forma de que pudieran haber salido de otra forma que no fuera por la puerta donde estábamos todos en el momento de su muerte.

—¿Se había suicidado? —preguntó la inspectora.

—Le mató Mario Cadensa —dijo Valentín.

—Bueno —añadió Fermín—, pensamos que había sido Mario, pero ahora que Mario también ha aparecido muerto no sé qué pensar.

—No, ha sido la niña —confirmó Paula casi al mismo tiempo.

—¡Ella no pudo ser!

Itziar levantó las manos y ordenó silencio.

—¿Qué niña? ¿De qué están hablando?

—Recordaré, inspectora, que vi a una niña con un cuchillo la noche anterior —dijo Sandra saliendo en ayuda de Paula.

La inspectora asintió.

—Resulta que no lo había soñado ni era un fantasma. Era la nieta de Ignacio, el mayordomo. La niña era real y había estado escondida en la celda donde ha dejado encerrado al sargento hace un momento —añadió Sandra señalando a la niña con la cabeza.

La inspectora miró a la niña, jactándose por primera vez de su presencia, y la estudió con detenimiento.

—El cuchillo que tenía la niña en la mano es el mismo que fue utilizado para acabar con la vida de Arthur —agregó Paula.

Itziar Orbaizeta no dio señal de haber escuchado esto último. Se acercó a la habitación de Arthur, ignorando al grupo, que la seguía por la casa y miraba atento a todos sus movimientos.

Se asomó a la habitación. Vio la puerta destrozada en el suelo, y la carnicería en cada esquina.

Se quedó un minuto mirando la habitación, absorbiendo todos los detalles sin decir palabra. Los demás la miraban a una distancia prudencial sin hacer un ruido. Paula se acercó un poco más a la habitación, pero enseguida se giró tapándose la nariz con el brazo para evitar el olor metálico de la sangre que embriagaba cada esquina de la habitación.

—¿Dónde está el cuerpo de Arthur Flynn? —preguntó la inspectora completamente ajena al fuerte olor de la habitación.

—Lo hemos dejado en la leñera, para que no se descompusiera aquí durante el fin de semana. Síguenos y se lo mostramos.

Salieron todos hacia la leñera y enseñaron el cuerpo de Arthur a la inspectora, que seguía envuelto en las sábanas de su propia cama.

La inspectora retiró la sábana para descubrir la cara del cadáver, que la recibió con tétrica mueca y el cuello grotescamente abierto de lado a lado.

—¿Y Mario Cadensa? —dijo la inspectora volviendo a cubrir la cara de Arthur y levantándose del suelo.

—¡A ese le ha envenenado el mayordomo! —contestó Valentín entre dientes.

—¡O tú! —salió Chus en defensa de Ignacio.

—Yo no le he dado de cenar, ¡qué tonterías dices!

—No, pero tú has estado todo el tiempo a dos puertas de distancia de él y has tenido todas las oportunidades de colarte en su habitación y matarle.

La inspectora ordenó a todos los presentes sentarse en los sillones y sofás de la sala de la chimenea y esperar ahí, «sin abrir la boca ni para tomar aire», hasta que llegaran los refuerzos que había pedido.

Media hora más tarde la explanada del aparcamiento del refugio parecía un helipuerto o una zona de guerra.

El primero de los helicópteros se llevó al agente Terol y al sargento Vicents para ser atendidos en el hospital. Poco después llegó otro helicóptero con Faraco y otros tres agentes de su departamento. Más tarde llegó el equipo de la científica con el forense.

Faraco e Itziar volvieron a interrogar a cada uno de los huéspedes por separado, y al final, a falta de pruebas y una vez que las máquinas quitanieves habían reinstaurado el acceso a la carretera, decidieron dejar que los huéspedes cogieran sus coches y volvieran a sus casas. Lo único que hacían en el refugio era estorbar y no conseguirían más información de ellos, especialmente teniéndoles a todos juntos.

Vuelta a casa

Mediodía del domingo

Inspectora Itziar Orbaizeta

—Usted no, Ignacio —le dije al mayordomo que estaba ayudando a su nieta a ponerse el abrigo para salir del refugio junto al resto de los huéspedes—, el juez ha pedido que hagan nuevas evaluaciones médicas a su nieta; estos agentes se encargarán de ella.

Una policía de uniforme tendió una mano a la nieta de Ignacio para que la siguiera hasta el coche patrulla que les esperaba fuera, pero la niña, titubeante, se escondió detrás de su abuelo mirando a la agente con desconfianza.

—Está bien, hija. Puedes irte con esta señora —le dijo Ignacio—. No te harán daño, solo te querrán hacer unas preguntas y te llevarán al médico para asegurarse de que estás bien. Luego volveré a por ti, descuida.

La niña no parecía convencida y escondía sus manos en la espalda para que la policía no la cogiera. La agente, con delicadeza, cogió a la niña en brazos y a pesar de sus quejas para volver con su abuelo, se la llevó al coche.

—Usted, Ignacio, por favor, vaya con estos otros agentes que le llevarán a la comisaría. Nos uniremos a ustedes en cuanto hayamos hecho otro barrido a la casa —dije refiriéndome a Faraco y a mí—; tenemos más preguntas que hacerle.

Los huéspedes habían ido de uno en uno a sus habitaciones a recoger sus pertenencias en compañía de un agente que se aseguraba de que no borrarán posibles pruebas, ocultaran cosas y, sobre todo, que no se mataran entre ellos...

Cuando Sandra se disponía a salir del refugio arrastrando una maletita de viaje con una rueda mal engrasada que al girar hacía el ruido de un grillo en verano, se volvió hacia mí como si se hubiera olvidado una cosa y me preguntó por Lorena.

Era la única que se había acordado de que tenían otra compañera que en esos momentos estaba luchando por su vida. Me conmovió su sensibilidad en un momento en el que cualquier persona se preocuparía únicamente por su propio pescuezo.

Los otros huéspedes por lo menos tuvieron la decencia de parar y escuchar lo que tenía que decir sobre el estado de Lorena, no sé muy bien si lo hicieron por educación o por curiosidad.

—Me han dicho que está mucho mejor —confirmé en voz alta para que todos pudieran oírme—, parece que está estable y ha recuperado la conciencia. Le han dado de alta de la UCI y ya está en planta. El doctor ha dicho que mañana por la mañana estará en condiciones de ser interrogada. Iré a verla al hospital La Paz a primera hora de la mañana y podré constatar su estado con mis propios ojos —dije asegurándome de que todos oían que esta noche no tenía pensado pasarme por el hospital.

—¿Permitirán visitas? —preguntó Sandra mirando a sus compañeros, buscando voluntarios.

—No veo por qué no. Está en planta, con lo que tendrá el mismo horario y acceso a visitas que cualquier otro paciente.

Sandra sonrió y asintió con la cabeza. Los demás dieron también muestras de alegría por la noticia, pero nadie propuso que fueran juntos a verla. Supongo que después de este fin de semana, ninguno de los componentes de este grupo tenía muchas ganas de pasar tiempo en compañía del resto en mucho tiempo.

En cuanto se hubieron marchado volví a reunirme con Faraco y con el forense que estaban en la habitación de Mario Cadensa estudiando su cuerpo.

—¿Qué ocurre? —pregunté al verlos mirando confundidos al cadáver.

Ninguno de los dos contestó de inmediato. Era como si se hubieran convertido en estatuas de sal mirando algo prohibido.

—No... no estoy muy seguro —fue el forense quien despertó primero de su hibernación.

—Seguro de qué, ¿qué es lo que ocurre? —repetí.

—Para empezar, este hombre no parece haber sido envenenado.

—¿Estrangulado, tal vez? —pregunté.

—No, estrangulado tampoco. Es posible que haya tenido un ataque de corazón fulminante, pero...

—¿Pero qué? —dije algo más alto de lo que debía; estaba empezando a perder la paciencia—. ¿Qué piensa que le ha ocurrido a Mario Cadensa?

El forense guardó otro irritante silencio mesándose la barba como quien acaricia a un perro faldero sobre el regazo.

—No sé. Es algo en la cara; en la postura.

—¡Vaya tontería! —exclamó Faraco—. El tipo estaba mayor. Tenía problemas de corazón. Lleva encerrado en esta casa bajo la nieve todo el fin de semana y su mejor amigo ha muerto dramáticamente. Encima ahora sus compañeros estaban sospechando de él. ¿Qué tiene de extraño que le haya dado un paro cardíaco? ¿No es posible, doctor?

—Bueno, sí. Es muy posible.

—¿Muy posible?

—Es lo más probable —concedió el forense, pero luego continuó—: Se puede imaginar, inspector, que en mi vida he visto muchos cadáveres. La mayoría de ellos, como este, han muerto por paros cardíacos, pero ninguno tiene esta cara de horror, de miedo, de peligro.

—¿Ahora hay que seguir un código de con qué cara tiene uno que estirar la pata?

—Mire sus ojos: acusadores, ¡casi desorbitados! Y las manos... parece que trataba de defenderse de algo. He oído muchas veces de gente tratando de luchar el paro cardíaco, pero no de pelearse con él.

—¿Hay algo que podamos hacer para salir de dudas? —pregunté.

—Sí. Lo primero va a ser hacer un estudio mucho más minucioso. Analizaré el contenido de su estómago y el de su sangre. Si ha sido envenenado lo sabremos en cuestión de horas. También sacaré muestras de debajo de sus uñas y las mandaré analizar...

—¿Para qué? —interrumpió Faraco.

—Si alguien trató de asesinarle, es posible que se defendiera y puede que encontremos muestras de ADN de quien le quitó la vida.

—Eso es en caso de que haya sido asesinado y no haya tenido un paro cardíaco normal por su edad y su historial médico... —añadió Faraco dando una vez más pie a la duda.

Tanto el forense como yo le echamos una mirada cansada sin molestarnos en hacerle comentario alguno.

Dejamos al forense solo con el cuerpo de Mario. Faraco y yo volvimos a registrar la casa entera buscando alguna pista que se nos hubiera pasado por alto.

Nos paramos frente a la habitación de Arthur. Habíamos visto juntos el cuerpo del muerto y no había posibilidad alguna de que se hubiera suicidado. Alguien le había matado. ¿Pero cómo?

Había leído y me había recreado infinidad de veces en todas esas novelas de misterio en las que se relataba el crimen perfecto, o, mejor dicho, el crimen imposible: esas muertes que se daban en una habitación cerrada haciendo imposible concebir que hubiera sido un asesinato, pero que, por las circunstancias de la muerte, tampoco podía haber sido muerte por causas naturales o suicidas. Pero eso ocurría en la literatura y en el cine. En la vida real nunca sucedía.

Los asesinatos reales eran generalmente pasionales. En su gran mayoría perpetrados por alguien cercano a la víctima en un momento de ofuscación. En todos los años que llevaba trabajando en la policía, nunca me había encontrado con un asesinato en el que el criminal se hubiera tomado la molestia de hacerlo aparentemente imposible. Para eso se necesita una mente privilegiada que pocos asesinos tienen.

Para preparar un crimen perfecto tienen que haber más ganas de jugar que de matar.

Se lo hice ver así a Faraco. Él coincidió y dijo que muertes así siempre acaban confirmándose como suicidios, y de haber sido así, sería un caso sin resolver. De esos teníamos unos cuantos en nuestro departamento acumulando polvo en el archivo.

Llegamos al ala de la casa donde se encontraba la habitación de Arthur. La científica había iluminado el pasillo y toda la habitación con sus focos dejando toda posible prueba al descubierto, pero eso no era gran cosa.

La puerta seguía rota en el suelo. No lejos de esta había una mancha marrón oscuro en medio de la alfombra, donde se había desangrado el empresario.

Volví a mirar la puerta.

El pomo estaba manchado. De sangre. No tenía mucho sentido y así se lo expresé a Faraco.

—No sé qué tiene de especial que el pomo esté manchado de sangre —me contestó con desdén—. ¡Hay sangre por todas partes!

—Hay sangre por todas partes *dentro* de la habitación, pero este es el pomo exterior de la puerta. No debería tener sangre. La puerta la echaron abajo y no tendría sentido tocar el pomo una vez entraron en la habitación.

—No veo por qué no —replicó Faraco por llevarme, como siempre, la contraria—. La puerta podía haber caído encima de Arthur y la movieron cogiéndola del pomo o algo por el estilo. No me parece tan extraño.

—Es posible, pero... —dije poniéndome nuevamente los guantes de látex.

Miré en detalle el marco de la puerta y luego, agachándome, levanté la puerta del suelo.

—¿Pero, qué...? —me dijo Faraco impacientándose.

En ese momento entró el forense en la habitación.

—He encontrado algo interesante. El cadáver de Mario Cadensa tiene dos marcas recientes de aguja y hay dos inyectables de epinefrina vacíos en la basura de su habitación.

La casa de Sandra

Domingo por la tarde

Ya había anochecido cuando Sandra llegó a casa. Encontró un poco de atasco a la entrada en Madrid a la altura de Torrejón, lo que alargó su viaje a algo más de siete horas. Pero aún no eran ni las siete de la tarde del domingo. Podría descansar y levantarse completamente repuesta para ir a la oficina al día siguiente, entonces se enteraría de todo lo que la policía hubiese descubierto.

Ahora necesitaba descansar y olvidarse de todo por un momento.

Estaba realmente cansada.

Abrió la puerta del ascensor empujándola con el pie mientras trataba de mantener el equilibrio con la otra pierna sujetando la maleta de viaje con un brazo y con el otro hurgando en su bolso para sacar las llaves de casa.

Se cerró la puerta del ascensor a su espalda y la poca luz que había en el pasillo desapareció.

Alguien llamó al ascensor y escuchó cómo este descendía.

Las llaves aparecieron. «Menos mal», se dijo. Empezaba a pensar que las había dejado en el coche y que tendría que volver a bajar los cinco pisos hasta el garaje.

Solo quería entrar en casa, abrir la botella de prosecco que guardaba en la nevera y darse un baño relajante.

Estaba exhausta.

Habían estado enviándose mensajes entre todos durante el viaje de vuelta desde el refugio de Arthur y habían acordado ir a ver a Lorena al hospital antes de que acabara el horario de visitas. Había pensado pasarse hoy mismo, pero habiendo llegado ahora a casa, todo el cansancio y la tensión del fin de semana la golpeó como un mazazo y actuó sobre ella como un somnífero. En lo único que podía pensar era en meterse en la bañera con un poco de música suave.

Quedaban aún dos horas hasta que acabara el horario de visitas, seguro que después del baño se encontraría con renovadas fuerzas y podría ir al hospital.

Accionó el interruptor de la luz del pasillo, olvidando por un momento que la bombilla llevaba dos semanas fundida. El conserje había prometido las tres veces que se lo había pedido que la cambiaría al día siguiente, pero seguía fundida y su recibidor en penumbra. Se lo recordaría de nuevo mañana, al ir a la oficina.

Iluminó la cerradura con la linterna del móvil y metió la llave.

La puerta se abrió con una sola vuelta.

Juraría que el viernes la había cerrado con tres vueltas, como siempre hacía. Bien es verdad que el viernes salió de casa a toda prisa, podía perfectamente haberse despistado.

La verdad es que, aunque había estado fuera solo dos noches, parecía que había pasado una eternidad. Tenía la sensación de llegar a un sitio desconocido. Le ocurría algo similar cuando volvía de vacaciones y se tiraba semanas fuera de su casa. El apartamento olía diferente, como si estuviese recién pintado. No reconocía su propio olor, que debía de estar adherido a las paredes

de su casa y a las cortinas.

Se quitó los zapatos. Lanzó las llaves encima de la mesita de la entrada y dejó la maleta aparcada junto a la puerta.

Fue directa a la cocina, abrió la nevera y sacó la botella de espumoso.

No se molestó en encender la cocina. Se iba a llevar la botella al baño. Comenzó a abrirla bajo la tenue luz de la nevera manteniendo la puerta abierta con la espalda, sintiendo agradecida el frío que las botellas de agua y de leche ejercían sobre sus lumbares.

—Buenas noches, Sandra —escuchó una voz de hombre a su espalda.

El corazón pareció parársele al instante y un frío helado recorrió todo su cuerpo hasta aprisionar su corazón con fría garra. La botella se le escapó de las manos, pero cayó dentro de la nevera sin llegar a romperse.

—¿Qué haces aquí...?!

Hospital La Paz

Habitación 917

Domingo por la noche

La planta novena del hospital La Paz de Madrid estaba casi en completo silencio. Aunque todavía era horario de visitas, los pasillos estaban desiertos. Solo el monótono pitido de los monitores en algunas de las habitaciones a ambos lados del pasillo perturbaban el silencio. Una tos seca proveniente de una habitación abierta confirmaba que, a pesar de la apariencia, el edificio no estaba abandonado.

La habitación 917 estaba al final del pasillo. Junto a ella, juzgando por la luz y el sonido de la televisión que salía de la puerta contigua, se encontraba el cuartito para la enfermera de guardia de esa planta.

Chus cogió la carpeta que colgaba junto a la puerta de la habitación y comprobó que Lorena Arguello ocupaba una de las camas de la habitación. Las otras tres camas estaban vacantes.

Giró el pomo con cuidado de no hacer ruido, entró en la habitación y cerró tras de sí.

Sobre la cama una tenue luz iluminaba lo suficiente como para ver el contorno de la enferma que dormía sobre la cama.

Comprobó los monitores.

Lorena descansaba sin necesidad de asistencia de oxígeno.

En la mesita de noche había un vaso de agua, dos jarrones con flores y un libro abierto por la mitad tumbado boca abajo por falta de marcapáginas.

—Buenas noches, Chus. Te estábamos esperando —dijo la inspectora Orbaizeta abriendo de golpe la cortina que separaba la cama de Lorena de las otras camas de la habitación.

Chus dio un respingo y el ramo de flores que traía en la mano se le cayó al suelo.

—Por favor, inspectora. Creo que ya hemos tenido suficientes sobresaltos este fin de semana como para más sustos...

La inspectora sonrió como si estuviera orgullosa de la cara de espanto que había producido en Chus, y descorriendo aún más la cortina, mostró a Chus con un pase con la mano al resto de sus compañeros de fin de semana sentados en silencio en el sofá y los sillones de la habitación.

Ignacio también estaba ahí, pero sin su nieta. Solo faltaban Alberto, que estaba ya camino de Barcelona cuando acordaron la visita al hospital, y Sandra, que después del fin de semana que habían pasado, no era de extrañar que hubiera decidido quedarse en casa a última hora.

Apoyado sobre una de las camas vacías al final de la habitación había un policía al que la inspectora presentó como el inspector jefe. Junto a él, como si fuera el guardaespaldas de una celebridad, otro agente aguardaba con las manos unidas frente a él en posición de descanso.

—Inspectora —dijo Valentín—, ¿nos va a explicar qué diablos significa todo esto? ¿Ya ha descubierto quién ha sido el asesino de Arthur o se ha dado por vencida y nos va a decir que

finalmente se trata de un suicidio?

La inspectora levantó la mano pidiendo paciencia y luego la movió de arriba abajo en dirección a Valentín con la displicencia de una reina despótica instándole a que se sentara. Acercándose a la cama de Lorena, y ocupando el centro de la sala para que todos la pudieran escuchar, Itziar comenzó teatralmente a exponer los hechos del fin de semana.

Explicaciones

Domingo por la noche

Inspectora Itziar Orbaizeta

—**H**abéis urdido un plan muy bien trazado, no cabe duda —empecé diciendo a mi audiencia.

Chus, notando que también posaba la mirada en él, saltó a la defensiva.

—¿Por qué me mira a mí? Yo no he hecho nada.

Valentín puso los ojos en blanco y Paula posó una mano sobre su hombro mostrando apoyo.

Ignorando a Chus continué:

—Arthur Flynn era un hombre admirado por todos pero al mismo tiempo odiado por muchos.

La lista de invitados había sido elaborada minuciosamente para que no cayera sospecha sobre ninguno en particular, y para que todos, al mismo tiempo, fueran igualmente sospechosos. Todos los invitados de este fin de semana teníais razones suficientes para querer acabar con la vida del señor Flynn. Mario Cadensa tenía más razones que nadie, o al menos las razones más claras y conocidas: había dado toda su confianza y amistad a Arthur desde el día en que se conocieron hace más de treinta años abriéndole las puertas de su casa de par en par y Arthur se lo pagó robándole a la mujer que amaba y más tarde matando también a su hija. —Hice una breve pausa—. Tanto amó Mario a Teresa que, en lugar de romper su amistad con Arthur, se mantuvo con él para poder estar cerca de ella. Mario nunca se casó. En cambio mantuvo siempre viva la esperanza de que Arthur y Teresa se divorciaran y pudiera volver a ser suya algún día.

—Esperaba que se divorciaran o que Arthur muriera... —puntualizó Valentín.

—Correcto, o que Arthur muriera —confirmé sosteniéndole la mirada.

Esperaba que mi mirada valiera para explicar a Valentín y a los demás que las interrupciones no eran bienvenidas. Si hay algo que odio en este mundo es que me interrumpen.

—Rescatando toda la información del caso Flynn sobre lo ocurrido en el refugio con la familia de Arthur dos años atrás, he encontrado varias lagunas, además de ciertas pruebas que desaparecieron del sumario.

—¿A qué se refiere? —preguntó Paula—. ¿Alguien las ha hecho desaparecer después del juicio?

Pude ver cómo el jefe se removía incómodo al escuchar esto último.

—No. Me temo que es peor. Alguien las hizo desaparecer *antes* del juicio —sentenció barriando a todos los presentes con la mirada.

Chus dio un incierto paso al frente y carraspeó consiguiendo mi atención y la de los demás.

Entonces señaló a Lorena, que también le miraba recostada sobre la cama de hospital.

—Ella fue su abogada durante el juicio. Ella fue la que le libró de la cárcel, escondiendo pruebas y sobornando a jueces y policías. ¿Fue por eso que Mario también intentó matarla? ¿Para que no hablara?

Lorena quiso replicar, pero le paré rápidamente con un gesto de la mano.

—No tan deprisa. No he dicho que Mario haya sido el autor del asesinato de Arthur. Es obvio que estaba involucrado. De hecho, mucho más de lo que había pensado inicialmente. Pero Mario no tenía el coraje de matarle, tenía más razones que ninguno de ver a Arthur muerto, o eso es al menos lo que pensé al principio. Pero no fue él. Mario no pudo ser.

—Un momento, un momento, un momento —interrumpió Sonia poniendo las manos en alto como si estuviese separando la pelea entre dos borrachos en un bar—. ¿Qué estás diciendo?, ¿que no tenía razones para matarle o que había alguien con más razones todavía para hacerlo?

Ignoré la pregunta, molesta ahora con la interrupción de Sonia. Cerré los ojos armándome de paciencia y esperé a que se callara y volviera a ocupar su lugar con los demás.

Estaba visto que esta gente era más obtusa de lo que me había figurado.

No abrí los ojos hasta que oí el cuero de imitación del pequeño sofá quejarse bajo el peso de Sonia. Y hasta que el silencio no se hizo total no continué.

—Perdone inspectora. Por favor, continúe —se disculpó Sonia.

Volví a dar un paso al frente y, sin dirigir la mirada a nadie en concreto, seguí con mi exposición.

—Mario estaba involucrado, sí. Mario posiblemente fue el que inició el plan, pero un plan que no tenía nada que ver con el plan final. Uno que desde luego solo incluía sustos y apariciones de niñas para remover la conciencia de Arthur y que sus remordimientos le hicieran delatarse a sí mismo de los asesinatos de su hija y de su esposa. Pero nunca había pensado Mario en asesinar a Arthur y menos aún atentar contra la vida de Lorena. Al contrario, Lorena era parte de su plan, ya que le mandó parte de la grabación de la cámara de la cocina que se había guardado Ignacio la noche de los asesinatos. Esperaba que Lorena le delatara o al menos testificara con la nueva información recibida.

En la habitación ahora solo se oía el monótono pitido de las máquinas conectadas al brazo de Lorena. Sorprendentemente seguían con el mismo ritmo constante, ya que esta parecía que había dejado de respirar y me miraba atenta con los ojos abiertos como si su corazón se hubiera parado de golpe.

—Entonces, ¿Mario ha planeado todo el circo de este fin de semana, pero no pensaba asesinar a Arthur? —preguntó Fermín—. ¿Cómo puede saber eso?

—Porque Mario Cadensa también ha muerto. Asesinado. Esa es la primera razón, y la fundamental —contesté.

—¿Lo sabía! ¡Ignacio le envenenó! —exclamó Sonia—. ¡No me tragaba la historia de que le había dado un paro cardíaco por el estrés!

Su marido Valentín se puso a su lado para mostrar su apoyo y su acuerdo con ella.

—¡Exacto! Es lo que dije yo desde el principio. Ignacio le envenenó y también me iba a envenenar a mí, pero por suerte no toqué la comida. No me he fiado de Ignacio desde el principio. Él mató a Mario, y su nieta es la que acuchilló a Arthur escondida en su habitación.

Ignacio, que se había mantenido impassible hasta ese momento sentado con la vista perdida en el suelo, levantó los ojos en cuanto oyó que nombraba otra vez a su nieta. Esta vez se puso en pie dispuesto a agredir a Valentín, pero el agente que vino con el jefe le puso la mano en el hombro y le obligó a sentarse de nuevo.

—¿Ignacio envenenó a Mario? —preguntó Chus mirando asustado al mayordomo.

—No exactamente —contesté—. Ignacio no le envenenó.

Viendo la confusión de todos añadí:

—Ni Ignacio ni nadie. Mario Cadensa no murió envenenado. Murió efectivamente de un

paro cardíaco —rápidamente levanté las manos pidiendo calma viendo el revuelo que mi confirmación había hecho surgir entre los huéspedes. El jefe parecía tan perdido como todos los demás—. Fue un paro cardíaco producido por una alta dosis de epinefrina.

—¿Epinefrina? —interrumpió el jefe sin poder contenerse.

Mi escueta explicación parecía no haber ayudado mucho a aclarar la situación.

—La dosis que recibió —continué ignorando la pregunta del jefe adrede para dar mayor suspense a mi relato— en una persona sana no habría sido letal, pero en Mario Cadensa, dado su historial cardíaco, le causó la muerte casi al instante.

—¿Qué está diciendo, inspectora? ¿Qué es la epinefrina? —volvió a preguntar el jefe completamente desorientado y perdiendo un ápice la compostura.

—Es una dosis de adrenalina que se administra a los alérgicos para evitar una reacción anafiláctica al entrar en contacto con uno de los agentes a los que se tiene alergia. Es lo que se utiliza para los alérgicos a los cacahuets o a las avispas, por ejemplo.

—¿Y Mario tenía alergia a alguna de esas cosas?

Todavía no se enteraba.

—No, que yo sepa. Pero encontramos dos autoinyectables de epinefrina en su habitación, y el forense encontró dos pequeñas marcas en sus muslos que probaron ser hechas con los autoinyectables. Una dosis de epinefrina en una persona adulta de constitución sana puede darle algún problema: taquicardia, dolores de cabeza, pero no más que eso. Pero *dos* dosis, y administradas a una persona con el historial médico de Mario Cadensa: con dos operaciones de corazón, y que vivía, en palabras de su médico, en la prórroga del partido, es indudablemente letal.

—¿Dé dónde salieron los autoinyectables? —preguntó el jefe.

—Los trajo Paula Ortiz.

—Yo... No es posible. ¡Yo no he hecho nada...! —trató de defenderse Paula. Pero con un enérgico gesto del brazo y levantando un dedo la hice callar al instante.

—Cuando interrogamos a todos les preguntamos si habían encontrado en las habitaciones de los huéspedes algún tipo de droga o fármaco. Dos huéspedes nos dijeron que Paula tenía en su bolso dos inyectables de epinefrina, pero, cuando preguntamos a Alberto, parecía que había olvidado por completo la epinefrina...

—¿Alberto? ¿Usted piensa entonces que Alberto...?

En ese momento nos interrumpió mi radio.

—En posición, inspectora —sonó una voz entrecortada por las interferencias.

Hice un doble clic a la radio para dar el conforme.

Me miraban todos con los ojos abiertos sin entender qué era lo que estaba pasando.

—Si se sientan ahora en silencio y esperan unos momentos, pronto tendrán la respuesta a todas sus dudas y conjeturas sobre este fin de semana. Ahora no se muevan ni hagan ruido —dije mientras apagaba la luz de la habitación, dejando solo la lamparita junto a la cama de Lorena. Después corrí otra vez la cortina.

Visitas de última hora

Hospital La Paz

Noche del domingo

Lorena escuchaba atenta a cualquier ruido en la habitación, pero el golpear de su corazón en sus oídos ensordecía incluso el rítmico sonido de la maquinaria hospitalaria que seguía sobre su cabeza haciendo imposible su trabajo.

El pomo de la puerta de la habitación giró despacio.

La puerta se abrió dejando que la luz del pasillo entrase en la habitación y dibujase la silueta de alguien entrando. Después cerró la puerta tras de sí con cuidado de no hacer ruido.

Las suelas de goma de sus zapatos chirriaban contra el suelo de linóleo mientras se acercaba lento a la cama de Lorena.

Ella tenía la cara girada hacia las cortinas tratando de que no se le notase la rapidez con la que estaba respirando. Su pecho subía y bajaba y el corazón parecía ir a escapársele de entre las costillas en cualquier momento.

El visitante se inclinó sobre la cama e hizo que el agente que había venido junto al inspector jefe, que ahora estaba junto a la inspectora, agarrara la cortina a punto de tirar de ella, pero la inspectora le puso la mano sobre el brazo y negó suavemente la cabeza pidiéndole un poco más de paciencia.

Se volvieron los dos a mirar atentos los movimientos del intruso. Este cogió el gotero del suero y sacó una jeringuilla de la chaqueta.

Antes de que pudiera meter la aguja en el suero de Lorena, la luz de la habitación se encendió y dos agentes de paisano con guantes de látex se le echaron encima en tres grandes y rápidas zancadas.

Uno le quitó la jeringuilla de la mano y el otro le tumbó con brusquedad sobre la cama de Lorena empujando el centro de su espalda con la mano enguantada para inmovilizarlo mientras le ponía las esposas.

El hombre no se resistió. Miraba a la inspectora con la cabeza ladeada sobre la cama mientras los agentes le leían sus derechos.

En cuanto los agentes le levantaron de nuevo, la inspectora descorrió la cortina que separaba la cama de Lorena del resto de la habitación, descubriendo al resto del grupo de huéspedes del refugio que le miraban perplejos sin abrir la boca.

—Buenas noches, Alberto.

—No es lo que parece. He venido solo de visita. Estaba preocupado por Lorena y quería saber si estaba bien.

Itziar asintió.

—Exactamente igual que todos estos —dijo señalando al resto de los huéspedes del refugio

—; pero ellos, en cambio, vinieron en horario de visitas y trajeron flores o bombones en lugar de jeringuillas cargadas de Dios sabe qué.

—No es lo que parece —repitió.

—No, seguro que no. De todas maneras, el agente Ramírez va a llevar ahora mismo tu jeringuilla al laboratorio para ver qué es lo que estaba usted intentando administrar a la señora Lorena Arguello, aunque me temo que no nos llevaremos ninguna sorpresa en lo que a su contenido se refiere...

Alberto, viéndose acorralado, lanzó una automática mirada al reloj de la pared y luego se dirigió a la inspectora y confesó apresurado sorprendiendo a todos menos a Itziar.

—¡Vale! He sido yo. Yo he matado a Arthur y traté de matar también a Lorena. Venía a terminar mi trabajo, acabando con el último cabo suelto que me quedaba. ¡Enhorabuena, inspectora! Ahora ya pueden llevarme al calabozo —contestó poniéndose en marcha, dirigiéndose hacia la puerta. Pero el agente más grande le frenó poniendo la mano sobre su hombro, obligándole a sentarse sobre una silla, casi consiguiendo que se cayera de espaldas.

—No tan rápido, Alberto.

—¿Para qué esperar más? ¿No acabo de confesar?

Sonia negó con la cabeza y después se armó de valor y dio dos pasos al frente.

—Es imposible, inspectora. Alberto estaba conmigo y con Paula registrando las habitaciones cuando Arthur fue asesinado —dijo dando un paso al frente y luego mirando a Paula para que corroborase lo que acababa de decir.

—Es verdad —confirmó Paula con timidez—. Es imposible que Alberto haya asesinado a Arthur.

La inspectora asintió y se colocó junto a la cama de Lorena.

En ese momento la puerta de la habitación se abrió y entró por ella Sandra, con las manos atadas a la espalda, custodiada por el inspector Faraco.

Alberto se quedó balbuceando al ver a Sandra en la habitación. Trató de pensar en otra forma de negar lo innegable. Pero viéndose perdido, agachó la cabeza y negó lentamente.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó a la inspectora finalmente, dándose por vencido.

La inspectora sonrió sin poder esconder cierta muestra de satisfacción, especialmente teniendo al jefe delante presenciando por una vez el trabajo que ella era capaz de hacer.

La casa de Sandra, continuación...

Domingo por la tarde

Alberto cogió la botella de prosecco que se le había escapado de las manos a Sandra en la nevera.

—¿Así que te pensabas beber esto tú sola sin esperarme a que llegara? —preguntó mirando la etiqueta y abriendo la botella con manos expertas.

—¡Qué susto me has dado! ¡Pareces idiota! ¿No habíamos quedado en que ibas a ir hacia Barcelona en lugar de volver a casa por si nos habían puesto seguimiento?

—Sí, ese era el plan, pero cuando empezaron a mandar los mensajes de ir a visitar a Lorena esta noche, y pensando que la inspectora iba a interrogarla mañana por la mañana, decidí que teníamos que deshacernos de ella esta misma noche antes de que hablase y la policía llegase a la conclusión de que habíamos sido nosotros.

—¿No podías haberme llamado y explicarme eso por teléfono en lugar de darme un susto de muerte?

Alberto sonrió. Puso una copa de espumoso en la mano de Sandra y agarrándola de la cintura la atrajo hacia sí.

—Pensé que era bastante más probable que nos hubieran pinchado los teléfonos a que mandasen un agente a vigilarnos a cada uno de nosotros.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Esperar.

—¿Esperar? ¿A qué?

—Tenemos que esperar a que termine el horario de visitas y luego nos colamos en su habitación.

—¿Cómo vamos a hacer eso?

—Será coser y cantar. Tú me esperas en la entrada de urgencias con el coche en marcha mientras que yo entro al hospital, me cuelo en la planta de Lorena y añado esto a su suero —dijo sacando una jeringuilla encapuchada portando un líquido transparente—. Haremos que parezca un accidente.

—¿Cómo que un accidente? En cuanto analicen su sangre verán que alguien le ha metido eso en el cuerpo.

—Exacto. Un accidente. No sabes cuántas veces en los hospitales dan la medicación equivocada o la dosis incorrecta y mandan al paciente al otro barrio. En este caso —dijo levantando la jeringuilla— Lorena debe de estar ya recibiendo morfina para paliar los dolores, y el que le suministren una dosis, o dos, extra, porque no habían guardado constancia de su última dosis, está a la orden del día.

—Pero el hospital sabrá que ha recibido una sobredosis de morfina...

—Sí, el hospital sí. Y, por tanto, también sabrá que si esa información se hace pública les

caerá un pleito millonario, que hará que uno o varios responsables del hospital acaben en la cárcel, o como mínimo, de patitas en la calle y sin poder trabajar el resto de sus vidas en la sanidad pública o privada. No te preocupes, el hospital será nuestro mejor aliado y no querrán que se sepa nada de esto. Dirán en su informe que falleció por complicaciones y aquí no ha pasado nada.

Asesinato de Arthur

El plan inicial

Inspectora Itziar Orbaizeta

Puse las manos a la espalda como hacía el doctor Gómez, mi profesor de criminología en la facultad, y comencé a andar con parsimonia por la habitación al tiempo que relataba punto por punto todo lo ocurrido el fin de semana.

—Para poder descubrir quién pudo haber sido el autor de estos tres crímenes, tenemos primero que averiguar cómo los han perpetrado. Ha resultado ser todo mucho más sencillo de lo que podría haber parecido en un primer momento.

—¿Sencillo? —preguntó Faraco soltando su resoplido consabido y prepotente.

—Elemental, Faraco —contesté sin poder reprimir el esbozo de una sonrisa—, muy sencillo. Una vez que descartamos hechos paranormales, espíritus y niñas poseídas, solo nos queda fijarnos en los hechos tal y como ocurrieron para deducir el método utilizado en los asesinatos. Una vez que sabemos cómo se ha hecho, tenemos que descartar a las personas que no pudieron haberlo cometido hasta que, por eliminación, damos con el asesino.

—¿No necesita antes saber quién podía tener motivo para cometer el crimen? —preguntó el jefe metiéndose de lleno en el juego.

—Sí, pero en este caso el motivo es secundario...

—¿Secundario? ¿Por qué? Sin motivo no hay crimen.

—Es secundario porque *todos* tenían motivos suficientes para cometer el crimen y por eso dejaba de ser un punto de ayuda o un diferenciador.

Faraco empezaba a ponerse nervioso molesto por la atención con la que me obsequiaba el jefe.

—A los hechos, Itziar —dijo irritado—. Vamos a los hechos que si no nos van a dar las uvas.

Ignoré a Faraco y di unos cuantos pasos más sin abrir la boca para poner aún más a prueba su paciencia.

—Ya hemos acordado que Mario Cadensa convenció a Arthur de que celebrara una fiesta de Navidad con los directores de la empresa como solía hacer antes de la muerte de su familia. Mario organizó la fiesta con ayuda de Ignacio. Entre los dos tenían un motivo ulterior y era el llevar a Arthur hasta un punto tal de angustia como para confesar delante de todos los invitados que había sido él quien mató a su esposa y a su hija dos años atrás.

—¿Por qué querrían que lo confesara delante de todos? Tanto Mario como Ignacio sabían que había sido él quien los mató. ¿Por qué iban a necesitar hacer un plan así de complejo para incriminar a Arthur? —preguntó el jefe—. Simplemente podían haber venido con el cuento a la policía.

—Porque, de hacerlo, ellos también corrían peligro de ir a la cárcel por encubrimiento.

El jefe asintió.

Hasta ahí todo bien. Todo claro. Todo entendido.

—Continúa, Itziar, por favor.

—Arthur sufría de problemas nerviosos y tenía constantes pesadillas por lo que había hecho, especialmente a su hija. Pero se negaba a ir a buscar ayuda psiquiátrica y vivía en un sinvivir. Mario quedaba a menudo con Ignacio, quien sentía un grandísimo cargo de conciencia por haber mentado a la policía y no haber delatado a Arthur. Pero todavía guardaba la prueba irrefutable del asesinato: la grabación de la cámara de seguridad que tenían en la cocina y que nunca destruyó, a pesar de que se lo había ordenado Arthur Flynn. —Ahora fue el turno de Ignacio de removerse inquieto sobre su sitio—. Pero Mario trataba de calmarle y le decía que le descubrirían sin necesidad de ir a la policía. Tenía que pensar en su nieta, le decía Mario, y siempre que sacaba a la nieta a colación Ignacio se ablandaba, asentía y seguía adelante.

El jefe levantó las manos y negó con la cabeza como para preguntarme qué tenía que ver la nieta en todo esto.

—Arthur estaba pagando la educación de la nieta de Ignacio desde antes de que Rebeca hubiera muerto Mario prometió a Ignacio que, si metían a Arthur en la cárcel, él seguiría pagando la educación de su nieta. Una de las veces que se juntaron Mario e Ignacio a hablar, el mayordomo le mostró una foto de su nieta con el uniforme del colegio. Esa foto, que era como la imagen misma de la hija de Arthur, le dio la idea a Mario de traerla al refugio y de que acosara a Arthur de noche para que acabase desmoronándose del todo delante de varios testigos —los invitados de este fin de semana— y confirmase qué es lo que había hecho con su familia para que luego estos informasen a la policía.

—¿Así que realmente fue la niña quien mató a Arthur? —interrumpió Valentín—. Y si es así, ¿qué es lo que tienen Alberto y Sandra que ver entonces en todo esto? ¿Por qué querían matar a Lorena y por qué los habéis detenido?

—Ahí es donde se complica todo un poco. Entre los dos inyectaron la epinefrina a Mario cuando le llevaron el desayuno esta mañana, esa fue la primera pista clara de su involucración, pero la pregunta que me hice fue: ¿por qué? —dije llevándome otra vez el dedo pulgar e índice a la barbilla, pensativa, mientras seguía andando de un lado a otro de la habitación—. No tenía sentido, pero tampoco había duda de que lo habían hecho ellos. Me devané los sesos tratando de buscar algún motivo que les pudiera llevar a desear la muerte de Mario. No tenían tampoco motivos a simple vista para querer a Arthur muerto: Alberto había sido nombrado presidente y Sandra recibía una paga mensual por el hijo que tenían en común...

Cuando dije esto me paré de espaldas a mi audiencia y me quedé callada teatralmente a esperar la reacción.

Di la vuelta sobre mis talones para ver el efecto que habían tenido mis palabras, y asentí complacida al ver que era el esperado: si hubiera hecho detonar una carga de dinamita en medio de la habitación, sus caras no podrían haber mostrado más sorpresa.

—Espere un momento —dijo Valentín pareciendo ser el primero en despertar de la criogenización—. ¿Ha dicho «el hijo de Sandra y Arthur»? ¿He oído bien? ¿Cómo es eso posible? Sandra no tiene hijos... ¡Y menos aún con Arthur!

—Por favor, Itziar, continúe —rogó el jefe tratando de reencauzar el relato—. Díganos qué tienen que ver Sandra y Alberto en todo esto.

Asentí y esperé a que Sonia, que todavía me miraba de pie moviendo la boca como tratando de formar alguna palabra, volviera a sentarse para reanudar mi exposición.

—Al principio no conseguía ver la conexión. Volví a estudiar la habitación donde Arthur fue asesinado con nuevos ojos. Miré junto a los agentes de la científica cada palmo de la habitación;

buscamos con tecnología de rayos X el suelo y las paredes buscando algún escondite o entrada disimulada, pero no había nada. Arthur no pudo haberse suicidado y tampoco podía haber nadie oculto en la habitación cuando le encontraron muerto. Había algo que se me estaba escapando y la solución estaba frente a mí, a la vista de todos.

—Nosotros también estuvimos ahí, inspectora —ofreció Valentín con aire hastiado—. Registramos la habitación entre los ocho con el cadáver todavía caliente desangrándose en el suelo y luego otra vez sin él. Le aseguro que no había nada.

Sonreí condescendiente.

—Piense, Valentín, que la primera vez que registraron la habitación estaban en estado de pánico y con la opresora presencia de un cadáver brutalmente asesinado. No creo que se dieran las mejores circunstancias para hacer una inspección concienzuda y meticulosa. Y, además, lamento llevarle la contraria, pero no eran ocho personas las que estaban registrando...

—Sí. Me acuerdo perfectamente —se defendió Valentín, sacando los dedos para empezar a enumerar a los presentes.

Negué con la cabeza.

—No, Valentín, estaban cuatro personas buscando mientras que las otras cuatro trataban de encubrir el crimen.

—¿Qué se nos escapó entonces? —preguntó aturdido.

—Dos detalles aparentemente insignificantes pero que eran de una trascendencia enorme.

Me quedé un momento callada para hacer a Faraco sufrir un poco más. Estaba muriéndose de ganas de que terminase con tanta fanfarronería de novela policíaca barata, pero yo estaba disfrutando demasiado como para darle ese gusto.

—He de reconocer que tardé en caer en ello —continué la explicación—, pero cuando estudié nuevamente la puerta de la habitación de Arthur, vi que el pomo de la puerta estaba manchado de sangre.

—Eso ya lo hemos hablado tú y yo antes, Itziar —me interrumpió Faraco no pudiendo contenerse más, lanzando una sonrisa cómplice al jefe—. Es normal que tuviera sangre. ¡Había sangre por todas partes! Era una escena de crimen, por amor de Dios.

Asentí muy seria esperando a que terminara y se volviera a su sitio para continuar, asegurándome de que me escuchaban todos con la debida atención, porque el punto que les iba a explicar ahora era posiblemente el más importante de todo el caso:

—Es normal que hubiera sangre por toda la habitación, pero no en el pomo de la puerta que da al exterior, donde estaban todos los demás tratando de entrar para socorrer a Arthur —le contesté levantando las cejas como preguntándole si lo entendía así mejor.

Por su cara de desconcierto era obvio que no lo había entendido. Expiré todo el aire de mis pulmones relajando los hombros y dejando caer mis manos sobre los costados, sintiéndome un poco decepcionada con mi compañero, a quien había creído mucho más espabilado de lo que realmente parecía ser.

—Como recordarás, todos los testigos coincidían en sus declaraciones: dijeron que oyeron los gritos de Arthur pidiendo auxilio, corrieron en su ayuda y, al llegar a la altura de su habitación, encontraron a Sandra tratando de entrar llamando a todos para que la ayudaran a abrir la puerta.

Faraco asintió. Sandra, en cambio, cerró los ojos y agachó levemente la cabeza sabiéndose vencida.

—Cuando llegaron junto a ella, antes de que nadie tuviera tiempo de tratar de abrir la puerta, Sandra le dijo a Fermín que la ayudara a echar la puerta abajo.

—Correcto. Hasta ahí estamos de acuerdo —confirmó Valentín.

—¿Cómo me explicas entonces que el pomo que estaba sujetando Sandra estuviese manchado de sangre si no había estado en contacto con Arthur y la puerta estaba cerrada por dentro? —lancé la pregunta a Valentín para no poner en demasiada evidencia a Faraco.

Valentín se encogió de hombros y levantó un poco las manos como diciendo que eso no era posible.

—Itziar, por favor... —intercedió el jefe, empezando a perder la paciencia— dinos tú por qué.

—Por la sencilla razón de que la puerta de la habitación de Arthur no tenía ni cerrojo ni pestillo.

—¿Qué estás tratando de decir?

—Sandra esperó a que Mario e Ignacio cortasen las luces de la casa, tal como tenían planeado, para que la nieta de Ignacio saliera por detrás de la casa y apareciera al otro lado de la ventana de Arthur para asustarle. Sin embargo, Sandra aprovechó la ocasión para entrar en la habitación de Arthur con el cuchillo y asesinarle. Pero el hombre, en lugar de morir en silencio, empezó a gritar pidiendo socorro, y cuando las luces volvieron a encenderse, Sandra solo tuvo tiempo de salir de la habitación y cerrar la puerta antes de que todos los demás huéspedes llegaran en auxilio de Arthur. Sandra reaccionó con buena rapidez mental y decidió improvisar y fingir que estaba tratando de entrar a socorrer a Arthur.

—Pero ¿cómo es que nadie se dio cuenta que la puerta no tenía cerrojo? —preguntó el jefe—. Sin duda el mayordomo sabría que la puerta no tenía cerrojo. Ignacio sabría que esa puerta no podía estar cerrada. Aunque en ese momento no hubiera caído en ello, en todo este fin de semana habría llegado a esa conclusión y nos lo habría dicho.

Ahora fue Ignacio quien bajó la mirada al suelo, sonrojándose.

—Exacto, el mayordomo sí que lo sabía, pero no iba a delatar a Sandra en público.

—¿Por qué no? Pensé que habías dicho que Ignacio no quería matar a Arthur, solo asustarle para que se delatara a sí mismo.

—Ese era su plan, pero Ignacio no la delató al entender que había sido ella la que había asesinado a Arthur.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Por la sencilla razón de que Sandra es la hija de Ignacio, y él sabía que, si la policía se enteraba de lo que había hecho, Sandra pasaría el resto de su vida en la cárcel.

Sandra

Hospital La Paz

Itziar

Por un momento hasta los pitidos de la maquinaria hospitalaria parecieron enmudecer tratando de escuchar lo que les acababa de decir. Yo misma paré de andar y miré a mi audiencia para ver sus caras.

Bajé la mirada brevemente a mis zapatos para tratar de ocultar una sonrisa. Me sentía como si fuera un prestidigitador que acababa de hacer su truco maestro delante de unos niños y estos le miraran embobados, llenos de admiración.

—Espere un momento, inspectora —dijo Fermín en cuanto despertó del *shock*—. Ha dicho *su hija...*, ¿está hablando de la nieta o está realmente sugiriendo que Sandra es la hija de Ignacio?

—Sí, Sandra es la hija de Ignacio —confirmé a Fermín, que me miraba casi con la esperanza de que le dijera que me lo había inventado todo—. Arthur, a petición de Ignacio, ofreció un trabajo a Sandra cuando creó la nueva empresa. Al poco de empezar el trabajo Alberto y ella empezaron a salir a escondidas, y al cabo de un año, Sandra se quedó embarazada de Alberto.

—Ya no entiendo nada—dijo Fermín lanzando sus brazos al aire y dejándolos caer pesadamente en señal de frustración—; ¿había tenido un hijo con Alberto o con Arthur? ¿O es que está usted diciendo que Sandra tiene dos hijos, uno de Alberto y el otro de Arthur? Esto no tiene ningún sentido.

Levanté la mano pidiéndole calma.

—Sandra se quedó embarazada de Alberto, nunca tuvo relaciones con Arthur. Pero casi al mismo tiempo que Sandra y Alberto se enteraron de que esperaban un hijo, Paula tuvo un incidente con Arthur en la primera fiesta de Navidad de la empresa—ahora fue el turno de Paula de ponerse colorada y mirarse la punta de los zapatos—, un incidente que no trascendió, pero del que Paula recibió una buena indemnización por parte de Arthur para poder así «olvidar» lo ocurrido. ¿No es así, Paula?

Paula levantó levemente un hombro.

Eso es todo lo que necesitaba. Este era un punto que no tenía confirmado hasta ahora. Era solo una conjetura que había sacado de los distintos comentarios que había escuchado durante los interrogatorios de Paula, Sandra y Lorena. Pero ese leve movimiento de hombro era toda la confirmación que necesitaba.

Con esto tenía todas las piezas del puzle que me faltaban.

—Paula contó a Sandra lo ocurrido con Arthur, pues en aquella época era su confidente, y eso le dio la idea para su plan —zanjé con total confianza.

—¿Qué plan? —preguntó el jefe.

—El plan que laboriosamente y con mucha paciencia trazó con Alberto para sacarle todo lo

que pudiera a Arthur. En la siguiente fiesta de Navidad de la empresa, trataría de seducir a Arthur y llevarle a la cama.

Valentín sonrió jactancioso para sí.

—Pensarías que Arthur habría aprendido a mantenerse alejado de las faldas de la empresa después de lo de Paula...

—Parece ser que sí, ya que no ocurrió nada entre ellos. Al menos nada que Arthur recordase gracias a la pastilla que le coló Sandra en su bebida. Arthur bebió mucho esa noche y no recordaba haber ido a su habitación con Sandra. De hecho, no recordaba nada de la fiesta, solo recordó haberse despertado en su habitación de la casa rural en compañía de Sandra. Días después de eso, Sandra le mandó una foto de un test de embarazo a su móvil en el que le decía: «creo que tenemos un problema». Desde entonces Arthur ha estado pagando mensualmente a Sandra una generosa suma para mantener al hijo de Sandra y Alberto pensando que era suyo.

Todas las miradas se dirigieron a Sandra.

Fermín negaba ligeramente la cabeza mostrando su desconcierto y repulsión.

Parecía imposible. Ninguno de los presentes había siquiera imaginado que Sandra pudiera hacer algo parecido. Ella siempre tan recatada, tan discreta.

—Después de la muerte de la familia de Arthur —continuó—, Sandra, en lugar de dar un respiro a Arthur, aprovechó el momento para asestarle su golpe maestro y exigir a Arthur que incorporase a su propia hija en su testamento haciéndola así su principal heredera; y mientras crecía, otorgarle a ella misma, a Sandra, la administración de su fortuna hasta la mayoría de edad de su hija.

—¿Es entonces cuando planeó el asesinato de Arthur con su padre y con Mario Cadensa? —preguntó el jefe.

—No, Ignacio no sabía nada de todo esto. Tampoco sabía quién era el padre de su nieta. Pensó que el embarazo de Sandra había sido una metida de pata de una noche y nunca le hicieron más preguntas sobre el padre de la criatura. Ignacio y su esposa se hicieron cargo de la hija de Sandra, y Sandra se desentendió completamente de la niña para vivir alegremente su vida. El plan de Mario Cadensa y de Ignacio fue independiente al del asesinato. Hicieron partícipe a Sandra de su plan, puesto que, aunque no ha tenido ningún contacto con su hija, Ignacio mandaba fotos de la niña a Sandra y temía que pudiese reconocer a la niña y estropear su plan. —Hice una breve pausa; se podía escuchar el vuelo de una mosca—. Sandra, en cambio, elucubró sobre la marcha un plan mucho más macabro.

—¿Qué parte del plan era atentar contra Lorena y qué razón había para intentar matarla?

—Eso fue todo cosa de Sandra y de Alberto. Casi habían logrado convencer a Arthur de que dejase toda su fortuna a la hija de Sandra, pero Lorena, al redactar el testamento, sugirió que hicieran un test de paternidad a la niña para cerciorarse al cien por cien de que esta era de Arthur y eso echaría todo por tierra.

Valentín, que se había levantado y alejado un poco del resto del grupo hasta acercarse a la ventana, encendió un cigarrillo con la esperanza de que nadie le viera, o al menos no le dijeran nada.

—Lorena había recibido los resultados de paternidad el viernes y Arthur le pidió que se los trajera en persona ese mismo día al refugio.

Guardé silencio durante unos minutos dejándolos asimilar toda la información. Sabía que era mucho que digerir.

El jefe estaba absorto en sus pensamientos con los ojos fuertemente cerrados, y el puño apretado contra su barbilla y nariz sostenía su cabeza.

Fermín se echó las manos a la cabeza y pasó exasperado los dedos entre su pelo, enmarañándolo. Sentía que la cabeza le iba a explotar.

Finalmente fue Sonia la que rompió el silencio pareciendo que era ella la que, con su practicidad y rapidez mental, había entendido la importancia que tenía el test de paternidad que Lorena había traído consigo el viernes.

—Entonces Arthur se habría dado cuenta de que todo había sido una farsa, ¿verdad? En cuanto hubiera visto el test de paternidad, se habría dado cuenta de que Sandra le había estado chantajeando todos estos años. La niña era de Alberto, no de Arthur —dijo Sonia.

Sonia era la principal interesada, ya que, si se demostraba que la hija de Sandra no tenía parentesco con Arthur, ella sería la única posible heredera de la fortuna de su tío.

—No del todo —la contesté—. La vida tiene un sentido del humor muy macabro, y, a veces, se guarda algunas sorpresas para los momentos menos oportunos...

Test de paternidad

Viernes en el refugio

Cuando llegó Lorena con el test, Arthur lo cogió sin decir palabra y se metió en su despacho, seguido de Mario Cadensa.

Tanto Lorena como Ignacio pudieron oírlos discutiendo desde el pasillo.

El índice de coincidencia de padre a hija ha de ser del cincuenta por ciento, pero los resultados del test de paternidad de la hija de Sandra coincidían tan solo en el veinticinco por ciento.

—Eso es suficiente, imagino que depende de qué genes sean más dominantes, los de la madre o los del padre. No creo que sea una división del cincuenta-cincuenta, si la hija de Sandra coincide contigo en un veinticinco por ciento debería de ser suficiente... —escucharon decir a Mario.

—No lo sé, pero de eso me voy a enterar ahora mismo —dijo Arthur saliendo por la puerta y casi chocándose con Lorena al salir. Arthur se disculpó distraídamente y le dijo a Ignacio que iba a bajar a Baqueira para hablar con el doctor. Volvería en una hora a lo sumo.

Cuando llegó a la consulta del doctor, esta estaba ya cerrada y el médico se había marchado. Tendría que esperar al lunes para saber el significado de los resultados del test.

Ahora tendría que tratar de olvidarse de ello y volver al refugio para recibir a sus invitados.

Al volver a casa, llamó a Lorena y le dijo que los resultados del test eran inconclusos. Le dijo que terminarían el testamento el lunes en cuanto consiguiera aclarar el significado de esos resultados. Mientras, le pidió que se quedara el fin de semana con ellos en el refugio.

Ignacio, por su parte, tras la conversación que escuchó entre su señor y el señor Cadensa, quedó muy intrigado. Un mal presentimiento le recorría la espalda. Volvió a apostarse detrás de la puerta para escuchar ahora la conversación entre Arthur y Lorena. Lo que sacó en claro es que estaban hablando de su hija Sandra, y lo que era aún más preocupante, ¡estaban hablando de su nieta!

«¿Puede realmente Arthur ser el padre de mi nieta?», pensó.

Los resultados del test no tenían mucho sentido y eso le tenía intrigado. Tendría más sentido que la niña no tuviera ninguna coincidencia con el señor Flynn, o, en el peor de los casos y Arthur fuera el padre, debería de tener al menos un 50% de coincidencia, ¿no?

Esa noche, cuando terminaron de servir la cena y llevó a los camareros de vuelta a Baqueira, paró en casa para hacer una rápida búsqueda en internet sobre coincidencias genéticas y pruebas de paternidad. Después de unos minutos de investigación, sus sospechas probaron ser fundadas. Una coincidencia en el ADN de solo el 25% no podía ser una relación de padre e hijo, significaba un parentesco, pero no tan cercano. El 25% significaba un parentesco de abuelo a nieto... —o de abuelo a nieta—.

La cabeza de Ignacio empezó a darle vueltas.

La esposa de Ignacio, Mariluz, entró al servicio de la familia de Arthur Flynn hace treinta y cinco años y es ahí donde se conocieron. Ella era una hermosa joven jerezana de apenas dieciocho años. Se enamoraron y ella se quedó embarazada al poco tiempo. Se casaron para evitar habladurías y ella dejó el trabajo en casa de los Flynn.

Pero ahora, con los resultados de paternidad de su nieta, veía claro por qué Mariluz había sido tan atrevida y resuelta con él:

¡Mariluz se había quedado embarazada de Arthur!

Qué tonto había sido. Debía haberlo imaginado desde el principio.

Ahora entendía por qué siempre había sido el señor Flynn tan generoso con su hija, pagándole los estudios en el extranjero y luego dándole un buen puesto en su empresa. Arthur habría seguido viéndose con su esposa muchos años después. El señor Flynn siempre mandaba a Ignacio con Teresa a sus constantes viajes a Mallorca en verano y a Baqueira en invierno mientras él se quedaba en Madrid... era para verse con su Mariluz a sus espaldas.

Ignacio recordaba ahora, sonrojándose por la vergüenza y la ira, todos esos fines de semanas en los que se disculpaba de su esposa por tener que dejarla sola en Madrid, y cómo ella le quitaba importancia y le decía que no fuera tonto.

Había sido engañado por partida doble.

Si le había quedado alguna duda de que quería arruinar a Arthur Flynn, esa duda se había disipado del todo.

Por eso, cuando vio a su hija (o la que había creído toda la vida que era su hija) arrodillada sobre el cuerpo ensangrentado de Arthur, en lugar de delatarla y decir que la habitación de Arthur no podía estar cerrada por dentro ya que no había cerrojo en su habitación, guardó silencio, y encontró por fin paz en su alma viendo el cuerpo de Arthur Flynn desangrarse lentamente tirado en el suelo de su habitación, como una alimaña atropellada en la cuneta de la carretera.

Accidente de Lorena

Inspectora Itziar Orbaizeta

Hospital La Paz

Los agentes que llegaron con Faraco, siguiendo las instrucciones del jefe, se llevaron detenidos a Sandra, Alberto e Ignacio. Yo invité al resto de los presentes a volver a sus casas, pero advirtiéndoles de que no salieran del país e informasen a la policía en caso de tener que salir de Madrid.

Me quedé a solas con el jefe y con Faraco en la habitación de Lorena. El jefe estaba circunspecto con la mirada clavada en el suelo de linóleo y las manos metidas hasta lo más profundo de sus bolsillos. Faraco y yo le mirábamos atentos a la espera de oír qué pasaba por su cabeza.

—Lo que aún no me ha quedado todavía claro, Itziar —dijo al fin el jefe levantando súbitamente la vista del suelo para mirarme directamente a los ojos— es quién y por qué intentó asesinar a Lorena en el helicóptero.

El jefe lanzó esta pregunta a pesar de que Lorena seguía en la habitación, tumbada en su cama, con las sábanas cubriéndola hasta la barbilla, como si estuviera tratando de esconderse de nosotros.

—La verdad es que al principio pensé que había sido un intento de matar a Arthur, pero que, al cambiar el paracaídas con Lorena antes de subir al avión, esta última casi pierde la vida por la equivocación.

—¿...pero...? —me animó a seguir el jefe levantando mucho las cejas.

—Pero luego Faraco me pasó la información de la grabación de los asesinatos que Mario había mandado anónimamente al juez y a Lorena. Más tarde, revisando todos los mensajes, whatsapps y correos electrónicos de Arthur de las últimas dos semanas, vimos... —dije incluyendo a Faraco, quien me había ayudado esa tarde a estudiar toda la documentación a marchas forzadas en nuestro viaje de vuelta a Madrid. Sin él no habría conseguido descubrir esto último—... vimos que Lorena, al recibir el *email* con la grabación, mandó varios mensajes al móvil de Arthur en el que le decía que había recibido nuevo material sobre el caso de su familia y que debería entregarse a la justicia.

El jefe asintió lentamente mientras rumiaba esto último.

—Arthur le dijo que no había problema y que ahora lo único que le interesaba era poder terminar su testamento, así que le pidió que fuera este fin de semana a su refugio para terminarlo. Mientras, contactó al sargento Vicents y le encargó un paracaídas más para la excursión en el helicóptero de Miguel Gorrás. Un paracaídas «especial».

—Está claro —sentenció el jefe—. ¿Y ahora?

—¿Ahora? —pregunté sin entender a qué se refería.

—El testamento está firmado y la hija de Sandra es la heredera. ¿Va a ir a parar la fortuna de Arthur Flynn a la hija de Sandra? ¿Seguirá Sandra siendo la administradora hasta su mayoría de edad aunque esté en la cárcel?

—No. Vamos... no creo —dijo mirando a Lorena, buscando la confirmación de la abogada— la firma del testamento sin duda habrá sido falsificada...

—Tal vez no —apuntó Faraco—. Sandra podría haber obligado a Arthur a firmar antes de asesinarle.

Eso era posible y sería muy difícil o imposible de demostrar que había firmado en contra de su voluntad.

Lorena se irguió en su cama para adoptar una postura algo más profesional y digna antes de hablar.

—No importa —dijo sorprendiendo al jefe y a Faraco, que estaban apoyados sobre su cama y parecía que se habían olvidado de su presencia—. En el momento en el que Sandra atentó contra la vida de Arthur, legalmente es declarada indigna de sucederle, y aunque ya hubiera tomado posesión de la herencia se vería en la obligación de devolverla. Además, el testamento, aunque esté firmado por puño y letra de Arthur Flynn, ahora mismo es papel mojado y no sirve de nada. Ese documento no ha sido firmado ante notario y no ha habido testigos presentes durante la firma. Es como si ese documento no existiera.

—Entonces, ¿qué va a ocurrir con la herencia y con la empresa de Arthur?

—La herencia irá íntegramente a Sonia, su sobrina y única heredera, que sepamos. La hija de Sandra podría tener alguna posibilidad de recibir algo si se diera el caso de que fuera descendiente, legítima o no, matrimonial o extramatrimonial, de Arthur, pero ahora sabemos que, en el mejor de los casos, la niña es su nieta y además haría difícil de demostrar.

—¿Qué pasará con la empresa? —pregunté.

—El caso de la empresa es diferente. También Sonia recibirá la mayoría de las acciones de esta y tendrá la primera opción de compra de las acciones de Mario. Además, será ella y el consejo de administración quienes decidan el precio de dichas acciones, por lo que me atrevería a decir sin miedo a errar que Sonia heredará la empresa. Dependerá de ella a quién quiera poner al mando, pero por varias conversaciones que he tenido con ella al respecto, creo que pondrá el futuro de la empresa en las manos de Chus Jimeno.

—¡Chus! —interrumpí sorprendida—. ¿No te olvidas de su marido Valentín?

—Eso es lo que querrá Valentín, pero Sonia dice que Chus fue el creador de la idea y quien tiene la capacidad de llevarla adelante. Valentín no se opondrá; después de la herencia que recibirá su esposa, no tendrá que levantar un dedo el resto de su vida.

Vuelta a casa

Itziar

Madrugada del lunes

Después del hospital, volvimos a la oficina a presentarnos en el despacho del comisario general, quien llevaba ahí toda la noche siguiendo al minuto las detenciones; quería recibir un informe detallado en persona sobre el caso y no terminamos hasta altas horas de la madrugada.

Cuando finalmente llegué a mi casa, los servicios de limpieza del ayuntamiento ya estaban haciendo sus rondas por las calles de Madrid barriendo y regando calzadas y aceras para que la ciudad estuviese impecable al ver nacer el nuevo día.

En el ascensor, mientras sacaba las llaves de casa, me entró un súbito pánico al pensar en lo que me iba a encontrar. De pronto la satisfacción por el éxito del caso del refugio me supo amarga.

¿Estaría el apartamento vacío? Fernando era muy capaz de haberse ido con las niñas. Sus padres tenían la casa en la sierra y podía haberse quedado ahí a dormir a la vuelta de Baqueira sin pasar antes por Madrid.

No era la primera vez que nos peleábamos, pero en esta ocasión el asunto parecía mucho más serio que las veces anteriores.

Una congoja me oprimió la garganta y la boca del estómago mientras giraba la llave y abría la puerta. Aunque el asesinato de Arthur Flynn ha sido el caso de mi vida, y lo había conseguido esclarecer con éxito en tiempo récord, ahora, en retrospectiva, me daba cuenta de que no había merecido la pena si eso significaba el fin de mi matrimonio.

¡Qué necia he sido!

Había estado todo el fin de semana acallando mi conciencia diciéndome que el que estaba siendo un egoísta era Fernando por no apoyarme en mi trabajo y en mis sueños. Pero ahora, en la soledad y el silencio de la noche, me daba cuenta de que yo no había sido mucho mejor. Sabía que Fernando había estado luchando y sufriendo durante meses con su carrera y me había estado pidiendo de forma subrepticia ayuda con su libro. Yo le había ignorado y le había negado esa ayuda que tan desesperadamente necesitaba.

Yo no le había advertido ni avisado como él ha hecho. Él sí que lo hizo pero, aun así, yo había seguido adelante.

Entré en el apartamento y cerré con cuidado la puerta tras de mí.

La lamparita del recibidor estaba encendida. Eso me dio un halo de esperanza. No recordaba haberla dejado así. Pero también Fernando fue el último en salir del apartamento cuando nos fuimos. Subió a por las maletas mientras yo metía a las niñas en el coche y podría perfectamente haber dejado la luz encendida para que pareciera que había alguien en casa. No sería la primera vez.

Bajo la mesita descansaba la maleta de viaje de Fernando y las mochilas de las niñas.

Mi corazón empezó nuevamente a bombear con fuerza después de haber estado aparentemente parado desde que había salido del ascensor.

¡Fernando y las niñas estaban en casa!

Me apresuré hasta la habitación de las niñas y me paré junto a la puerta. Estaba entornada. Empujé con cuidado para no despertarlas y miré dentro.

La luz de noche de su habitación estaba encendida reproduciendo sobre el techo la imagen de la Sirenita. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, entré en la habitación y me acerqué a la cama de Ana.

Estaba vacía.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Me giré inmediatamente hacia la de Sofía y sobre ella estaban mis dos pequeñas gemelas acurrucadas la una junto a la otra durmiendo profundamente.

Me senté en el borde de la cama a contemplarlas un momento, y después de secarme unas tontas lágrimas gordas que se habían empecinado en derramarse por mis mejillas, enterré mi cara entre el pelo de las dos y las colmé a besos.

Mi habitación estaba casi a oscuras, pero Fernando había dejado la luz del baño encendida... ¿Despiste o uno de sus detalles por si yo volvía tarde a casa?

Me desnudé y me metí en la cama a su lado.

Era difícil saber si estaba dormido. Aguanté mi respiración para no hacer ruido y tratar de escucharle a él respirar. Estaba tumbado sobre un costado dándome la espalda.

No podía oírle respirar.

Me arrimé un poco más a su lado y le pasé un brazo por encima juntando mi cuerpo al suyo con las pulsaciones aceleradas, como si fuese la primera vez que dormíamos juntos.

Me quedé así otro interminable momento tratando de discernir si mi muestra de cariño había sido bien recibida o simplemente Fernando estaba completamente dormido y no se había percatado de mi presencia.

—¿Has cerrado el caso? —preguntó al cabo de un rato.

—Sí. Caso resuelto y sellado.

—¿Han ganado los buenos?

—Bueno... —dudé un momento— me temo que en estos casos no gana nadie. Por lo menos metemos a los malos en la cárcel y evitamos que puedan volver a hacerlo, eso sí.

Otro silencio.

—¿Quién se ha llevado el mérito del caso, tú o ha sido otra vez Faraco?

Casi me hizo sonrojar la pregunta. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo vanidosa que había sido. Siempre había pensado que hacía mi trabajo por el amor al cuerpo de la policía y lo que eso significaba, pero esa simple e inofensiva pregunta, me hizo ver de sopetón que lo que realmente había estado buscando todo este tiempo era la gloria y el aplauso.

—Esta vez he sido yo. El jefe estaba presente y luego el mismo comisario general nos llamó a su despacho para que le diera el informe y felicitarme personalmente.

Otro silencio. Este algo más embarazado que el anterior.

—¿Te han ofrecido el ascenso?

Me mordí el labio antes de contestar.

—Sí.

El cuerpo de Fernando se sintió frío y distante bajo el peso de mi brazo.

—Enhorabuena —masculló.

—Gracias.

Fernando se giró para colocarse boca arriba y con el movimiento consiguió desembarazarse de mi tímido abrazo.

—¿Cuándo te incorporas como nueva inspectora jefe?

—Nunca...

—¿Perdón?

—Nunca. No he aceptado el cargo.

Fernando se apoyó en su codo para poder mirarme a la cara. No podía ver su expresión, ya que la luz del baño quedaba a su espalda y le mantenía en la sombra.

—Pero... ¿por qué no? Eso es lo que siempre has soñado y por lo que llevas años luchando.

—Exacto, y ya lo he conseguido, pero me he dado cuenta de que no quiero el puesto. He recomendado a Faraco para el cargo, él es mucho más ambicioso que yo, no tiene hijos y está divorciado. En cambio, yo tengo muchas otras cosas que llenan mi vida. He pedido un año de excedencia.

Ahora Fernando se incorporó del todo y se sentó apoyando la espalda contra el cabecero de la cama.

—¿Que has hecho qué?

—He pedido una excedencia. Le he dicho al comisario que quiero tomarme un tiempo para escribir un libro junto a mi marido.

—¿Cómo Lars Kepler...? —preguntó Fernando. Aunque todavía no podía verle la cara, podía notar en su voz que ahora sonreía.

—Exacto. De hecho, he pedido al comisario si podía utilizar el caso de Arthur Flynn como material para nuestra próxima novela de misterio. Al ser un caso de un personaje tan importante, lo mantendrán lejos de los medios de comunicación, por lo que con tal de que no utilicemos los nombres y lugares verdaderos, podemos hacer uso de toda la información que queramos.

—¿Y es un buen caso?

—¡De lo mejor que ha ocurrido en España en siglos! Agatha Christie soñaría con encontrarse con un misterio más complicado. Imagínate: un lugar remoto, nueve personas se quedan incomunicadas y uno de ellos aparece asesinado en una habitación cerrada haciendo el asesinato parecer a todas luces como un crimen imposible...

—¡Un crimen perfecto!

—Eso es.

—¿Cómo empezaríamos la historia? —dijo Fernando levantándose de la cama en calzoncillos, encendiendo la luz de su escritorio y abriendo el ordenador.

—Debería de empezar por el principio. Con el accidente de Lore... de Marta en el helicóptero.

—¿No sonará demasiado fantasioso? Creo que un salto en helicóptero así de buenas a primeras podría echar a muchos lectores atrás. ¿Y si empezamos con un prólogo que lleve al despiste? Uno de los protagonistas parece que está a punto de suicidarse, pero resulta que no es un suicidio; en lugar de estar saltando desde un edificio realmente lo que está haciendo es saltar del helicóptero en la aventura de fin de semana organizada por su anfitrión...

Fernando empezó a golpear las teclas al mismo tiempo que hablaba con la pasión e intensidad que pensé que jamás volvería a ver en él. Había recuperado a Fernando. A mi Fernando.

Tal vez no fuera tan mala idea convertirnos en el siguiente Lars Kepler después de todo...

FIN